



Gaston Leroux

El Fantasma
de la Ópera

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

GASTON LEROUX

PUBLICADO: 1910
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gaston Leroux

PRÓLOGO

**EN EL QUE EL AUTOR DE ESTA SINGULAR OBRA
CUENTA AL LECTOR CÓMO LLEGÓ A ADQUIRIR LA
CERTeza DE QUE EL FANTASMA DE LA ÓPERA
EXISTIÓ REALMENTE**

El Fantasma de la Ópera existió. No fue, como se creyó durante mucho tiempo, una invención de artistas, una superstición de directores, la creación fantásica de las mentes excitadas de las señoritas del cuerpo de baile, de sus madres, de las acomodadoras, de los empleados del guardarropa y de la conserje.

Sí, existió, en carne y hueso, aunque se revestía de todas las apariencias de un verdadero fantasma, es decir, de una sombra.

Desde el principio, cuando comencé a consultar los archivos de la Academia Nacional de Música, quedé impresionado por la sorprendente coincidencia entre los fenómenos atribuidos al fantasma y el más misterioso,

el más fantástico de los dramas; y pronto me vi llevado a pensar que acaso podría explicarse racionalmente el uno por el otro. Los acontecimientos no datan sino de unos treinta años atrás, y no sería difícil encontrar hoy mismo, en el propio foyer de la danza, ancianos muy respetables cuya palabra nadie podría poner en duda, que recuerdan como si fuera de ayer las misteriosas y trágicas circunstancias que acompañaron el rapto de Christine Daaé, la desaparición del vizconde de Chagny y la muerte de su hermano mayor, el conde Felipe, cuyo cuerpo fue hallado a orillas del lago que se extiende bajo los sótanos de la Ópera, por el lado de la rue Scribe. Pero ninguno de esos testigos había creído hasta entonces deber mezclar en tan espantosa aventura la figura más bien legendaria del Fantasma de la Ópera.

La verdad tardó en penetrar en mi turbado espíritu, embarcado en una investigación que tropezaba a cada paso con sucesos que a primera vista podían juzgarse sobrenaturales, y más de una vez estuve a punto de abandonar una tarea en la que me agotaba persiguiendo — sin alcanzarla jamás — una imagen vana. Al fin obtuve la prueba de que mis presentimientos no me habían engañado, y me vi recompensado de todos mis esfuerzos el día en que adquirí la certeza de que el Fantasma de la Ópera había sido algo más que una sombra.

Aquel día había pasado largas horas en compañía de las «Memorias de un director», obra ligera de ese excesivamente escéptico Moncharmin, que nada comprendió, durante su paso por la Ópera, de la tenebrosa conducta del fantasma, y de la que se burló cuanto pudo, precisamente cuando era su primera víctima de la curiosa operación financiera que se desarrollaba en el interior del «sobre mágico».

Desesperado, acababa de abandonar la biblioteca cuando me encontré con el encantador administrador de nuestra Academia Nacional, que charlaba en un rellano con un ancianito vivo y apuesto, a quien me presentó alegremente. El señor administrador estaba al tanto de mis investigaciones y sabía con qué impaciencia había intentado en vano descubrir el paradero del juez de instrucción del famoso asunto Chagny, el señor Faure. Nadie sabía qué había sido de él, si vivo o muerto; y resulta que, de vuelta de Canadá, donde acababa de pasar quince años, su primera gestión en París había sido acudir a la secretaría de la Ópera a buscar un palco de favor. Ese ancianito era el propio señor Faure.

Pasamos buena parte de la velada juntos, y me relató todo el asunto Chagny tal como él lo había entendido en su día. Había tenido que concluir, a falta de pruebas, en la locura del vizconde y en la muerte accidental del hermano mayor, pero seguía convencido de que entre los dos hermanos se había desarrollado un drama terrible a causa de Christine Daaé. No supo decirme qué había sido de Christine ni del vizconde. Naturalmente, cuando le hablé del fantasma, no hizo más que reírse. También él había sido informado de las singulares manifestaciones que parecían atestiguar entonces la existencia de un ser excepcional que había elegido domicilio en uno de los rincones más misteriosos de la Ópera, y había conocido la historia del «sobre»; pero en todo aquello no había visto nada que pudiera retener la atención de un magistrado encargado de instruir el asunto Chagny, y apenas había escuchado unos instantes la declaración de un testigo que se había presentado espontáneamente para afirmar que había tenido ocasión de encontrarse con el fantasma. Ese personaje —el testigo— no era otro que aquel a quien el todo París llamaba «el Persa», y que era bien conocido de todos los abonados de la Ópera. El juez lo había tomado por un iluminado.

Pueden imaginarse el extraordinario interés que despertó en mí esa historia del Persa. Quise dar con él, si aún era tiempo, como testigo tan precioso y original. La suerte volvió a sonreírme: logré encontrarle en su pequeño apartamento de la rue de Rivoli, que no había abandonado desde aquella época y donde iba a morir cinco meses después de mi visita.

Al principio desconfié; pero cuando el Persa me hubo relatado, con una candidez infantil, todo lo que sabía personalmente del fantasma, y me hubo entregado en plena propiedad las pruebas de su existencia y sobre todo la extraña correspondencia de Christine Daaé —correspondencia que arrojaba una luz tan deslumbrante sobre su aterrador destino—, ya no me fue posible dudar. ¡No, no! ¡El fantasma no era un mito!

Sé bien que se me ha respondido que toda esa correspondencia no era quizás auténtica y que pudo haber sido fabricada de cabo a rabo por un hombre cuya imaginación se había alimentado sin duda de los relatos más seductores; pero por fortuna me fue posible encontrar muestras de la escritura de Christine fuera del famoso paquete de cartas y, en consecuencia, someterlas a un estudio comparativo que dispó todas mis dudas.

También me documenté sobre el Persa, y así pude apreciar en él a un hombre honrado, incapaz de inventar una maquinación que hubiera podido desviar el curso de la justicia.

Tal es la opinión, por lo demás, de las más destacadas personalidades que estuvieron mezcladas de cerca o de lejos en el asunto Chagny, que fueron amigos de la familia y ante quienes expuse todos mis documentos y desplegué todas mis deducciones. De ese lado recibí los más nobles alientos, y me permitiré reproducir a este respecto unas líneas que me dirigió el general D.:

«Señor:

»No podría exhortarle bastante a publicar los resultados de su investigación. Recuerdo perfectamente que algunas semanas antes de la desaparición de la gran cantante Christine Daaé y del drama que enlutó al entero faubourg Saint-Germain, se hablaba mucho, en el foyer de la danza, del fantasma, y creo que sólo se dejó de hablar de él a raíz de aquel asunto que ocupaba todos los ánimos; pero si es posible, como yo lo creo después de haberle escuchado, explicar el drama por el fantasma, le ruego, señor, que vuelva a hablarnos del fantasma. Por muy misterioso que pueda parecer a primera vista, siempre resultará más explicable que esa oscura historia en la que personas malintencionadas quisieron ver cómo se despedazaban hasta la muerte dos hermanos que se adoraron toda la vida...

»Créame, etc.»

Por último, con mi expediente en la mano, había recorrido de nuevo el vasto dominio del fantasma, el formidable monumento del que había hecho su imperio, y todo lo que mis ojos habían visto, todo lo que mi espíritu había descubierto, corroboraba admirablemente los documentos del Persa, cuando un hallazgo maravilloso vino a coronar de forma definitiva mis trabajos.

Se recordará que no hace mucho, al excavar el subsuelo de la Ópera para enterrar allí las voces fonografiadas de los artistas, el pico de los obreros dejó al descubierto un cadáver; pues bien, tuve enseguida la prueba de que ese cadáver era el del Fantasma de la Ópera. Hice tocar esa prueba, con sus propias manos, al propio administrador, y a partir de ese momento me resul-

ta indiferente que los periódicos cuenten que allí se encontró a una víctima de la Comuna.

Los infelices que fueron masacrados durante la Comuna en las bodegas de la Ópera no están enterrados por ese lado; diré dónde pueden encontrarse sus esqueletos, bien lejos de esa cripta inmensa donde se habían acumulado, durante el sitio, toda suerte de provisiones de boca. Llegué a ese rastro precisamente buscando los restos del Fantasma de la Ópera, que no habría encontrado sin ese inaudito azar del enterramiento de las voces vivas.

Pero ya hablaremos de ese cadáver y de lo que conviene hacer con él; ahora me importa concluir este muy necesario prólogo dando las gracias a los demasiado modestos comparsas que, como el señor comisario de policía Mifroid (llamado en su día a efectuar las primeras comprobaciones tras la desaparición de Christine Daaé), como el señor ex secretario Rémy, el señor ex administrador Mercier, el señor ex jefe de canto Gabriel, y muy especialmente la señora baronesa de Castelot-Barbezac, que fue en otro tiempo «la pequeña Meg» (y de lo que no se avergüenza), la más encantadora estrella de nuestro admirable cuerpo de baile, la hija mayor de la honorable señora Giry — antigua acomodadora fallecida del palco del Fantasma—, me prestaron el más útil de los socorros, y gracias a los cuales podré ahora, junto con el lector, revivir en sus menores detalles aquellas horas de puro amor y de espanto.[1]

[1] Sería un ingrato si no diera también las gracias, en el umbral de esta espantosa y verídica historia, a la actual dirección de la Ópera, que se prestó tan amablemente a todas mis investigaciones, y en particular al señor Messenger; así como al muy simpático administrador señor Gabion y al muy amable arquitecto encargado de la buena conservación del monumento, que no dudó en prestarme las obras de Charles Garnier, aunque tenía la casi certeza de que no se las devolvería. Por último, me resta reconocer públicamente la generosidad de mi amigo y antiguo colaborador J.-L. Croze, que me permitió acudir a su admirable biblioteca teatral y tomarle en préstamo ediciones únicas a las que tenía gran apego. —G. L.

I

¿ES EL FANTASMA?

Aquella noche —la noche en que los señores Debienne y Poligny, los directores dimisionarios de la Ópera, ofrecían su última velada de gala con motivo de su partida—, el camerino de la Sorelli, una de las primeras figuras del cuerpo de baile, fue invadido de súbito por media docena de aquellas señoritas del cuerpo de baile que subían del escenario tras haber «bailado» Polyeucte. Se precipitaron dentro en gran confusión, unas dejando escapar risas excesivas y poco naturales, y otras gritos de terror.

La Sorelli, que deseaba estar sola un momento para «repasar» el discurso que debía pronunciar en breve en el foyer ante los señores Debienne y Poligny, había visto con mal humor cómo toda aquella aturdida multitud se abalanzaba tras ella. Se volvió hacia sus compañeras e inquirió la razón de tan tumultuosa agitación. Fue la pequeña Jammes —la nariz querida de Grévin, los ojos de nomeolvides, las mejillas de rosa, el cuello de lirio— quien la dio en tres palabras, con voz temblorosa ahogada por la angustia:

— ¡Es el Fantasma!

Y echó la llave a la puerta. El camerino de la Sorelli era de una elegancia oficial y banal. Un espejo de cuerpo entero, un diván, un tocador y unos armarios formaban el mobiliario necesario. En las paredes, algunos grabados, recuerdos de la madre, que había conocido los días gloriosos de la antigua Ópera de la rue Le Peletier. Retratos de Vestris, de Gardel, de Dupont, de Bigottini. Aquel camerino les parecía un palacio a las chicas del cuerpo de baile, alojadas en habitaciones comunes donde pasaban el tiempo cantando,

disputando, pegando a los peluqueros y a las costureras y bebiendo vasitos de casís, de cerveza o incluso de ron hasta el toque del timbre de aviso.

La Sorelli era muy supersticiosa. Al oír a la pequeña Jammes hablar del Fantasma, se estremeció y dijo:

— ¡Tonta!

Y como era la primera en creer en los fantasmas en general y en el de la Ópera en particular, quiso ser informada de inmediato.

— ¿Le habéis visto? — preguntó.

— ¡Como os veo a vos! — replicó gimiendo la pequeña Jammes, que, sin fuerzas ya para tenerse en pie, se dejó caer sobre una silla.

Y enseguida la pequeña Giry — ojos de ciruela pasa, cabellos de tinta, tez de bistre, su pobrecita piel sobre sus pobrecitos huesos — añadió:

— ¡Si es él, es muy feo!

— ¡Oh, sí! — corroboró el coro de bailarinas.

Y hablaron todas a la vez. El Fantasma se les había aparecido bajo la apariencia de un señor de frac que se había erguido de repente ante ellas en el corredor, sin que pudiera saberse de dónde venía. Su aparición había sido tan súbita que cualquiera habría podido creer que salía de la pared.

— ¡Bah! — dijo una de ellas, que había conservado más o menos la sangre fría — . El Fantasma lo veis en todas partes.

Y es cierto que, desde hacía unos meses, en la Ópera no se hablaba de otra cosa que de ese Fantasma de frac que se paseaba como una sombra de un extremo al otro del edificio, que no dirigía la palabra a nadie, a quien nadie osaba hablar y que se desvanecía en el acto en que se le había visto, sin que se supiera por dónde ni cómo. No hacía ruido al andar, como corresponde a un verdadero fantasma. Al principio la gente se había reído y burlado de ese aparecido vestido como un hombre de mundo o como un empresario de pompas fúnebres; pero la leyenda del Fantasma pronto adquirió proporciones colosales en el cuerpo de baile. Todas pretendían haber encontrado más o menos a ese ser sobrenatural y haber sido víctimas de sus maleficios. Y las que más se reían de ello no eran las más tranquilas. Cuando no se dejaba ver, señalaba su presencia o su paso mediante sucesos

chistosos o funestos, de los que la superstición casi general le hacía responsable. ¿Se había de lamentar un accidente? ¿Había gastado una compañera una broma a alguna de las señoritas del cuerpo de baile? ¿Se había perdido una borla de polvos de arroz? Todo era culpa del Fantasma, del Fantasma de la Ópera.

En el fondo, ¿quién le había visto? En la Ópera se encuentran muchos fracs que no son fantasmas. Pero éste tenía una particularidad que no tienen todos los fracs. Vestía un esqueleto.

Así lo decían, al menos, aquellas señoritas.

Y tenía, naturalmente, una calavera.

¿Era todo eso cierto? La verdad es que la imagen del esqueleto había nacido de la descripción que del Fantasma había hecho Joseph Buquet, jefe de maquinistas, que de verdad le había visto. Se había tropezado —no podría decirse «nariz con nariz», pues el Fantasma no tenía nariz— con el misterioso personaje en la pequeña escalera que, cerca de la batería de luces, desciende directamente a los «infiernos». Había tenido tiempo de verle durante un segundo —pues el Fantasma había huido— y había conservado un recuerdo indeleble de aquella visión.

Y esto es lo que Joseph Buquet dijo del Fantasma a quien quiso escucharle:

«Es de una delgadez prodigiosa y su frac negro flota sobre una armazón esquelética. Sus ojos son tan hundidos que apenas se distinguen las pupilas inmóviles. No se ven, en suma, más que dos grandes agujeros negros como en los cráneos de los muertos. Su piel, que está tensa sobre la osamenta como una piel de tambor, no es blanca, sino de un amarillo nauseabundo; su nariz es tan poca cosa que es invisible de perfil, y la ausencia de esa nariz es algo horrible de ver. Tres o cuatro mechones de pelo oscuro en la frente y detrás de las orejas hacen las veces de cabellera.»

En vano había perseguido Joseph Buquet aquella extraña aparición. Se había desvanecido como por arte de magia y no pudo encontrar su rastro.

Aquel jefe de maquinistas era un hombre serio, ordenado, de imaginación lenta, y era sobrio. Su palabra fue escuchada con estupor e interés, y en seguida no faltó quien dijera que también él había encontrado a un frac con calavera.

Las personas sensatas que oyeron hablar de aquella historia afirmaron al principio que Joseph Buquet había sido víctima de una broma de alguno de sus subordinados. Y luego se produjeron, uno tras otro, incidentes tan curiosos e inexplicables, que los más avisados empezaron a inquietarse.

¡Un teniente de bomberos es valiente! No teme nada, y sobre todo no teme al fuego.

Pues bien, el teniente de bomberos en cuestión[2], que había ido a hacer una ronda de vigilancia por los sótanos y que se había aventurado, al parecer, algo más lejos de lo habitual, reapareció de repente en el escenario, pálido, aterrado, tembloroso, con los ojos fuera de las órbitas, y casi se desmayó en brazos de la noble madre de la pequeña Jammes. ¿Y por qué? Porque había visto avanzar hacia él, a la altura de su cabeza, pero sin cuerpo, ¡una cabeza de fuego! Y lo repito: un teniente de bomberos no teme al fuego.

Ese teniente de bomberos se llamaba Papin.

El cuerpo de baile quedó consternado. Primero, aquella cabeza de fuego no respondía en nada a la descripción que del Fantasma había hecho Joseph Buquet. Se interrogó bien al bombero, se interrogó de nuevo al jefe de maquinistas, tras lo cual aquellas señoritas quedaron convencidas de que el Fantasma tenía varias cabezas que cambiaba a su antojo. Naturalmente, imaginaron enseguida que corrían los mayores peligros. Desde el momento en que un teniente de bomberos no dudaba en desmayarse, corifeas y figurantes podían aducir muy buenas razones para el terror que las hacía huir con todas sus fuerzas cuando pasaban ante algún agujero oscuro de un corredor mal iluminado.

De modo que, para proteger en lo posible el monumento consagrado a tan horribles maleficios, la propia Sorelli, rodeada de todas las bailarinas y seguida incluso de toda la chiquillería de las clases pequeñas en malla, había —el día siguiente al incidente del teniente de bomberos— depositado sobre la mesa que hay en el vestíbulo del conserje, por el lado del patio de la administración, una herradura que cuantos entraran en la Ópera en calidad distinta a la de espectadores debían tocar antes de poner el pie en el primer peldaño de la escalera. Y eso so pena de caer en poder de la fuerza oculta que se había apoderado del edificio, de los sótanos al desván.

Esa herradura, como toda esta historia — ¡ay! —, no me la he inventado, y puede verse aún hoy en la mesa del vestíbulo, ante el cuarto del conserje, cuando se entra en la Ópera por el patio de la administración.

Todo lo dicho da una idea bastante rápida del estado de ánimo de aquellas señoritas la noche en que entramos con ellas en el camerino de la Sorelli.

— ¡Es el Fantasma! — había exclamado, pues, la pequeña Jammes.

Y la inquietud de las bailarinas no había hecho más que crecer. Ahora reinaba en el camerino un silencio angustioso. No se oía más que el rumor de las respiraciones entrecortadas. Al fin, Jammes, lanzándose con señales de sincero espanto hasta el rincón más recóndito de la pared, murmuró una sola palabra:

— ¡Escuchad!

En efecto, a todos les pareció oír un roce detrás de la puerta. Ningún ruido de pasos. Habría dicho uno que era una seda ligera deslizándose sobre el panel. Luego, nada. La Sorelli intentó mostrarse menos pusilánime que sus compañeras. Se acercó a la puerta y preguntó con voz blanca:

— ¿Quién está ahí?

Pero nadie le respondió.

Entonces, sintiéndose observada por todos los ojos que espiaban sus menores gestos, se obligó a ser valiente y dijo muy alto:

— ¿Hay alguien detrás de la puerta?

— ¡Oh, sí! ¡Sí! Seguramente hay alguien detrás de la puerta — repitió aquella ciruelita seca de Meg Giry, que retuvo heroicamente a la Sorelli por su falda de gasa—. Sobre todo, ¡no abra! Dios mío, ¡no abra!

Pero la Sorelli, armada con un estilete que nunca la abandonaba, se atrevió a hacer girar la llave en la cerradura y a abrir la puerta, mientras las bailarinas retrocedían hasta el tocador y Meg Giry suspiraba:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

La Sorelli miró valientemente al corredor. Estaba desierto; una mariposa de fuego, en su prisión de cristal, proyectaba un fulgor rojo y equívoco en el

seno de las tinieblas circundantes, sin llegar a disiparlas. Y la bailarina volvió a cerrar vivamente la puerta con un hondo suspiro.

—No —dijo—, no hay nadie.

—Y sin embargo, le vimos —afirmó de nuevo Jammes, recobrando a pasitos temerosos su lugar junto a la Sorelli—. Debe de estar por ahí, rondando. Yo no vuelvo a vestirme. Deberíamos bajar todas juntas al foyer, ahora mismo, para el «discurso», y volver también todas juntas.

Dicho esto, la joven tocó piadosamente el dedito de coral destinado a conjurar la mala suerte. Y la Sorelli trazó, disimuladamente, con la punta de la uña rosada de su pulgar derecho, una cruz de San Andrés sobre el anillo de madera que ceñía el anular de su mano izquierda.

«La Sorelli —ha escrito un célebre cronista— es una bailarina alta, hermosa, de rostro grave y voluptuoso, de cintura tan flexible como una rama de sauce; se dice comúnmente de ella que es «una hermosa criatura». Sus cabellos rubios y puros como el oro coronan una frente mate bajo la que se engastan dos ojos de esmeralda. Su cabeza se balancea suavemente como un airón sobre un cuello largo, elegante y orgulloso. Cuando baila, tiene cierto movimiento de caderas indescriptible que comunica a todo su cuerpo un estremecimiento de inefable languidez. Cuando levanta los brazos y se inclina para iniciar una pirueta, acusando así todo el dibujo del corpiño, y la inclinación del cuerpo hace resaltar la cadera de esta deliciosa mujer, parece que es un cuadro capaz de hacerse saltar la tapa de los sesos.»

En cuanto a sesos, parece probado que no tuvo muchos. Nadie se lo reprochaba.

Dijo aún a las pequeñas bailarinas:

—¡Niñas, hay que «reponerse»!... ¿El Fantasma? Puede que nadie le haya visto nunca...

—¡Sí, sí! ¡Le hemos visto! ¡Le hemos visto hace un momento! —repi-
tieron las pequeñas—. ¡Tenía la calavera y su frac, como la noche en que se le apareció a Joseph Buquet!

—¡Y Gabriel también le vio! —dijo Jammes—. Ayer mismo. Ayer por la tarde... ¡en pleno día!

—¿Gabriel, el maestro de canto?

—Pero sí... ¡Cómo! ¿No lo sabe usted?

—¿Y llevaba su frac, en pleno día?

—¿Quién? ¿Gabriel?

—¡Pero no! ¿El Fantasma?

—¡Pues claro que llevaba su frac! —afirmó Jammes—. El propio Gabriel me lo dijo... Y fue precisamente por eso por lo que le reconoció. Y así fue como ocurrió. Gabriel estaba en el despacho del regidor. De repente se abrió la puerta. Era el Persa que entraba. Ya saben si el Persa tiene «mal de ojo».

—¡Oh, sí! —respondieron en coro las pequeñas bailarinas, que en cuanto evocaron la imagen del Persa hicieron cuernos al Destino extendiendo el índice y el meñique, con el dedo medio y el anular replegados sobre la palma y retenidos por el pulgar.

—... ¡Y si Gabriel es supersticioso! —prosiguió Jammes—. Aunque es siempre educado, y cuando ve al Persa se contenta con meter tranquilamente la mano en el bolsillo y tocar sus llaves... Pues bien, en cuanto la puerta se abrió ante el Persa, Gabriel de un salto fue del sillón donde estaba sentado hasta la cerradura del armario, ¡para tocar hierro! Con ese movimiento rasgó en un clavo todo un faldón de su gabán. Al apresurarse para salir, fue a darse con la frente contra una percha y se hizo un chichón enorme; luego, al retroceder bruscamente, se arañó el brazo en el biombo junto al piano; quiso apoyarse en el piano, pero tan desafortunadamente que la tapa le cayó encima de las manos y le aplastó los dedos; salió disparado como un loco del despacho y por último pisó tan mal al bajar la escalera que rodó de espaldas por todos los peldaños del primer piso. Yo pasaba en ese momento con mamá. Nos precipitamos a levantarlo. Estaba todo magullado y tenía la cara llena de sangre, de modo que nos dio un susto tremendo. Pero en seguida se puso a sonreírnos y a exclamar: «¡Gracias a Dios por haberla pagado tan barato!» Entonces le preguntamos qué había pasado y nos contó todo su miedo. Le vino porque había visto, detrás del Persa, ¡al Fantasma! ¡Al Fantasma con la calavera, tal como le había descrito Joseph Buquet!

Un murmullo aterrorizado saludó el final de esa historia, a cuyo término llegó Jammes completamente sin aliento, de tanto como la había narrado a

toda prisa, como si el Fantasma la persiguiera. Y luego se hizo un nuevo silencio que interrumpió, a media voz, la pequeña Giry, mientras la Sorelli, muy emocionada, se pulía las uñas.

—Joseph Buquet haría mejor en callarse —pronunció la ciruela.

—¿Y por qué ha de callarse? —le preguntaron.

—Es lo que dice mamá... —replicó Meg, completamente en voz baja esta vez, mirando en derredor como si temiera ser oída por oídos distintos de los que allí se encontraban.

—¿Y por qué lo dice tu madre?

—Chsss... Mamá dice que al Fantasma no le gusta que le molesten.

—¿Y por qué dice eso tu madre?

—Porque... Porque... nada.

Esa reticencia sabia fue capaz de exasperar la curiosidad de aquellas señoritas, que se agolparon en torno a la pequeña Giry suplicándole que se explicara. Estaban allí, hombro con hombro, inclinadas en un mismo movimiento de súplica y de espanto. Se contagiaban mutuamente el miedo, disfrutando de él con un placer agudo que las helaba.

—¡He jurado no decir nada! —insistió Meg, en un susurro.

Pero no le daban tregua, y prometieron tan bien guardar el secreto que Meg, que ardía en deseos de contar lo que sabía, comenzó, con los ojos fijos en la puerta:

—Es por el palco...

—¿Qué palco?

—¡El palco del Fantasma!

—¿El Fantasma tiene un palco?

Ante la idea de que el Fantasma tuviera su palco, las bailarinas no pudieron contener la funesta alegría de su estupefacción. Lanzaron pequeños suspiros. Dijeron:

—¡Dios mío! Cuenta... cuenta...

—Más bajo —ordenó Meg—. Es el primer palco, número 5, ya sabéis, el primer palco junto al proscenio izquierdo.

—¡No puede ser!

—Es lo que os digo... Es mamá quien está de acomodadora en él... Pero juradme bien que no vais a contar nada.

—Sí, sí, venga...

—Pues bien, es el palco del Fantasma... Nadie ha venido desde hace más de un mes, excepto el Fantasma, naturalmente, y se ha dado orden a la administración de no alquilarlo jamás...

—¿Y es verdad que el Fantasma va?

—Sí...

—¿Entonces va alguien?

—¡Pero no! El Fantasma va y no hay nadie.

Las pequeñas bailarinas se miraron unas a otras. Si el Fantasma iba al palco, debería vérselo, puesto que llevaba frac y calavera. Eso fue lo que dieron a entender a Meg, pero ésta les replicó:

—¡Precisamente! ¡No se le ve al Fantasma! Y no lleva ni frac ni calavera... Todo lo que se ha contado de su calavera y de su cabeza de fuego son tonterías. No tiene nada de eso... Sólo se le oye cuando está en el palco. Mamá nunca le ha visto, pero sí le ha oído. Mamá lo sabe bien, porque es ella quien le da el programa.

La Sorelli creyó deber intervenir:

—Pequeña Giry, te estás burlando de nosotras.

Entonces la pequeña Giry se echó a llorar.

—Habría hecho mejor en callarme... ¡si mamá llegara a saberlo! Pero de seguro que Joseph Buquet tiene razón en no meterse en cosas que no le incumben... eso le traerá mala suerte... mamá lo decía ayer por la noche...

En ese momento se oyeron en el corredor pasos vigorosos y apresurados y una voz sofocada que gritaba:

—¡Cécile! ¡Cécile! ¿Estás ahí?

— ¡Es la voz de mamá! — dijo Jammes—. ¿Qué pasa?

Y abrió la puerta. Una honorable señora, tallada como un granadero pomeranio, se precipitó en el camerino y se dejó caer gimiendo en un sillón. Sus ojos rodaban desquiciados, iluminando lúgubrementemente su cara de ladrillo cocido.

— ¡Qué desgracia! — exclamó—. ¡Qué desgracia!

— ¿Qué? ¿Qué?

— Joseph Buquet...

— ¿Qué pasa con Joseph Buquet?

— ¡Joseph Buquet ha muerto!

El camerino se llenó de exclamaciones, de asombradas protestas, de espantadas peticiones de explicación...

— Sí... acaban de encontrarle colgado en el tercer sótano... Pero lo más terrible — continuó jadeando la pobre honorable señora —, lo más terrible es que los maquinistas que han encontrado su cuerpo aseguran que en torno al cadáver se oía como un rumor que se parecía al canto de los muertos.

— ¡Es el Fantasma! — dejó escapar, como a pesar suyo, la pequeña Giry; pero se repuso de inmediato, con los puños en la boca —: ¡No!... ¡No!... ¡No he dicho nada!... ¡No he dicho nada!...

A su alrededor, todas sus compañeras, aterradas, repetían en voz baja:

— ¡Seguro que es el Fantasma!...

La Sorelli estaba pálida...

— Jamás podré decir mi discurso — dijo.

La madre de Jammes dio su opinión vaciando un vasito de licor que había sobre una mesa: debía de haber Fantasma en el asunto...

La verdad es que nunca se supo bien cómo había muerto Joseph Buquet. La investigación, sumaria, no dio ningún resultado, al margen del suicidio natural. En las Memorias de un Director, el señor Moncharmin, que era uno de los dos directores sucesores de los señores Debienne y Poligny, relata así el incidente del ahorcado:

«Un desgraciado accidente vino a turbar la pequeña fiesta que los señores Debienne y Poligny se habían dado para celebrar su partida. Estaba yo en el despacho de la dirección cuando vi entrar de repente a Mercier — el administrador—. Venía loco de angustia anunciándome que acababan de descubrir, ahorcado en el tercer sótano del escenario, entre un telón de bastidores y un decorado del Rey de Lahore, el cuerpo de un maquinista. Exclamé: "¡Vamos a descolgarlo!" El tiempo que tardé en bajar la escalera y descender por la escala del portante, el ahorcado ya no tenía su cuerda.»

He aquí, pues, un suceso que el señor Moncharmin encuentra natural. Un hombre está colgado al extremo de una cuerda, se va a descolgarlo, la cuerda ha desaparecido. ¡Oh, el señor Moncharmin ha encontrado una explicación muy sencilla! Escúchenle: era la hora del baile, y corifeas y figurantes habían tomado bien pronto sus precauciones contra el mal de ojo. Un punto, y nada más. Se imaginan al cuerpo de baile bajando por la escala del portante y repartiéndose la cuerda del ahorcado en menos tiempo del que se tarda en escribirlo. No es serio. Cuando pienso, por el contrario, en el lugar exacto donde el cuerpo fue encontrado — en el tercer sótano del escenario —, imagino que pudo haber en algún lugar cierto interés en que esa cuerda desapareciera una vez cumplido su cometido; y ya veremos si me equivoco al tener esa imaginación.

La siniestra noticia se había extendido rápidamente de arriba abajo por la Ópera, donde Joseph Buquet era muy querido. Los camerinos se vaciaron, y las pequeñas bailarinas, agrupadas en torno a la Sorelli como ovejas temerosas en torno al pastor, tomaron el camino del foyer, a través de los corredores y las escaleras mal iluminadas, trotando con toda la presteza de sus pequeñas patas rosas.

[2] También esta anécdota me la dio por completamente auténtica el propio señor Pedro Gailliard, antiguo director de la Ópera.

II

LA NUEVA MARGARITA

En el primer rellano, la Sorelli se tropezó con el conde de Chagny, que subía. El conde, ordinariamente tan sereno, mostraba una gran agitación.

—Iba a su camerino —dijo el conde saludando a la joven con suma galantería—. ¡Ah, Sorelli, qué hermosa noche! ¡Y Christine Daaé, qué triunfo!

—¡Imposible! —protestó Meg Giry—. ¡Hace seis meses cantaba como una olla! Pero déjenos pasar, querido conde —añadió la chiquilla con una reverencia traviesa—. Vamos a enterarnos de lo que le ha pasado a un pobre hombre al que han encontrado ahorcado.

En ese momento pasaba afanoso el administrador, que se detuvo brusca-mente al oír las palabras.

—¡Cómo! ¿Ya lo saben, señoritas? —dijo en tono bastante brusco—. Bien, no hablen de ello... y sobre todo que los señores Debienne y Poligny no se enteren. Les daría demasiada pena en su último día.

Todo el mundo se encaminó hacia el foyer de la danza, que ya estaba invadido.

El conde de Chagny tenía razón; jamás gala alguna fue comparable a aquélla; los privilegiados que asistieron a ella se la cuentan aún a sus hijos y nietos con emocionado recuerdo. Piensen que Gounod, Reyer, Saint-Saëns, Massenet, Guiraud y Delibes subieron por turno al podio del director de orquesta y dirigieron ellos mismos la interpretación de sus obras. Tuvieron,

entre otros intérpretes, a Faure y a la Krauss, y fue aquella noche cuando se reveló al París asombrado y embriagado aquella Christine Daaé de cuyo misterioso destino quiero dar cuenta en esta obra.

Gounod había hecho ejecutar La marcha fúnebre de una marioneta; Reyer, su bella obertura de Sigurd; Saint-Saëns, La danza macabra y una Ensoñación oriental; Massenet, una Marcha húngara inédita; Guiraud, su Carnaval; Delibes, el vals lento de Sylvia y los pizzicati de Coppélia. Las señoritas Krauss y Denise Bloch habían cantado: la primera, el bolero de Las vísperas sicilianas; la segunda, el brindisi de Lucrecia Borgia.

Pero todo el triunfo había sido para Christine Daaé, que se hizo oír primero en algunos pasajes de Romeo y Julieta. Era la primera vez que la joven artista cantaba esa obra de Gounod, que por lo demás no había sido trasladada aún a la Ópera y que la Ópera Cómica acababa de reponer mucho tiempo después de que hubiera sido estrenada en el antiguo Théâtre-Lyrique por la señora Carvalho. ¡Ah, hay que compadecerse de quienes no oyeron a Christine Daaé en ese papel de Julieta, que no conocieron su gracia ingenua, que no se estremecieron ante los acentos de su voz seráfica, que no sintieron volar su alma con el alma de ella por encima de las tumbas de los amantes de Verona: «¡Señor! ¡Señor! ¡Señor! ¡Perdonadnos!»

Pues bien, todo eso no era nada en comparación con los acentos sobrehumanos que hizo escuchar en el acto de la prisión y en el trío final del Fausto, que cantó en sustitución de la Carlotta, indispuesta. ¡Nunca se había oído, nunca se había visto nada semejante!

Aquello era «la nueva Margarita» que revelaba la Daaé, una Margarita de un esplendor, de un resplandor todavía insospechados.

La sala entera había saludado con mil clamores su inefable emoción a Christine, que sollozaba y desfallecía entre los brazos de sus compañeras. Tuvieron que transportarla a su camerino. Parecía haber rendido el alma. El gran crítico P. de St-V. fijó el recuerdo imborrable de ese minuto maravilloso en una crónica que tituló precisamente La nueva Margarita. Como el gran artista que era, descubría sencillamente que esa hermosa y dulce muchacha había aportado aquella noche a las tablas de la Ópera algo más que su arte: su corazón. Ninguno de los amigos de la Ópera ignoraba que el corazón de Christine había permanecido puro como a los quince años, y P. de St-V. declaraba «que para comprender lo que acababa de ocurrirle a la

Daaé, se hallaba en la necesidad de imaginar que acababa de amar por primera vez. Quizás sea indiscreto —añadía—, pero sólo el amor es capaz de obrar un milagro semejante, una transformación tan deslumbrante. Oímos a Christine Daaé hace dos años en su concurso del Conservatorio, y nos dio una esperanza encantadora. ¿De dónde viene lo sublime de hoy? Si no desciende del cielo en alas del amor, tendré que pensar que sube del infierno y que Christine, como el maestro cantor Ofterdingen, ha firmado un pacto con el Diablo. ¡Quien no ha oído cantar a Christine el trío final del Fausto no conoce el Fausto: la exaltación de la voz y el sagrado arrebatado de un alma pura no pueden ir más lejos!»

Sin embargo, algunos abonados protestaban. ¿Cómo habían podido ocultarles durante tanto tiempo semejante tesoro? Christine Daaé había sido hasta entonces una Siebel aceptable al lado de aquella Margarita demasiado esplendorosamente material que era la Carlotta. ¡Y había hecho falta la incomprendible e inexcusable ausencia de la Carlotta en aquella velada de gala para que, de improviso, la pequeña Daaé pudiera dar toda su medida en una parte del programa reservada a la diva española! En fin, ¿cómo, privados de la Carlotta, los señores Debiegne y Poligny habían recurrido a la Daaé? ¿Conocían entonces su genio oculto? Y si lo conocían, ¿por qué lo ocultaban? ¿Y ella por qué lo ocultaba? Cosa extraña, no se le conocía ningún profesor en activo. Había declarado en varias ocasiones que en adelante estudiaría sola. Todo eso era muy inexplicable.

El conde de Chagny había asistido, de pie en su palco, a ese delirio y se había sumado a él con sus sonoros aplausos.

El conde de Chagny (Felipe-Jorge-María) tenía entonces exactamente cuarenta y un años. Era un gran señor y un hombre apuesto. De estatura superior a la media, de rostro agradable pese a la frente dura y los ojos algo fríos, era de una refinada cortesía con las mujeres y algo altivo con los hombres, que no siempre le perdonaban sus éxitos en el mundo. Tenía un corazón excelente y una conciencia honrada. Por la muerte del viejo conde Filiberto, se había convertido en el jefe de una de las familias más ilustres y más antiguas de Francia, cuya nobleza se remontaba a Luis el Obstinado. La fortuna de los Chagny era considerable, y cuando el viejo conde, que era viudo, murió, no fue tarea pequeña para Felipe la que tuvo que aceptar de administrar tan pesado patrimonio. Sus dos hermanas y su hermano Raoul no quisieron oír hablar de división, y permanecieron en indivisión, confián-

dolo todo a Felipe, como si el derecho de primogenitura no hubiera dejado de existir. Cuando las dos hermanas se casaron —el mismo día—, recogieron sus partes de las manos del hermano, no como cosa propia suya, sino como una dote por la que le expresaron su agradecimiento.

La condesa de Chagny —nacida de Moerogis de la Martynière— había muerto dando a luz a Raoul, nacido veinte años después de su hermano mayor. Cuando murió el viejo conde, Raoul tenía doce años. Felipe se ocupó activamente de la educación del muchacho. Fue admirablemente secundado en esa tarea por las hermanas primero y luego por una vieja tía, viuda de marino, que habitaba en Brest y que inculcó al joven Raoul el gusto por las cosas del mar. El joven ingresó en la Escuela Naval, salió entre los primeros y llevó a cabo tranquilamente su vuelta al mundo. Gracias a poderosos apoyos, acababa de ser designado para formar parte de la expedición oficial del Requin, encargada de buscar entre los hielos del polo a los supervivientes de la expedición del d'Artois, de la que no se tenían noticias desde hacía tres años. Mientras tanto, disfrutaba de una larga licencia que no debía terminar hasta dentro de seis meses, y las señoras de la nobleza del barrio aristocrático, al ver a aquel apuesto muchacho de apariencia tan frágil, ya le compadecían por los rudos trabajos que le esperaban.

La timidez de ese marino —casi me atrevería a decir su inocencia— era notable. Parecía haber salido la víspera de las manos de las mujeres. De hecho, mimado por sus dos hermanas y por su vieja tía, había conservado de aquella educación puramente femenina unos modales casi cándidos, impregnados de un encanto que nada, hasta entonces, había podido empañar. Por aquella época tenía algo más de veintiún años y aparentaba dieciocho. Lucía un pequeño bigote rubio, hermosos ojos azules y un cutis de muchacha.

Felipe mimaba mucho a Raoul. Primero, estaba muy orgulloso de él y preveía con alegría una carrera gloriosa para su hermano menor en aquella marina donde uno de sus antepasados, el famoso Chagny de La Roche, había tenido rango de almirante. Aprovechaba la licencia del joven para mostrarle París, que éste apenas conocía en lo que podía ofrecer de alegría lujosa y placer artístico.

El conde estimaba que a la edad de Raoul demasiada cordura ya no es del todo cordura. Felipe era un carácter muy bien equilibrado, comedido tanto

en el trabajo como en los placeres, siempre de una conducta intachable, incapaz de dar a su hermano un mal ejemplo. Le llevaba a todas partes consigo. Le hizo conocer incluso el foyer de la danza. Sé bien que se decía que el conde era «muy íntimo» con la Sorelli. Pero ¿podía hacérsele un crimen a ese gentilhomme, que había permanecido soltero y que, por lo tanto, tenía bastante tiempo libre delante de él, sobre todo desde que sus hermanas estaban casadas, de ir a pasar una hora o dos, después de cenar, en compañía de una bailarina que, evidentemente, no era muy, muy inteligente, pero que tenía los ojos más bonitos del mundo? Y además hay lugares en los que un verdadero parisino, cuando ocupa el rango del conde de Chagny, debe dejarse ver; y en aquella época, el foyer de la danza de la Ópera era uno de esos lugares.

En fin, quizás Felipe no hubiera llevado a su hermano a los bastidores de la Academia Nacional de Música de no haber sido Raoul el primero en pedírselo en repetidas ocasiones, con una suave obstinación de la que el conde habría de acordarse más tarde.

Felipe, tras aplaudir aquella noche a la Daaé, se había vuelto hacia Raoul y le había visto tan pálido que se había asustado.

—¿No ve usted que esa mujer se ha desmayado? —había dicho Raoul.

En efecto, en el escenario había que sostener a Christine Daaé.

—Eres tú quien va a desmayarse... —dijo el conde inclinándose hacia Raoul—. ¿Qué te pasa?

Pero Raoul ya estaba de pie.

—Vamos —dijo con voz temblorosa.

—¿A dónde quieres ir, Raoul? —preguntó el conde, sorprendido por la emoción en que encontraba a su hermano menor.

—Pero ¡a verla! ¡Es la primera vez que canta así!

El conde miró a su hermano con curiosidad y una leve sonrisa vino a inscribirse en el comisura de su labio divertido.

—¡Vaya!... —Y añadió enseguida—: ¡Vamos! ¡Vamos!

Tenía un aire encantado.

Llegaron pronto a la entrada de los artistas, que estaba muy concurrida. Mientras esperaba poder penetrar en el escenario, Raoul se desgarraba inconscientemente los guantes. Felipe, que era bueno, no se burló de su impaciencia. Pero ya estaba informado. Sabía ahora por qué Raoul estaba distraído cuando le hablaba, y también por qué parecía tomar tan vivo placer en reconducir todos los temas de conversación a la Ópera.

Penetraron en el escenario.

Una multitud de fracs se apiñaba hacia el foyer de la danza o se dirigía hacia los camerinos de los artistas. A los gritos de los maquinistas se mezclaban las vehementes interpelaciones de los jefes de servicio. Los figurantes del último cuadro que se van, las «marchadoras» que os empujan, un portante que pasa, un telón de fondo que baja del telar, un practicable que se asegura a grandes martillazos, el eterno «¡paso al teatro!» que resuena en vuestros oídos como la amenaza de alguna nueva catástrofe para vuestro sombrero de copa o de un sólido golpe en los riñones: tal es el habitual acontecer de los entreactos, que no deja nunca de desconcertar a un novato como el joven del pequeño bigote rubio, los ojos azules y el cutis de muchacha, que cruzaba, lo más deprisa que el gentío le permitía, ese escenario en el que Christine Daaé acababa de triunfar y bajo el cual Joseph Buquet acababa de morir.

Aquella noche la confusión nunca había sido más completa, pero Raoul nunca había estado menos tímido. Apartaba con el hombro cuanto se le ponía delante, sin preocuparse de lo que se decía a su alrededor, sin intentar comprender las alarmadas palabras de los maquinistas. Estaba únicamente absorto en el deseo de ver a aquella cuya mágica voz le había arrancado el corazón. Sí, sentía bien que su pobre corazón reciente ya no le pertenecía. Había intentado defenderlo desde el día en que Christine, a la que había conocido de muy niña, se le había reaparecido. Había experimentado ante ella una emoción muy dulce que había querido ahuyentar, reflexionando, porque se había jurado, tanto era el respeto que se tenía a sí mismo y a su fe, no amar sino a la que sería su esposa; y no podía, naturalmente, ni por un instante pensar en casarse con una cantante; pero he aquí que a la emoción muy dulce había sucedido una sensación atroz. ¿Sensación? ¿Sentimiento? Había en ello algo de físico y algo de moral. Le dolía el pecho, como si alguien se lo hubiera abierto para arrancarle el corazón. Sentía allí un vacío espantoso, un hueco real que ya jamás podría ser llenado sino por

el corazón de la otra. Son esos sucesos de una psicología particular que, al parecer, sólo pueden comprender quienes han sido alcanzados, por el amor, por ese extraño golpe llamado, en el lenguaje corriente, «flechazo».

El conde Felipe apenas podía seguirle. Seguía sonriendo.

Al fondo del escenario, pasada la doble puerta que se abre sobre los peñaños que conducen al foyer y sobre los que llevan a los camerinos de la izquierda de la planta baja, Raoul tuvo que detenerse ante el pequeño grupo de figurantes que, bajadas en ese momento de su guardilla, atestaban el pasillo por el que él quería pasar. Más de una palabra ingeniosa le dispararon unos labios pintados a los que no respondió; al fin pudo pasar y se adentró en la oscuridad de un corredor lleno del bullicio de entusiastas admiradores. Un nombre cubría todos los rumores: ¡Daaé! ¡Daaé! El conde, detrás de Raoul, se decía: «El bribón conoce el camino», y se preguntaba cómo lo había aprendido. Nunca él mismo había llevado a Raoul al camerino de Christine. Había que creer que éste había ido solo mientras el conde se quedaba como de costumbre charlando en el foyer con la Sorelli, que le pedía a menudo que se quedara cerca de ella hasta el momento en que salía al escenario, y que tenía a veces esa maniática tiranía de darle a guardar las pequeñas polainas con las que bajaba de su camerino y con las que preservaba el brillo de sus zapatos de raso y la limpieza de su malla color carne. La Sorelli tenía una excusa: había perdido a su madre.

El conde, reservando para más tarde la visita que debía a la Sorelli, seguía así el corredor que conducía al camerino de la Daaé, y comprobaba que jamás ese pasillo había estado tan concurrido como aquella noche, en que todo el teatro parecía trastornado por el éxito de la artista y también por su desmayo. Pues la hermosa muchacha no había recobrado aún el conocimiento, y habían ido a buscar al médico del teatro, que llegó en ese momento, abriendo paso a los grupos y seguido de cerca por Raoul, que le pisaba los talones.

Así, el médico y el enamorado se encontraron al mismo tiempo junto a Christine, que recibió los primeros cuidados del uno y abrió los ojos en brazos del otro. El conde se había quedado, con muchos otros, en el umbral de la puerta ante la que se agolpaban.

—¿No les parece, doctor, que estos caballeros deberían «desalojar» un poco el camerino? —preguntó Raoul con una audacia increíble—. Aquí ya

no se puede respirar.

—Tiene usted toda la razón —asintió el doctor, y echó a todo el mundo, a excepción de Raoul y de la doncella.

Ésta miraba a Raoul con ojos agrandados por el más sincero desconcierto. Nunca le había visto.

No se atrevió, sin embargo, a interrogarle.

Y el médico supuso que si el joven actuaba así, era evidentemente porque tenía derecho a ello. De modo que el vizconde permaneció en ese camerino contemplando a la Daaé que volvía a la vida, mientras los dos directores, los propios señores Debienne y Poligny, que habían venido a expresar su admiración a su pensionaria, eran rechazados al corredor, junto con los fracs. El conde de Chagny, arrojado como los demás al pasillo, se reía a mandíbula batiente.

—¡Ah, el bribón! ¡Ah, el bribón!

Y añadía para sus adentros: ¡Fiarse de esos jovencuelos que se las dan de niñas! Era radiante. Concluyó: «¡Es un Chagny!» Y se dirigió hacia el camerino de la Sorelli; pero ésta bajaba al foyer con su pequeño rebaño tembloroso de miedo, y el conde se la encontró en el camino, como quedó dicho.

En el camerino, Christine Daaé había lanzado un profundo suspiro al que respondió un gemido. Volvió la cabeza y vio a Raoul, y se estremeció. Miró al médico, al que sonrió, luego a su doncella, luego de nuevo a Raoul.

—Señor —preguntó a éste con voz que no era aún más que un soplo—, ¿quién es usted?

—Señorita —respondió el joven, hincando una rodilla en tierra y depositando un ardiente beso en la mano de la diva—, señorita, soy el niño que fue a recoger su pañuelo del mar.

Christine miró de nuevo al médico y a la doncella, y los tres se pusieron a reír. Raoul se levantó muy colorado.

—Señorita, ya que no tiene a bien reconocerme, quisiera decirle algo en particular, algo muy importante.

—Cuando me encuentre mejor, señor, ¿quiere?... —y su voz temblaba—. Es usted muy amable...

—Pero tiene que irse... —añadió el médico con su sonrisa más afable—. Deje que cuide a la señorita.

—No estoy enferma —dijo de pronto Christine con una energía tan extraña como inesperada.

Y se puso en pie, pasándose rápidamente una mano por los párpados.

—¡Gracias, doctor! Necesito estar sola... Váyanse todos, se lo ruego... Déjenme... Esta noche estoy muy nerviosa...

El médico quiso articular algunas protestas, pero ante la agitación de la joven estimó que el mejor remedio para tal estado consistía en no contrariarla. Y se fue con Raoul, que se encontró en el corredor muy desconcertado. El doctor le dijo:

—Esta noche no la reconozco; ella, que de ordinario es tan dulce...

Y le dejó.

Raoul estaba solo. Toda esa parte del teatro estaba ahora desierta. Debía de estarse celebrando la ceremonia de despedida en el foyer de la danza. Raoul pensó que la Daaé iría quizás allí, y esperó en la soledad y el silencio. Se escondió incluso en la sombra propicia de un rincón de puerta. Seguía sintiendo ese espantoso dolor en el lugar del corazón. Y de eso era de lo que quería hablarle a la Daaé sin demora. De repente el camerino se abrió y vio salir a la doncella, sola, cargada con paquetes. La detuvo al pasar y le preguntó noticias de su señora. Ella le respondió riendo que aquélla se encontraba perfectamente, pero que no debía molestarla porque deseaba estar sola. Y se escurrió. Una idea cruzó el encendido cerebro de Raoul: evidentemente la Daaé quería estar sola para él... ¿Acaso no le había dicho que deseaba hablarle en particular, y no era eso la razón por la que había hecho el vacío a su alrededor? Apenas respirando, se acercó a su camerino y, con el oído pegado a la puerta para oír lo que le responderían, se dispuso a llamar. Pero su mano cayó. Acababa de percibir, en el camerino, una voz de hombre que decía en una entonación singularmente autoritaria:

—¡Christine, hay que amarme!

Y la voz de Christine, dolorosa, que se adivinaba acompañada de lágrimas, una voz temblorosa, respondía:

—¿Cómo puede usted decirme eso? ¡Yo que sólo canto para usted!

Raoul se apoyó en el panel, de tanto como sufría. Su corazón, que creía partido para siempre, había vuelto a su pecho y le golpeaba de forma retumbante. Todo el corredor resonaba con ello, y los oídos de Raoul quedaban como ensordecidos por ello. Si su corazón continuaba haciendo tanto ruido, iban a oírle, iban a abrirse la puerta y el joven quedaría vergonzosamente expulsado. ¡Qué situación para un Chagny! ¡Escuchar detrás de una puerta! Tomó su corazón con ambas manos para hacerlo callar. Pero un corazón no es el hocico de un perro; e incluso cuando se tiene el hocico de un perro sujeto con ambas manos —el de un perro que ladra insoportablemente—, siempre se le oye gruñir.

La voz del hombre reanudó:

—¿Estará usted muy cansada?

—Oh, esta noche le he dado mi alma y he muerto.

—Tu alma es muy hermosa, hija mía —respondió la grave voz masculina—, y te lo agradezco. Ningún emperador ha recibido un regalo semejante. Los ángeles han llorado esta noche.

Tras estas palabras —los ángeles han llorado esta noche—, el vizconde no oyó ya nada más.

Sin embargo, no se fue; pero como temía ser sorprendido, se retiró a su rincón de sombra, decidido a esperar allí hasta que el hombre abandonara el camerino. A esa misma hora acababa de aprender el amor y el odio. Sabía que amaba. Quería saber a quién odiaba. Para su gran estupefacción la puerta se abrió, y Christine Daaé, envuelta en pieles y con el rostro oculto bajo una encaje, salió sola. Volvió a cerrar la puerta, pero Raoul observó que no la cerraba con llave. Ella pasó. Él ni siquiera la siguió con los ojos, porque sus ojos estaban en la puerta que no se volvía a abrir. Entonces, estando el corredor de nuevo desierto, lo cruzó. Abrió la puerta del camerino y la cerró enseguida tras de sí. Se encontraba en la más opaca oscuridad. Habían apagado el gas.

— ¡Hay alguien aquí! — dijo Raoul con voz vibrante —. ¿Por qué se oculta?

Y dicho esto se apoyaba siempre de espaldas en la puerta cerrada.

La noche y el silencio. Raoul no oía más que el rumor de su propia respiración. Desde luego no se daba cuenta de que la indiscreción de su conducta sobrepasaba todo lo imaginable.

— ¡No saldrá de aquí hasta que yo lo permita! — exclamó el joven —. ¡Si no me responde, es un cobarde! ¡Pero yo lo desenmascararé!

Y encendió una cerilla. La llama iluminó el camerino. No había nadie en el camerino. Raoul, tras haber cuidado de cerrar la puerta con llave, encendió los globos y las lámparas. Penetró en el tocador, abrió los armarios, buscó, palpó con sus manos húmedas las paredes. Nada.

— Vamos — dijo en voz alta —, ¿es que me estoy volviendo loco?

Permaneció así diez minutos escuchando el silbido del gas en la quietud de aquel camerino abandonado; enamorado, ni siquiera pensó en robar una cinta que le hubiera traído el perfume de ella. Salió, sin saber ya lo que hacía ni adónde iba. En un momento de su incoherente deambular, una corriente de aire helado le golpeó en el rostro. Estaba al pie de una angosta escalera por la que bajaba, detrás de él, un cortejo de obreros inclinados sobre una especie de camilla cubierta por una tela blanca.

— ¿La salida, por favor? — preguntó a uno de esos hombres.

— Ya la ve — le respondieron —. La puerta está abierta enfrente. Pero déjenos pasar.

Preguntó maquinalmente señalando la camilla:

— ¿Qué es eso?

El obrero respondió:

— Eso es Joseph Buquet, al que han encontrado ahorcado en el tercer sótano, entre un portante y un decorado del Rey de Lahore.

Se apartó ante el cortejo, saludó y salió.

III

**EN EL QUE, POR PRIMERA VEZ, LOS SEÑORES
DEBIENNE Y POLIGNY DAN, EN SECRETO, A LOS
NUEVOS DIRECTORES DE LA ÓPERA, LOS
SEÑORES ARMAND MONCHARMIN Y FIRMIN
RICHARD, LA VERDADERA Y MISTERIOSA RAZÓN
DE SU PARTIDA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE
MÚSICA**

Entretanto tenía lugar la ceremonia de las despedidas.

He dicho que esa magnífica fiesta había sido ofrecida, con motivo de su partida de la Ópera, por los señores Debienne y Poligny, que habían querido morir, como hoy se dice, en belleza.

Habían sido ayudados en la realización de ese programa ideal y fúnebre por todo cuanto entonces contaba en París en la sociedad y en las artes.

Todo ese mundo se había dado cita en el foyer de la danza, donde la Sorelli esperaba, una copa de champán en la mano y un pequeño discurso preparado en la punta de la lengua, a los directores dimisionarios. Detrás de ella, sus jóvenes y viejas compañeras del cuerpo de baile se apiñaban, unas charlando en voz baja de los sucesos del día, las otras dirigiendo disimuladamente señas de inteligencia a sus amigos, cuya parlanchina multitud

rodeaba ya el bufé dispuesto sobre el entablado inclinado, entre la danza guerrera y la danza campestre del señor Boulenger.

Algunas bailarinas ya se habían puesto sus trajes de calle; la mayoría conservaba aún su falda de gasa ligera; pero todas habían creído deber adoptar un semblante de circunstancias. Sólo la pequeña Jammes, cuyos quince primaveras parecían haber olvidado ya en su despreocupación — feliz edad— al fantasma y la muerte de Joseph Buquet, no dejaba de cotorrear, parlotear, brincar, gastar bromas, de tal modo que, al aparecer los señores Debienne y Poligny en los peldaños del foyer de la danza, la Sorelli la llamó al orden con severidad.

Todo el mundo notó que los señores directores dimisionarios tenían aire alegre, lo que en provincias a nadie le habría parecido natural, pero que en París fue considerado de muy buen gusto. Nunca será parisino quien no haya aprendido a ponerse una máscara de alegría sobre sus dolores y el «antifaz» de la tristeza, el tedio o la indiferencia sobre su íntima alegría. Sabéis que un amigo vuestro está en la pena; no intentéis consolarle, os dirá que ya está consolado; pero si le ha ocurrido algún suceso feliz, guardaos de felicitarle: le parece su buena fortuna tan natural que se extrañará de que se le hable de ella. En París se está siempre en el baile de máscaras, y no era en el foyer de la danza donde personajes tan «avisados» como los señores Debienne y Poligny hubieran cometido el error de mostrar su pesar, que era real. Y ya sonreían demasiado a la Sorelli, que comenzaba a recitar su discurso, cuando una reclamación de esa pequeña loca de Jammes vino a quebrar la sonrisa de los señores directores de forma tan brutal que el semblante de desolación y espanto que había debajo apareció a los ojos de todos:

— ¡El Fantasma de la Ópera!

Jammes había lanzado esa frase con un tono de indecible terror y su dedo señalaba en la multitud de los fracs un rostro tan pálido, tan lúgubre y tan feo, con los agujeros negros de las cuencas oculares tan profundos, que esa calavera así señalada obtuvo de inmediato un éxito loco.

— ¡El Fantasma de la Ópera! ¡El Fantasma de la Ópera!

Y se reía, y se empujaban, y se quería ofrecer de beber al Fantasma de la Ópera; pero había desaparecido. Se había deslizado entre la multitud y se le

buscó en vano, mientras dos ancianos caballeros intentaban calmar a la pequeña Jammes y la pequeña Giry lanzaba chillidos de pavo real.

La Sorelli estaba furiosa; no había podido terminar su discurso; los señores Debienne y Poligny la habían abrazado, dado las gracias y huido tan rápidos como el propio fantasma. Nadie se sorprendió, pues todo el mundo sabía que debían someterse a la misma ceremonia en el piso superior, en el foyer de canto, y que por último sus amigos íntimos serían recibidos una última vez en el gran vestíbulo del despacho directorial, donde les esperaba una verdadera cena.

Y allí es donde los encontraremos con los nuevos directores, los señores Armand Moncharmin y Firmin Richard. Los primeros apenas conocían a los segundos, pero se deshicieron en grandes protestas de amistad, a las que éstos correspondieron con mil cumplidos; de tal modo que los invitados que habían temido una velada algo desagradable mostraron de inmediato semblantes regocijados. La cena fue casi alegre y, presentándose la ocasión para varios brindis, el señor comisario del gobierno se mostró tan particularmente hábil, mezclando la gloria del pasado con los éxitos del porvenir, que muy pronto reinó la mayor cordialidad entre los comensales. La transmisión de los poderes directivos se había efectuado el día anterior, de la manera más sencilla posible, y las cuestiones que quedaban por resolver entre la antigua y la nueva dirección habían sido solucionadas bajo la presidencia del comisario del gobierno con tan gran deseo de entendimiento de una y otra parte, que en verdad no podía extrañarse nadie, en aquella memorable velada, de encontrar cuatro semblantes de directores tan risueños.

Los señores Debienne y Poligny ya habían entregado a los señores Armand Moncharmin y Firmin Richard las dos minúsculas llaves, los pasepartú que abrían todas las puertas de la Academia Nacional de Música — varios miles —. Y ágilmente esas pequeñas llaves, objeto de la curiosidad general, pasaban de mano en mano cuando la atención de algunos fue distraída por el descubrimiento que acababan de hacer, al extremo de la mesa, de aquella extraña, pálida y fantasmal figura de cuencas vacías que ya había aparecido en el foyer de la danza y que la pequeña Jammes había saludado con ese apóstrofe: «¡El Fantasma de la Ópera!»

Estaba allí como el más natural de los comensales, salvo que ni comía ni bebía.

Los que habían comenzado a mirarle sonriendo habían acabado por apartar la vista, tanto esa visión conducía inmediatamente el espíritu hacia los más fúnebres pensamientos. Nadie repitió la broma del foyer, nadie exclamó: «¡Ahí está el Fantasma de la Ópera!»

No había pronunciado una sola palabra, y sus propios vecinos no habrían podido decir en qué momento preciso había venido a sentarse allí; pero todos pensaron que si los muertos vuelven a veces a sentarse a la mesa de los vivos, no pueden mostrar un semblante más macabro. Los amigos de los señores Firmin Richard y Armand Moncharmin creyeron que ese comensal descarnado era un íntimo de los señores Debienne y Poligny, mientras que los amigos de los señores Debienne y Poligny pensaron que ese cadáver pertenecía a la clientela de los señores Richard y Moncharmin. De tal modo que ninguna petición de explicación, ninguna reflexión desagradable, ninguna facecia de mal gusto arriesgó herir a ese huésped ultraterreno. Algunos comensales al corriente de la leyenda del Fantasma y que conocían la descripción hecha por el jefe de maquinistas —ignoraban la muerte de Joseph Buquet— encontraban para sus adentros que el hombre del extremo de la mesa podría muy bien haber pasado por la realización viviente del personaje creado, según ellos, por la incorregible superstición del personal de la Ópera; y sin embargo, según la leyenda, el Fantasma no tenía nariz, y ese personaje sí la tenía; aunque el señor Moncharmin afirma en sus «memorias» que la nariz del comensal era transparente. «Su nariz —dice— era larga, fina y transparente», y yo añadiría que podía ser una nariz postiza. El señor Moncharmin pudo tomar por transparencia lo que no era sino brillo. Todo el mundo sabe que la ciencia fabrica admirables narices postizas para quienes han sido privados de ella por la naturaleza o por alguna operación. En realidad, ¿fue el Fantasma a sentarse aquella noche en el banquete de los directores sin haber sido invitado? ¿Y podemos estar seguros de que ese rostro era el del propio Fantasma de la Ópera? ¿Quién se atrevería a afirmarlo? Si hablo aquí de ese incidente, no es porque quiera por un instante hacer creer o intentar hacer creer al lector que el Fantasma fuera capaz de semejante audacia suprema, sino porque en suma la cosa es muy posible.

Y he aquí, al parecer, una razón suficiente para ello. El señor Armand Moncharmin, siempre en sus «memorias», dice textualmente —capítulo XI—: «Cuando pienso en esa primera velada, no puedo separar la confidencia que nos fue hecha, en su despacho, por los señores Debienne y Poligny de

la presencia en nuestra cena de ese fantasmal personaje que ninguno de nosotros conocía.»

He aquí exactamente lo que ocurrió:

Los señores Debienne y Poligny, sentados en el centro de la mesa, no habían visto aún al hombre de la calavera, cuando éste se puso de repente a hablar.

—Las figurantes tienen razón —dijo—. La muerte de ese pobre Buquet quizás no sea tan natural como se cree.

Debienne y Poligny se sobresaltaron.

—¿Buquet ha muerto? —exclamaron.

—Sí —replicó tranquilamente el hombre o la sombra de hombre—. Esta noche lo han encontrado ahorcado en el tercer sótano, entre un telón de bastidores y un decorado del Rey de Lahore.

Los dos directores, o más bien ex directores, se levantaron al instante, mirando extrañamente a su interlocutor. Estaban agitados en exceso, es decir, más de lo que uno tiene razón de estarlo ante el anuncio del ahorcamiento de un jefe de maquinistas. Se miraron los dos. Se habían puesto más pálidos que el mantel. Por fin, Debienne hizo una seña a los señores Richard y Moncharmin; Poligny pronunció unas palabras de disculpa ante los comensales, y los cuatro pasaron al despacho directorial. Cedo la palabra al señor Moncharmin.

«Los señores Debienne y Poligny parecían cada vez más agitados —refiere en sus memorias—, y nos pareció que tenían algo que decirnos que les embarazaba mucho. Primero, nos preguntaron si conocíamos al individuo sentado al extremo de la mesa que les había anunciado la muerte de Joseph Buquet, y ante nuestra respuesta negativa se mostraron aún más turbados. Nos tomaron los pasepartú de las manos, los examinaron un instante, sacudieron la cabeza y nos aconsejaron que hiciéramos hacer nuevas cerraduras, con el mayor secreto, para los apartamentos, despachos y objetos cuyo cierre hermético deseáramos. Estaban tan raros al decir esto que comenzamos a reírnos preguntándoles si había ladrones en la Ópera. Nos respondieron que había algo peor, que era el Fantasma. Volvimos a reír, convencidos de que se entregaban a alguna broma que debía ser como el remate de aquella pequeña fiesta íntima. Y luego, a su ruego, «nos pusimos serios»,

decididos a entrar, para darles gusto, en esa especie de juego. Nos dijeron que jamás nos habrían hablado del Fantasma de no haber recibido la orden formal del propio Fantasma de aconsejarnos que nos mostráramos amables con él y le concediéramos cuanto nos pidiese. Sin embargo, demasiado felices de abandonar un dominio en el que reinaba como dueña esa sombra tiránica y de verse libres de ella de golpe, habían dudado hasta el último momento en darnos parte de una aventura tan curiosa para la que sin duda nuestros espíritus escépticos no estaban preparados, cuando el anuncio de la muerte de Joseph Buquet les había recordado brutalmente que cada vez que no habían obedecido los deseos del Fantasma, algún suceso fantástico o funesto había venido rápidamente a recordarles su dependencia.

»Durante esos inesperados discursos pronunciados en el tono de la más secreta y solemne confidencia, yo miraba a Richard. Richard, en sus tiempos de estudiante, había tenido fama de bromista, es decir, que no ignoraba ninguna de las mil y una maneras que uno tiene de burlarse de los demás, y los porteros del boulevard Saint-Michel algo saben de ello. Así que parecía saborear mucho el plato que le servían a su vez. No se le perdía un bocado, aunque el condimento fuera algo macabro a causa de la muerte de Buquet. Sacudía la cabeza con tristeza, y su semblante, a medida que los otros hablaban, se iba poniendo tan lamentable como el de un hombre que lamentara amargamente este asunto de la Ópera ahora que se enteraba de que había un fantasma. Yo no podía hacer nada mejor que imitar servilmente esa actitud desesperada. Sin embargo, a pesar de todos nuestros esfuerzos, al final no pudimos evitar reventar de risa a las barbas de los señores Debienne y Poligny, que al vernos pasar sin transición del estado de ánimo más sombrío a la alegría más insolente, hicieron como si creyeran que nos habíamos vuelto locos.

»La broma prolongándose demasiado, Richard preguntó, a medias en serio a medias en broma: "Pero en definitiva, ¿qué quiere ese fantasma?"

»El señor Poligny se dirigió hacia su escritorio y volvió con una copia del pliego de condiciones.

»El pliego de condiciones comenzaba con estas palabras: "La dirección de la Ópera estará obligada a dar en las representaciones de la Academia Nacional de Música el esplendor que corresponde a la primera escena lírica francesa", y se terminaba con el artículo 98 así concebido:

»"El presente privilegio podrá ser retirado:

»1.º Si el director contraviene a las disposiciones estipuladas en el pliego de condiciones."

»Siguen esas disposiciones.

»Esa copia —dice el señor Moncharmin— estaba en tinta negra y era enteramente conforme a la que nosotros poseíamos.

»Sin embargo, vimos que el pliego de condiciones que nos sometía el señor Poligny comportaba al final un párrafo escrito en tinta roja —escritura extraña y atormentada, como si hubiera sido trazada a golpes de punta de cerillas, escritura de niño que no hubiera dejado de hacer palotes y que aún no supiera enlazar las letras. Y ese párrafo que alargaba tan extrañamente el artículo 98 decía textualmente:

»5.º Si el director retrasa más de quince días la mensualidad que debe al Fantasma de la Ópera, mensualidad fijada hasta nuevo aviso en 20.000 francos —240.000 francos al año.

»El señor Poligny, con un dedo vacilante, nos mostraba esa cláusula suprema, que sin duda no esperábamos.

»—¿Es todo? ¿No quiere nada más? —preguntó Richard con la mayor sangre fría.

»—Sí —replicó Poligny.

»Y volvió a hojear el pliego de condiciones y leyó:

»"Art. 63. — El gran palco de proscenio derecho de los palcos de primero n.º 1 quedará reservado en todas las representaciones para el jefe del Estado.

»La platea n.º 20, los lunes, y el primer palco n.º 30, los miércoles y viernes, quedarán a disposición del ministro.

»El segundo palco n.º 27 quedará reservado cada día para el uso de los prefectos del Sena y de Policía."

»Y además, al final de ese artículo, el señor Poligny nos mostró una línea en tinta roja que había sido añadida:

»El primer palco n.º 5 será puesto en todas las representaciones a disposición del Fantasma de la Ópera.

»Ante ese último golpe, no pudimos más que ponernos en pie y estrechar calurosamente las manos a nuestros dos predecesores felicitándoles por haber imaginado tan encantadora broma, que probaba que la vieja alegría francesa nunca perdería sus derechos. Richard creyó incluso deber añadir que comprendía ahora por qué los señores Debienne y Poligny abandonaban la dirección de la Academia Nacional de Música. Los negocios ya no eran posibles con un fantasma tan exigente.

»—Efectivamente —replicó sin pestañear el señor Poligny—, 240.000 francos no se encuentran bajo la herradura de un caballo. ¿Y han contado lo que puede costarnos el no alquilar el primer palco n.º 5 reservado al Fantasma en todas las representaciones? Sin contar que hemos tenido que reembolsar el abono. ¡Es espantoso! ¡De verdad, uno no trabaja para mantener fantasmas!... ¡Preferimos irnos!

»—Sí —repitió el señor Debienne—, ¡preferimos irnos! ¡Vámonos!

»Y se levantó.

»Richard dijo:

»—Pero bueno, me parece que son ustedes muy buenos con ese Fantasma. Si yo tuviera un Fantasma tan molesto, no dudaría en hacerle detener.

»—¿Pero dónde? ¿Pero cómo? —exclamaron los dos a coro—. ¡Nunca le hemos visto!

»—¿Pero cuando viene a su palco?

»—¡Nunca le hemos visto en su palco!

»—Pues alquílenlo.

»—¡Alquilar el palco del Fantasma de la Ópera! Bien, señores, ¡intenten ustedes!

»Tras lo cual, salimos los cuatro del despacho directorial. Richard y yo no habíamos «reído tanto en nuestra vida».»

IV

EL PALCO N.º 5

Armand Moncharmin ha escrito unas memorias tan voluminosas que, en lo que concierne particularmente al período bastante largo de su codirección, uno tiene derecho a preguntarse si encontró alguna vez tiempo para ocuparse de la Ópera de otro modo que no fuera contando lo que allí ocurría. El señor Moncharmin no conocía ni una nota de música, pero trataba de tú al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, había hecho un poco de periodismo en el bulevar y disfrutaba de una fortuna bastante considerable. En fin, era un chico encantador y que no carecía de inteligencia, puesto que, decidido a financiar la Ópera, había sabido elegir a quien sería el director útil y había ido directamente a Firmin Richard.

Firmin Richard era un músico distinguido y un hombre cabal. He aquí el retrato que de él traza, en el momento de su toma de posesión, la Revue des théâtres: «El señor Firmin Richard tiene unos cincuenta años, es de gran estatura, de cuello robusto, sin gordura. Tiene prestancia y distinción, el color subido, el cabello plantado tupido, algo bajo y cortado al cepillo, la barba al unísono del cabello; el aspecto de su fisonomía tiene algo ligeramente triste que tempera de inmediato una mirada franca y directa unida a una sonrisa encantadora.

»El señor Firmin Richard es un músico muy distinguido. Armonista hábil, contrapuntista docto, la grandeza es el carácter principal de su composición. Ha publicado música de cámara muy apreciada por los aficionados, música para piano, sonatas o piezas fugaces repletas de originalidad, una colección de melodías. Por último, La muerte de Hércules, ejecutada en los

conciertos del Conservatorio, respira un soplo épico que recuerda a Gluck, uno de los maestros venerados del señor Firmin Richard. Sin embargo, si adora a Gluck, no ama menos a Piccini; el señor Richard toma su placer donde lo encuentra. Lleno de admiración por Piccini, se inclina ante Meyerbeer, se deleita con Cimarosa y nadie aprecia mejor que él el inimitable genio de Weber. Por último, en lo que concierne a Wagner, el señor Richard no está lejos de pretender que es él, Richard, el primero en Francia y quizás el único que le ha comprendido.»

Detengo aquí mi cita, de la que me parece resultar con bastante claridad que si el señor Firmin Richard amaba más o menos toda la música y a todos los músicos, era deber de todos los músicos amar al señor Firmin Richard. Digamos para terminar este rápido retrato que el señor Richard era lo que se conviene en llamar un autoritario, es decir, que tenía un carácter muy malo.

Los primeros días que los dos socios pasaron en la Ópera fueron todo alegría al sentirse dueños de una empresa tan vasta y hermosa, y sin duda habían olvidado esa curiosa y extraña historia del Fantasma cuando se produjo un incidente que les probó que —si había broma— la broma no había terminado.

El señor Firmin Richard llegó aquella mañana a las once a su despacho. Su secretario, el señor Rémy, le mostró media docena de cartas que no había abierto porque llevaban la mención de «personal». Una de esas cartas atrajo de inmediato la atención de Richard, no sólo porque la dirección del sobre era en tinta roja, sino también porque le pareció haber visto ya en alguna parte esa escritura. No tardó mucho en reconocerla: era la escritura roja con la que el pliego de condiciones había sido completado tan extrañamente. Reconoció el aspecto palote e infantil. La abrió y leyó:

«Mi querido director, le pido perdón por venir a molestarle en estos momentos tan preciosos en los que decide el destino de los mejores artistas de la Ópera, en los que renueva importantes compromisos y concluye otros nuevos; y ello con una seguridad de visión, una inteligencia del teatro, una ciencia del público y de sus gustos, una autoridad que han estado a punto de dejar estupefacta mi larga experiencia. Estoy al corriente de lo que acaba de hacer por la Carlotta, la Sorelli y la pequeña Jammes, y por algunos otros cuyas admirables cualidades, talento o genio ha usted adivinado. —(Ya sabe bien de quienes hablo cuando escribo esas palabras; no es evidentemente

por la Carlotta, que canta como una jeringa y que nunca debió dejar los Ambassadeurs ni el café Jacquin; ni por la Sorelli, cuyo mayor mérito está en la carrocería; ni por la pequeña Jammes, que baila como una becerra en el prado. Tampoco por Christine Daaé, cuyo genio es cierto, pero a quien deja con un cuidado celoso al margen de toda creación importante.) — En fin, son ustedes libres de administrar su pequeño asunto como mejor les parezca, ¿no es así? Con todo, desearía aprovechar que aún no han echado a Christine Daaé a la calle para oírla esta noche en el papel de Siebel, ya que el de Margarita, desde su triunfo del otro día, le está vedado, y le ruego que no disponga de mi palco hoy ni los días siguientes; pues no terminaré esta carta sin confesarle cuánto me ha sorprendido desagradablemente, en estos últimos tiempos, llegar a la Ópera y enterarme de que mi palco había sido alquilado —en la taquilla— por orden de ustedes.

»No he protestado, primero porque soy enemigo del escándalo, después porque me imaginaba que sus predecesores, los señores Debienne y Poligny, que siempre fueron muy amables conmigo, habían descuidado antes de su partida hablarles de mis pequeñas manías. Pues bien, acabo de recibir la respuesta de los señores Debienne y Poligny a mi petición de explicaciones, respuesta que me prueba que están al corriente de mi pliego de condiciones y que, por consiguiente, se burlan de mí de forma ultrajante. Si desean que vivamos en paz, no deben comenzar por quitarme mi palco. Con el beneficio de estas pequeñas observaciones, sírvanse considerarme, mi querido director, su muy humilde y obediente servidor.

»Firmado: F. de la Ó.

Esa carta estaba acompañada de un extracto de la pequeña correspondencia de la Revue théâtrale, donde se leía lo siguiente: «F. de la Ó.: R. y M. son inexcusables. Les hemos avisado y les hemos dejado en las manos su pliego de condiciones. ¡Saludos!»

El señor Firmin Richard apenas había terminado esa lectura cuando se abrió la puerta de su despacho y el señor Armand Moncharmin llegaba a su encuentro con una carta en la mano, absolutamente igual a la que había recibido su colega. Se miraron echando a reír.

—La broma continúa —dijo el señor Richard—, ¡pero no tiene gracia!

—¿Qué significa esto? —preguntó el señor Moncharmin—. ¿Creen que porque han sido directores de la Ópera vamos a concederles un palco a perpetuidad?

Pues para el uno como para el otro, no cabía la menor duda de que el doble misiva era fruto de la facciosa colaboración de sus predecesores.

—¡No estoy de humor para que me tomen el pelo durante mucho tiempo! —declaró Firmin Richard.

—¡Es inofensivo! —observó Armand Moncharmin.

Total, ¿qué querían? ¿Un palco para esta noche?

El señor Firmin Richard dio orden a su secretario de enviar el primer palco n.º 5 a los señores Debiegne y Poligny, si no estaba alquilado.

No lo estaba. Se les envió en el acto. Los señores Debiegne y Poligny tenían sus domicilios: el primero, en la esquina de la rue Scribe y el boulevard des Capucines; el segundo, en la rue Auber. Las dos cartas del Fantasma F. de la Ó. habían sido echadas al correo en la oficina del boulevard des Capucines. Fue Moncharmin quien lo notó al examinar los sobres.

—¿Lo ves? —dijo Richard.

Se encogieron de hombros y lamentaron que personas de esa edad se distrajeran aún con juegos tan inocentes.

—Con todo, podrían haber sido más educados —observó Moncharmin—. ¿Has visto cómo nos tratan a propósito de la Carlotta, de la Sorelli y de la pequeña Jammes?

—¡Bah, son unos envidiosos enfermos!... Cuando pienso que hasta han pagado una correspondencia en la Revue théâtrale... ¿Es que ya no tienen nada que hacer?

—A propósito —añadió Moncharmin—, parece que se interesan mucho por la pequeña Christine Daaé...

—Ya sabes tan bien como yo que tiene fama de ser buena chica —respondió Richard.

—La fama se la roban tan a menudo —replicó Moncharmin—. ¿Acaso no tengo yo la fama de entender de música, y no sé la diferencia que hay

entre la clave de sol y la clave de fa?

—Nunca has tenido esa fama —declaró Richard—, quédate tranquilo.

Tras lo cual, Firmin Richard dio orden al ujier de hacer pasar a los artistas que, desde hacía dos horas, paseaban por el gran corredor de la administración esperando a que se abriera la puerta directorial, esa puerta detrás de la cual les aguardaban la gloria y el dinero... o el despido.

Toda esa jornada transcurrió en discusiones, negociaciones, firmas o rupturas de contratos; de modo que les ruego que crean que aquella noche —la noche del 25 de enero—, nuestros dos directores, agotados por una áspera jornada de cóleras, intrigas, recomendaciones, amenazas, protestas de amor o de odio, se acostaron temprano, sin haber tenido siquiera la curiosidad de ir a echar un vistazo al palco número 5, para comprobar si los señores Debienne y Poligny encontraban el espectáculo de su agrado. La Ópera no había interrumpido su actividad desde la partida de la antigua dirección, y el señor Richard había hecho proceder a los trabajos necesarios sin interrumpir el curso de las representaciones.

A la mañana siguiente, los señores Richard y Moncharmin encontraron en su correo, de una parte, una tarjeta de agradecimiento del Fantasma, concebida así:

«Mi querido Director.

»Gracias. Encantadora velada. Daaé exquisita. Cuide los coros. La Carlotta, magnífico e insulso instrumento. Les escribiré pronto por los 240.000 francos —exactamente 233.424 frs. 70 cénts.; los señores Debienne y Poligny me hicieron llegar los 6.575 frs. 30 cénts., que representan los diez primeros días de mi pensión de este año —sus privilegios terminaron el día 10 por la noche.

»Servidor.

»F. de la Ó.»

De otra parte, una carta de los señores Debienne y Poligny:

«Señores:

»Les agradecemos su amable atención, pero comprenderán fácilmente que la perspectiva de volver a oír el Fausto, por dulce que sea para antiguos

directores de la Ópera, no puede hacernos olvidar que no tenemos ningún derecho a ocupar el primer palco número 5, que pertenece exclusivamente a aquel de quien hemos tenido ocasión de hablarles, al releer con ustedes, por última vez, el pliego de condiciones —último párrafo del artículo 63.

«Sírvanse aceptar, señores, etc.»

—¡Ah, pero estos ya me están poniendo nervioso! —declaró violentamente Firmin Richard, arrancando la carta de los señores Debienne y Poligny.

Aquella noche, el primer palco n.º 5 fue alquilado.

Al día siguiente, al llegar a su despacho, los señores Richard y Moncharmin encontraron un informe del inspector relativo a los sucesos que habían tenido lugar la noche anterior en el primer palco n.º 5. He aquí el pasaje esencial del informe, que es breve:

«Me vi en la necesidad —escribe el inspector— de requerir, esta noche —el inspector había escrito su informe la noche anterior—, a un guardia municipal para desalojar por dos veces, al comienzo y a la mitad del segundo acto, el primer palco n.º 5. Los ocupantes —habían llegado al comienzo del segundo acto— estaban causando un verdadero escándalo con sus risas y sus absurdas reflexiones. Por todas partes a su alrededor se hacían oír continuos chsss y la sala comenzaba a protestar cuando la acomodadora vino a buscarme; entré en el palco e hice las advertencias necesarias. Esas personas no parecían estar en plenas facultades y me soltaron unos comentarios estúpidos. Les advertí que si semejante escándalo se repetía me vería obligado a proceder al desalojo del palco. Apenas me había ido cuando oí de nuevo sus risas y las protestas de la sala. Volví con un guardia municipal que los hizo salir. Reclamaron, siempre riendo, declarando que no se irían si no se les devolvía el dinero. Por fin se calmaron, y les dejé volver a entrar en el palco; en el acto volvieron a empezar las risas, y esta vez los hice expulsar definitivamente.»

—¡Que traigan al inspector! —gritó Richard a su secretario, que había leído el primero ese informe y que ya lo había anotado con lápiz azul.

El secretario, el señor Rémy —veinticuatro años, bigote fino, elegante, distinguido, gran corrección en el vestir —por aquel entonces frac obligatorio durante el día, inteligente y tímido ante el director, 2.400 de sueldo al

año, pagado por el director, repasa los periódicos, responde las cartas, distribuye palcos y localidades de favor, fija las citas, charla con quienes esperan en la antesala, corre a casa de los artistas enfermos, busca dobles, corresponde con los jefes de servicio, pero ante todo es el cerrojo del despacho directorial, puede ser sin compensación alguna echado a la calle de un día para otro, pues no es reconocido por la administración— el secretario, que ya había mandado llamar al inspector, ordenó que pasara.

El inspector entró, algo inquieto.

—Cuéntenos lo que pasó —dijo bruscamente Richard.

El inspector tartamudeó de inmediato y hizo alusión al informe.

—¡Vamos! ¿Por qué se reían esas personas? —preguntó Moncharmin.

—Señor director, debían de haber cenado bien y parecían más dispuestos a hacer bromas que a escuchar buena música. Ya al llegar, nada más entrar en el palco salieron de él y llamaron a la acomodadora, que les preguntó qué les pasaba. Le dijeron a la acomodadora: «Mire en el palco, no hay nadie, ¿verdad?» «No», respondió la acomodadora. «Pues bien —afirmaron—, cuando entramos oímos una voz que decía que había alguien.»

El señor Moncharmin no pudo mirar al señor Richard sin sonreír, pero el señor Richard, él, no sonreía. Había «trabajado» demasiado en ese género en sus tiempos para no reconocer en el relato que le hacía, con la mayor ingenuidad del mundo, el inspector, todos los rasgos de una de esas maldades que divierten primero a quienes son sus víctimas y luego acaban por ponerlos furiosos.

El señor inspector, para hacer la pelota al señor Moncharmin, que sonreía, había creído deber sonreír él también. ¡Desgraciada sonrisa! La mirada del señor Richard fulminó al empleado, que se ocupó en el acto de mostrar un rostro espantosamente consternado.

—En fin, cuando llegó esa gente —gruñó el terrible Richard—, ¿no había nadie en el palco?

—¡Nadie, señor director! ¡Nadie! ¡Ni en el palco de la derecha ni en el de la izquierda! ¡Nadie, se lo juro! ¡Lo pongo en el fuego! Y eso es lo que prueba que todo eso no es más que una broma.

—¿Y qué dijo la acomodadora?

—Oh, la acomodadora, eso ya es sencillo; dice que es el Fantasma de la Ópera. ¡Así que!

Y el inspector soltó una risita. Pero comprendió una vez más que había cometido un error al reírse, pues nada más pronunciar esas palabras: ¡dice que es el Fantasma de la Ópera!, la fisonomía del señor Richard, de sombría que estaba, se tornó feroz.

—¡Que me traigan a la acomodadora! —ordenó—. ¡Enseguida! ¡Y que echen a toda esa gente a la calle!

El inspector quiso protestar, pero Richard le cerró la boca con un formidable: «¡Cállese!» Luego, cuando los labios del infeliz subordinado parecieron sellados para siempre, el señor director ordenó que se volvieran a abrir.

—¿Qué es el «Fantasma de la Ópera»? —se decidió a preguntar con un gruñido.

Pero el inspector era ya incapaz de decir una palabra. Expresó mediante una mímica desesperada que no lo sabía, o más bien que no quería saberlo.

—¿Le ha visto usted, al Fantasma de la Ópera?

Con un enérgico gesto de cabeza, el inspector negó haberle visto jamás.

—¡Peor para usted! —declaró fríamente el señor Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, unos ojos que se salían de las órbitas, para preguntar por qué el señor director había pronunciado ese siniestro: ¡peor para usted!

—Porque voy a arreglarles las cuentas a todos los que no le han visto —explicó el señor director—. ¡Ya que está en todas partes, es inadmisibile que no se le vea en ninguna! ¡A mí me gusta que se cumpla con el deber!

V

CONTINUACIÓN DE «EL PALCO N.º 5»

Dicho esto, el señor Richard no volvió a ocuparse del inspector en absoluto y trató de diversos asuntos con su administrador, que acababa de entrar. El inspector había pensado que podía marcharse y, muy despacio, muy despacio, ¡oh, Dios mío! ¡tan despacio!... retrocediendo, se había ido acercando a la puerta, cuando el señor Richard, al percatarse de la maniobra, lo clavó en el sitio con un retumbante: «¡No se mueva!»

Por diligencia del señor Rémy, se había ido a buscar a la acomodadora, que era portera en la rue de Provence, a dos pasos de la Ópera. Pronto hizo su entrada.

—¿Cómo se llama usted?

—Madre Giry. Usted me conoce bien, señor director; soy la madre de la pequeña Giry, la pequeña Meg, ¡eso es!

Esto fue dicho con un tono brusco y solemne que impresionó un instante al señor Richard. Miró a la madre Giry (chal desvaído, zapatos gastados, viejo vestido de tafetán, sombrero color de holín). Era de toda evidencia, por la actitud del señor director, que éste no conocía en absoluto o no recordaba haber conocido a la madre Giry, ni siquiera a la pequeña Giry, «¡ni siquiera a la pequeña Meg!» Pero el orgullo de la madre Giry era tal que esta célebre acomodadora (creo bien que es de su apellido de donde procede la palabra bien conocida en el argot de bastidores: «girierías»). Ejemplo: una artista reprocha a una compañera sus chismes, su cotilleo; le

dirá: «Todo eso no son más que girierías»), que esta acomodadora, decimos, se imaginaba ser conocida de todo el mundo.

— ¡No la conozco de nada! — acabó por proclamar el señor director—. Pero, madre Giry, eso no es óbice para que quisiera saber muy bien lo que le ocurrió anoche, para que se viera usted obligada, usted y el señor inspector, a recurrir a un guardia municipal...

— Precisamente quería verle para contárselo, señor director, con el único fin de que no le sucedan a usted los mismos disgustos que a los señores Debienne y Poligny... Ellos tampoco, al principio, quisieron escucharme...

— No le pregunto todo eso. Le pregunto lo que le ocurrió anoche.

La madre Giry se puso colorada de indignación. Jamás le habían hablado en semejante tono. Se levantó como para marcharse, recogiendo ya los pliegues de su falda y agitando con dignidad las plumas de su sombrero color de holín; pero, rectificando, volvió a sentarse y dijo con voz hosca:

— Lo que ocurrió es que ¡volvieron a molestar al fantasma!

Ante esto, como el señor Richard iba a estallar, el señor Moncharmin intervino y dirigió el interrogatorio, del que resultó que la madre Giry hallaba de lo más natural que se oyera una voz proclamando que había alguien en un palco donde no había nadie. No podía explicarse ese fenómeno, que no era nuevo para ella, más que por la intervención del fantasma. A ese fantasma nadie lo veía en el palco, pero todo el mundo podía oírlo. Ella lo había oído con frecuencia, y se podía creer, pues jamás mentía. Se podía preguntar a los señores Debienne y Poligny y a todos cuantos la conocían, y también al señor Isidore Saack, ¡a quien el fantasma le había roto una pierna!

— ¿De veras? — interrumpió Moncharmin—. ¿El fantasma le rompió la pierna a ese pobre Isidore Saack?

La madre Giry abrió unos ojos enormes en los que se pintaba el asombro que sentía ante tanta ignorancia. Por fin, condescendió en instruir a esos dos infelices inocentes. El suceso había ocurrido en tiempos de los señores Debienne y Poligny, siempre en el palco n.º 5 y también durante una representación de Fausto.

La madre Giry tose, afirma su voz... empieza... diríase que se prepara a cantar toda la partitura de Gounod.

— Así fue, señor. Aquella noche estaban en primera fila el señor Maniera y su señora, los lapidarios de la rue Mogador, y detrás de la señora Maniera, su íntimo amigo, el señor Isidore Saack. Mefistófeles cantaba (la madre Giry canta): «Voi che sapete», y entonces el señor Maniera oye en su oído derecho (su señora estaba a su izquierda) una voz que le dice: «¡Ah, ah! ¡No es Julie la que se hace la dormida!» (Su señora se llama precisamente Julie). El señor Maniera se vuelve a la derecha para ver quién le estaba hablando de esa manera. ¡Nadie! Se frota la oreja y se dice para sus adentros: «¿Estaré soñando?» En eso, Mefistófeles continuaba su canción... Pero quizá estoy aburriendo a los señores directores.

— ¡No, no! Continúe...

— ¡Los señores directores son demasiado buenos!

(Una mueca de la madre Giry.) Pues bien, Mefistófeles continuaba su canción (la madre Giry canta): «Catarina mía adorada, —¿por qué negarme — al amante que te implora— tan dulce beso?» y al punto el señor Maniera oye, siempre en el oído derecho, la voz que le dice: «¡Ah, ah! ¿Acaso sería Julie quien le negaría un beso a Isidore?» Y entonces se vuelve, pero esta vez hacia su señora e Isidore, ¿y qué es lo que ve? A Isidore que había tomado por detrás la mano de su señora y la cubría de besos en el pequeño hueco del guante... así, buenos señores míos. (La madre Giry cubre de besos el ángulo de carne dejado al descubierto por su guante de filosela.) Ya se puede imaginar que aquello no pasó en paz. ¡Zas! ¡Pam! El señor Maniera, que era grande y fuerte como usted, señor Richard, le atizó un par de bofetadas al señor Isidore Saack, que era delgado y débil como el señor Moncharmin, con el respeto que le debo. Fue un escándalo. En la sala, se gritaba: «¡Basta, basta! ¡Va a matarle!...» Por fin, el señor Isidore Saack pudo escapar...

— ¿Conque el fantasma no le rompió la pierna? — pregunta el señor Moncharmin, un poco picado de que su físico haya causado tan poca impresión a la madre Giry.

— Se la rompió, musió — replica la madre Giry con altivez (pues ha comprendido la intención ofensiva) —. Se la rompió en limpio en la gran escalera, que bajaba demasiado deprisa, ¡muyó! y de tal modo que, a fe mía, el pobrecillo no la subirá en mucho tiempo.

—¿Fue el fantasma quien le contó lo que había susurrado en el oído derecho del señor Maniera? —sigue preguntando con una seriedad que juzga del más alto humorismo el juez instructor Moncharmin.

—¡No, musió! Fue el propio musió Maniera. Así que...

—Pero usted, usted ya ha hablado con el fantasma, mi buena señora.

—Como le estoy hablando a usted, mi buen musió...

—¿Y cuando le habla el fantasma, qué le dice?

—¡Pues me dice que le traiga un taburete!

Al pronunciar estas palabras con solemnidad, el semblante de la madre Giry se tornó de mármol, de mármol amarillo, vetado de rayas rojas, como el de las columnas que sostienen la gran escalera y al que llaman mármol sarrancolin.

Esta vez, Richard había vuelto a reírse en compañía de Moncharmin y el secretario Rémy; pero aleccionado por la experiencia, el inspector ya no reía. Apoyado en la pared, se preguntaba, agitando febrilmente sus llaves en el bolsillo, cómo iba a acabar aquella historia. Y cuanto más hosco era el tono de la madre Giry, más temía el retorno de la cólera del señor director. Y ahora, ante la hilaridad directorial, ¡la madre Giry se atrevía a volverse amenazante! ¡Amenazante de veras!

—En lugar de reírse del fantasma —exclamó indignada—, harían mejor en hacer como el señor Poligny, que él sí se dio cuenta por sí mismo...

—¿De cuenta de qué? —pregunta Moncharmin, que nunca se ha divertido tanto.

—¡Del fantasma!... Puesto que se lo digo... ¡Vean! (Se calma de súbito, pues juzga que el momento es grave.) ¡Vean!... Lo recuerdo como si fuera ayer. Aquella vez se representaba La judía. El señor Poligny había querido asistir, él solo, en el palco del fantasma, a la representación. La señora Krauss había obtenido un éxito enorme. Acababa de cantar, ya saben, la cosa del segundo acto (la madre Giry canta en voz baja):

Junto a aquel a quien amoquiero vivir y morir, y la muerte mismo puede separarnos.

— ¡Bien, bien! Ya lo tengo — observa con una sonrisa desalentadora el señor Moncharmin.

Pero la madre Giry continúa en voz baja, balanceando la pluma de su sombrero color de holín:

¡Partamos, partamos! Aquí abajo, en los cielos, igual destino nos aguarda a los dos.

— ¡Sí, sí, ya estamos! — repite Richard, de nuevo impaciente—. ¿Y entonces? ¿Y entonces?

— Y entonces es cuando Leopoldo exclama: «¡Huyamos!», ¿verdad? y Eleazar los detiene preguntándoles: «¿Adónde corréis?» Pues bien, justo en ese momento, el señor Poligny, a quien yo observaba desde el fondo de un palco de al lado que había quedado vacío, el señor Poligny se levantó derecho como una vela y se marchó tieso como una estatua, y yo no tuve más que el tiempo de preguntarle, como Eleazar: «¿Adónde va usted?» Pero no me respondió y estaba más pálido que un muerto. Lo vi bajar la escalera, pero no se rompió la pierna... Sin embargo, caminaba como en un sueño, como en un sueño horrible, y ni siquiera encontraba el camino... ¡él, que estaba pagado para conocer la Ópera!

Así se expresó la madre Giry, y calló para juzgar el efecto que había producido. La historia de Poligny hizo mover la cabeza a Moncharmin.

— Todo eso no me dice en qué circunstancias ni cómo el fantasma de la Ópera le pidió a usted un taburete — insistió él, mirando fijamente a la madre Giry, como se dice, entre «cuatro ojos».

— Pues bien, fue desde aquella noche... porque a partir de aquella noche dejaron en paz a nuestro fantasma... ya no intentaron disputarle el palco. Los señores Debienne y Poligny dieron órdenes para que se lo dejaran libre en todas las representaciones. Entonces, cuando venía, me pedía su taburete...

— ¡Ejem, ejem! ¿Un fantasma que pide un taburete? ¿Es que su fantasma es mujer? — preguntó Moncharmin.

— No, el fantasma es un hombre.

— ¿Cómo lo sabe usted?

— Tiene voz de hombre, ¡oh! ¡una dulce voz de hombre! Así es como ocurre: Cuando viene a la Ópera, llega por lo general hacia la mitad del primer acto, llama a la puerta del palco n.º 5 con tres pequeños golpes secos. La primera vez que oí esos tres golpes, sabiendo muy bien que no había nadie aún en el palco, ¡ya pueden imaginarse si me quedé intrigada! Abro la puerta, escucho, miro: ¡nadie! y de repente oigo una voz que me dice: «Madre Jules» (así se llamaba mi difunto marido), «un taburetito, s.f.f.» Con el respeto que le debo, señor director, me quedé como un tomate... Pero la voz continuó: «No se asuste, madre Jules, soy yo, ¡el fantasma de la Ópera!» Miré hacia donde venía la voz, que era, por lo demás, tan buena y tan «acogedora», que casi ya no me daba miedo. La voz, señor director, estaba sentada en el primer sillón de la primera fila, a la derecha. Salvo que no se veía a nadie en el sillón, cualquiera hubiera jurado que había alguien sentado, que hablaba, y alguien muy cortés, a fe mía.

— ¿Estaba ocupado el palco de la derecha del palco n.º 5? — preguntó Moncharmin.

— No; el palco n.º 7, como el palco n.º 3 de la izquierda, no estaban ocupados todavía. Apenas se estaba empezando el espectáculo.

— ¿Y qué hizo usted?

— Pues traje el taburete. Evidentemente, no era para él para quien pedía el taburete, ¡era para su señora! Pero a ella jamás la oí ni la vi...

¡Hombre! ¿Qué? ¿Que el fantasma tenía ahora una señora? De la madre Giry, la doble mirada de los señores Moncharmin y Richard se dirigió hacia el inspector, que, detrás de la acomodadora, agitaba los brazos con el propósito de atraer sobre sí la atención de sus jefes. Se daba golpes en la frente con un índice afligido para dar a entender a los directores que la madre Jules estaba sin ninguna duda loca, pantomima que decidió definitivamente al señor Richard a prescindir de un inspector que mantenía en su servicio a una alucinada. La buena mujer continuaba, ensimismada en su fantasma, alabando ahora su generosidad.

— Al final del espectáculo, siempre me deja una moneda de cuarenta céntimos, a veces un franco, a veces incluso diez francos, cuando lleva varios días sin venir. Pero desde que volvieron a molestarlo, ya no me da nada de nada...

—Perdone, mi buena señora... (Nueva rebelión de la pluma del sombrero color de holín, ante una familiaridad tan persistente.) ¡Perdone!... Pero ¿cómo hace el fantasma para entregarle sus cuarenta céntimos? —pregunta Moncharmin, curioso de nacimiento.

—¡Bah! Los deja en la repisa del palco. Los encuentro allí junto con el programa que siempre le llevo; algunas noches encuentro incluso flores en mi palco, una rosa que habrá caído del escote de su señora... porque seguro que a veces viene con una señora, para que un día hayan olvidado un abanico.

—¡Ah, ah! ¿El fantasma olvidó un abanico? ¿Y qué hizo usted con él?

—Pues se lo devolví la vez siguiente.

Aquí se oyó la voz del inspector:

—No ha cumplido usted el reglamento, madre Giry, la pongo en falta.

—¡Cállese, imbécil! (Voz de bajo del señor Firmin Richard.)

—¡Devolvió usted el abanico! ¿Y entonces?

—Y entonces se lo llevaron de vuelta, señor director; no lo volví a encontrar al final del espectáculo, de lo cual da fe que dejaron en su lugar una caja de caramelos ingleses que me gustan tanto, señor director. Es una de las amabilidades del fantasma...

—Bien, madre Giry... Puede retirarse.

Cuando la madre Giry hubo saludado respetuosamente, sin por ello abandonar cierta dignidad que nunca la abandonaba, a sus dos directores, éstos declararon al señor inspector que habían decidido prescindir de los servicios de aquella vieja loca. Y despidieron al señor inspector.

Cuando el señor inspector se retiró a su vez, tras haber protestado de su devoción a la casa, los señores directores comunicaron al señor administrador que dispusiese el arreglo de cuentas del señor inspector. Cuando se quedaron solos, los señores directores se comunicaron un mismo pensamiento, que a los dos les había venido al mismo tiempo: el de ir a dar una pequeña vuelta por el palco n.º 5.

Pronto los seguiremos hasta allí.

VI

EL VIOLÍN ENCANTADO

Christine Daaé, víctima de intrigas sobre las que volveremos más adelante, no volvió a encontrar de inmediato en la Ópera el triunfo de la famosa noche de gala. Desde entonces, sin embargo, había tenido ocasión de hacerse oír en sociedad, en casa de la duquesa de Zúrich, donde cantó los más bellos fragmentos de su repertorio; y he aquí cómo el gran crítico X. Y. Z., que se encontraba entre los invitados de honor, se expresa sobre ella:

«Cuando se la oye en Hamlet, uno se pregunta si Shakespeare ha venido de los Campos Elíseos a hacerle ensayar a Ofelia... Es verdad que, cuando ciñe la diadema de estrellas de la reina de la noche, Mozart, por su parte, debe de abandonar las moradas eternas para venir a oírla. Pero no, no ha de desplazarse, pues la voz aguda y vibrante de la intérprete mágica de su Flauta encantada va a encontrarlo en el Cielo, al que escala con soltura, exactamente como ha sabido, sin esfuerzo, pasar de su cabaña del pueblo de Skotelof al palacio de oro y mármol construido por el señor Garnier.»

Pero después de la velada en casa de la duquesa de Zúrich, Christine no vuelve a cantar en sociedad. El hecho es que en aquella época rechaza toda invitación, todo caché. Sin dar pretexto plausible alguno, renuncia a aparecer en una función benéfica, para la que había prometido anteriormente su concurso. Actúa como si ya no fuera dueña de su destino, como si tuviera miedo de un nuevo triunfo.

Supo que el conde de Chagny, para complacer a su hermano, había realizado gestiones muy activas en su favor ante el señor Richard; le escribió

para darle las gracias y también para rogarle que no hablara más de ella a sus directores. ¿Cuáles podían ser entonces las razones de una actitud tan extraña? Unos han sostenido que había en ello un orgullo inconmensurable; otros han clamado por una modestia divina. Cuando se está en el teatro, no se es tan modesta; en verdad, no sé si no debería escribir simplemente esta palabra: terror. Sí, creo bien que Christine Daaé tenía entonces miedo de lo que le acababa de ocurrir y que estaba tan estupefacta como todo el mundo a su alrededor. ¿Estupefacta? ¡Vamos! Tengo aquí una carta de Christine (colección del Persa) que se refiere a los sucesos de aquella época. Pues bien, después de releerla, no escribiré que Christine estaba estupefacta ni siquiera asustada de su triunfo, sino aterrada. Sí, sí... ¡aterrada! «¡Ya no me reconozco cuando canto!», dice ella.

¡La pobre, la pura, la dulce criatura!

No se dejaba ver en ninguna parte, y el vizconde de Chagny intentó en vano encontrarse en su camino. Le escribió para pedirle permiso de presentarse en su casa, y ya desesperaba de obtener respuesta cuando una mañana ella le hizo llegar el siguiente billete:

«Señor, no he olvidado al niño que fue a buscarme mi echarpe en el mar. No puedo evitar escribirle esto, hoy que parto para Perros, llevada por un deber sagrado. Mañana es el aniversario de la muerte de mi pobre papá, a quien usted conoció y que tanto le quería. Está enterrado allí, con su violín, en el cementerio que rodea la pequeña iglesia, al pie de la colina donde, de pequeños, tanto jugamos; al borde de ese camino donde, ya un poco mayores, nos dijimos adiós por última vez.»

Cuando recibió ese billete de Christine Daaé, el vizconde de Chagny se precipitó sobre un horario de ferrocarril, se vistió a toda prisa, escribió unas líneas que su ayuda de cámara debía entregar a su hermano y se lanzó a un coche, que por lo demás lo dejó demasiado tarde en el andén de la estación de Montparnasse para que pudiera tomar el tren de la mañana con el que contaba.

Raoul pasó un día de mal humor y no recobró el gusto por la vida hasta el atardecer, cuando se instaló en su vagón. A lo largo del viaje, releyó el billete de Christine, aspiró su perfume; resucitó la dulce imagen de sus años jóvenes. Pasó toda aquella abominable noche de viaje en un sueño febril que tenía por principio y fin a Christine Daaé. El día empezaba a rayar

cuando desembarcó en Lannion. Corrió a tomar la diligencia de Perros-Guirec. Era el único viajero. Interrogó al cochero. Supo que la noche anterior una joven con todo el aspecto de una parisina se había hecho llevar a Perros y había bajado en la posada del Sol Poniente. No podía ser más que Christine. Había venido sola. Raoul dejó escapar un profundo suspiro. Podría hablar con Christine, en paz y en aquella soledad. La amaba hasta ahogarse. Ese mozo, que había dado la vuelta al mundo, era puro como una doncella que jamás hubiera abandonado la casa de su madre.

A medida que se acercaba a ella, evocaba devotamente la historia de la pequeña cantante sueca. Muchos detalles de ella siguen siendo ignorados por el gran público.

Érase una vez, en un pequeño burgo de los alrededores de Upsala, un campesino que vivía allí con su familia, cultivando la tierra entre semana y cantando en el facistol los domingos. Ese campesino tenía una niña a la que, mucho antes de que supiera leer, enseñó a descifrar el abecedario musical. El padre de Daaé era, quizá sin saberlo, un gran músico. Tocaba el violín y era considerado el mejor tañedor de toda Escandinavia. Su fama se extendía a la redonda y siempre se acudía a él para que los pares bailaran en bodas y festines. La madre de Daaé, inválida, murió cuando Christine entraba en su sexto año. Al punto el padre, que sólo amaba a su hija y a su música, vendió su parcela de tierra y se fue a buscar la gloria a Upsala. No encontró más que la miseria.

Entonces volvió al campo, yendo de feria en feria, rasgando sus melodías escandinavas, mientras su criatura, que no se separaba de él jamás, lo escuchaba con éxtasis o lo acompañaba cantando. Un día, en la feria de Limby, el profesor Valérius los oyó a los dos y se los llevó a Gotemburgo. Sostenía que el padre era el primer violinista del mundo y que su hija tenía madera de gran artista. Se proveyó a la educación e instrucción de la niña. Dondequiera que iba maravillaba a todos por su belleza, su gracia y su afán de hacer bien las cosas. Sus progresos eran rápidos. El profesor Valérius y su esposa tuvieron entonces que venirse a instalarse en Francia. Llevaron consigo a Daaé y a Christine. La mamá Valérius trataba a Christine como a una hija. En cuanto al buen hombre, empezaba a languidecer, preso de la morriña. En París no salía nunca. Vivía en una especie de sueño que mantenía con su violín. Durante horas enteras se encerraba en su habitación con su hija, y se le oía tocar y cantar, muy suave, muy suave. A veces, la mamá

Valérius venía a escucharlos tras la puerta, lanzaba un gran suspiro, se enjugaba una lágrima y se alejaba de puntillas. Ella también sentía nostalgia de su cielo escandinavo.

El padre Daaé sólo parecía recobrar fuerzas en verano, cuando toda la familia se iba de veraneo a Perros-Guirec, en un rincón de Bretaña entonces prácticamente desconocido por los parisinos. Amaba mucho el mar de aquellas tierras, encontrándole, según decía, el mismo color que allá, y a menudo, en la playa, le tocaba sus aires más dolientes, y pretendía que el mar callaba para escucharlos. Y luego había suplicado tanto a la mamá Valérius que ésta había consentido en un nuevo capricho del antiguo tañedor.

En la época de los «perdones», de las fiestas de los pueblos, de los bailes y las «danzas robadas», partía como antaño, con su violín, y tenía derecho a llevarse a su hija durante ocho días. No se cansaban de oírlos. Derramaban para todo el año armonía en las más pequeñas aldeas, y dormían de noche en graneros, rechazando el lecho de la posada, apretados sobre la paja el uno contra el otro, como en los tiempos en que eran tan pobres en Suecia.

Pues bien, iban vestidos con toda conveniencia, rechazaban las monedas que les ofrecían, no pedían limosna, y la gente, a su alrededor, no entendía nada de la conducta de ese violinista que andaba por los caminos con esa hermosa niña que cantaba tan bien que se creía oír a un ángel del paraíso. Los seguían de pueblo en pueblo.

Un día, un muchacho de la ciudad, que iba con su institutriz, la hizo caminar un largo trecho, pues no se decidía a apartarse de la niña cuya voz tan dulce y tan pura parecía haberle hechizado. Llegaron así a orillas de una cala que aún se llama Trestraou. En aquel tiempo no había en ese lugar más que el cielo y el mar y la ribera dorada. Y, por encima de todo, había un gran viento que arrebató la echarpe de Christine al mar. Christine dio un grito y tendió los brazos, pero el velo ya estaba lejos sobre las olas. Christine oyó una voz que le decía:

—No se moleste, señorita, voy a recogerle la echarpe del mar.

Y vio a un niño que corría, que corría, pese a los gritos y las indignadas protestas de una buena señora, toda de negro. El niño entró en el mar vestido y le devolvió la echarpe. ¡El niño y la echarpe estaban en buen estado!

La señora de negro no lograba calmarse, pero Christine reía de todo corazón, y abrazó al niño. Era el vizconde Raoul de Chagny. Vivía en aquel momento con su tía en Lannion. Durante la temporada se volvieron a ver casi todos los días y jugaron juntos. A petición de la tía y por mediación del profesor Valérius, el buen hombre Daaé consintió en dar lecciones de violín al joven vizconde. Así, Raoul aprendió a amar los mismos aires que habían encantado la infancia de Christine.

Tenían más o menos la misma pequeña alma soñadora y tranquila. Sólo les gustaban las historias, los viejos cuentos bretones, y su principal juego era ir a pedirlos en los umbrales de las puertas, como mendigos. «Señora o buen señor, ¿tiene usted un cuento que contarnos, por favor?» Era raro que no les «diesen» alguno. ¿Qué vieja abuela bretona no ha visto, al menos una vez en su vida, bailar a los korrigans en el brezal, a la luz de la luna?

Pero su gran fiesta era cuando al crepúsculo, en la gran paz del atardecer, después de que el sol se hubiera puesto en el mar, el padre Daaé venía a sentarse junto a ellos al borde del camino, y les contaba en voz baja, como si temiera asustar a los fantasmas que evocaba, las bellas, dulces o terribles leyendas del país del Norte. A veces era hermoso como los cuentos de Andersen, a veces triste como los cantos del gran poeta Runeberg. Cuando callaba, los dos niños decían: «¡Otra!»

Había una historia que empezaba así:

«Un rey se había sentado en una pequeña barca, sobre una de esas aguas tranquilas y profundas que se abren como un ojo brillante en medio de los montes de Noruega...»

Y otra:

«La pequeña Lotte pensaba en todo y no pensaba en nada. Pájaro de verano, planeaba en los rayos de oro del sol, llevando sobre sus rizos rubios su corona primaveral. Su alma era tan clara, tan azul como su mirada. Mimaba a su madre, era fiel a su muñeca, cuidaba mucho su vestido, sus zapatos rojos y su violín, pero amaba por encima de todas las cosas oír, mientras se dormía, al Ángel de la música.»

Mientras el buen hombre decía estas cosas, Raoul miraba los ojos azules y el cabello dorado de Christine. Y Christine pensaba que la pequeña Lotte era dichosa oyendo, mientras se dormía, al Ángel de la música. Pocas eran

las historias del padre Daaé en las que no interviniera el Ángel de la música, y los niños le pedían explicaciones sobre ese Ángel sin cesar. El padre Daaé sostenía que todos los grandes músicos, todos los grandes artistas reciben al menos una vez en su vida la visita del Ángel de la música. Ese Ángel se ha inclinado a veces sobre su cuna, como le ocurrió a la pequeña Lotte, y así es como hay pequeños prodigios que tocan el violín con seis años mejor que hombres de cincuenta, lo cual, hay que reconocerlo, es del todo extraordinario. A veces, el Ángel llega mucho más tarde, porque los niños no son buenos y no quieren aprender el solfeo y descuidan sus escalas. A veces, el Ángel no llega nunca, porque no se tiene el corazón puro ni la conciencia tranquila. Al Ángel nunca se le ve, pero se deja oír por las almas predestinadas. Suele suceder en los momentos en que menos se le espera, cuando se está triste y desalentado. Entonces, el oído percibe de repente armonías celestiales, una voz divina, y las recuerda toda la vida. Las personas que son visitadas por el Ángel quedan como inflamadas. Vibran con un estremecimiento que el resto de los mortales no conoce. Y tienen el privilegio de no poder ya tocar un instrumento ni abrir la boca para cantar sin hacer oír sonidos que avergüenzan por su belleza a todos los demás sonidos humanos. La gente que no sabe que el Ángel ha visitado a esas personas dice que tienen genio.

La pequeña Christine preguntaba a su papá si él había oído al Ángel. Pero el padre Daaé sacudía la cabeza tristemente; luego su mirada se iluminaba al contemplar a su hija y le decía:

«¡Tú, hija mía, lo oirás algún día! Cuando esté en el Cielo, te lo enviaré, ¡te lo prometo!»

El padre Daaé empezaba a toser por aquella época.

Llegó el otoño, que separó a Raoul y a Christine.

Se volvieron a ver tres años después; eran ya jóvenes. Esto sucedió de nuevo en Perros y Raoul conservó una impresión tan viva que lo perseguiría toda la vida. El profesor Valérius había muerto, pero la mamá Valérius se había quedado en Francia, donde sus intereses la retenían junto con el buen hombre Daaé y su hija, siempre cantando y tocando el violín, arrastrando a su querida protectora a su sueño armonioso; ella parecía ya no vivir más que de música. El joven había ido a Perros al azar y, del mismo modo, penetró en la casa que antaño habitara su pequeña amiga. Vio primero al an-

ciano Daaé, que se levantó de su silla con lágrimas en los ojos y lo abrazó, diciéndole que habían guardado de él un fiel recuerdo. De hecho, casi no había pasado un día sin que Christine hablara de Raoul. Aún hablaba el anciano cuando la puerta se abrió y, encantadora, presurosa, la joven entró portando en una bandeja el té humeante. Reconoció a Raoul y depositó su carga. Una luz leve se extendió por su encantador semblante. Quedó dudando, callada. El papá los miraba a los dos. Raoul se acercó a la joven y la besó con un beso que ella no evitó. Le hizo algunas preguntas, cumplió lindamente con su deber de anfitriona, retomó la bandeja y abandonó la habitación. Luego fue a refugiarse en un banco en la soledad del jardín. Sentía emociones que se agitaban en su corazón adolescente por primera vez. Raoul fue a reunirse con ella y charlaron hasta el atardecer, con gran apuro. Estaban del todo cambiados, no reconocían sus propios personajes, que parecían haber adquirido una importancia considerable. Eran prudentes como diplomáticos y se contaban cosas que nada tenían que ver con sus sentimientos nacientes. Cuando se despidieron, a orillas del camino, Raoul le dijo a Christine, depositando un correcto beso sobre su mano temblorosa: «Señorita, ¡no la olvidaré nunca!» Y se alejó lamentando esa atrevida frase, pues sabía muy bien que Christine Daaé no podía ser la esposa del vizconde de Chagny.

En cuanto a Christine, fue a reunirse con su padre y le dijo: «¿No crees que Raoul ya no es tan simpático como antes? ¡Ya no le quiero!» E intentó no pensar más en él. Le costaba bastante lograrlo y se refugió en su arte, que la ocupó todos sus instantes. Sus progresos eran asombrosos. Quienes la escuchaban la predecían que sería la primera artista del mundo. Pero su padre murió entonces, y de golpe, pareció haber perdido con él su voz, su alma y su genio. Le quedó suficiente de todo ello para ingresar en el Conservatorio, pero justamente. No se distinguió en modo alguno, siguió las clases sin entusiasmo y ganó un premio por complacer a la anciana mamá Valérius, con quien seguía viviendo. La primera vez que Raoul había vuelto a ver a Christine en la Ópera, había quedado prendado de la belleza de la joven y de la evocación de las dulces imágenes de antaño, pero había quedado más bien asombrado del aspecto negativo de su arte. Parecía desapegada de todo. Volvió a oírla. La seguía entre bastidores. La esperaba detrás de un portante. Intentó atraer su atención. Más de una vez la acompañó hasta el umbral de su camerino, pero ella no lo veía. Parecía, por lo demás, no ver a nadie. Era la indiferencia que pasaba. Raoul lo sufría, pues

ella era hermosa; él era tímido y no se atrevía a reconocer ante sí mismo que la amaba. Y luego, había sido el golpe de trueno de la noche de gala: los cielos desgarrados, una voz de ángel haciéndose oír sobre la tierra para el arrobamiento de los hombres y la consumación de su corazón...

Y luego, y luego, había habido aquella voz de hombre detrás de la puerta: «¡Hay que amarme!» y nadie en el camerino...

¿Por qué había reído ella cuando él le dijo, en el momento en que ella reabría los ojos: «Soy el niño que le recogió la echarpe en el mar»? ¿Por qué no le había reconocido? ¿Y por qué le había escrito?

¡Oh! Esta costa es larga... larga... He aquí el crucifijo de los tres caminos... He aquí el páramo desierto, la landa helada, el paisaje inmóvil bajo el cielo blanco. Los cristales tintinean, hacen añicos sus vidrieras en los oídos... ¡Cuánto ruido hace esta diligencia que tan poco avanza! Reconoce las chozas... los cercados, los taludes, los árboles del camino... He aquí el último recodo del camino, y luego se bajará la cuesta y estará el mar... la gran bahía de Perros...

Entonces, ella bajó en la posada del Sol Poniente. ¡Claro! No hay otra. Y además, se está muy bien allí. Recuerda que en los viejos tiempos se contaban allí hermosas historias. ¡Cómo le late el corazón! ¿Qué le dirá ella al verle?

La primera persona que divisa al entrar en la vieja sala ahumada de la posada es la mamá Tricard. Lo reconoce. Le hace cumplidos. Le pregunta qué lo trae. Él se ruboriza. Dice que, habiendo venido a Lannion por negocios, ha querido «llegar hasta aquí para saludarla». Ella quiere servirle el almuerzo, pero él dice: «Ahora mismo no.» Parece esperar algo o a alguien. La puerta se abre. Está de pie. No se ha equivocado: ¡es ella! Quiere hablar, cae de nuevo. Ella permanece ante él sonriente, sin ningún asombro. Su semblante es fresco y sonrosado como una fresa a la sombra. Sin duda la joven está emocionada por una marcha rápida. Su pecho, que encierra un corazón sincero, se alza suavemente. Sus ojos, claros espejos de azul pálido, del color de los lagos que sueñan inmóviles allá arriba hacia el norte del mundo, sus ojos le aportan con calma el reflejo de su alma cándida. El abrigo de piel está entreabierto sobre una cintura flexible, sobre la línea armoniosa de su joven cuerpo lleno de gracia. Raoul y Christine se miran largo

rato. La mamá Tricard sonríe y, discreta, se escabulle. Por fin Christine habla:

—Ha venido usted y eso no me asombra. Tenía el presentimiento de que lo encontrar a aquí, en esta posada, al volver de la misa. Alguien me lo dijo, allá. Sí, me habían anunciado su llegada.

— Qui n? —pregunta Raoul, tomando entre sus manos la pequeña mano de Christine, que ésta no le retira.

—Pues mi pobre papá que ha muerto.

Hay un silencio entre los dos jóvenes.

Luego Raoul prosigue:

— Le dijo su papá que la quiero, Christine, y que no puedo vivir sin usted?

Christine se ruborizó hasta la raíz del cabello y desvi  la cabeza. Dice, con voz temblorosa:

— A mí? Está usted loco, amigo mío.

Y suelta una carcajada para darse, como se dice, una compostura.

—No r a, Christine, es muy serio.

Y ella replica, seria:

—No le he hecho venir para que me diga semejantes cosas.

—Usted me «hizo venir», Christine; adivin  usted que su carta no me dejar a indiferente y que correr a a Perros.  C mo pudo pensar eso, si no pens  que yo la amaba?

—Pens  que usted recordar a los juegos de nuestra infancia a los que mi padre se sumaba tan a menudo. En el fondo, no s  bien lo que pens ... Quizá me equivoqué al escribirle... Su aparición tan repentina la otra noche en mi camerino me había llevado muy lejos, muy lejos en el pasado, y le escribí como la niña que era entonces, que estar a feliz de volver a ver, en un momento de tristeza y soledad, a su pequeño camarada junto a ella...

Un momento guardan silencio. Hay en la actitud de Christine algo que Raoul no encuentra natural sin que le sea posible precisar su pensamiento. Sin embargo, no la siente hostil; ni mucho menos... la triste ternura de sus

ojos le informa suficientemente. Pero ¿por qué esa ternura es triste?... Quizá eso es lo que hay que saber y lo que ya irrita al joven...

—Cuando me vio en su camerino, ¿era la primera vez que me veía, Christine?

Ésta no sabe mentir. Dice:

—¡No! Ya le había visto varias veces en el palco de su hermano. Y también en el escenario.

—¡Me lo imaginaba! —dice Raoul mordiéndose los labios—. Pero entonces ¿por qué, cuando me vio en su camerino, a sus pies, recordándole que le había recogido la echarpe en el mar, respondió como si no me conociera y además se rió?

El tono de estas preguntas es tan brusco que Christine mira a Raoul asombrada, y no le responde. El joven está él mismo estupefacto de esta súbita disputa, que se atreve a provocar en el momento mismo en que se había prometido hacer oír a Christine palabras de dulzura, amor y sumisión. Un marido, un amante que tuviera todos los derechos, no hablaría de otro modo a su esposa o amante que lo hubiera ofendido. Pero se irrita de sus propias faltas, y juzgándose estúpido, no encuentra otra salida a esa ridícula situación que la fiera decisión que toma de mostrarse odioso.

—¡No me responde! —dice él furioso y desdichado—. Pues bien, voy a responder yo en su lugar. ¡Es que había alguien en ese camerino que la molestaba, Christine! ¡alguien a quien no quería usted mostrar que podía interesarse por otra persona que no fuera él!...

—¡Si alguien me molestaba, amigo mío! —interrumpió Christine en tono glacial—. Si alguien me molestaba aquella noche, debía de ser usted, ¡puesto que fue a usted a quien eché a la puerta!...

—¡Sí!... ¡Para quedarse con el otro!...

—¿Qué dice usted, señor? —pregunta la joven jadeante—. ¿Y de qué otro se trata aquí?

—De aquel a quien le dijo usted: ¡Sólo canto para usted! Esta noche le he entregado mi alma, ¡y he muerto!

Christine ha agarrado el brazo de Raoul: lo aprieta con una fuerza que no se sospecharía en ese ser tan frágil.

—¿Conque escuchaba usted detrás de la puerta?

—¡Sí! Porque la quiero... Y lo oí todo...

—¿Qué oyó? Y la joven, vuelta de modo extraño a la calma, suelta el brazo de Raoul.

—Le dijo a usted: ¡Hay que amarme!

A estas palabras, una palidez cadavérica se extiende por el rostro de Christine, sus ojos se cercan... Vacila, va a caer. Raoul se precipita, tiende los brazos, pero Christine ya ha superado ese desmayo pasajero, y en voz baja, casi exánime:

—¡Diga! ¡Diga más! ¡Diga todo lo que oyó!

Raoul la mira, duda, no comprende nada de lo que está pasando.

—¡Pero diga! ¿No ve que me está matando?...

—Oí además que él le respondió, cuando le dijo usted que le había entregado su alma: Tu alma es muy hermosa, hija mía, y te lo agradezco. No hay emperador que haya recibido semejante regalo. ¡Los ángeles lloraron esta noche!

Christine ha llevado la mano al corazón. Fija a Raoul con una emoción indescriptible. Su mirada es tan aguda, tan fija, que parece la de una demente. Raoul está aterrado. Pero he aquí que los ojos de Christine se humedecen y por sus mejillas de marfil resbalan dos perlas, dos gruesas lágrimas...

—¡Christine!...

—¡Raoul!...

El joven quiere asirla, pero ella se le escurre de las manos y huye en un gran desorden.

Mientras Christine permanecía encerrada en su habitación, Raoul se hacía mil reproches por su brutalidad; pero, por otro lado, los celos retomaban su galope por sus venas en llamas. Para que la joven hubiera mostrado semejante emoción al saber que habían sorprendido su secreto, éste debía

de tener importancia. Ciertamente, Raoul, pese a lo que había oído, no dudaba de la pureza de Christine. Sabía que ella tenía una gran reputación de virtud y no era tan novato como para no comprender la necesidad en que se halla a veces una artista de escuchar requiebros de amor. Bien había respondido ella afirmando que le había dado su alma, pero era de toda evidencia que en todo esto no se trataba sino de canto y de música. ¿De toda evidencia? Entonces, ¿por qué esa turbación de hace un momento? Dios mío, ¿qué desdichado era Raoul! Y si hubiera tenido al hombre, la voz de hombre, le hubiera pedido explicaciones precisas.

¿Por qué se había escapado Christine? ¿Por qué no bajaba?

Se negó a almorzar. Estaba muy afligido y era grande su dolor al ver transcurrir lejos de la joven sueca aquellas horas que había esperado tan dulces. ¿Por qué no venía con él a recorrer el país en el que tantos recuerdos les eran comunes? ¿Y por qué, dado que parecía no tener ya nada que hacer en Perros y que, en efecto, no hacía nada allí, no retomaba enseguida el camino de París? Había sabido que por la mañana ella había mandado decir una misa por el descanso del alma del padre Daaé y que había pasado largas horas rezando en la pequeña iglesia y sobre la tumba del tañedor.

Triste, desalentado, Raoul se encaminó hacia el cementerio que rodeaba la iglesia. Empujó la puerta. Erró solitario entre las tumbas, descifrando las inscripciones, pero cuando llegaba detrás del ábside, le orientó de inmediato la nota resplandeciente de las flores que suspiraban sobre el granito sepulcral y desbordaban hasta la blanca tierra. Perfumaban todo ese rincón helado del invierno bretón. Eran milagrosas rosas rojas que parecían haber brotado esa misma mañana, entre la nieve. Era un poco de vida entre los muertos, pues la muerte estaba allí por doquier. También ella desbordaba la tierra que había rechazado su exceso de cadáveres. Esqueletos y calaveras por centenares estaban amontonados contra el muro de la iglesia, retenidos sólo por una leve red de alambres que dejaba al descubierto todo el macabro edificio. Las cabezas de muerto, apiladas, alineadas como ladrillos, consolidadas en los intervalos por huesos muy limpiamente blanqueados, parecían formar el primer basamento sobre el que se habían tapiado los muros de la sacristía. La puerta de esa sacristía se abría en medio de ese osario, tal como se ven muchos a lo largo de las viejas iglesias bretonas.

Raoul rezó por Daaé, y luego, lamentablemente impresionado por esas eternas sonrisas que tienen las bocas de las calaveras, salió del cementerio, subió la colina y se sentó al borde del páramo que domina el mar. El viento corría furioso por las playas, ladrando a la escasa y tímida claridad del día. Ésta cedió, huyó y no fue más que una raya lívida en el horizonte. Entonces el viento se calló. Era la tarde. Raoul estaba envuelto en sombras heladas, pero no sentía el frío. Todo su pensamiento erraba por el páramo desierto y desolado, todo su recuerdo. Allí, en ese mismo lugar, había venido a menudo al caer la tarde, con la pequeña Christine, para ver bailar a los korrigans, justo cuando sale la luna. Por su parte, jamás había visto ninguno, y eso que tenía buena vista. Christine, en cambio, que era un poco miope, afirmaba haber visto muchos. Sonrió a esa idea, y luego, de repente, se estremeció. Una forma, una forma precisa, pero que había llegado allí sin que él supiera cómo, sin que el menor ruido lo hubiera advertido, una forma erguida a su lado, decía:

—¿Cree usted que los korrigans vendrán esta noche?

Era Christine. Quiso hablar. Ella le cerró la boca con su mano enguantada.

—Escúcheme, Raoul, estoy resuelta a decirle algo grave, ¡muy grave!

Su voz temblaba. Él esperó.

Ella continuó, angustiada.

—¿Recuerda usted, Raoul, la leyenda del Ángel de la música?

—¡Si la recuerdo! —dijo él—. Creo bien que fue aquí donde su padre nos la contó por primera vez.

—También fue aquí donde me dijo: «Cuando esté en el cielo, hija mía, te lo enviaré.» Pues bien, ¡Raoul, mi padre está en el cielo y he recibido la visita del Ángel de la música!

—No lo dudo —replicó el joven gravemente, pues creía entender que en un pensamiento piadoso su amiga mezclaba el recuerdo de su padre al brillo de su último triunfo.

Christine pareció levemente asombrada de la sangre fría con que el vizconde de Chagny se enteraba de que ella había recibido la visita del Ángel de la música.

—¿Cómo lo entiende usted, Raoul? —dijo ella, acercando su pálido semblante tan cerca del rostro del joven que éste pudo creer que Christine iba a darle un beso, pero sólo quería leer, a pesar de las tinieblas, en sus ojos.

—Entiendo —replicó él— que un ser humano no canta como cantó usted la otra noche sin que intervenga algún milagro, sin que el cielo tenga algo que ver en ello. No hay en la tierra maestro alguno que pueda enseñarle acentos semejantes. Ha oído usted al Ángel de la música, Christine.

—Sí —dijo ella solemnemente—, en mi camerino. Es allí donde viene a darme sus lecciones diarias.

El tono con que lo dijo era tan penetrante y singular que Raoul la miró inquieto, como se mira a una persona que dice un disparate o afirma alguna visión enloquecida en la que cree con todas las fuerzas de su pobre cerebro enfermo. Pero ella se había retirado y no era ya, inmóvil, más que un poco de sombra en la noche.

—¿En su camerino? —repitió él como un eco estúpido.

—Sí, es allí donde lo oí, y no fui la única en oírlo...

—¿Quién más lo oyó, Christine?

—Usted, amigo mío.

—¿Yo? ¿Yo oí al Ángel de la música?

—Sí, la otra noche era él quien hablaba cuando usted escuchaba detrás de la puerta de mi camerino. Era él quien me dijo: «¡Hay que amarme.» Pero creía ser la única en percibir su voz. Calcule, pues, mi asombro cuando supe esta mañana que usted también podía oírlo...

Raoul estalló en carcajadas. Y al punto, la noche se disipó sobre el páramo desierto y los primeros rayos de luna vinieron a envolver a los jóvenes. Christine se había vuelto, hostil, hacia Raoul. Sus ojos, habitualmente tan dulces, lanzaban destellos.

—¿Por qué se ríe? ¿Cree quizá haber oído una voz de hombre?

—¡Claro! —respondió el joven, cuyas ideas empezaban a enredarse ante la actitud combativa de Christine.

— ¡Es usted, Raoul! ¡usted quien me dice eso! ¡un antiguo camaradita mío! ¡un amigo de mi padre! ¡Ya no le reconozco! Pero ¿qué cree usted? Soy una chica honrada, señor vizconde de Chagny, y no me encierro con voces de hombre en mi camerino. ¡Si hubiera usted abierto la puerta, habría visto que no había nadie!

— ¡Es verdad! Cuando se hubo marchado usted, abrí esa puerta y no encontré a nadie en el camerino...

— ¿Lo ve usted... entonces?

El joven hizo acopio de todo su valor.

— Entonces, Christine, creo que se están burlando de usted.

Ella lanzó un grito y huyó. Él corrió detrás de ella, pero ella le gritó, en una cólera feroz:

— ¡Déjeme! ¡Déjeme!

Y desapareció. Raoul volvió a la posada muy cansado, muy desalentado y muy triste.

Supo que Christine acababa de subir a su habitación y que había anunciado que no bajaría a cenar. El joven preguntó si no estaba enferma. La buena posadera le respondió de un modo ambiguo que, si estaba indispuesta, debía de ser de un mal que no era demasiado grave, y como creía en el enfado de dos enamorados, se alejó encogiéndose de hombros y expresando socarronamente la lástima que le daban los jóvenes que despilfarraban en vanas querellas las horas que Dios les ha permitido pasar en la tierra. Raoul cenó solo, al rincón del hogar y, como bien pueden imaginar, de muy mal humor. Luego, en su habitación, intentó leer, luego, en su cama, intentó dormir. Ningún ruido se oía en el cuarto de al lado. ¿Qué hacía Christine? ¿Dormía? Y si no dormía, ¿en qué pensaba? ¿Y él, en qué pensaba? ¿Hubiera sido siquiera capaz de decirlo? La extraña conversación que había tenido con Christine lo había turbado por completo. Pensaba menos en Christine que en torno a Christine, y ese «en torno» era tan difuso, tan nebuloso, tan inaprensible, que le causaba un malestar muy curioso y muy angustioso.

Así pasaban las horas muy lentas; debían de ser las once y media de la noche cuando oyó distintamente andar en el cuarto contiguo al suyo. Era un paso ligero, furtivo. ¿Conque Christine no se había acostado? Sin razonar

sus movimientos, el joven se vistió a toda prisa, con cuidado de no hacer el menor ruido. Y, dispuesto a todo, esperó. ¿Dispuesto a qué? ¿Acaso lo sabía? Su corazón dio un salto cuando oyó la puerta de Christine girar lentamente sobre sus goznes. ¿Adónde iba a aquella hora en que todo reposaba en Perros? Entreabrió con sumo cuidado su puerta y pudo ver, en un rayo de luna, la forma blanca de Christine que se deslizaba cautelosamente por el corredor. Alcanzó la escalera, bajó, y él, desde arriba, se asomó a la barandilla. De repente oyó dos voces que conversaban rápidamente. Le llegó una frase: «No pierda la llave.» Era la voz de la posadera. Abajo, se abrió la puerta que daba al muelle. Se volvió a cerrar. Y todo retornó a la calma. Raoul volvió enseguida a su habitación y corrió a su ventana, que abrió. La forma blanca de Christine se alzaba sobre el muelle desierto.

El primer piso de la posada del Sol Poniente no era demasiado alto y un árbol en espaldera que tendía sus ramas hacia los impacientes brazos de Raoul le permitió estar fuera sin que la posadera pudiera sospechar su ausencia. Cuál no fue, pues, el estupor de la buena señora a la mañana siguiente, cuando le trajeron al joven casi helado, más muerto que vivo, y supo que lo habían encontrado tendido de largo a largo en los peldaños del altar mayor de la pequeña iglesia de Perros. Corrió a dar la noticia a toda prisa a Christine, que bajó precipitadamente y prodigó, ayudada por la posadera, sus solícitos cuidados al joven que no tardó en abrir los ojos y volvió del todo a la vida al ver sobre él el encantador semblante de su amiga.

¿Qué había ocurrido? El señor comisario Mifroid tuvo ocasión, algunas semanas más tarde, cuando el drama de la Ópera arrastró la acción del ministerio público, de interrogar al vizconde de Chagny sobre los sucesos de la noche de Perros, y he aquí de qué manera quedaron transcritos éstos en las hojas del sumario. (Cota 150.)

Pregunta.—¿La señorita Daaé no le vio descender de su habitación por el singular camino que había elegido?

Respuesta.—No, señor, no, no. Sin embargo, llegué detrás de ella sin preocuparme de sofocar el ruido de mis pasos. En aquel momento sólo pedía una cosa: que se volviera, que me viera y que me reconociera. Acababa de decirme, en efecto, que mi persecución era del todo incorrecta y que el modo de espionaje al que me entregaba era indigno de mí. Pero ella no pareció oírme y, de hecho, actuó como si yo no hubiera estado allí.

Abandonó tranquilamente el muelle y luego, de repente, subió rápidamente el camino. El reloj de la iglesia acababa de dar las doce menos cuarto, y me pareció que el sonido de la hora había determinado la prisa de su carrera, pues casi echó a correr. Así llegó a la puerta del cementerio.

P. ¿Estaba abierta la puerta del cementerio?

R. Sí, señor, y eso me sorprendió, pero no pareció asombrar en absoluto a la señorita Daaé.

P. ¿No había nadie en el cementerio?

R. No vi a nadie. Si hubiera habido alguien, lo habría visto. La luz de la luna era deslumbrante y la nieve que cubría la tierra, al devolvernos sus rayos, hacía la noche aún más clara.

P. ¿No podía ocultarse alguien detrás de las tumbas?

R. No, señor. Son pobres lápidas sepulcrales que desaparecían bajo la capa de nieve y que alineaban sus cruces al ras del suelo. Las únicas sombras eran las de esas cruces y las nuestras dos. La iglesia estaba toda deslumbrante de claridad. Jamás he visto semejante luz nocturna. Era muy hermoso, muy transparente y muy frío. Nunca había ido de noche a los cementerios, e ignoraba que pudiera hallarse en ellos semejante luz, «una luz que no pesa nada».

P. ¿Es usted supersticioso?

R. No, señor, soy creyente.

P. ¿En qué estado de ánimo se encontraba?

R. Muy sano y muy tranquilo, a fe mía. Ciertamente, la inusitada salida de la señorita Daaé me había turbado en un principio profundamente; pero en cuanto vi a la joven penetrar en el cementerio, me dije que venía a cumplir algún voto sobre la tumba paterna, y lo encontré tan natural que recobré toda mi calma. Sólo estaba asombrado de que ella no me hubiera oído aún caminar detrás de ella, pues la nieve crujía bajo mis pasos. Pero sin duda estaba del todo absorta en su piadoso pensamiento. Resolví, por lo demás, no perturbarla, y cuando llegó a la tumba de su padre, me quedé a unos pasos detrás de ella. Se arrodilló en la nieve, se persignó y se puso a rezar. En ese momento, dieron las doce. El duodécimo toque resonaba aún en mi oído cuando, de pronto, vi a la joven levantar la cabeza; su mirada

fijó la bóveda celeste, sus brazos se tendieron hacia el astro de la noche; me pareció en éxtasis y me preguntaba aún cuál había sido la razón súbita y determinante de ese éxtasis cuando yo mismo alcé la cabeza, lancé una mirada extraviada en torno y todo mi ser se tendió hacia lo Invisible, lo invisible que nos estaba tocando música. ¡Y qué música! ¡Ya la conocíamos! Christine y yo ya la habíamos oído en nuestra juventud. Pero jamás, en el violín del padre Daaé, se había expresado con arte tan divino. No pude hacer nada mejor, en aquel instante, que recordar todo lo que Christine me acababa de decir del ángel de la música, y no supe bien qué pensar de esos sonidos inolvidables que, si no descendían del cielo, dejaban ignorado su origen en la tierra. No había allí instrumento alguno ni mano que condujera el arco. ¡Oh! Recordé la admirable melodía. Era La Resurrección de Lázaro, que el padre Daaé nos tocaba en sus horas de tristeza y fe. El ángel de Christine de haber existido, no hubiera tocado mejor aquella noche con el violín del difunto tañedor. La invocación de Jesús nos arrebató de la tierra, y, a fe mía, casi esperé ver levantarse la losa de la tumba del padre de Christine. Se me ocurrió también que Daaé había sido enterrado con su violín y, en verdad, no sé hasta dónde, en ese minuto fúnebre y radiante, en el fondo de ese pequeño y apartado cementerio de provincias, junto a esas calaveras que nos sonreían con todas sus mandíbulas inmóviles, no, no sé hasta dónde se fue mi imaginación ni dónde se detuvo.

Pero la música se había callado y recobré mis sentidos. Me pareció oír ruido por el lado de las calaveras del osario.

P.— ¡Ah, ah! ¿Oyó usted ruido por el lado del osario?

R. Sí, me pareció que las calaveras se reían ahora y no pude evitar estremecerme.

P. ¿No pensó usted enseguida que detrás del osario podría ocultarse precisamente el músico celestial que tanto le había encantado?

R. Tan bien pensé eso que ya no pensé en otra cosa, señor comisario, y olvidé seguir a la señorita Daaé que acababa de levantarse y se dirigía tranquilamente hacia la puerta del cementerio. En cuanto a ella, estaba tan absorta que no es extraño que no me viera. Yo no me moví, los ojos fijos hacia el osario, decidido a llegar al fondo de esa increíble aventura y conocer el porqué de todo ello.

P. ¿Y entonces, qué ocurrió para que lo encontraran por la mañana, tendido casi muerto, en los peldaños del altar mayor?

R. ¡Oh! Fue rápido... Una calavera rodó a mis pies... luego otra... luego otra... Parecía que yo era el blanco de ese fúnebre juego de bolos. Y tuve la idea de que un movimiento en falso debía de haber destruido el equilibrio del andamiaje detrás del cual se disimulaba nuestro músico. Esta hipótesis me pareció tanto más razonable cuanto que una sombra se deslizó de repente por la reluciente pared de la sacristía.

Me lancé. La sombra había penetrado ya en la iglesia, empujando la puerta. Yo iba con alas, la sombra llevaba un manto. Fui lo bastante rápido para aferrar un extremo del manto de la sombra. En ese momento, la sombra y yo estábamos justo ante el altar mayor y los rayos de luna, a través del gran vitral del ábside, caían derechos ante nosotros. Como no solté el manto, la sombra se volvió y, al entreabrirse el manto del que estaba envuelta, vi, señor juez, como le estoy viendo a usted, una espantosa calavera que clavaba en mí una mirada en la que ardían los fuegos del infierno. Creí tener ante mí al mismísimo Satanás y, ante esa aparición de ultratumba, mi corazón, pese a todo su valor, desfaleció, y no tengo ya recuerdo de nada hasta el momento en que desperté en mi pequeña habitación de la posada del Sol Poniente.

VII

UNA VISITA AL PALCO N.º 5

Hemos dejado a los señores Firmin Richard y Armand Moncharmin en el momento en que se decidían a ir a hacer una pequeña visita al primer palco n.º 5.

Han dejado atrás la amplia escalera que conduce del vestíbulo de la administración al escenario y sus dependencias; han cruzado el escenario (el tablado), han entrado en el teatro por la entrada de los abonados, luego en la sala por el primer pasillo a la izquierda. Entonces se han deslizado entre las primeras filas de butacas de platea y han mirado el primer palco n.º 5. Lo veían mal a causa de que estaba sumido en una semioscuridad y de que unas inmensas fundas habían sido echadas sobre el terciopelo rojo de las barandillas.

En ese momento estaban casi solos en la inmensa nave tenebrosa y un gran silencio los rodeaba. Era la hora tranquila en que los tramoyistas van a beber.

El equipo había vaciado momentáneamente el tablado, dejando una decoración a medio montar; algunos haces de luz (una luz pálida y siniestra que parecía robada a un astro moribundo) se habían infiltrado por no se sabía qué abertura hasta una vieja torre que alzaba sus almenas de cartón en el escenario; las cosas, en esa noche ficticia, o más bien en ese día mentiroso, tomaban formas extrañas. Sobre las butacas de platea, la lona que las cubría tenía el aspecto de un mar en furia, cuyas glaucas olas hubieran sido instantáneamente inmovilizadas por la orden secreta del gigante de las tempes-

tades, que, como todo el mundo sabe, se llama Adamastor. Los señores Moncharmin y Richard eran los náufragos de ese bouleversamiento inmóvil de un mar de lienzo pintado. Avanzaban hacia los palcos de la izquierda, a grandes brazadas, como marineros que han abandonado su barco y buscan ganar la orilla. Las ocho grandes columnas de mármol pulido se alzaban en la sombra como otros tantos prodigiosos pilotes destinados a sostener el acantilado amenazante, derrumbadizo y panzudo cuyas hiladas quedaban figuradas por las líneas circulares, paralelas y ondulantes de los balcones de los primeros, segundos y terceros palcos. Desde arriba, muy arriba del acantilado, perdidas en el cielo de cobre del señor Lenepveu, unas figuras hacían muecas, se reían socarronamente, se burlaban, se mofaban de la inquietud de los señores Moncharmin y Richard. Eran, sin embargo, figuras habitualmente muy serias. Se llamaban: Isis, Anfitrite, Hebe, Flora, Pandora, Psique, Tetis, Pomona, Dafne, Clitia, Galatea, Aretusa. Sí, la propia Aretusa y Pandora, que todo el mundo conoce por su caja, contemplaban a los dos nuevos directores de la Ópera que habían acabado por aferrarse a algún despojo, y que desde allí contemplaban en silencio el primer palco n.º 5. He dicho que estaban inquietos. Al menos, así lo presumo. El señor Moncharmin, en todo caso, confiesa que estaba impresionado. Dice textualmente: «Este "tio vivo" (¡vaya estilo!) del fantasma de la Ópera, en el que se nos había hecho subir tan amablemente desde que tomamos el relevo de los señores Poligny y Debiegne, había acabado sin duda por perturbar el equilibrio de mis facultades imaginativas y, todo sumado, visuales, pues (¿era el decorado excepcional en que nos movíamos, en el centro de un increíble silencio que nos impresionó hasta ese punto?... ¿fuimos juguete de una especie de alucinación posible gracias a la casi oscuridad de la sala y a la penumbra que bañaba el palco n.º 5?) pues vi, y Richard también vio, en el mismo momento, una forma en el palco n.º 5. Richard no dijo nada; yo tampoco, por lo demás. Pero nos tomamos de la mano a un mismo tiempo. Luego esperamos así algunos minutos, sin movernos, los ojos fijos siempre en el mismo punto: pero la forma había desaparecido. Entonces salimos y, en el pasillo, nos comunicamos nuestras impresiones y hablamos de la forma. La desgracia es que mi forma no era en absoluto la forma de Richard. Yo había visto como una calavera posada en el borde del palco, mientras que Richard había vislumbrado una forma de vieja que se parecía a la madre Giry. De modo que vimos que habíamos sido realmente juguete de una ilusión y que corrimos sin más tardar, riéndonos como locos, al primer

palco n.º 5, en el que entramos y en el que ya no encontramos forma alguna.»

Y ahora estamos en el palco n.º 5.

Es un palco como todos los demás primeros palcos. En verdad, nada distingue este palco de sus vecinos.

Los señores Moncharmin y Richard, divirtiéndose ostensiblemente y riéndose el uno del otro, movían los muebles del palco, levantaban las fundas y los sillones y examinaban en particular el que la voz tenía la costumbre de ocupar. Pero comprobaron que era un honrado sillón, que no tenía nada de mágico. En suma, el palco era el más ordinario de los palcos, con su tapicería roja, sus sillones, su alfombra y su barandilla de terciopelo rojo. Después de palpar con toda seriedad la alfombra y no haber descubierto nada especial ni por ese lado ni por los demás, bajaron a la platea de abajo, que correspondía al palco n.º 5. En la platea n.º 5, que está justo en el rincón de la primera salida a la izquierda de las butacas de platea, no encontraron tampoco nada digno de mención.

—Toda esa gente se está burlando de nosotros —acabó por exclamar Firmin Richard—. El sábado se representa Fausto; asistiremos los dos a la representación en el primer palco n.º 5.

VIII

EN EL QUE LOS SEÑORES FIRMIN RICHARD Y ARMAND MONCHARMIN TIENEN LA AUDACIA DE REPRESENTAR «FAUSTO» EN UNA SALA «MALDITA» Y DEL ESPANTOSO SUCESO QUE DE ELLO RESULTÓ

Pero el sábado por la mañana, al llegar a su despacho, los directores encontraron una doble carta de F. de la Ó. concebida en los siguientes términos:

«Mis queridos directores,

»¿Conque es la guerra?

»Si quieren conservar la paz, he aquí mi ultimátum.

»Son cuatro las condiciones:

»1.^a Devolverme mi palco —y quiero que esté a mi libre disposición desde ahora mismo;

»2.^a El papel de "Margarita" será cantado esta noche por Christine Daaé. No se preocupen por la Carlotta, que estará enferma;

»3.^a Insisto absolutamente en los buenos y leales servicios de la señora Giry, mi acomodadora, a la que reintegrarán inmediatamente en sus

funciones;

»4.^a Háganme saber por carta entregada a la señora Giry, quien me la hará llegar, que aceptan, como sus predecesores, las condiciones de mi pliego de condiciones relativas a mi subsidio mensual. Les haré saber ulteriormente en qué forma deberán entregármelo.

»De lo contrario, representarán esta noche Fausto en una sala maldita.

»A buen entendedor, salud.

»F. DE LA Ó.»

— ¡Pues vaya si me fastidia!... ¡Me fastidia! —rugió Richard, alzando sus puños vengadores y dejándolos caer con estrépito sobre la mesa de su despacho.

En ese momento entró Mercier, el administrador.

—Lachenal quiere ver a uno de estos señores —dijo—. Parece que el asunto es urgente, y el buen hombre me parece muy trastornado.

—¿Quién es Lachenal? —preguntó Richard.

—Es su primer caballerizo.

—¿Cómo! ¿Mi primer caballerizo?

—Pues sí, señor —explicó Mercier—. En la Ópera hay varios caballerizos, y el señor Lachenal es su jefe.

—¿Y qué hace ese caballerizo?

—Tiene la alta dirección de las caballerizas.

—¿Qué caballerizas?

—Las suyas, señor, las caballerizas de la Ópera.

—¿Hay caballerizas en la Ópera? ¡A fe mía, no lo sabía! ¿Y dónde están?

—En los sótanos, por el lado de la Rotonda. Es un servicio muy importante, tenemos doce caballos.

—¡Doce caballos! ¿Y para qué, gran Dios?

—Pues para los desfiles de La judía, de El profeta, etc., hacen falta caballos amaestrados y que «conozcan las tablas». Los caballerizos se encargan

de enseñárselo. El señor Lachenal es muy hábil en eso. Es el antiguo director de las caballerizas de Franconi.

—Muy bien... Pero ¿qué me quiere?

—No lo sé... Nunca lo he visto en semejante estado.

—¡Que entre!

Entra el señor Lachenal. Lleva una fusta en la mano y la hace restallar nerviosamente contra una de sus botas.

—Buenos días, señor Lachenal —dijo Richard, impresionado—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Señor director, vengo a pedirle que ponga a toda la cuadra de patitas en la calle.

—¡Cómo! ¿Quiere usted echar a nuestros caballos?

—No se trata de los caballos, ¡sino de los mozos de cuadra!

—¿Cuántos mozos de cuadra tiene usted, señor Lachenal?

—¡Seis!

—¡Seis mozos de cuadra! ¡Son por lo menos dos de más!

—Son «plazas» —interrumpió Mercier— que han sido creadas y que nos han sido impuestas por la Subsecretaría de Bellas Artes. Están ocupadas por protegidos del gobierno, y si me atrevo a permitirme...

—¡Del gobierno me importa un bledo! —afirmó Richard con energía—. No necesitamos más de cuatro mozos de cuadra para doce caballos.

—¡Once! —rectificó el señor primer caballerizo.

—¡Doce! —repitió Richard.

—¡Once! —repite Lachenal.

—¡Ah! Fue el señor administrador quien me dijo que tenía usted doce caballos.

—Tenía doce, pero ya sólo me quedan once desde que nos robaron a César.

Y el señor Lachenal se arrea un gran golpe de fusta en la bota.

—Nos han robado a César —exclamó el señor administrador—; a César, el caballo blanco de El profeta.

—¡No hay dos Césares! —declaró en tono seco el señor primer caballerizo—. He estado diez años en Franconi y he visto caballos. ¡Pues no hay dos Césares! Y nos lo han robado.

—¿Cómo es eso?

—¡Pues no lo sé! ¡Nadie lo sabe! Por eso vengo a pedirle que ponga a toda la cuadra de patitas en la calle.

—¿Qué dicen sus mozos de cuadra?

—Tonterías... Unos acusan a los figurantes... Otros sostienen que fue el portero de la administración.

—¿El portero de la administración? ¡De él respondo como de mí mismo! —protestó Mercier.

—Pero, en fin, señor primer caballerizo —exclamó Richard—, ¿debe usted de tener alguna idea!

—¡Pues sí, la tengo! ¡La tengo! —declaró de repente el señor Lachenal—, y voy a decírsela. Para mí, no hay duda. —El señor primer caballerizo se acercó a los señores directores y les susurró al oído:— ¡Ha sido el fantasma quien lo hizo!

Richard dio un respingo.

—¡Ah! ¿Usted también? ¡Usted también!

—¿Cómo, yo también? Es lo más natural del mundo...

—¡Pero hombre, señor Lachenal! ¡Pero hombre, señor primer caballerizo!...

—... Que le diga lo que pienso, después de lo que he visto...

—¿Y qué ha visto usted, señor Lachenal?

—He visto, como le estoy viendo a usted, una sombra negra montada en un caballo blanco que se parecía a César como una gota de agua a otra.

—¿Y no corrió usted detrás de ese caballo blanco y esa sombra negra?

—Corrí y llamé, señor director, pero huyeron con una rapidez desconcertante y desaparecieron en la oscuridad de la galería...

El señor Richard se levantó:

—Bien, señor Lachenal. Puede retirarse... vamos a presentar una denuncia contra el fantasma...

—¡Y va usted a poner a mi cuadra de patitas en la calle!

—¡De acuerdo! ¡Hasta luego, señor!

El señor Lachenal se inclinó y salió.

Richard echaba espuma.

—¡Vamos a liquidar las cuentas de ese imbécil!

—¡Es amigo del señor comisario del gobierno! —se atrevió a decir Mercier.

—Y toma el aperitivo en Tortoni con Lagréné, Scholl y Pertuiset, el matador de leones —añadió Moncharmin—. ¡Nos vamos a poner a toda la prensa en contra! Contará la historia del fantasma y todo el mundo se divertirá a nuestra costa. ¡Si somos ridículos, estamos muertos!

—Bien, no hablemos más de ello... —concedió Richard, que ya pensaba en otra cosa.

En ese momento se abrió la puerta y, sin duda, aquella puerta no estaba entonces defendida por su cerbero habitual, pues se vio entrar a la madre Girý de rondón, una carta en la mano, y decir precipitadamente:

—Perdón, con permiso, señores, pero esta mañana he recibido una carta del fantasma de la Ópera. Me dice que pase por aquí, que ustedes supuestamente tienen algo que decirme...

No terminó su frase. Vio el semblante de Firmin Richard, y era terrible. El honorable director de la Ópera estaba a punto de estallar. La furia que lo agitaba no se traducía aún al exterior más que por el color escarlata de su encolerizado semblante y el destello de sus fulgurantes ojos. No dijo nada. No podía hablar. Pero, de repente, su gesto partió. Fue primero el brazo izquierdo el que acometió a la poca cosa que era la madre Girý y la hizo describir un giro tan inesperado, una pirueta tan rápida que ésta lanzó un grito

desesperado, y luego fue el pie derecho, el pie derecho del mismo honorable director, el que fue a estampar su suela en el tafetán negro de una falda que, ciertamente, jamás había sufrido, en semejante lugar, semejante ultraje.

El suceso había sido tan precipitado que la madre Giry, cuando se encontró en el pasillo, aún estaba como aturdida y parecía no comprender. Pero, de repente, comprendió, y la Ópera retumbó con sus indignados gritos, sus furiosas protestas, sus amenazas de muerte. Hubo que emplear a tres mozos para bajarla al patio de la administración y a dos agentes para llevarla a la calle.

Más o menos a la misma hora, la Carlotta, que vivía en un pequeño hotel de la rue du Faubourg-Saint-Honoré, llamaba a su doncella y se hacía traer el correo a la cama. En ese correo encontró una carta anónima en la que le decían:

«Si canta esta noche, tema que le ocurra una gran desgracia en el preciso momento en que cante... una desgracia peor que la muerte.»

Esa amenaza estaba trazada con tinta roja, con letra vacilante y torpe.

Habiendo leído esa carta, la Carlotta ya no tuvo apetito para desayunar. Rechazó la bandeja en la que la camarera le presentaba el chocolate humeante. Se sentó en su cama y reflexionó profundamente. No era la primera carta de ese género que recibía, pero nunca había leído ninguna tan amenazante.

En ese momento se creía blanco de los mil ataques de la envidia y contaba corrientemente que tenía un enemigo secreto que había jurado su perdición. Pretendía que se tramaba contra ella algún malvado complot, alguna cabala que estallaría cualquier día; pero no era mujer que se dejara intimidar, añadía.

La verdad era que, si había alguna cabala, ésta era dirigida por la propia Carlotta contra la pobre Christine, que no lo sospechaba en absoluto. La Carlotta no había perdonado a Christine el triunfo que ésta había obtenido al reemplazarla de improviso.

Cuando le dijeron la extraordinaria acogida que había tenido su sustituta, la Carlotta se sintió al punto curada de un principio de bronquitis y un acceso de malhumor contra la administración, y ya no mostró el menor amago de querer abandonar su empleo. Desde entonces había trabajado con todas

sus fuerzas por «ahogar» a su rival, haciendo actuar a amigos poderosos ante los directores para que no dieran a Christine la ocasión de un nuevo triunfo. Ciertos periódicos que habían empezado a pregonar el talento de Christine ya no se ocupaban más que de la gloria de la Carlotta. Por último, en el propio teatro, la célebre diva vertía sobre Christine los comentarios más ultrajantes e intentaba causarle mil pequeñas molestias.

La Carlotta no tenía ni corazón ni alma. ¡No era más que un instrumento! Ciertamente, un instrumento maravilloso. Su repertorio comprendía todo cuanto puede tentar la ambición de una gran artista, tanto los maestros alemanes como los italianos o los franceses. Jamás, hasta ese día, se había oído a la Carlotta cantar desafinado, ni carecer del volumen de voz necesario para interpretar ningún pasaje de su inmenso repertorio. En suma, el instrumento era extenso, poderoso y de una afinación admirable. Pero nadie hubiera podido decirle a la Carlotta lo que Rossini le decía a la Krauss después de que ella le hubiera cantado en alemán «Bosques sombríos»: «Canta usted con su alma, hija mía, ¡y su alma es bella!»

¿Dónde estaba tu alma, oh Carlotta, cuando bailabas en los tugurios de Barcelona? ¿Dónde estaba, cuando más tarde, en París, cantabas sobre tristes tablados tus cuplés cínicos de bacante de music-hall? ¿Dónde tu alma, cuando, ante los maestros reunidos en casa de uno de tus amantes, hacías resonar ese instrumento dócil, cuyo prodigio era que cantaba con la misma perfecta indiferencia el amor sublime y la más baja orgía? ¡Oh Carlotta, si alguna vez hubieras tenido un alma y la hubieras perdido entonces, la habrías recobrado cuando te convertiste en Julieta, cuando fuiste Elvira, y Ofelia, y Margarita! ¡Pues otras han subido desde más abajo que tú y que el arte, ayudado del amor, ha purificado!

En verdad, cuando pienso en todas las mezquindades, las vilezas de que Christine Daaé hubo de sufrir, en aquella época, por parte de esa Carlotta, no puedo reprimir mi indignación, y no me asombra que ésta se traduzca en consideraciones un tanto amplias sobre el arte en general, y el del canto en particular, en las que los admiradores de la Carlotta no encontrarán ciertamente su satisfacción.

Cuando la Carlotta terminó de reflexionar sobre la amenaza de la extraña carta que acababa de recibir, se levantó.

— Ya se verá — dijo — . Y pronunció, en español, unos cuantos juramentos, con aire muy resuelto.

Lo primero que vio al asomarse a la ventana fue un coche fúnebre. El coche fúnebre y la carta la persuadieron de que aquella noche corría los más serios peligros. Reunió en su casa a todos sus amigos, les comunicó que estaba amenazada, en la representación de la noche, por una cabala organizada por Christine Daaé, y declaró que había que hacerle la puñeta a esa jovencita llenando la sala de sus propios admiradores, los de ella, la Carlotta. No le faltaban, ¿verdad? Contaba con ellos para estar dispuestos a cualquier eventualidad y hacer callar a los alborotadores si, como temía, desencadenaban el escándalo.

El secretario particular del señor Richard, que había ido a interesarse por la salud de la diva, se marchó con la seguridad de que se encontraba perfectamente y de que, «aunque estuviera en las últimas», cantarían aquella misma noche el papel de Margarita. Como el secretario le había recomendado encarecidamente, de parte de su jefe, que no cometiera ninguna imprudencia, que no saliera de casa y que se guardara de las corrientes de aire, la Carlotta no pudo evitar, tras su partida, relacionar esas excepcionales e inesperadas recomendaciones con las amenazas inscritas en la carta.

Eran las cinco cuando recibió por correo una nueva carta anónima con la misma letra que la primera. Era breve. Decía simplemente: «Está usted resfriada; si fuera razonable, comprendería que es una locura querer cantar esta noche.»

La Carlotta se rió con desdén, encogió sus magníficos hombros y lanzó dos o tres notas que la tranquilizaron.

Sus amigos fueron fieles a su promesa. Estaban todos, aquella noche, en la Ópera, pero en vano buscaron a su alrededor a esos feroces conspiradores a los que tenían misión de combatir. Si se exceptúan algunos profanos, algunos honrados burgueses cuyo plácido semblante no reflejaba otro propósito que el de volver a escuchar una música que hacía mucho tiempo había conquistado sus simpatías, sólo había allí habituales cuyas elegantes, pacíficas y correctas costumbres descartaban toda idea de manifestación. La única cosa que parecía anormal era la presencia de los señores Richard y Moncharmin en el palco n.º 5. Los amigos de la Carlotta pensaron que, quizá, los señores directores habían tenido, por su parte, noticias del escán-

dalo proyectado y que habían querido acudir a la sala para atajarlo en cuanto estallara, pero era ésta una hipótesis injustificada, como ya saben ustedes; los señores Richard y Moncharmin sólo pensaban en su fantasma.

¿Nada?... En vano interrogo en ardua vigiliaa la Naturaleza y al Creador. ¡Ninguna voz desliza a mi orejauna palabra consoladora!...

El célebre barítono Carolus Fonta apenas había lanzado el primer llamamiento del doctor Fausto a las potencias del infierno, cuando el señor Firmin Richard, que se había sentado en la silla misma del fantasma — la silla de la derecha, en la primera fila—, se inclinaba, del mejor humor del mundo, hacia su socio, y le decía:

—¿Y tú, te ha deslizado ya alguna voz una palabra al oído?

—¡Esperemos! No seamos demasiado impacientes —respondía en el mismo tono jocoso el señor Armand Moncharmin—. La representación acaba de empezar y ya sabes bien que el fantasma no suele llegar hasta la mitad del primer acto.

El primer acto transcurrió sin incidente alguno, lo que no asombró a los amigos de la Carlotta, puesto que Margarita, en ese acto, no canta. En cuanto a los dos directores, al bajar el telón, se miraron sonriendo:

—¡Y van uno! —dijo Moncharmin.

—Sí, el fantasma llega tarde —declaró Firmin Richard.

Moncharmin, siempre burlón, prosiguió:

—En suma, la sala no está mal compuesta esta noche para ser una sala maldita.

El señor Richard se dignó sonreír. Señaló a su colaborador a una buena y gruesa señora, bastante vulgar, vestida de negro, que estaba sentada en una butaca en el centro de la sala y flanqueada por dos hombres de aspecto tosco en sus levitas de paño.

—¿Qué es «esa gente»? —preguntó Moncharmin.

—Esa gente, querido mío, es mi portera, su hermano y su marido.

—¿Les has dado entradas?

—A fe mía, sí... Mi portera nunca había ido a la Ópera... es la primera vez... y como ahora debe venir todas las noches, quise que estuviera bien colocada antes de pasar el tiempo colocando a los demás.

Moncharmin pidió explicaciones y Richard le contó que había convencido por algún tiempo a su portera, en quien tenía la mayor confianza, para que viniera a ocupar el puesto de la madre Giry.

—A propósito de la madre Giry —dijo Moncharmin—, ¿sabes que va a presentar una denuncia contra ti?

—¿Ante quién? ¿Ante el fantasma?

¡El fantasma! Moncharmin casi lo había olvidado.

Por lo demás, el misterioso personaje no hacía nada para recordar su existencia a los señores directores.

De repente, la puerta de su palco se abrió bruscamente ante el regidor consternado.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los dos, estupefactos de verle en semejante lugar, en ese momento.

—Ocurre —dijo el regidor— que se ha montado una cabala por los amigos de Christine Daaé contra la Carlotta. Ésta está furiosa.

—¿A qué viene ahora ese cuento? —dijo Richard frunciendo el ceño.

Pero el telón se alzaba sobre la Kermesse y el director hizo señas al regidor para que se retirara.

Cuando el regidor despejó el puesto, Moncharmin se inclinó al oído de Richard:

—¿Conque Daaé tiene amigos? —preguntó.

—Sí —dijo Richard—, los tiene.

—¿Quiénes?

Richard señaló con la mirada un primer palco en el que sólo había dos hombres.

—¿El conde de Chagny?

—Sí, me la recomendó... tan calurosamente, que si no supiera que es amigo de la Sorelli...

—¡Vaya, vaya! —murmuró Moncharmin.

—¿Y quién es ese joven tan pálido, sentado junto a él?

—Es su hermano, el vizconde.

—Haría mejor en acostarse. Tiene cara de enfermo.

La escena resonaba de cantos alegres. La embriaguez en música. Triunfo del jarro.

¡Vino o cerveza, cerveza o vino, que mi vaso esté lleno!

Estudiantes, burgueses, soldados, doncellas y matronas, con el corazón alegre, giraban ante la taberna del dios Baco. Entró Siebel.

Christine Daaé estaba encantadora en su disfraz de hombre. Su fresca juventud, su gracia melancólica seducían a primera vista. Enseguida, los partidarios de la Carlotta imaginaron que iba a ser saludada con una ovación que les revelaría las intenciones de sus amigos. Esa indiscreta ovación hubiera sido, por lo demás, una torpeza insigne. No se produjo.

Al contrario, cuando Margarita cruzó la escena y hubo cantado los dos únicos versos de su papel en ese segundo acto:

No, señores, no soy doncella ni bella, y no necesito que nadie me dé la mano.

unos bravos estrepitosos acogieron a la Carlotta. Era tan imprevisto e inútil que quienes no estaban al corriente de nada se miraban preguntándose qué pasaba, y el acto concluyó de nuevo sin ningún incidente. Todo el mundo se decía entonces: «Será para el acto siguiente, evidentemente.» Algunos, que estaban, al parecer, mejor informados que los demás, afirmaron que el «escándalo» debía empezar en «La copa del rey de Thule», y se precipitaron hacia la entrada de los abonados para ir a avisar a la Carlotta.

Los directores abandonaron el palco durante ese entreacto para informarse sobre esa historia de cabala de que les había hablado el regidor, pero pronto volvieron a su sitio encogiéndose de hombros y tratando todo el asunto de tontería. Lo primero que vieron al entrar fue, en la repisa de la

barandilla, una caja de caramelos ingleses. ¿Quién la había traído allí? Interrogaron a las acomodadoras. Pero nadie pudo decirles nada. Habiendo vuelto de nuevo la vista hacia la barandilla, vieron entonces, junto a la caja de caramelos ingleses, unos gemelos de teatro. Se miraron. No tenían ganas de reír. Todo lo que les había dicho la señora Giry les volvía a la memoria... y luego... les parecía que había a su alrededor como una extraña corriente de aire... Se sentaron en silencio, realmente impresionados.

La escena representaba el jardín de Margarita...

Llévame mi confesión, portad mis votos...

Al cantar esos dos primeros versos, con su ramo de rosas y lilas en la mano, Christine, al alzar la cabeza, vio en su palco al vizconde de Chagny y a partir de entonces a todos les pareció que su voz era menos segura, menos pura, menos cristalina que de ordinario. Algo desconocido apagaba, abrumaba su canto... Había en ello temblor y miedo.

—Chica rara — hizo notar casi en voz alta un amigo de la Carlotta situado en la platea—. El otro día era divina y hoy la vea usted temblando. ¡Sin experiencia, sin método!

En vos tengo fe, hablad por mí.

El vizconde se cubrió el rostro con las manos. Lloraba. El conde, detrás de él, mordía violentamente la punta de su bigote, encogía los hombros y fruncía el ceño. Para que tradujera con tantos signos exteriores sus íntimos sentimientos, el conde, habitualmente tan correcto y tan frío, debía de estar furioso. Y lo estaba. Había visto volver a su hermano de un rápido y misterioso viaje en un estado de salud alarmante. Las explicaciones que habían seguido sin duda no habían tenido el don de tranquilizar al conde que, deseoso de saber a qué atenerse, había pedido una entrevista a Christine Daaé. Ésta había tenido la audacia de responderle que no podía recibirle, ni a él ni a su hermano. Creyó en un cálculo abominable. No perdonaba a Christine que hiciera sufrir a Raoul, pero sobre todo no perdonaba a Raoul que sufriera por Christine. ¡Ah! Había hecho muy mal en interesarse un momento por esa jovencita, cuyo triunfo de una noche seguía siendo incomprendible para todos.

Que la flor sobre su boca sepa al menos depositar un dulce beso.

—Pequeña bribona — gruñó el conde.

Y se preguntó qué quería... qué podía esperar... Era pura, se la decía sin amigo, sin protector de ningún tipo... ¡ese ángel del Norte debía de ser una zorrita!

Raoul, él, detrás de sus manos, telón que ocultaba sus lágrimas de niño, no pensaba más que en la carta que había recibido a su regreso a París, a donde Christine había llegado antes que él, habiéndose escapado de Perros como una ladrona: «Mi querido antiguo amiguito, hay que tener el valor de no volverte a ver, de no hablarme más... si me quieres un poco, hazlo por mí, por mí que nunca te olvidaré... mi querido Raoul. Sobre todo, no entres nunca más en mi camerino. En ello va mi vida. En ello va la tuya. Tu pequeña Christine.»

Un trueno de aplausos... Es la Carlotta que hace su entrada.

El acto del jardín se desarrolló con sus peripecias acostumbradas.

Cuando Margarita terminó de cantar el aria del Rey de Thule, fue aclamada; lo fue de nuevo cuando terminó el aria de las joyas:

¡Ah, me río de verme tan bella en este espejo!...

Ya segura de sí misma, segura de sus amigos en la sala, segura de su voz y de su éxito, sin temer ya nada, la Carlotta se entregó por entero, con ardor, con entusiasmo, con arrebató. Su juego no tuvo ya ninguna contención ni pudor... Ya no era Margarita, era Carmen. La aplaudieron todavía más, y su dúo con Fausto parecía prepararle un nuevo éxito, cuando de repente surgió... algo espantoso.

Fausto se había arrodillado:

Déjame, déjame contemplar tu rostro bajo la pálida claridad con que el astro de la noche, como entre nubes, acaricia tu belleza.

Y Margarita respondía:

¡Oh silencio! ¡Oh dicha! ¡Misterio inefable! ¡Embriagadora languidez! ¡Escucho!... Y comprendo esa voz solitaria que canta en mi corazón.

En ese momento pues... en ese mismo momento... ocurrió algo... he dicho algo espantoso...

... La sala, de un solo movimiento, se puso en pie... En su palco, los dos directores no pueden reprimir una exclamación de horror... Espectadores y

espectadoras se miran como para preguntarse unos a otros la explicación de un fenómeno tan inesperado... El semblante de la Carlotta expresa el más atroz dolor, sus ojos parecen acosados por la locura. La pobre mujer se ha enderezado, con la boca aún entreabierta, tras haber dejado pasar «esa voz solitaria que cantaba en su corazón...» Pero esa boca ya no cantaba... no se atrevía a pronunciar palabra ni sonido alguno...

Pues esa boca creada para la armonía, ese ágil instrumento que nunca había fallado, órgano magnífico, generador de las más bellas sonoridades, de los más difíciles acordes, de las más suaves modulaciones, de los ritmos más ardientes, sublime mecanismo humano al que sólo le faltaba, para ser divino, el fuego del cielo que sólo él da la verdadera emoción y eleva las almas... esa boca había dejado pasar...

De esa boca se había escapado...

... ¡Un sapo!

¡Ah! ¡El horrible, el horrendo, el escamoso, venenoso, espumeante, espumante, chillón sapo!...

¿Por dónde había entrado? ¿Cómo se había agazapado sobre la lengua? Con las patas traseras replegadas, para saltar más alto y más lejos, solapado, había salido del laringe, y... ¡couac!

¡Couac! ¡Couac!... ¡Ah! ¡El terrible couac!

Pues bien entendido que del sapo sólo hay que hablar en sentido figurado. No se le veía pero, ¡por el infierno!, se le oía. ¡Couac!

La sala quedó como salpicada por él. Nunca batracio alguno, a orillas de las ruidosas charcas, había desgarrado la noche con un couac más horrible.

Y es que era del todo inesperado para todo el mundo. La Carlotta no daba todavía crédito ni a su garganta ni a sus oídos. Un rayo cayendo a sus pies la hubiera asombrado menos que ese sapo croante que acababa de salir de su boca...

Y no la hubiera deshonrado. Mientras que es bien sabido que un sapo agazapado sobre la lengua deshonra siempre a una cantante. De ello han muerto algunas.

¡Dios mío! ¿Quién hubiera podido creerlo?... Cantaba tan tranquilamente: «¡Y comprendo esa voz solitaria que canta en mi corazón!» Cantaba sin esfuerzo, como siempre, con la misma facilidad con que ustedes dicen: «Buenos días, señora, ¿cómo está usted?»

No puede negarse que existen cantantes presuntuosas que cometen el grave error de no medir sus fuerzas, y que, en su orgullo, quieren alcanzar, con la débil voz que el cielo les ha asignado, efectos excepcionales y lanzar notas que les fueron vedadas al venir al mundo. Es entonces cuando el cielo, para castigarlas, les envía, sin que lo sepan, a la boca un sapo, ¡un sapo que hace couac! Todo el mundo lo sabe. Pero nadie podía admitir que una Carlotta, que tenía al menos dos octavas en la voz, tuviera además un sapo.

No se podía haber olvidado sus contra-fa estridentes, sus staccati inauditos en La flauta encantada. Se recordaba Don Juan, donde ella era Elvira y donde obtuvo el triunfo más resonante, cierta noche, dando ella misma el si bemol que no podía dar su compañera doña Ana. Entonces, en verdad, ¿qué significaba ese couac, al cabo de esa tranquila, apacible, pequeñísima «voz solitaria que cantaba en su corazón»?

Aquello no era natural. Había en ello un sortilegio. Ese sapo olía a chamusquina. ¡Pobre, miserable, desesperada, aniquilada Carlotta!...

En la sala, el rumor crecía. Si a otra que no fuera la Carlotta le hubiera ocurrido semejante aventura, la habrían abucheado. Pero con ella, cuyo perfecto instrumento era bien conocido, no se mostraba cólera alguna, sino consternación y espanto. Así debieron los hombres sufrir esa clase de terror si los hubo que asistieron a la catástrofe que rompió los brazos de la Venus de Milo... y aún podían ellos ver el golpe que la hería... y comprender...

¿Pero aquí? ¡Ese sapo era incomprensible!...

De modo que, después de algunos segundos pasados preguntándose si de verdad había oído, salir de su propia boca, esa nota —¿era eso una nota, ese sonido?— ¿podía llamarse a eso un sonido? Un sonido es todavía música —ese ruido infernal, quiso persuadirse de que nada había ocurrido; de que había habido allí, un instante, una ilusión de su oído, y no una criminal traición del órgano vocal...

Echó los ojos, extraviada, a su alrededor como para buscar un refugio, una protección, o más bien la espontánea certeza de la inocencia de su voz. Sus dedos crispados se habían llevado a la garganta en un gesto de defensa y protesta. ¡No, no! ¡Ese couac no era suyo! Y parecía que el propio Carolus Fonta era de esa opinión, que la miraba con una expresión indescriptible de estupefacción infantil y gigantesca. Pues al fin y al cabo, estaba cerca de ella. No la había dejado. ¡Quizá podría decirle cómo había ocurrido semejante cosa! ¡No, no podía! Sus ojos estaban estúpidamente clavados en la boca de la Carlotta como los ojos de los más pequeños contemplando el inagotable sombrero del prestidigitador. ¿Cómo una boca tan pequeña había podido contener un couac tan grande?

Todo eso, sapo, couac, emoción, terror — rumor de la sala, confusión de la escena, de los bastidores — (algunos figurantes mostraban cabezas consternadas), todo eso que les describo con detalle duró unos segundos.

Unos segundos horribles que parecieron sobre todo interminables a los dos directores allá arriba, en el palco n.º 5. Moncharmin y Richard estaban muy pálidos. Ese episodio inaudito e inexplicable los llenaba de una angustia tanto más misteriosa cuanto que desde un momento antes se hallaban bajo la influencia directa del fantasma.

Habían sentido su aliento. Algunos cabellos de Moncharmin se habían erizado bajo ese aliento... Y Richard había pasado su pañuelo por la frente sudorosa... Sí, estaba allí... a su alrededor... detrás de ellos, a su lado, lo sentían sin verlo. Oían su respiración... ¡y tan cerca de ellos, tan cerca de ellos!... Ya se sabe cuando alguien está presente... Pues bien, ¡ahora lo sabían! ¡Estaban seguros de ser tres en el palco! Temblaban de ello. Tenían ganas de huir. No se atrevían. No se atrevían a hacer un movimiento, a intercambiar una palabra que pudiera hacer saber al fantasma que sabían que estaba allí. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Qué iba a producirse?

¡Se produjo el couac! Por encima de todos los ruidos de la sala se oyó su doble exclamación de horror. Se sentían bajo los golpes del fantasma. Inclınados sobre su palco, miraban a la Carlotta como si ya no la reconocieran. Esa hija del infierno debía de haber dado con su couac la señal de alguna catástrofe. ¡Ah! La catástrofe, ¡la esperaban! ¡El fantasma se la había prometido! ¡La sala estaba maldita! Su doble pecho directorial jadea-

ba ya bajo el peso de la catástrofe. Se oyó la voz estrangulada de Richard que le gritaba a la Carlotta:

— ¡Bien! ¡Continúe!

¡No! La Carlotta no continuó... Empezó de nuevo, brava, heroicamente, el verso fatal al cabo del cual había aparecido el sapo.

Un silencio aterrador sucede a todos los ruidos. Sola la voz de la Carlotta llena de nuevo la nave sonora.

¡Escucho!...

— La sala también escucha —

... Y comprendo esa voz solitaria (¡couac!); Couac!... que canta en mi... ¡couac!

El sapo también ha vuelto a empezar.

La sala estalla en un prodigioso tumulto. Desplomados de nuevo en sus asientos, los dos directores ni siquiera se atreven a volverse; no tienen fuerzas. ¡El fantasma les ríe en el cogote! Y por fin oyen distintamente en el oído derecho su voz, la voz imposible, la voz sin boca, la voz que dice:

— ¡Esta noche canta a hacer caer la araña!

Con un movimiento unánime, alzaron la cabeza al techo y lanzaron un grito terrible. La araña, la inmensa masa de la araña se deslizaba, venía hacia ellos, al llamamiento de esa voz satánica. Descolgada, la araña se precipitaba desde las alturas de la sala y se abismaba en el centro de la platea, entre mil clamores. Fue un terror, una desbandada general. No es mi propósito hacer revivir aquí una hora histórica. Los curiosos no tienen más que abrir los periódicos de la época. Hubo numerosos heridos y una muerta.

La araña se había aplastado sobre la cabeza de la desventurada que había venido aquella noche a la Ópera por primera vez en su vida, sobre la que el señor Richard había designado como sustituta en sus funciones de acomodadora de la madre Giry, ¡la acomodadora del fantasma! Murió en el acto y al día siguiente un periódico aparecía con este titular: ¡Doscientos mil kilos sobre la cabeza de una portera! Fue toda su oración fúnebre.

IX

EL MISTERIOSO CUPÉ

Aquella noche trágica fue funesta para todos. La Carlotta había caído enferma. En cuanto a Christine Daaé, había desaparecido tras la representación. Habían transcurrido quince días sin que se la hubiera vuelto a ver en el teatro, sin que se hubiera dejado ver fuera del teatro.

No hay que confundir esta primera desaparición, que transcurrió sin escándalo, con el famoso rapto que, algo más adelante, debía producirse en condiciones tan inexplicables y tan trágicas.

Raoul fue el primero, naturalmente, en no comprender nada de la ausencia de la diva. Le había escrito a la dirección de la señora Valérius y no había recibido respuesta. Al principio no le había asombrado demasiado, conociendo su estado de ánimo y la resolución que tenía de romper con él toda relación, sin que él pudiera aún adivinar la razón.

Su dolor no había hecho más que crecer, y acabó por inquietarse al no ver a la cantante en ningún programa. Se representó Fausto sin ella. Una tarde, hacia las cinco, fue a informarse ante la dirección de las causas de esa desaparición de Christine Daaé. Encontró a unos directores muy preocupados. Sus propios amigos ya no los reconocían: habían perdido toda alegría y todo ímpetu. Se les veía cruzar el teatro con la cabeza gacha, la frente sombría y las mejillas pálidas, como si los persiguiera algún pensamiento abominable, o como si fueran presa de alguna mala pasada del destino que coge a su hombre y ya no lo suelta.

La caída de la araña había acarreado muchas responsabilidades, pero era difícil conseguir que los señores directores dieran explicaciones al respecto.

La investigación había concluido que se trataba de un accidente debido al desgaste de los medios de suspensión, pero habría sido deber tanto de los directores anteriores como de los nuevos comprobar ese desgaste y remediarlo antes de que determinara la catástrofe.

Y he de decir bien que los señores Richard y Moncharmin aparecieron en aquella época tan cambiados, tan distantes... tan misteriosos... tan incomprensibles, que muchos abonados imaginaron que algún suceso aún más espantoso que la caída de la araña había alterado el estado de ánimo de los señores directores.

En sus relaciones cotidianas se mostraban muy impacientes, salvo, sin embargo, con la señora Giry, que había sido reintegrada en sus funciones. Puede uno imaginarse cómo recibieron al vizconde de Chagny cuando éste fue a pedirles noticias de Christine. Se limitaron a responderle que estaba de permiso. Preguntó cuánto debía durar ese permiso; se le replicó con bastante sequedad que era ilimitado, pues Christine Daaé lo había solicitado por motivos de salud.

— ¡Conque está enferma! — exclamó —. ¿Qué tiene?

— ¡No lo sabemos!

— ¿Es que no le han enviado al médico del teatro?

— ¡No! No lo ha reclamado y, como tenemos confianza en ella, la hemos creído bajo su palabra.

El asunto no le pareció natural a Raoul, que abandonó la Ópera presa de los más sombríos pensamientos. Resolvió, pasara lo que pasase, ir a buscar noticias a casa de la mamá Valérius. Sin duda recordaba los enérgicos términos de la carta de Christine, que le prohibía intentar cualquier cosa para verla. Pero lo que había visto en Perros, lo que había oído detrás de la puerta del camerino, la conversación que había tenido con Christine al borde del páramo, le hacían presagiar alguna maquinación que, por muy diabólica que fuera, no dejaba de ser humana. La imaginación exaltada de la joven, su alma tierna y crédula, la educación primitiva que había rodeado sus años jóvenes de un círculo de leyendas, el pensamiento continuo de su padre muerto, y sobre todo el estado de sublime éxtasis al que la música la sumía

en cuanto ese arte se le manifestaba en ciertas condiciones excepcionales — ¿no había podido juzgar de ello así durante la escena del cementerio?— todo eso se le aparecía como un terreno moral propicio para las empresas malélicas de algún personaje misterioso y sin escrúpulos. ¿Víctima de quién era Christine Daaé? Ésa era la pregunta muy sensata que Raoul se hacía mientras se dirigía a toda prisa a casa de la mamá Valérius.

Pues el vizconde tenía uno de los espíritus más sanos. Sin duda era poeta y amaba la música en lo que tiene de más alado, y era gran aficionado a los viejos cuentos bretones donde bailan los korrigans, y por encima de todo estaba enamorado de esa pequeña hada del Norte que era Christine Daaé; no es menos cierto que sólo creía en lo sobrenatural en materia de religión y que la historia más fantástica del mundo no era capaz de hacerle olvidar que dos y dos son cuatro.

¿Qué iba a averiguar en casa de la mamá Valérius? Temblaba al llamar a la puerta de un pequeño piso de la rue Notre-Dame-des-Victoires.

La doncella que, cierta noche, había salido ante él del camerino de Christine, vino a abrirle. Preguntó si la señora Valérius podía recibirle. Le respondieron que estaba indispuesta, en cama, e incapaz de «recibir».

—Haga pasar mi tarjeta —dijo.

No esperó mucho. La doncella volvió y lo introdujo en un pequeño salón bastante oscuro y someramente amueblado donde los dos retratos del profesor Valérius y del padre Daaé se miraban frente a frente.

—Madame se disculpa ante el señor vizconde —dijo la criada—. Sólo podrá recibirle en su habitación, pues sus pobres piernas ya no la sostienen.

Cinco minutos más tarde, Raoul era introducido en una habitación casi oscura, donde distinguió enseguida, en la penumbra de una alcoba, el buen semblante de la bienhechora de Christine. Los cabellos de la mamá Valérius eran ya totalmente blancos, pero sus ojos no habían envejecido: nunca, al contrario, había sido su mirada tan clara, ni tan pura, ni tan infantil.

—¡El señor de Chagny! —exclamó alegremente tendiendo las dos manos al visitante—. ¡Ah! ¡Es el cielo quien le envía!... Podremos hablar de ella.

Esa última frase resonó en los oídos del joven muy lúgubrementemente. Preguntó al punto:

— Señora... ¿dónde está Christine?

Y la anciana le respondió tranquilamente:

— ¡Pero si está con su «buen genio»!

— ¿Qué buen genio? — exclamó el pobre Raoul.

— ¡Pues el ángel de la música!

El vizconde de Chagny, consternado, se dejó caer en una silla. ¡Conque Christine estaba de verdad con el ángel de la música! Y la mamá Valérius, en su cama, le sonreía poniéndose un dedo en los labios para recomendarle silencio. Añadió:

— ¡No hay que repetírselo a nadie!

— ¡Puede usted contar conmigo! — replicó Raoul sin saber bien lo que decía, pues sus ideas sobre Christine, ya muy turbias, se enredaban cada vez más y parecía que todo empezaba a girar a su alrededor, alrededor de la habitación, alrededor de esa extraordinaria buena señora de cabellos blancos, de ojos de cielo azul pálido, de ojos de cielo vacío... Puede usted contar conmigo...

— ¡Lo sé, lo sé! — dijo ella con una buena y feliz carcajada—. Pero acérquese a mí, como cuando era muy pequeño. Déme las manos como cuando me traía la historia de la pequeña Lotte que le había contado el padre Daaé. Le tengo mucho cariño, sabe usted, señor Raoul. ¡Y Christine también le tiene mucho cariño!

— ... Me tiene cariño... — suspiró el joven, que reunía con dificultad su pensamiento en torno al genio de la mamá Valérius, al ángel del que Christine le había hablado de modo tan extraño, a la calavera que había vislumbrado en una especie de pesadilla sobre los peldaños del altar mayor de Perros, y también al fantasma de la Ópera, cuya fama había llegado a sus oídos cierta noche que se había rezagado en el tablado, a dos pasos de un grupo de tramoyistas que recordaban la descripción cadavérica que de él había hecho, antes de su misterioso fin, el ahorcado Joseph Buquet...

Preguntó en voz baja:

— ¿Qué le hace creer a usted, señora, que Christine me tiene cariño?

— ¡Me hablaba de usted todos los días!

—¿De veras?... ¿Y qué le decía?...

—Me dijo que usted le había hecho una declaración...

Y la buena anciana se echó a reír estrepitosamente, mostrando todos sus dientes, que había conservado con celo. Raoul se levantó, rojo de vergüenza, sufriendo atrocemente.

—¡Vamos, adónde va!... ¿Quiere usted sentarse?... ¿Cree que va a marcharse así?... Está enfadado porque he reído, le pido perdón... Después de todo, no es culpa suya, lo que ha ocurrido... Usted no sabía... Es usted joven... y creía que Christine estaba libre...

—¿Christine está prometida? —preguntó con voz ahogada el desdichado Raoul.

—¡Que no, que no!... Sabe usted bien que Christine —aunque quisiera— no puede casarse...

—¡Cómo! ¡Pero si yo no sé nada! ¿Y por qué Christine no puede casarse?

—¡Pues por el genio de la música!...

—Otra vez...

—¡Sí, él se lo prohíbe!...

—¡Él se lo prohíbe!... ¡El genio de la música le prohíbe casarse!...

Raoul se inclinaba sobre la mamá Valérius con la mandíbula adelantada, como para morderla. Ganas de devorarla no le habrían hecho mirarla con ojos más feroces. Hay momentos en que la inocencia de espíritu excesiva se muestra tan monstruosa que se vuelve odiosa. Raoul encontraba a la señora Valérius demasiado inocente.

Ella no se percató de la terrible mirada que pesaba sobre ella. Continuó con el aire más natural:

—¡Oh! Se lo prohíbe... sin prohibírselo... Le dice simplemente que si se casara, ya no lo oiría más. ¡Eso es todo!... ¡y que se iría para siempre!... Entonces, comprende usted, ella no quiere dejar que se vaya el Genio de la música. Es muy natural.

—Sí, sí —acató Raoul en un susurro—, es muy natural.

—Por lo demás, creía que Christine le había contado todo eso a usted, cuando lo encontró en Perros, adonde había ido con su «buen genio».

—¡Ah, ah! ¿Conque había ido a Perros con el «buen genio»?

—Es decir, que él le había dado cita allí en el cementerio de Perros, sobre la tumba de Daaé. ¡Le había prometido tocar La Resurrección de Lázaro con el violín de su padre!

Raoul de Chagny se levantó y pronunció estas palabras decisivas con gran autoridad:

—Señora, va usted a decirme dónde vive ese genio.

La anciana no pareció sorprendida en absoluto de esa pregunta indiscreta. Alzó los ojos y respondió:

—¡En el cielo!

Tanta candidez lo desconcertó. Una fe tan simple y perfecta en un genio que todas las noches bajaba del cielo para frecuentar los camerinos de artistas en la Ópera lo dejó estupefacto.

Se daba cuenta ahora del estado de ánimo en que podía hallarse una joven criada entre un tañedor supersticioso y una buena señora «iluminada», y se estremeció pensando en las consecuencias de todo ello.

—¿Sigue Christine siendo una chica honrada? —no pudo evitar preguntar de pronto.

—¡Por mi parte de paraíso, lo juro! —exclamó la anciana, que esta vez pareció ultrajada—. ¡Y si lo duda usted, señor, no sé qué ha venido usted a hacer aquí!...

Raoul arrancaba sus guantes.

—¿Cuánto tiempo lleva tratando a ese «genio»?

—¡Unos tres meses!... ¡Sí, hace bien tres meses que empezó a darle clases!

El vizconde extendió los brazos en un gesto inmenso y desesperado y los dejó caer con abatimiento.

—¡El genio le da clases!... ¿Y dónde?

— Ahora que se ha ido con él, no podría decírselo, pero hace quince días, pasaba en el camerino de Christine. Aquí sería imposible en este pequeño piso. Toda la casa los oiría. Mientras que en la Ópera, a las ocho de la mañana, no hay nadie. ¡No los molestan!... ¿Comprende usted?...

— ¡Comprendo, comprendo! — exclamó el vizconde, y se despidió precipitadamente de la anciana mamá, que se preguntaba en su fuero interno si el vizconde no estaba un poco chiflado.

Al cruzar el salón, Raoul se encontró frente a la doncella y, un instante, tuvo la intención de interrogarla, pero creyó sorprender en sus labios una leve sonrisa. Pensó que se burlaba de él. Huyó. ¿No sabía ya bastante?... Había querido informarse, ¿qué más podía desear?... Volvió a pie al domicilio de su hermano, en un estado que daba lástima...

¡Hubiera querido castigarse, golpearse la frente contra las paredes!
¡Haber creído en tanta inocencia, en tanta pureza! ¡Haber intentado, un instante, explicarlo todo con ingenuidad, con sencillez de espíritu, con inmaculada candidez! ¡El genio de la música! ¡Ahora lo conocía! ¡Ahora lo veía! Sin duda era algún horrible tenor, buen mozo, y que cantaba poniendo la boca en corazón. Se encontraba ridículo y desdichado a su gusto. ¡Ah! ¡El miserable, pequeño, insignificante y mentecato joven que era el señor vizconde de Chagny!, pensaba rabiosamente Raoul. ¡Y ella, qué audaz y satánicamente taimada criatura!

Con todo, aquella carrera por las calles le había sentado bien, enfriado un poco la llama de su cerebro. Cuando penetró en su habitación, no pensaba más que en tirarse en su cama para ahogar en ella sus sollozos. Pero su hermano estaba allí y Raoul se dejó caer en sus brazos como un bebé. El conde lo consoló paternalmente sin pedirle explicaciones; por lo demás, Raoul habría dudado en narrarle la historia del genio de la música. Si hay cosas de las que uno no se jacta, hay otras por las que resulta demasiado humillante recibir lástima.

El conde llevó a su hermano a cenar a un restaurante. Con una desesperación tan reciente, es probable que Raoul hubiera rechazado aquella noche toda invitación si, para decidirle, el conde no le hubiera contado que la tarde anterior, en un paseo del Bosque, habían encontrado a la dama de sus pensamientos en alegre compañía. Al principio el vizconde no quiso creerlo, pero luego le fueron dados detalles tan precisos que no protestó

más. Al fin y al cabo, ¿no era la aventura más banal? La habían visto en un cupé con la ventanilla bajada. Parecía aspirar largamente el aire helado de la noche. Había una luna espléndida. La habían reconocido perfectamente. En cuanto a su acompañante, sólo se había distinguido una vaga silueta en la sombra. El carruaje avanzaba «al paso», por un paseo desierto, detrás de las tribunas de Longchamp.

Raoul se vistió frenéticamente, dispuesto ya, para olvidar su angustia, a lanzarse, como se dice, al «torbellino del placer». ¡Ay! Fue un triste comensal, y habiendo abandonado al conde temprano, se encontró, hacia las diez de la noche, en un coche de alquiler, detrás de las tribunas de Longchamp.

Hacía un frío de lobos. El camino aparecía desierto y muy iluminado bajo la luna. Dio orden al cochero de esperarle pacientemente en el recodo de un pequeño paseo adyacente y, disimulándose lo más posible, empezó a pisar el suelo.

No llevaba media hora entregado a ese higiénico ejercicio, cuando un carruaje, viniendo de París, dobló el recodo del camino y, tranquilamente, al paso de su caballo, se dirigió hacia él.

Pensó enseguida: ¡es ella! Y su corazón se puso a latir con grandes golpes sordos, como los que ya había oído en su pecho cuando escuchaba la voz de hombre detrás de la puerta del camerino... ¡Dios mío! ¡Cuánto la amaba!

El carruaje seguía avanzando. Él no se había movido. ¡Esperaba!... Si era ella, estaba bien resuelto a saltar a la cabeza de los caballos... ¡A cualquier precio, quería tener una explicación con el ángel de la música!...

Unos pasos más y el cupé estaría a su altura. No dudaba de que fuera ella... Una mujer, en efecto, asomaba la cabeza a la portezuela.

Y, de pronto, la luna la iluminó con una pálida aureola.

—¡Christine!

El nombre sagrado de su amor le brotó de los labios y del corazón. ¡No pudo retenerlo!... Saltó para alcanzarlo, pues ese nombre lanzado a la faz de la noche había sido como la señal esperada de una furiosa arremetida de todo el equipo, que pasó ante él sin que hubiera tenido tiempo de poner en práctica su propósito. El cristal de la portezuela se había subido. El sem-

blante de la joven había desaparecido. Y el cupé, tras el que corría, ya no era más que un punto negro sobre la carretera blanca.

Llamó de nuevo: ¡Christine!... Nada le respondió. Se detuvo, en medio del silencio.

Lanzó una mirada desesperada al cielo, a las estrellas; se golpeó con el puño el pecho ardiente; ¡amaba y no era amado!

Con ojo sombrío, contempló ese camino desolado y frío, la noche pálida y muerta. Nada era más frío, nada era más muerto que su corazón: ¡había amado a un ángel y despreciaba a una mujer!

¡Raoul, cómo se ha burlado de ti la pequeña hada del Norte! ¿Verdad, verdad que es inútil tener una mejilla tan fresca, una frente tan tímida y siempre presta a cubrirse con el velo rosado del pudor para pasar en la noche solitaria, al fondo de un lujoso cupé, en compañía de un misterioso amante? ¿No deberían existir límites sagrados a la hipocresía y a la mentira?... ¿Y no debería uno tener los ojos claros de la infancia cuando se tiene el alma de las cortesanas?

... Había pasado sin responder a su llamada...

Y también, ¿por qué había él venido a cruzarse en su camino?

¿Con qué derecho ha plantado de súbito ante ella, que sólo le pide que la olvide, el reproche de su presencia?...

«¡Vete!... ¡Desaparece!... ¡No cuentas para nada!...»

¡Pensaba en morir y tenía veinte años!... Su criado lo sorprendió por la mañana sentado en su cama. No se había desvestido y el ayuda de cámara tuvo miedo de alguna desgracia al verle, tal semblante de desastre tenía. Raoul le arrebató de las manos el correo que le traía. Había reconocido una carta, un papel, una letra. Christine le decía:

«Amigo mío, esté pasado mañana en el baile de máscaras de la Ópera, a medianoche, en el pequeño salón que está detrás de la chimenea del gran foyer; quédese de pie junto a la puerta que conduce hacia la Rotonda. No hable de esta cita con nadie en el mundo. Póngase un dominó blanco, bien enmascarado. Por mi vida, que no le reconozcan. Christine.»

X

EN EL BAILE DE MÁSCARAS

El sobre, todo manchado de barro, no llevaba ningún sello. «Para entregar al señor vizconde Raoul de Chagny», y la dirección a lápiz. Evidentemente había sido arrojado con la esperanza de que algún transeúnte recogiera el billete y lo llevara a domicilio, lo cual había ocurrido. El billete había sido encontrado en una acera de la plaza de la Ópera. Raoul lo releyó con fiebre.

No le hacía falta más para renacer a la esperanza. La sombría imagen que se había formado un instante de una Christine olvidadiza de sus deberes para consigo misma dejó paso a la primera idea que había tenido de una desdichada niña inocente, víctima de una imprudencia y de su excesiva sensibilidad. ¿Hasta qué punto era ella ahora realmente víctima? ¿De quién era prisionera? ¿A qué abismo la habían arrastrado? Se lo preguntaba con cruel angustia; pero ese dolor mismo le parecía soportable comparado con el delirio al que lo llevaba la idea de una Christine hipócrita y mentirosa. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué influencia había sufrido? ¿Qué monstruo la había arrebatado, y con qué armas?...

... ¿Con qué armas pues, si no eran las de la música? Sí, sí, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era por ese lado donde descubriría la verdad. ¿Había olvidado el tono con que, en Perros, le había comunicado que había recibido la visita del enviado celestial? ¿Y no debería la propia historia de Christine en esos últimos tiempos ayudarle a iluminar las tinieblas en que se debatía? ¿Había ignorado la desesperación que se había apoderado de ella tras la muerte de su padre y el asco que había tenido entonces de todas las cosas de la vida, incluso de su arte? En el Conservatorio había pasa-

do como una pobre máquina cantante, carente de alma. Y, de repente, se había despertado, como bajo el soplo de una intervención divina. ¡Había llegado el ángel de la música! ¡Canta a Margarita de Fausto y triunfa!... ¡El Ángel de la música!... ¿Quién, quién se hace pasar a sus ojos por ese maravilloso genio?... ¿Quién, informado de la leyenda tan querida por el viejo Daaé, la utiliza hasta tal punto que la joven no es más que un instrumento indefenso en sus manos, que él hace vibrar a su antojo?

Y Raoul reflexionaba que semejante aventura no era excepcional. Recordaba lo que le había ocurrido a la princesa Belmonte, que acababa de perder a su marido y cuya desesperación se había convertido en estupor... Desde hacía un mes, la princesa no podía ni hablar ni llorar. Esa inercia física y moral se agravaba cada día y el debilitamiento de la razón iba trayendo poco a poco el aniquilamiento de la vida. Cada noche llevaban a la enferma a sus jardines; pero ni siquiera parecía comprender dónde se encontraba. Raff, el mayor cantante de Alemania, que pasaba por Nápoles, quiso visitar esos jardines, famosos por su belleza. Una de las damas de la princesa rogó al gran artista que cantara, sin dejarse ver, cerca de la arboleda donde ella yacía tendida. Raff accedió y cantó una sencilla aria que la princesa había oído en boca de su esposo en los primeros días de su unión. Ese aire era expresivo y conmovedor. La melodía, las palabras, la admirable voz del artista, todo se unió para conmover profundamente el alma de la princesa. Las lágrimas le brotaron de los ojos... lloró, fue salvada, y quedó persuadida de que aquella noche su esposo había bajado del cielo para cantarle el aire de antaño.

—Sí... ¡aquella noche!... Una noche, pensaba ahora Raoul, una única noche... Pero esa bella ilusión no habría resistido una experiencia repetida...

La ideal y doliente princesa de Belmonte habría acabado por descubrir a Raff detrás de su arboleda, si hubiera vuelto todas las noches durante tres meses...

El ángel de la música, durante tres meses, había dado clases a Christine... ¡Ah! ¡Era un profesor puntual!... ¡Y ahora la paseaba por el Bosque!...

Con los dedos crispados, deslizados sobre el pecho donde latía su corazón celoso, Raoul se desgarraba la carne. Sin experiencia, se preguntaba ahora con terror a qué juego lo invitaba la señorita para la próxima mas-

carada. ¿Y hasta qué punto puede burlarse de un buen joven todo nuevo en el amor una muchacha de Ópera? ¡Qué desdicha!...

Así el pensamiento de Raoul iba a los extremos. Ya no sabía si debía compadecer a Christine o maldecirla y, por turnos, la compadecía y la maldecía. A todo riesgo, sin embargo, se proveyó de un dominó blanco.

Por fin llegó la hora de la cita. El rostro cubierto con una careta guarnecida de larga y espesa puntilla, todo cubierto de blanco como un pierrot, el vizconde se demostró a sí mismo lo ridículo que era haberse puesto ese disfraz de mascaradas románticas. Un hombre de mundo no se disfrazaba para ir al baile de la Ópera. Hubiera hecho sonreír. Un pensamiento consolaba al vizconde: ¡que no lo reconocerían! Y además, ese disfraz y esa careta tenían otra ventaja: Raoul iba a poder pasearse en ellos «como por su casa», solo, con el desorden de su alma y la tristeza de su corazón. No tendría necesidad de fingir; le sería superfluo componer una máscara para su rostro: ¡la tenía!

Ese baile era una fiesta excepcional, dada antes de los carnavales, en honor del aniversario del nacimiento de un ilustre dibujante de las alegrías de antaño, un émulo de Gavarni, cuyo lápiz había inmortalizado los «chicards» y el «descenso de la Courtille». Así que debía tener un aspecto mucho más alegre, más bullicioso, más bohemio que el ordinario de los bailes de máscaras. Numerosos artistas se habían dado cita en él, seguidos de toda una clientela de modelos y estudiantes de pintura que, hacia medianoche, empezaban a armar gran alboroto.

Raoul subió la gran escalera a las doce menos cinco, no se demoró en absoluto en contemplar a su alrededor el espectáculo de los disfraces multicolores desplegándose por los peldaños de mármol, en uno de los decorados más suntuosos del mundo, no se dejó abordar por ninguna careta bufonesca, no respondió a ninguna broma, y sacudió la familiar impertinencia de varias parejas ya demasiado alegres. Habiendo atravesado el gran foyer y escapado a una farandola que, un momento, lo había aprisionado, penetró por fin en el salón que el billete de Christine le había indicado. Allí, en ese pequeño espacio, había un gentío enorme, pues era el cruce donde se encontraban todos los que iban a cenar a la Rotonda o que volvían de tomar una copa de champán. El bullicio era ardiente y alegre. Raoul pensó que Christine había preferido, para su misterioso encuentro, ese gentío a algún rincón aislado: bajo la máscara, allí se estaba más disimulado.

Se arrimó a la puerta y esperó. No esperó mucho. Pasó un dominó negro que le apretó rápidamente las puntas de los dedos. Comprendió que era ella. Siguió.

—¿Es usted, Christine? —preguntó entre dientes.

El dominó se volvió vivamente y levantó el dedo a la altura de sus labios para recomendarle sin duda que no repitiera su nombre.

Raoul continuó siguiendo en silencio.

Tenía miedo de perderla, después de haberla encontrado de modo tan extraño. Ya no sentía odio contra ella. Ni siquiera dudaba ya de que debiera «no tener nada que reprocharse», por muy extraña e inexplicable que pareciera su conducta. Estaba dispuesto a todas las indulgencias, a todos los perdones, a todas las cobardías. Amaba. Y, seguramente, le explicarían en seguida, de modo muy natural, la razón de una ausencia tan singular...

El dominó negro, de vez en cuando, se volvía para ver si seguía siendo seguido por el dominó blanco.

Mientras Raoul atravesaba así, tras su guía, el gran foyer del público, no pudo evitar reparar entre todos los gentíos, uno... entre todos los grupos que se entregaban a las más locas extravagancias, un grupo que se aglomeraba alrededor de un personaje cuyo disfraz, porte original y aspecto macabro causaban sensación...

Ese personaje estaba vestido todo de escarlata con un inmenso sombrero de plumas sobre una calavera. ¡Ah, qué hermosa imitación de calavera era aquélla! Los estudiantes de pintura a su alrededor le hacían un gran éxito, lo felicitaban... le preguntaban con qué maestro, en qué taller, frecuentado de Plutón, le habían hecho, diseñado, maquillado una calavera tan hermosa. ¡La propia «Parca» debía haber posado!

El hombre de la calavera, el sombrero de plumas y el vestido escarlata arrastraba detrás de sí un inmenso manto de terciopelo rojo cuya llama se alargaba regiamente por el parqué; y sobre ese manto se había bordado en letras de oro una frase que todos leían y repetían en voz alta: «¡No me toquéis! ¡Soy la Muerte roja que pasa!...»

Y alguien quiso tocarlo... pero una mano de esqueleto, salida de una manga de púrpura, asió brutalmente la muñeca del imprudente, y éste, al sentir

la presión de los huesecillos, el apretón furioso de la Muerte que parecía no haber de soltarlo jamás, lanzó un grito de dolor y espanto. Habiéndole devuelto por fin la libertad la Muerte roja, huyó como un loco en medio de las rechiflas. Fue en ese momento cuando Raoul se cruzó con el fúnebre personaje que, justamente, acababa de volverse hacia él. Y estuvo a punto de dejar escapar un grito: «¡La calavera de Perros-Guirec!» ¡La había reconocido!... Quiso precipitarse, olvidando a Christine; pero el dominó negro, que parecía también presa de una extraña conmoción, le había tomado del brazo y lo arrastraba... lo arrastraba lejos del foyer, fuera de esa muchedumbre demoníaca por la que pasaba la Muerte roja...

A cada momento, el dominó negro se volvía y le pareció sin duda, en dos ocasiones, ver algo que lo aterraba, pues precipitó aún más su marcha y la de Raoul, como si los persiguieran.

Así subieron dos pisos. Allí, las escaleras, los pasillos estaban prácticamente desiertos. El dominó negro empujó la puerta de un palco e hizo señas al dominó blanco de penetrar tras él. Christine (pues era ella, pudo reconocerla aún por su voz), Christine cerró enseguida tras él la puerta del palco recomendándole en voz baja que se quedara en la parte trasera del palco y que no se dejara ver. Raoul se quitó la careta. Christine conservó la suya. Y como el joven iba a rogar a la cantante que se la quitara, quedó del todo asombrado al verla inclinarse contra el tabique y escuchar atentamente lo que pasaba al lado. Luego entreabrió la puerta y miró al pasillo diciéndole en voz baja: «Debe de haber subido arriba, al "palco de los Ciegos" ...» De repente exclamó: «¡Baja!»

Quiso cerrar la puerta, pero Raoul se opuso, pues había visto posarse en el peldaño más alto de la escalera que subía al piso superior un pie rojo, y luego otro... y lentamente, majestuosamente, bajó todo el vestido escarlata de la Muerte roja. Y volvió a ver la calavera de Perros-Guirec.

— ¡Es él! — exclamó —. ¡Esta vez no se me escapará!...

Pero Christine había cerrado la puerta en el momento en que Raoul se lanzaba. Quiso apartarla de su camino...

— ¿Quién, él? — preguntó ella con voz del todo cambiada —. ¿Quién no se le escapará?...

Brutalmente, Raoul intentó vencer la resistencia de la joven, pero ella lo rechazaba con una fuerza inesperada... Comprendió o creyó comprender y se puso furioso al instante.

—¿Quién? —dijo con rabia—. ¡Pues él! ¡El hombre que se disimula bajo esa horrenda imagen mortuaria!... ¡el mal genio del cementerio de Perros!... ¡la Muerte roja!... ¡En fin, su amigo, señora!... ¡Su Ángel de la música! ¡Pero le arrancaré la máscara del rostro, como me arrancaré la mía, y esta vez nos miraremos cara a cara, sin velo ni mentira, y sabré a quién ama usted y quién la ama!

Estalló en una risa insensata, mientras Christine, detrás de su careta, dejaba oír un doloroso gemido.

Extendió con gesto trágico sus dos brazos, que pusieron una barrera de blanca carne sobre la puerta.

—¡En nombre de nuestro amor, Raoul, no pasará!...

Se detuvo. ¿Qué había dicho ella?... ¿En nombre de su amor?... Pero nunca, jamás le había dicho que lo amara. Y sin embargo, ¡las ocasiones no le habían faltado!... ¡La había visto ya bastante desdichado, llorando ante ella, implorando una buena palabra de esperanza que no llegaba!... ¿La había visto enfermo, casi muerto de terror y frío tras la noche del cementerio de Perros? ¿Se había quedado siquiera a su lado en el momento en que más necesitaba sus cuidados? ¡No! ¡Se había escapado!... ¡Y decía que lo amaba! Hablaba «en nombre de su amor». ¡Vamos! No tenía otro objetivo que retenerlo unos segundos... Había que darle tiempo a la Muerte roja para escapar... ¿Su amor? ¡Mentía!...

Y se lo dijo, con un acento de odio infantil.

—¡Miente usted, señora! Pues no me ama, y nunca me ha amado. Hay que ser un pobre y desdichado jovencito como yo para dejarse engañar, para dejarse burlar como lo he sido. ¿Por qué con su actitud, con la alegría de su mirada, con su mismo silencio, permitirme, en nuestra primera entrevista en Perros, todas las esperanzas? —todas las esperanzas honestas, señora, pues soy un hombre honrado y la creía a usted una mujer honrada, cuando no tenía más que la intención de burlarse de mí. ¡Ay! ¡Se ha burlado usted de todo el mundo! Ha abusado vergonzosamente incluso del corazón cándido

de su bienhechora, que sigue creyendo en su sinceridad cuando usted se pasea por el baile de la Ópera, ¡con la Muerte roja!... ¡La desprecio!...

Y lloró. Ella lo dejaba injuriarla. No pensaba más que en una cosa: retenerlo.

— Un día me pedirá perdón por todas esas feas palabras, Raoul, ¡y yo le perdonaré!...

Él sacudió la cabeza.

— ¡No, no! ¡Me había vuelto loco!... cuando pienso que yo, ya no tenía más que un objetivo en la vida: ¡dar mi nombre a una muchacha de Ópera!...

— ¡Raoul!... ¡Desdichado!...

— ¡Moriré de vergüenza!

— Viva, amigo mío — dijo la voz grave y alterada de Christine —, ¡y adiós!

— ¡Adiós, Raoul!...

El joven se adelantó con paso vacilante. Se atrevió aún a un sarcasmo:

— ¡Oh! Bien me permitirá venir a aplaudirla de vez en cuando.

— No cantaré más, Raoul...

— De veras — añadió él con más ironía aún —. Le crean tiempo libre: ¡mis plácemes!... Pero ¡ya nos veremos en el Bosque alguna de estas noches!

— Ni en el bosque, ni en ningún otro lugar, Raoul, no volverá a verme...

— ¿Podría saberse al menos a qué tinieblas regresa usted?... ¿A qué infierno parte de nuevo, misteriosa señora?... ¿o a qué paraíso?...

— Había venido para decírselo... amigo mío... pero ya no puedo decirle nada...

... ¡No me creería! Ha perdido usted la fe en mí, Raoul, ¡se acabó!...

Dijo ese «¡Se acabó!» en un tono tan desesperado que el joven se estremeció y el remordimiento de su crueldad empezó a turbarle el alma...

—Pero en fin —exclamó— ... ¿Nos dirá lo que significa todo esto?... Está usted libre, sin trabas... Se pasea por la ciudad... se pone un dominó para correr el baile... ¿Por qué no vuelve a su casa?... ¿Qué ha hecho durante quince días?... ¿Qué es esa historia del ángel de la música que le ha contado a la mamá Valérius? ¡Alguien pudo engañarla, abusar de su credulidad!... Yo mismo fui testigo de ello en Perros... ¡pero ahora sabe usted a qué atenderse!... Me parece usted muy sensata, Christine... ¡Sabe lo que hace!... y sin embargo, la mamá Valérius sigue esperándola, invocando a su «buen genio»!... ¡Explíquese, Christine, se lo ruego!... ¡Otros se habrían dejado engañar!... ¿Qué es esa comedia?...

Christine, sencillamente, se quitó la careta y dijo:

—¡Es una tragedia, amigo mío!

Raoul vio entonces su rostro y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y espanto. Los frescos colores de antaño habían desaparecido. Una palidez mortal se extendía por esos rasgos que había conocido tan encantadores y tan dulces, reflejo de la gracia apacible y de la conciencia sin combate. ¡Cómo estaban atormentados ahora! El surco del dolor los había cavado sin piedad y los bellos ojos claros de Christine, antaño límpidos como los lagos que servían de ojos a la pequeña Lotte, aparecían aquella noche de una profundidad oscura, misteriosa e insondable, y muy cargados de una sombra horriblemente triste.

—¡Amiga mía! ¡amiga mía! —gimió él tendiendo los brazos— ... me prometió usted perdonarme...

—¡Quizá!... ¡quizá algún día!... —dijo ella poniéndose de nuevo la careta y se marchó, prohibiéndole seguirla con un gesto que lo despedía...

Quiso lanzarse tras ella, pero ella se volvió y repitió con tan soberana autoridad su gesto de despedida que él no se atrevió a dar un paso más.

La vio alejarse... Y luego bajó a su vez a la multitud, sin saber precisamente lo que hacía, con las sienas palpitantes, el corazón desgarrado, y preguntó, en la sala que atravesaba, si no habían visto pasar a la Muerte roja. Le decían: «¿Quién es esa Muerte roja?» Él respondía: «Es un señor disfrazado con una calavera y un gran manto rojo.» En todas partes le decían que acababa de pasar, la Muerte roja, arrastrando su regio manto, pero no la

encontró en ningún sitio, y hacia las dos de la madrugada volvió al pasillo que, detrás del escenario, conducía al camerino de Christine Daaé.

Sus pasos le habían llevado al lugar donde había empezado a sufrir. Llamó a la puerta. No le respondieron. Entró como había entrado cuando buscaba por todas partes la voz de hombre. El camerino estaba desierto. Un mechero de gas ardía en penumbra. Sobre una pequeña mesa había papel de cartas. Pensó en escribir a Christine, pero se oyeron pasos en el pasillo... No tuvo más que el tiempo de ocultarse en el tocador que estaba separado del camerino por una simple cortina. Una mano empujaba la puerta del camerino. ¡Era Christine!

Contuvo la respiración. ¡Quería ver! ¡Quería saber!... Algo le decía que iba a presenciar una parte del misterio y que quizá iba a empezar a comprender...

Christine entró, se quitó la careta con gesto cansado y la arrojó sobre la mesa. Suspiró, dejó caer su bella cabeza entre las manos... ¿En qué pensaba?... ¿En Raoul?... ¡No! Pues Raoul la oyó murmurar: «¡Pobre Erik!»

Creyó al principio haber oído mal. Ante todo, estaba convencido de que si alguien debía ser compadecido era él, Raoul. ¿Qué más natural, después de lo que acababa de pasar entre ellos, que ella dijera suspirando: «¡Pobre Raoul!» Pero ella repitió sacudiendo la cabeza: «¡Pobre Erik!» ¿Qué venía a hacer ese Erik en los suspiros de Christine y por qué la pequeña hada del Norte compadecía a Erik cuando Raoul era tan desdichado?

Christine se puso a escribir, pausada, tranquila, con tal sosiego que Raoul, que aún temblaba del drama que los separaba, quedó singularmente y desagradablemente impresionado. «¡Qué sangre fría!», se dijo... Escribió así, llenando dos, tres, cuatro hojas. De repente alzó la cabeza y ocultó las hojas en su corpiño... Parecía escuchar... Raoul también escuchó... ¿De dónde venía ese ruido extraño, ese ritmo lejano?... Un canto sordo parecía salir de los muros... Sí, se habría dicho que los muros cantaban... El canto se hacía más claro... las palabras eran inteligibles... se distinguía una voz... una voz muy bella y muy dulce y muy cautivadora... pero tanta dulzura seguía siendo sin embargo varonil, y así podía juzgarse que esa voz no pertenecía a una mujer... La voz se acercaba cada vez más... pasó a través del muro... llegó... y la voz ya estaba en el cuarto, ante Christine. Christine se levantó y habló a la voz como si hablara con alguien que estuviera a su lado.

—Aquí estoy, Erik —dijo—, estoy lista. Es usted quien llega tarde, amigo mío.

Raoul, que miraba con cautela detrás de su cortina, no podía dar crédito a sus ojos, que no le mostraban nada.

La fisonomía de Christine se iluminó. Una buena sonrisa se posó en sus labios exangües, una sonrisa como la de los convalecientes cuando empiezan a esperar que el mal que los ha herido no se los llevará.

La voz sin cuerpo se puso de nuevo a cantar, y ciertamente Raoul no había oído todavía nada en el mundo —como voz que reuniera al mismo tiempo, con el mismo aliento, los extremos— de más amplia y heroicamente suave, de más victoriosamente insidioso, de más delicado en la fuerza, de más fuerte en la delicadeza, en fin de más irresistiblemente triunfante. Había allí acentos definitivos que cantaban como dueños y que debían ciertamente, por la sola virtud de su audición, hacer nacer acentos elevados en los mortales que sienten, aman y traducen la música. Había allí una fuente tranquila y pura de armonía a la que los fieles podían devotamente beber con toda confianza, seguros de beber en ella la gracia musical. Y su arte, de golpe, habiendo tocado lo divino, quedaba transfigurado. Raoul escuchaba esa voz con fiebre y empezaba a comprender cómo Christine Daaé había podido aparecer cierta noche ante el público estupefacto, con acentos de una belleza desconocida, de una exaltación sobrehumana, sin duda todavía bajo la influencia del misterioso e invisible maestro. Y comprendía tanto más un suceso tan considerable al escuchar la voz excepcional cuanto que ésta no cantaba precisamente nada excepcional: con limo, había hecho azur. La banalidad del verso y la facilidad y casi vulgaridad popular de la melodía sólo quedaban más transformadas en belleza por un aliento que las elevaba y las llevaba en pleno cielo sobre las alas de la pasión. Pues esa voz angélica glorificaba un himno pagano.

Esa voz cantaba «la noche nupcial» de Romeo y Julieta.

Raoul vio a Christine tender los brazos hacia la voz, como lo había hecho en el cementerio de Perros, hacia el violín invisible que tocaba La Resurrección de Lázaro...

Nada podría expresar la pasión con que la voz dijo:

¡El destino te encadena a mí sin retorno!...

Raoul sintió el corazón traspasado, y, luchando contra el encantamiento que parecía quitarle toda voluntad y toda energía, y casi toda lucidez en el momento en que más la necesitaba, logró apartar la cortina que lo ocultaba y se acercó a Christine. Ésta, que avanzaba hacia el fondo del camerino, cuyo panel entero estaba ocupado por un gran espejo que le devolvía su imagen, no podía verle, pues él estaba del todo detrás de ella y enteramente tapado por ella.

¡El destino te encadena a mí sin retorno!...

Christine seguía avanzando hacia su imagen y su imagen descendía hacia ella. Las dos Christine —el cuerpo y la imagen— acabaron por tocarse, por confundirse, y Raoul extendió el brazo para asirlas de un golpe a las dos.

Pero por una especie de milagro deslumbrante que lo hizo vacilar, Raoul fue de repente empujado hacia atrás, mientras un viento helado le barrió el rostro; vio no dos, sino cuatro, ocho, veinte Christine, que giraron a su alrededor con tal ligereza, que se burlaban y que tan rápidamente huían, que su mano no pudo tocar ninguna. Por fin, todo volvió a la quietud y se vio a sí mismo en el espejo. Pero Christine había desaparecido.

Se precipitó sobre el espejo. Se golpeó contra las paredes. ¡Nadie! Y sin embargo el camerino resonaba todavía con un ritmo lejano, apasionado:

¡El destino te encadena a mí sin retorno!...

Sus manos apretaron su frente sudorosa, palparon su carne despierta, tantearon la penumbra, devolvieron a la llama del mechero de gas toda su fuerza. Estaba seguro de no estar soñando. Se hallaba en el centro de un formidable juego, físico y moral, del que no tenía la clave y que quizá iba a aplastarlo. Se hacía vagamente el efecto de un príncipe aventurero que ha franqueado el límite prohibido de un cuento de hadas y que ya no debe asombrarse de ser presa de los fenómenos mágicos que ha inconsideradamente desafiado y desencadenado por amor...

¿Por dónde? ¿Por dónde se había ido Christine?...

¿Por dónde volvería?...

¿Volvería?... ¡Ay! ¿No le había afirmado que todo había acabado?... ¿y no repetía el muro: El destino te encadena a mí sin retorno? ¿A mí? ¿A quién?

Entonces, agotado, vencido, el cerebro vago, se sentó en el mismo lugar que ocupaba hace un momento Christine. Como ella, dejó caer la cabeza entre las manos. Cuando la alzó, las lágrimas corrían abundantes por su joven rostro, lágrimas verdaderas y pesadas, como las que tienen los niños celosos, lágrimas que lloraban una desgracia nada fantástica, sino común a todos los amantes de la tierra, y que él precisó en voz alta:

—¿Quién es ese Erik? —dijo.

XI

HAY QUE OLVIDAR EL NOMBRE DE «LA VOZ DE HOMBRE»

Al día siguiente de aquel en que Christine había desaparecido ante sus ojos en una especie de deslumbramiento que le hacía dudar todavía de sus sentidos, el señor vizconde de Chagny fue a buscar noticias a casa de la mamá Valérius. Se encontró con un cuadro encantador.

A la cabecera de la anciana que, sentada en su cama, tejía, Christine hacía encaje. Nunca óvalo más encantador, nunca frente más pura, nunca mirada más dulce se inclinaron sobre labor de virgen. Las frescas mejillas de la joven habían recobrado su color. El cerco azulado de sus ojos claros había desaparecido. Raoul no reconoció ya el trágico semblante de la víspera. Si

el velo de la melancolía extendido sobre esos rasgos adorables no le hubiera parecido al joven el último vestigio del drama inaudito en que se debatía esa misteriosa criatura, hubiera podido pensar que Christine no era su incomprendible heroína.

Ella se levantó al acercarse él sin emoción aparente y le tendió la mano. Pero el estupor de Raoul era tal que se quedó allí, aniquilado, sin un gesto, sin una palabra.

— ¡Vamos, señor de Chagny! — exclamó la mamá Valérius—. ¿Es que ya no conoce a nuestra Christine? ¡Su «buen genio» nos la ha devuelto!

— ¡Mamá! — interrumpió la joven en tono seco, mientras un vivo rubor le llegaba hasta los ojos—. ¡Mamá, creía que nunca más se hablaría de eso!... Sabe usted bien que no hay ningún genio de la música.

— Hija mía, ¡sin embargo te ha dado clases durante tres meses!

— Mamá, le he prometido explicárselo todo un día próximo; lo espero... pero hasta ese día, me prometió usted silencio y no interrogarme nunca más.

— ¡Si tú me prometieras, tú, no volverte a ir! Pero ¿me has prometido eso, Christine?

— Mamá, todo esto no puede interesar al señor de Chagny...

— Ahí se equivoca usted, señorita — interrumpió el joven con una voz que quería hacer firme y valiente y que seguía siendo sólo temblorosa—; todo lo que le atañe me interesa hasta un punto que quizá acabe usted por comprender. No le ocultaré que mi asombro iguala a mi alegría al encontrarla junto a su madre adoptiva, y que lo ocurrido ayer entre nosotros, lo que pudo usted decirme, lo que yo pude adivinar, nada me hacía prever un regreso tan pronto. Yo sería el primero en alegrarme si usted no se obstinara en conservar sobre todo esto un secreto que puede serle fatal..., y soy su amigo desde hace demasiado tiempo para no inquietarme, junto con la señora Valérius, de una funesta aventura que seguirá siendo peligrosa mientras no hayamos desenredado su trama y de la que acabará usted por ser víctima, Christine.

A estas palabras, la mamá Valérius se agitó en su cama.

— ¿Qué quiere decir esto? — exclamó—. ¿Christine está en peligro?

—Sí, señora... —declaró valientemente Raoul, a pesar de los signos de Christine.

—¡Dios mío! —exclamó jadeante la buena e ingenua anciana—. ¡Tiene que contármelo todo, Christine! ¿Por qué me tranquilizabas? ¿Y de qué peligro se trata, señor de Chagny?

—¡Un impostor está abusando de su buena fe!

—¿El ángel de la música es un impostor?

—¡Ella misma le ha dicho que no hay ángel de la música!

—¡Vamos, qué hay entonces, en nombre del Cielo! —suplicó la inválida—. ¡Me van a matar!

—Lo que hay, señora, a nuestro alrededor, al de usted, al de Christine, es un misterio terreno mucho más temible que todos los fantasmas y todos los genios.

La mamá Valérius volvió hacia Christine un semblante aterrado, pero ésta ya se había precipitado hacia su madre adoptiva y la estrechaba en sus brazos:

—¡No le creas! buena mamá..., ¡no le creas! —repetía—, e intentaba, con sus caricias, consolarla, pues la anciana lanzaba suspiros que partían el alma.

—¡Entonces, dime que no te irás más! —imploró la viuda del profesor.

Christine callaba y Raoul prosiguió:

—Eso es lo que hay que prometer, Christine... ¡Es lo único que puede tranquilizarnos, su madre y a mí! Nos comprometemos a no hacerle más ninguna pregunta sobre el pasado, si usted nos promete quedarse bajo nuestra salvaguarda en el futuro...

—¡Ese compromiso no se lo pido y esa promesa no se la haré! —pronunció la joven con orgullo—. Soy libre en mis acciones, señor de Chagny; usted no tiene ningún derecho a controlarlas y le ruego que se dispense de ello en adelante. En cuanto a lo que he hecho durante quince días, no hay más que un hombre en el mundo que tendría derecho a exigirme que se lo contara: mi marido. Pues bien, no tengo marido, ¡y no me casaré jamás!

Diciendo esto con fuerza, extendió la mano hacia Raoul, como para dar más solemnidad a sus palabras, y Raoul palideció, no sólo a causa de las propias palabras que acababa de oír, sino porque acababa de ver, en el dedo de Christine, un anillo de oro.

—No tiene usted marido y, sin embargo, lleva una «alianza».

Y quiso cogerle la mano, pero Christine se la había retirado rápidamente.

—¡Es un regalo! —dijo ruborizándose de nuevo y esforzándose vanamente por ocultar su turbación.

—¡Christine! Puesto que no tiene usted marido, ese anillo no puede habérselo dado más que quien espera serlo. ¿Por qué engañarnos más? ¿Por qué torturarme más? ¡Ese anillo es una promesa! ¡y esa promesa ha sido aceptada!

—¡Eso es lo que yo le dije! —exclamó la anciana.

—¿Y qué le respondió, señora?

—Lo que quise —gritó Christine exasperada—. ¿No le parece, señor, que este interrogatorio ha durado demasiado?... En cuanto a mí...

Raoul, muy emocionado, tuvo miedo de dejarla pronunciar las palabras de una ruptura definitiva. La interrumpió:

—Perdón por haberle hablado así, señorita... Sabe usted bien qué sentimiento honesto me hace mezclarme, ahora, en cosas que, sin duda, no me incumben. ¡Pero déjeme decirle lo que he visto... y he visto más de lo que usted cree, Christine... o lo que creo haber visto, pues en verdad es lo mínimo que, en semejante aventura, uno dude del testimonio de sus ojos...

—¿Qué ha visto usted, señor, o creído ver?

—¡He visto el éxtasis de usted al sonido de la voz, Christine! ¡de la voz que salía del muro, o de un palco, o de un apartamento de al lado!... ¡sí, su éxtasis!... ¡Y es eso lo que, por usted, me aterra!... ¡Está usted bajo el más peligroso de los hechizos!... Y parece, sin embargo, que se ha dado usted cuenta de la impostura, puesto que hoy dice que no hay genio de la música... Entonces, Christine, ¿por qué lo ha seguido esta vez? ¿Por qué se ha levantado con el semblante radiante, como si oyera realmente a los ángeles?... ¡Ah! esa voz es muy peligrosa, Christine, puesto que yo mismo,

mientras la escuchaba, estaba tan arrobado que desapareció usted ante mis ojos, sin que yo pueda decir por dónde pasó... ¡Christine! ¡Christine! ¡en nombre del cielo, en nombre de su padre que está en el cielo y que tanto la amó, y que me amó a mí, Christine, va a decirnos, a su bienhechora y a mí, a quién pertenece esa voz! ¡Y a pesar de usted misma, la salvaremos!... ¡Vamos! ¡el nombre de ese hombre, Christine?... ¡El nombre del hombre que ha tenido la audacia de ponerle en el dedo un anillo de oro!

— Señor de Chagny — declaró fríamente la joven —, ¡no lo sabrá usted nunca!...

Fue entonces cuando se oyó la voz agria de la mamá Valérius que, de repente, tomaba el partido de Christine, al ver con qué hostilidad su pupila acababa de dirigirse al vizconde.

— ¡Y si ella lo ama, señor vizconde, ese hombre, eso no le incumbe todavía a usted!

— ¡Ay! señora — prosiguió humildemente Raoul, que no pudo contener sus lágrimas —. ¡Ay! Creo, en efecto, que Christine lo ama... Todo me lo prueba, pero no es sólo eso lo que hace mi desesperación, pues de lo que no estoy seguro, señora, es de que el amado de Christine sea digno de ese amor.

— ¡A mí sola me corresponde juzgarlo, señor! — dijo Christine mirando a Raoul directamente a los ojos y mostrándole un semblante presa de soberana irritación.

— Cuando se toman — continuó Raoul, que sentía sus fuerzas abandonar —, para seducir a una joven, unos medios tan románticos...

— ¿Hay que concluir, verdad, que el hombre es un miserable o que la joven es muy tonta?

— ¡Christine!

— ¡Raoul, por qué condena así a un hombre que nunca ha visto usted, que nadie conoce y del que usted mismo no sabe nada?...

— Sí, Christine... Sí... Conozco al menos ese nombre que pretende usted ocultarme para siempre... Su ángel de la música, señorita, ¡se llama Erik!...

Christine se traicionó al instante. Se puso, esta vez, blanca como un mantel de altar. Balbuceó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—Usted misma.

—¿Cómo es eso?

—Compadeciéndolo, la otra noche, la noche del baile de máscaras. Al llegar a su camerino, ¿no dijo usted: «¡Pobre Erik!» Pues bien, Christine, había en algún lugar un pobre Raoul que la oyó.

—¡Es la segunda vez que escucha usted detrás de las puertas, señor de Chagny!

—¡No estaba detrás de la puerta!... ¡Estaba en el camerino!... en su tocador, señorita.

—¡Desdichado! —gimió la joven, que mostró todas las señales de un indecible terror—. ¡Desdichado! ¿Conque quiere usted que lo maten?

—¡Quizá!

Raoul pronunció ese «quizá» con tanto amor y desesperación que Christine no pudo reprimir un sollozo.

Le tomó entonces las manos y le miró con toda la ternura pura de que era capaz, y el joven, bajo esa mirada, sintió que su pena quedaba ya apaciguada.

—Raoul —dijo ella—. Hay que olvidar la voz de hombre y no recordar siquiera su nombre... y no intentar nunca penetrar el misterio de la voz de hombre.

—¿Es tan terrible ese misterio?

—¡No hay ninguno más espantoso en la tierra!

Un silencio separó a los jóvenes. Raoul estaba abatido.

—Júreme que no hará nada por «saber» —insistió ella— ... Júreme que no volverá a entrar en mi camerino si yo no le llamo.

—¿Me promete usted llamarme alguna vez, Christine?

—Se lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Entonces, se lo juro.

Esas fueron sus últimas palabras ese día.

Le besó las manos y se marchó maldiciendo a Erik y prometiéndose ser paciente.

XII

POR ENCIMA DE LAS TRAMPILLAS

Al día siguiente la volvió a ver en la Ópera. Llevaba aún en el dedo el anillo de oro. Estuvo dulce y bondadosa. Le habló de los proyectos que él formaba, de su porvenir, de su carrera.

Él le comunicó que la partida de la expedición polar se había adelantado y que, en tres semanas, en un mes a lo sumo, abandonaría Francia.

Ella lo animó, casi con alegría, a considerar ese viaje como una etapa de su gloria futura. Y cuando él le respondió que la gloria sin amor no ofrecía a sus ojos ningún encanto, ella lo trató como a un niño cuyos pesares han de ser pasajeros.

Él le dijo:

—¿Cómo puede usted, Christine, hablar tan a la ligera de cosas tan graves? ¡Quizá no volvamos a vernos!... ¡Puedo morir durante esa expedición!...

—Y yo también —dijo ella sencillamente...

Ya no sonreía, ya no bromeaba. Parecía pensar en algo nuevo que le entera por primera vez en el espíritu. Su mirada se iluminó con ello.

—¿En qué piensa usted, Christine?

—Pienso que no volveremos a vernos.

—¿Y es eso lo que la hace tan radiante?

—Y en que, dentro de un mes, habrá que despedirse... ¡para siempre!...

—A menos, Christine, que nos comprometamos la palabra y nos espere-mos para siempre.

Ella le puso la mano en la boca:

—¡Cállese, Raoul!... No se trata de eso, bien lo sabe... ¡Y no nos casare-mos jamás! Está dicho.

Parecía tener dificultad para contener de pronto un júbilo desbordante. Dio palmadas con una alegría infantil... Raoul la miraba, inquieto, sin comprender.

—Pero... pero..., dijo ella aún, tendiendo las dos manos al joven, o más bien dándoselas, como si, de repente, hubiera resuelto hacérselas de regalo. Pero si no podemos casarnos, podemos... ¡podemos prometernos!... ¡Nadie lo sabrá más que nosotros, Raoul!... ¡Ha habido matrimonios secretos!... ¡Bien puede haber un compromiso secreto!... ¡Estamos prometidos, amigo mío, por un mes!... Dentro de un mes, partirá usted, y yo podré ser feliz, con el recuerdo de ese mes, toda mi vida.

Estaba encantada con su idea... Y volvió a ponerse seria.

—Esto —dijo— es una dicha que no hará daño a nadie.

Raoul había comprendido. Se lanzó sobre esa inspiración. Quiso convertir-la en realidad de inmediato. Se inclinó ante Christine con una humildad sin igual y dijo:

—Señorita, tengo el honor de pedirle su mano.

—Pero si ya las tiene usted las dos, querido prometido... ¡Oh! ¡Raoul, qué felices vamos a ser!... ¡Vamos a jugar al futuro maridito y a la futura mujercita!...

Raoul se decía: ¡Qué imprudente! De aquí a un mes habré tenido tiempo de hacerle olvidar o de penetrar y destruir «el misterio de la voz de hombre», y dentro de un mes Christine consentirá en ser mi esposa. Mientras tanto, ¡juguemos!

Fue el juego más bonito del mundo, y en él se complacieron como los niños puros que eran. ¡Ah, qué cosas maravillosas se dijeron! ¡y cuántos juramentos eternos se intercambiaron! La idea de que, pasado el mes, no habría ya nadie para mantener esos juramentos los dejaba en una turbación que saboreaban con aflicciones deliciosas, entre la risa y las lágrimas. Jugaban «al corazón» como otros juegan «a la pelota»; sólo que, como eran sus dos corazones los que se lanzaban de uno a otro, les era preciso ser muy, muy hábiles para recibirlos sin hacerse daño. Un día —era el octavo del juego— el corazón de Raoul sufrió mucho y el joven detuvo la partida con estas palabras extravagantes: «Ya no parto al Polo Norte.»

Christine, que en su inocencia no había pensado en la posibilidad de eso, descubrió de pronto el peligro del juego y se lo reprochó amargamente. No respondió ni una palabra a Raoul y se fue a casa.

Esto ocurrió una tarde, en el camerino de la cantante, donde ella le daba todas sus citas y donde se entretenían con auténticas cenas de mentira con tres galletas, dos copas de oporto y un ramo de violetas.

Por la noche, ella no cantó. Y él no recibió la carta de costumbre, aunque se habían dado permiso para escribirse todos los días de ese mes. A la mañana siguiente, corrió a casa de la mamá Valérius, quien le comunicó que Christine estaba ausente durante dos días. Se había ido la tarde anterior, a las cinco, diciendo que no volvería antes del pasado mañana. Raoul estaba consternado. Detestaba a la mamá Valérius, que le daba semejante noticia con una tranquilidad asombrosa. Intentó «sacarle algo», pero la buena señora, evidentemente, no sabía nada. Se limitó a responder a las afanosas preguntas del joven:

—¡Es el secreto de Christine!

Y levantaba el dedo, diciéndolo con una unción conmovedora que recomendaba la discreción y que, al mismo tiempo, pretendía tranquilizar.

—¡Ah, bueno! —exclamaba malhumorado Raoul, bajando la escalera como un loco—. ¡Ah, bueno! ¡Las chicas están muy bien guardadas con esa mamá Valérius!...

¿Dónde podía estar Christine?... Dos días... ¡Dos días menos en su dicha tan breve! ¡Y eso era culpa suya!... ¿No estaba acordado que había de partir?... Y si su firme intención era no partir, ¿por qué lo había dicho tan pronto? Se acusaba de torpeza y fue el más desdichado de los hombres durante cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales Christine reapareció.

Reapareció en un triunfo. Recuperó por fin el éxito inaudito de la noche de gala. Desde la aventura del «sapo», la Carlotta no había podido presentarse en escena. El terror a un nuevo couac habitaba su corazón y le quitaba todos sus medios; y los lugares, testigos de su incomprensible derrota, le habían vuelto odiosos. Encontró la manera de romper su contrato. Daaé fue invitada provisionalmente a ocupar el puesto vacante. Un verdadero delirio la recibió en La judía.

El vizconde, presente en esa función, fue naturalmente el único en sufrir escuchando los mil ecos de ese nuevo triunfo; pues vio que Christine seguía llevando el anillo de oro en el dedo. Una voz lejana murmuraba al oído del joven: «Esta noche lleva aún el anillo de oro, y no eres tú quien se lo ha dado. Esta noche ha dado de nuevo su alma, y no era a ti.»

Y la voz seguía persiguiéndole: «Si ella no quiere decirte lo que ha hecho durante dos días..., si te oculta el lugar de su retiro, ¡hay que pedírselo a Erik!»

Corrió al escenario. Se puso en su camino. Ella lo vio, pues sus ojos lo buscaban. Le dijo: «¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Venga!» Y lo arrastró al camerino, sin preocuparse de todos los cortesanos de su joven gloria que murmuraban ante su puerta cerrada: «¡Es un escándalo!»

Raoul cayó en seguida de rodillas ante ella. Le juró que partiría y le suplicó que en adelante no le restase ni una hora de la dicha ideal que le había prometido. Ella dejó correr sus lágrimas. Se abrazaron como un hermano y una hermana desesperados que acaban de ser golpeados por un duelo común y que se reencuentran para llorar a un muerto.

De repente, ella se arrancó del dulce y tímido abrazo del joven, pareció escuchar algo que no se sabía... y, con un gesto breve, señaló la puerta a Raoul. Cuando él estaba en el umbral, ella le dijo, tan bajo que el vizconde adivinó sus palabras más que las oyó:

— ¡Mañana, mi querido prometido! Y sea usted feliz, Raoul..., ¡esta noche he cantado por usted!...

Así que volvió.

Pero, ¡ay!, esos dos días de ausencia habían roto el encanto de su amable mentira. Se miraban en el camerino, sin decirse ya nada, con sus tristes ojos. Raoul se contenía para no gritar: «¡Soy celoso! ¡Soy celoso! ¡Soy celoso!» Pero ella lo oía de todos modos.

Entonces dijo: «Vayamos a dar un paseo, amigo mío, el aire nos hará bien».

Raoul creyó que iba a proponerle alguna excursión al campo, lejos de ese edificio que detestaba como una cárcel y en cuyos muros sentía rabiosamente pasearse al carcelero... el carcelero Erik... Pero ella lo condujo a la escena y lo hizo sentar en el borde de madera de una fuente, en la paz y la dudosa frescura de una primera decoración montada para el próximo espectáculo; otro día erró con él, llevándolo de la mano, por los paseos abandonados de un jardín cuyas plantas trepadoras habían sido recortadas por las hábiles manos de un decorador, como si el verdadero cielo, las verdaderas flores, la verdadera tierra le estuvieran para siempre prohibidos y estuviera condenada a no respirar otra atmósfera que la del teatro. El joven dudaba en hacerle la menor pregunta, pues, como le parecía evidente que no podría responderla, temía hacerla sufrir inútilmente. De vez en cuando pasaba un bombero que velaba de lejos sobre su idilio melancólico. A veces ella intentaba valientemente engañarse y engañarle sobre la falsa belleza de ese marco inventado para la ilusión de los hombres. Su imaginación, siempre viva, lo adornaba de los más brillantes colores y tales, decía ella, que la naturaleza no podría ofrecer comparables. Ella se exaltaba, mientras Raoul, lentamente, le apretaba la mano febril. Decía: «Mire, Raoul, esas paredes, esos bosques, esas enramadas, esas imágenes de tela pintada, todo eso ha visto los amores más sublimes, pues aquí fueron inventados por los poetas, que superan en cien codos la estatura de los hombres. Dígame que nuestro

amor se halla bien aquí, mi Raoul, puesto que él también fue inventado, y que no es, también, ¡ay!, más que una ilusión.»

Desconsolado, no respondía. Entonces:

—Nuestro amor es demasiado triste en la tierra; ¡paseémoslo por el cielo!... ¡Mire qué fácil es aquí!

Y lo arrastraba más arriba que las nubes, en el magnífico desorden del telar, y se complacía en darle vértigo corriendo ante él sobre los frágiles puentes del escenario superior, entre los miles de cuerdas que se unían a las poleas, a los tornos, a los tambores, en medio de una verdadera selva aérea de antenas y mástiles. Si él dudaba, ella le decía con un adorable mohín: «¡Usted, que es marino!»

Y luego volvían a bajar a tierra firme, es decir, a algún pasillo bien sólido que los conducía a risas, a danzas, a jóvenes regañadas por una voz severa: «¡Estirad, señoritas!... ¡Vigilad las puntas!»... Es la clase de las chiquillas, de las que acaban de dejar de tener seis años o que van a tener nueve o diez... y ya tienen el corsé escotado, el tutú ligero, el pantalón blanco y las medias rosas, y trabajan, trabajan con todos sus pequeños pies doloridos con la esperanza de llegar a ser alumnas de los cuadros de baile, corifeas, pequeñas figuras, primeras bailarinas, con muchos diamantes alrededor... Mientras tanto, Christine les reparte caramelos.

Otro día la hacía entrar en una vasta sala de su palacio, llena de oropeles, de arneses de caballeros desechados, de lanzas, de escudos y de penachos, y pasaba revista a todos los fantasmas de guerreros inmóviles y cubiertos de polvo. Les dirigía buenas palabras, prometiéndoles que volverían a ver las noches resplandecientes de luz, y los desfiles en música ante la batería retumbante.

La paseó así por todo su imperio, que era ficticio pero inmenso, extendiéndose por diecisiete pisos desde la planta baja hasta la cima y habitado por un ejército de súbditos. Ella pasaba entre ellos como una reina popular, alentando los trabajos, sentándose en los almacenes, dando sabios consejos a las costureras cuyas manos dudaban en cortar las ricas telas que debían vestir a los héroes. Los habitantes de ese país ejercían todos los oficios. Había zapateros y orfebres. Todos habían aprendido a quererla, pues se in-

teresaba por las penas y las pequeñas manías de cada uno. Conocía rincones desconocidos habitados en secreto por viejos matrimonios.

Llamaba a su puerta y le presentaba a Raoul como a un príncipe encantador que le había pedido la mano, y los dos, sentados en algún accesorio carcomido, escuchaban las leyendas de la Ópera como antaño habían escuchado, en su infancia, los viejos cuentos bretones. Esos viejos no recordaban nada más que la Ópera. Llevaban allí años innumerables. Las administraciones desaparecidas los habían olvidado allí; las revoluciones de palacio los habían ignorado; fuera, la historia de Francia había pasado sin que se dieran cuenta, y nadie se acordaba de ellos.

Así transcurrían los días preciosos y Raoul y Christine, por el interés excesivo que parecían poner en las cosas exteriores, se esforzaban torpemente en ocultarse el uno al otro el único pensamiento de su corazón. Un hecho cierto era que Christine, que hasta entonces se había mostrado la más fuerte, se puso de pronto nerviosa más allá de toda expresión. En sus expediciones, se echaba a correr sin razón o se detenía bruscamente, y su mano, vuelta helada en un instante, retenía al joven. Sus ojos parecían a veces perseguir sombras imaginarias. Gritaba: «¡Por aquí!», luego «¡por aquí!», luego «¡por aquí!», riendo, con una risa jadeante que a menudo acababa en lágrimas. Entonces Raoul quería hablar, interrogarla a pesar de sus promesas, de sus compromisos. Pero, antes incluso de que hubiera formulado una pregunta, ella respondía febrilmente: «¡Nada!... Le juro que no es nada».

Una vez que, en la escena, pasaban ante una trampilla entreabierta, Raoul se inclinó sobre el abismo oscuro y dijo: «Me ha hecho usted visitar los pisos de arriba de su imperio, Christine... pero se cuentan historias extrañas sobre los de abajo... ¿Quiere usted que descendamos?» Al oír eso, ella lo tomó en sus brazos, como si temiera verlo desaparecer en el agujero negro, y le dijo muy bajo, temblando: «¡Jamás!... ¡Le prohíbo ir allí! ¡Y además, eso no es mío!... ¡Todo lo que hay bajo la tierra le pertenece!»

Raoul clavó sus ojos en los de ella y le dijo con voz áspera:

—¿Conque vive allá abajo?

—¡No he dicho eso!... ¿Quién le ha dicho una cosa así? ¡Vamos! ¡Venga! Hay momentos, Raoul, en que me pregunto si no está usted un poco loco... ¡Siempre oye cosas imposibles!... ¡Venga! ¡Venga!

Y lo arrastraba literalmente, pues él quería quedarse obstinadamente cerca de la trampilla, y ese agujero lo atraía.

La trampilla se cerró de pronto, y tan repentinamente, sin que hubieran visto siquiera la mano que la hacía actuar, que se quedaron aturridos.

—¿Quizá era él quien estaba ahí? —acabó por decir él.

Ella se encogió de hombros, pero no parecía en absoluto tranquilizada.

—¡No, no! Son los «cerradores de trampillas». Los «cerradores de trampillas» tienen que hacer algo... Abren y cierran las trampillas sin razón... Es como los «cerradores de puertas»; hay que «pasar el rato» de algún modo.

—¿Y si era él, Christine?

—¡Que no, que no! Está encerrado; trabaja.

—¡Ah! ¿De veras, trabaja?

—Sí, no puede abrir y cerrar trampillas y trabajar al mismo tiempo. Estamos bien tranquilos.

Diciendo eso, se estremecía.

—¿Y en qué trabaja?

—¡Oh! ¡En algo terrible!... ¡Por eso estamos bien tranquilos!... Cuando trabaja en eso, no ve nada; no come, ni bebe, ni respira... durante días y noches... es un muerto viviente y no tiene tiempo de entretenerse con las trampillas.

Se estremeció de nuevo, se inclinó escuchando hacia el lado de la trampilla... Raoul la dejaba hacer y decir. Calló. Temía ahora que el sonido de su voz la hiciera reflexionar de pronto, deteniéndola en el curso todavía tan frágil de sus confidencias.

Ella no lo había dejado... lo tenía aún entre sus brazos... suspiró a su vez:

—¡Si fuera él!

Raoul preguntó tímidamente:

—¿Tiene usted miedo de él?

Ella respondió:

— ¡Que no! ¡Que no!

El joven adoptó, muy involuntariamente, la actitud de compadecerla, como se hace con un ser impresionable que aún está preso de un sueño reciente. Tenía el aire de decir: «¡porque ya sabe, yo estoy aquí!» Y su gesto fue, casi involuntariamente, amenazante; entonces Christine lo miró con asombro, como a un fenómeno de valor y virtud, y pareció que en su pensamiento medía en su justo valor tanta inútil y audaz caballerosidad. Besó al pobre Raoul como una hermana que lo recompensara, con un acceso de ternura, por haber cerrado su pequeño puño fraternal para defenderla contra los siempre posibles peligros de la vida.

Raoul comprendió y se ruborizó de vergüenza. Se encontraba tan débil como ella. Se decía: «Pretende que no tiene miedo, pero nos aleja de la trampilla temblando.» Era la verdad. Al día siguiente y los días siguientes, fueron a alojar sus curiosos y castos amores casi en el tejado, bien lejos de las trampillas. La agitación de Christine no hacía más que aumentar a medida que transcurrían las horas. Por fin, una tarde, llegó muy tarde, con el semblante tan pálido y los ojos tan enrojecidos de un dolor cierto, que Raoul se resolvió a todos los extremos, a éste, por ejemplo, que le expresó sin rodeos: no partir al Polo Norte si ella no le confiaba el secreto de la Voz de hombre.

— ¡Cállese! ¡Por el amor del cielo, cállese! ¡Si él lo oyera, desdichado Raoul!

Y los ojos extraviados de la joven daban la vuelta a las cosas que los rodeaban.

— La arrancaré de su poder, Christine, lo juro. Y ni siquiera pensará usted más en él, que es lo que hace falta.

— ¿Es posible?

Se permitió esta duda que era un aliento, mientras arrastraba al joven hasta el último piso del teatro, a la altura, allí donde se está muy lejos, muy lejos de las trampillas.

— La ocultaré en un rincón desconocido del mundo, adonde él no vendrá a buscarla. Estará usted a salvo, y entonces partiré, puesto que usted juró no casarse jamás.

Christine se lanzó sobre las manos de Raoul y se las apretó con un ímpetu increíble. Pero, inquieta de nuevo, volvía la cabeza.

—¡Más arriba! —dijo sólo—. ¡Todavía más arriba!

Y lo arrastraba hacia las cimas.

Le costaba seguirla. Pronto estuvieron bajo los tejados, en el laberinto de la armazón. Se deslizaban entre los arbotantes, las vigas, los puntales, los paños y los aleros; corrían de viga en viga como, en un bosque, habrían corrido de árbol en árbol, en los formidables troncos...

Y, a pesar de la precaución que ella tenía de mirar a cada instante detrás de sí, no vio una sombra que la seguía como su propia sombra, que se detenía con ella, que reanudaba la marcha cuando ella la reanudaba y que no hacía más ruido del que debe hacer una sombra. Raoul, por su parte, no advirtió nada, pues cuando tenía a Christine delante de él, nada de lo que pasaba detrás le interesaba.

XIII

LA LIRA DE APOLO

Así llegaron a los tejados. Ella se deslizaba sobre ellos, ligera y familiar, como una golondrina. Sus miradas, entre las tres cúpulas y el frontón triangular, recorrieron el espacio desierto. Ella respiró con fuerza, sobre París,

del que se descubriría todo el valle en trabajo. Miró a Raoul con confianza. Lo llamó junto a sí, y codo con codo caminaron allá arriba, por las calles de cinc, por las avenidas de fundición; miraron su figura gemelar en los vastos depósitos llenos de agua inmóvil donde, en la buena estación, los chiquillos del baile, una veintena de niños, se zambullen y aprenden a nadar. La sombra detrás de ellos, siempre fiel a sus pasos, había surgido, aplanándose sobre los tejados, alargándose con movimientos de alas negras, en las encrucijadas de las callejas de hierro, girando alrededor de los depósitos, rodeando, silenciosa, las cúpulas; y los desdichados niños no sospecharon en absoluto su presencia cuando se sentaron por fin, confiados, bajo la alta protección de Apolo, que alzaba con su gesto de bronce su prodigiosa lira en el corazón de un cielo en llamas.

Una tarde encendida de primavera los envolvía. Nubes que acababan de recibir del poniente su ligero manto de oro y púrpura pasaban lentamente dejándolo arrastrarse sobre los jóvenes; y Christine dijo a Raoul: «Pronto iremos más lejos y más deprisa que las nubes, hasta el fin del mundo, y entonces me abandonará usted, Raoul. Pero si, llegado el momento de arrancarme de aquí, yo no consintiera en seguirle, pues bien, Raoul, ¿usted me llevaría a la fuerza!»

¿Con qué fuerza, que parecía dirigida contra sí misma, le dijo eso, mientras se apretaba nerviosamente contra él! El joven quedó impresionado.

—¿Teme usted entonces cambiar de parecer, Christine?

—No lo sé —dijo ella sacudiendo extrañamente la cabeza—. ¿Es un demonio!

Y se estremeció. Se acurrucó en sus brazos con un gemido.

—Ahora tengo miedo de volver a vivir con él: ¡bajo la tierra!

—¿Qué la obliga a volver, Christine?

—¿Si no vuelvo junto a él, pueden ocurrir grandes desgracias!... ¡Pero ya no puedo!... ¡Ya no puedo! Sé bien que hay que tener piedad de quienes habitan «bajo la tierra...» Pero ése es demasiado horrible. Y sin embargo, el momento se acerca; ¡ya sólo me queda un día! y si no voy, será él quien venga a buscarme con su voz. Me arrastrará consigo, a su casa, bajo la tierra, ¡y se pondrá de rodillas ante mí, con su cabeza de muerto! ¡Y me dirá

que me ama! ¡Y llorará! ¡Ah, esas lágrimas, Raoul! esas lágrimas en los dos hoyos negros de la calavera. ¡Ya no puedo soportar ver correr esas lágrimas!

Se retorció horriblemente las manos, mientras Raoul, preso también de esa desesperación contagiosa, la estrechaba contra su corazón: «¡No, no! ¡No volverá usted a oírle decir que la ama! ¡No volverá a ver correr sus lágrimas! ¡Huyamos! ¡Ahora mismo, Christine, huyamos!» Y ya quería arrastrarla.

Pero ella lo detuvo.

—No, no —dijo, sacudiendo la cabeza con dolor—, no ahora. Eso sería demasiado cruel... Déjele oírme cantar mañana por la noche, una última vez... y luego nos iremos. A medianoche, vendrá usted a buscarme a mi camerino; a medianoche exactamente. En ese momento, él me estará esperando en el comedor del lago... seremos libres y usted me llevará. ¡Aunque yo me niegue, hay que jurarme eso, Raoul!... pues siento bien que, esta vez, si vuelvo allí, quizá no salga nunca...

Añadió:

—No puede usted comprenderlo...

Y lanzó un suspiro al que le pareció que, detrás de ella, otro suspiro había respondido.

—¿No ha oído usted?

Le castañeteaban los dientes.

—No —aseguró Raoul—, no he oído nada...

—Es demasiado espantoso —confesó ella—, temblar así todo el tiempo... Y sin embargo, aquí no corremos ningún peligro; estamos en nuestra casa, en la mía, en el cielo, al aire libre, a plena luz. El sol está en llamas, ¡y los pájaros nocturnos no gustan de mirar el sol! Nunca lo he visto a la luz del día... ¡Debe de ser horrible! —balbuceó, volviendo hacia Raoul unos ojos extraviados—. ¡Ah! ¡La primera vez que lo vi!... Creí que iba a morir.

—¿Por qué? —preguntó Raoul, realmente asustado por el tono que tomaba esa extraña y formidable confidencia—. ¿Por qué creyó que iba a morir?

—¡PORQUE LO HABÍA VISTO!

.....

Esta vez Raoul y Christine se volvieron al mismo tiempo.

— ¡Hay alguien aquí que sufre! — dijo Raoul—. ¡Quizá un herido!... ¿Ha oído usted?

— Yo no podría decirle — confesó Christine—, que incluso cuando él no está, mis oídos están llenos de sus suspiros... Sin embargo, si usted ha oído...

Se levantaron, miraron a su alrededor... Estaban solos sobre el inmenso tejado de plomo. Volvieron a sentarse. Raoul preguntó:

— ¿Cómo lo vio usted por primera vez?

Hacía tres meses que lo oía sin verlo. La primera vez que lo oí, creí, como usted, que esa voz adorable, que se había puesto de repente a cantar a mi lado, cantaba en un palco próximo. Salí, y la busqué por todas partes; pero mi camerino está muy aislado, Raoul, como usted sabe, y me fue imposible encontrar la voz fuera de mi camerino, mientras que ella permanecía fielmente en mi camerino. Y no sólo cantaba, sino que me hablaba, respondía a mis preguntas como una verdadera voz de hombre, con la diferencia de que era bella como la voz de un ángel. ¿Cómo explicar un fenómeno tan increíble? Nunca había dejado de pensar en el «ángel de la música» que mi pobre papá me había prometido enviarme en cuanto muriera. Me atrevo a hablarle a usted de semejante ingenuidad, Raoul, porque usted conoció a mi padre, y él lo quiso a usted, y porque usted creyó, al mismo tiempo que yo, cuando era muy pequeño, en el «ángel de la música», y porque estoy muy segura de que usted no sonreirá ni se burlará. Había conservado, amigo mío, el alma tierna y crédula de la pequeña Lotte, y no fue la compañía de la mamá Valérius quien me la hubiera quitado. Llevé esa pequeña alma toda blanca entre mis manos ingenuas e ingenuamente la tendí, la ofrecí a la voz de hombre, creyendo ofrecerla al ángel. La culpa la tuvo sin duda, en parte, mi madre adoptiva, a quien no le ocultaba nada del inexplicable fenómeno. Fue la primera en decirme: «Debe de ser el ángel; en todo caso, siempre puedes preguntárselo.» Eso hice, y la voz de hombre me respondió que en efecto era la voz de ángel que yo esperaba y que mi padre me había prometido al morir. A partir de ese momento, se estableció una gran intimidad entre la voz y yo, y yo tuve en ella una confianza absoluta.

Me dijo que había bajado a la tierra para hacerme gustar las supremas alegrías del arte eterno, y me pidió permiso para darme lecciones de música, todos los días. Accedí con ardoroso fervor y no falté a ninguna de las citas que me daba, desde la primera hora, en mi camerino, cuando ese rincón de la Ópera estaba completamente desierto. Decirle lo que fueron esas lecciones... Usted mismo, que ha oído la voz, no puede hacerse una idea.

—Evidentemente no, no puedo hacerme una idea —afirmó el joven—. ¿Con qué se acompañaba usted?

Con una música que desconozco, que provenía de detrás del muro y que era de una justeza incomparable. Y además parecía, amigo mío, que la Voz sabía exactamente hasta dónde mi padre, al morir, me había dejado en mis estudios, y qué sencillo método había utilizado; y así, recordando mi órgano vocal todas las lecciones pasadas y aprovechándose de ellas de golpe, junto con las presentes, hice progresos prodigiosos, tales que, en otras condiciones, habrían necesitado años. Piense que soy bastante delicada, amigo mío, y que mi voz estaba al principio poco caracterizada; las cuerdas bajas se encontraban naturalmente poco desarrolladas; los tonos agudos eran bastante duros y el médium velado. Contra todos esos defectos había combatido y triunfado un instante mi padre; son esos defectos los que la Voz venció definitivamente. Poco a poco, aumenté el volumen de los sonidos en proporciones que mi debilidad pasada no me permitía esperar: aprendí a dar a mi respiración el mayor alcance posible. Pero sobre todo la Voz me confió el secreto de desarrollar los sonidos de pecho en una voz de soprano. Por fin lo envolvió todo en el fuego sagrado de la inspiración, despertó en mí una vida ardiente, devoradora, sublime. La Voz tenía la virtud, al dejarse oír, de elevarme hasta ella. Me ponía al unísono de su sublime vuelo. ¡El alma de la Voz habitaba en mi boca y en ella soplaba la armonía!

Al cabo de algunas semanas, ya no me reconocía cuando cantaba... Me atemorizaba incluso... Tuve miedo, un instante, de que hubiera allí algún sortilegio; pero la mamá Valérius me tranquilizó. Decía que me conocía demasiado como chica sencilla para dar presa al demonio.

Mis progresos habían permanecido en secreto, entre la Voz, la mamá Valérius y yo, por orden de la propia Voz. Cosa curiosa, fuera del camerino, cantaba con mi voz de todos los días, y nadie se daba cuenta de nada. Hacía todo lo que quería la Voz. Me decía: «Hay que esperar... ¡ya verá! ¡Asom-

braremos a París!» Y esperaba. Vivía en una especie de sueño extático en el que mandaba la Voz. En esas circunstancias, Raoul, lo vi a usted un día en la sala. Mi alegría fue tal que ni siquiera pensé en ocultarla al volver a mi camerino. Para nuestra desgracia, la Voz ya estaba allí y vio bien, por mi aire, que había algo nuevo. Me preguntó qué me pasaba y no vi ningún inconveniente en contarle nuestra dulce historia, ni en ocultarle el lugar que usted ocupaba en mi corazón. Entonces, la Voz calló: la llamé, no me respondió; la supliqué, fue en vano. Tuve un pánico terrible de que se hubiera ido para siempre. ¡Ojalá, amigo mío!... Aquella noche volví a casa en un estado desesperado. Me eché al cuello de la mamá Valérius diciéndole: «Sabes, ¡la Voz se ha ido! ¡Quizá no vuelva nunca más!» Y ella se asustó tanto como yo y me pidió explicaciones. Le conté todo. Me dijo: «¡Caramba! ¡La Voz está celosa!» Esto, amigo mío, me hizo reflexionar en que lo amaba a usted...

Aquí Christine se detuvo un instante. Incluyó la cabeza en el pecho de Raoul y permanecieron un momento silenciosos, abrazados el uno al otro. La emoción que los embargaba era tal que no vieron, o más bien no sintieron, desplazarse, a pocos pasos de ellos, la sombra rastrera de dos grandes alas negras que se acercó, rozando los tejados, tan cerca, tan cerca de ellos, que de haberse cerrado sobre ellos habría podido ahogarlos...

— Al día siguiente — prosiguió Christine con un profundo suspiro —, volví a mi camerino muy pensativa. La Voz estaba allí. ¡Oh, amigo mío! Me habló con gran tristeza. Me declaró de lleno que, si yo debía dar mi corazón en la tierra, ella, la Voz, no tenía ya más que volver al cielo. Y me dijo eso con un acento de dolor tan humano que, desde ese mismo día, debería haberme desconfiado y empezado a comprender que había sido extrañamente víctima de mis sentidos engañados. Pero mi fe en esa aparición de Voz, a la que estaba tan íntimamente mezclado el pensamiento de mi padre, seguía siendo entera. No temía nada tanto como no oírla más; por otro lado, había reflexionado sobre el sentimiento que me inclinaba hacia usted; había medido todo su inútil peligro; ni siquiera sabía si usted se acordaba de mí. Pasara lo que pasara, su situación en el mundo me cerraba para siempre el pensamiento de una unión honrada; le juré a la Voz que usted no era para mí más que un hermano y que nunca sería otra cosa, y que mi corazón estaba vacío de todo amor terrenal... Y ésta es la razón, amigo mío, por la que apartaba mis ojos cuando usted, en el escenario o en los pasillos, intentaba

llamar mi atención; la razón por la que no le reconocía a usted... ¡por la que no le veía! Mientras tanto, las horas de lección, entre la Voz y yo, transcurrían en un divino delirio. Jamás la belleza de los sonidos me había poseído hasta ese punto, y un día la Voz me dijo: «Ve ahora, Christine Daaé, puedes llevar a los hombres un poco de la música del cielo.»

¿Cómo, aquella noche, que era la noche de gala, la Carlotta no fue al teatro? ¿Cómo me llamaron a reemplazarla? No lo sé; pero canté... canté con un arrebato desconocido; era ligera como si me hubieran dado alas; creí por un momento que mi alma abrasada había abandonado su cuerpo.

— ¡Oh, Christine! —dijo Raoul, cuyos ojos estaban húmedos al evocar ese recuerdo—. Aquella noche, mi corazón vibró a cada acento de su voz. Vi sus lágrimas correr por sus pálidas mejillas, y lloré con usted. ¿Cómo podía cantar, cantar llorando?

— Mis fuerzas me abandonaron —dijo Christine—. Cerré los ojos... Cuando los volví a abrir, usted estaba a mi lado. ¡Pero la Voz también estaba allí, Raoul! Tuve miedo por usted, y de nuevo, esta vez, no quise reconocerle, y me eché a reír cuando me recordó que había recogido mi echarpe del mar...

¡Ay! ¡A la Voz no se la engaña!... ¡Ella lo había reconocido bien!... ¡Y la Voz estaba celosa!... Los dos días siguientes me hizo escenas atroces... Me decía: «¡Lo ama usted! ¡Si no lo amara, no lo huiría! Es un amigo de antaño a quien apretaría la mano, como a todos los demás... Si no lo amara, no temería encontrarse, en su camerino, sola con él y conmigo!... ¡Si no lo amara, no lo echaría!...»

«¡Basta!», dije a la Voz irritada; mañana debo ir a Perros, sobre la tumba de mi padre; pediré al señor Raoul de Chagny que me acompañe.

«Como guste», respondió. «Pero sepa que yo también estaré en Perros, pues estoy en todas partes donde usted está, Christine, y si sigue siendo digna de mí, si no me ha mentido, le tocaré, a medianoche en punto, sobre la tumba de su padre, La Resurrección de Lázaro, con el violín del muerto.»

Así fui conducida, amigo mío, a escribirle la carta que lo trajo a Perros. ¿Cómo pude ser tan completamente engañada? ¿Cómo, ante las preocupaciones tan personales de la Voz, no sospeché alguna impostura? ¡Ay! Ya no

me poseía a mí misma: era cosa suya... ¡Y los medios de que disponía la Voz bastaban para engañar fácilmente a una niña como yo!

— ¡Pero en fin! — exclamó Raoul, en ese punto del relato de Christine en que ella parecía deplorar con lágrimas la demasiado perfecta inocencia de un espíritu poco avisado—. ¡Pero en fin, pronto supo usted la verdad!... ¿Cómo no salió al instante de esa abominable pesadilla?

— ¡Aprender la verdad!... ¡Raoul!... ¡Salir de esa pesadilla!... ¡Pero si sólo entré, desdichado, en esa pesadilla el día en que conocí esa verdad! ¡Cállese! ¡Cállese! No le he dicho nada... y ahora que vamos a bajar del cielo a la tierra, ¡compadézcase de mí, Raoul!... ¡compadézcase! Una noche, noche fatal... fíjese... era la noche en que debían ocurrir tantas desgracias... la noche en que Carlotta se creyó convertida en escena en un horrible sapo y se puso a dar graznidos como si hubiera vivido toda su vida a la orilla de los pantanos... la noche en que la sala quedó de pronto sumergida en la oscuridad, bajo el golpe de trueno de la araña que se aplastaba en el parquet... Hubo esa noche muertos y heridos, y todo el teatro retumbaba con los más tristes clamores.

Mi primer pensamiento, Raoul, en el fragor de la catástrofe, fue a la vez para usted y para la Voz, pues eran ustedes, en esa época, las dos mitades iguales de mi corazón. Quedé tranquilizada en seguida en lo que le concernía a usted, pues lo había visto en el palco de su hermano y sabía que no corría ningún peligro. En cuanto a la Voz, me había anunciado que asistiría a la representación, y tuve miedo por ella; sí, miedo de verdad, como si fuera una persona ordinaria viva que fuera capaz de morir. Me decía: «¡Dios mío! La araña habrá aplastado quizá a la Voz.» Me encontraba entonces en el escenario, y tan enloquecida que me disponía a correr a la sala a buscar a la Voz entre los muertos y los heridos, cuando se me ocurrió que, si no le había ocurrido nada funesto, debía de estar ya en mi camerino, con prisa por tranquilizarme. No tardé más que un salto en llegar a mi camerino. La Voz no estaba. Me encerré en el camerino, y con lágrimas en los ojos, le supliqué que, si seguía viva, se manifestara a mí. La Voz no me respondió, pero, de repente, oí un largo y admirable gemido que conocía bien. Era la queja de Lázaro cuando, a la voz de Jesús, empieza a alzar los párpados y a volver a ver la luz del día. Eran los sollozos del violín de mi padre. Reconocí el golpe de arco de Daaé, el mismo, Raoul, que nos tenía antaño inmóviles en los caminos de Perros, el mismo que había encantado la noche

del cementerio. Y luego fue de nuevo, en el instrumento invisible y triunfante, el grito de alegría de la Vida, y la Voz, haciéndose oír al fin, se puso a cantar la frase dominante y soberana: «¡Ven! ¡y cree en mí! ¡Los que creen en mí revivirán!... ¡Anda! ¡Los que han creído en mí no pueden morir!» No podría decirle la impresión que recibí de esa música, que cantaba la vida eterna en el momento en que, muy cerca de nosotros, pobres desdichados aplastados por esa araña fatal, rendían el alma... Me pareció que me ordenaba a mí también que viniera, que me levantara, que marchara hacia ella. Se alejaba, yo la seguía. «¡Ven! ¡y cree en mí!» Creía en ella, venía... venía, y, cosa extraordinaria, mi camerino, ante mis pasos, parecía alargarse... alargarse... Evidentemente debía de haber allí un efecto de espejos... pues tenía el espejo ante mí... Y, de pronto, me encontré fuera de mi camerino sin saber cómo.

Raoul interrumpió bruscamente a la joven:

— ¡Cómo! ¿Sin saber cómo? ¡Christine, Christine! ¡Habría que intentar no soñar más!

— ¡Ay! pobre amigo, ¡no soñaba! Me encontré fuera de mi camerino sin saber cómo. Usted que me vio desaparecer de mi camerino aquella noche, amigo mío, podría quizá explicarme eso, ¡pero yo no puedo! Sólo puedo decirle una cosa: que, encontrándome ante mi espejo, de pronto dejé de verlo ante mí y lo busqué detrás... pero ya no había espejo, ni camerino... Estaba en un pasillo oscuro... ¡Tuve miedo y grité!...

Todo era negro a mi alrededor; a lo lejos, una débil luz roja iluminaba un ángulo de muro, un recodo de encrucijada. Grité. Sólo mi voz llenaba los muros, pues el canto y los violines habían enmudecido. Y de pronto, en la oscuridad, una mano se posaba en la mía... o más bien algo óseo y helado que me aprisionó la muñeca y no me soltó. Grité. Un brazo me aprisionó la cintura y me izaron en vilo... Me debatí un instante en el horror; mis dedos resbalaron por las piedras húmedas, donde no se agarraron. Y entonces, ya no me moví; creí que iba a morir de espanto. Me llevaban hacia la pequeña luz roja; entramos en esa luz, y entonces vi que estaba entre las manos de un hombre envuelto en un gran manto negro y que llevaba una máscara que le cubría todo el rostro... Hice un esfuerzo supremo: mis miembros se tensaron, mi boca se abrió de nuevo para aullar mi terror, pero una mano la

cerró, una mano que sentí en mis labios, en mi carne... y que olía a muerte. Me desmayé.

¿Cuánto tiempo permanecí sin conocimiento? No sabría decirlo. Cuando volví a abrir los ojos, seguíamos, el hombre negro y yo, en medio de las tinieblas. Una linterna sorda, colocada en el suelo, iluminaba el borboteo de una fuente. El agua, chapoteante, salida del muro, desaparecía casi al instante bajo el suelo sobre el que estaba tendida; mi cabeza reposaba en la rodilla del hombre del manto y la máscara negra, y mi silencioso compañero me refrescaba las sienes con un cuidado, una atención, una delicadeza que me parecieron más horribles de soportar que la brutalidad de su rapto de hacía un momento. Sus manos, por muy suaves que fueran, olían no obstante a muerte. Las rechacé, sin fuerzas. Pregunté en un susurro: «¿Quién es usted? ¿Dónde está la Voz?» Sólo un suspiro me respondió. De pronto, un soplo cálido me pasó por el rostro y vagamente, en las tinieblas, junto a la forma negra del hombre, distinguí una forma blanca. La forma negra me alzó y me depositó en la forma blanca. Y al instante, un alegre relincho vino a herir mis atónitos oídos, y murmuré: «¡César!» La bestia se estremeció. Amigo mío, estaba semitendida sobre una silla de montar, y había reconocido al caballo blanco de El profeta, al que había mimado tan a menudo con golosinas. Pues bien, cierta noche, el rumor había corrido por el teatro de que esa bestia había desaparecido y de que había sido robada por el fantasma de la Ópera. Yo creía en la Voz; nunca había creído en el fantasma, y sin embargo me pregunté estremecida si no era prisionera del fantasma. Llamé, desde el fondo del corazón, a la Voz en mi socorro, pues nunca me hubiera imaginado que la Voz y el fantasma eran uno y lo mismo. ¿Ha oído usted hablar del fantasma de la Ópera, Raoul?

—Sí —respondió el joven—. Pero dígame, Christine, ¿qué le ocurrió cuando estuvo en el caballo blanco de El profeta?

No hice ningún movimiento y me dejé llevar... Poco a poco, una extraña torpeza sucedía al estado de angustia y terror en que me habían sumido esa infernal aventura. La forma negra me sostenía, y yo ya no hacía nada por escapar de ella. Una singular paz se había extendido en mí, y pensé que estaba bajo la influencia bienhechora de algún elixir. Tenía el pleno uso de mis sentidos. Mis ojos se iban acostumbrando a las tinieblas que, por lo demás, se aclaraban, aquí y allá, con breves destellos... Juzgué que nos hallábamos en una estrecha galería circular, e imaginé que esa galería rodeaba

la Ópera, que bajo tierra es inmensa. Una vez, amigo mío, una sola vez, había bajado a esos sótanos que son prodigiosos, pero me había detenido en el tercer piso, sin atreverme a ir más adentro de la tierra. Y sin embargo, otros dos pisos más, donde habría podido alojarse una ciudad, se abrían bajo mis pies. Pero las figuras que me habían aparecido me habían hecho huir. Hay allí demonios, todos negros ante calderas, que agitan palas, horcas, avivan braseros, encienden llamas, lo amenazan a uno, si uno se acerca, abriendo de pronto sobre uno las fauces rojas de los hornos... Pues bien, mientras César, tranquilamente, en esa noche de pesadilla, me llevaba sobre su lomo, vi de pronto, lejos, muy lejos, y muy pequeños, muy pequeños, como al extremo de un catalejo vuelto del revés, a los demonios negros ante los braseros rojos de sus calderas... Aparecían... Desaparecían... Reaparecían al antojo caprichoso de nuestra marcha... Por fin, desaparecieron del todo. La figura de hombre me sostenía siempre, y César caminaba sin guía y con paso seguro... No podría decirle, ni siquiera aproximadamente, cuánto duró ese viaje en la noche; sólo tenía la idea de que girábamos, girábamos, que descendíamos siguiendo una inflexible espiral hasta el corazón mismo de los abismos de la tierra; y ¿no era acaso mi cabeza la que giraba?... Sin embargo, no lo creo. ¡No! Era increíblemente lúcida. César, un instante, alzó sus narices, olfateó la atmósfera y aceleró un poco su marcha. Sentí el aire húmedo y luego César se detuvo. La noche se había aclarado. Un fulgor azulado nos rodeaba. Miré dónde nos encontrábamos. Estábamos a la orilla de un lago cuyas aguas de plomo se perdían a lo lejos, en la oscuridad... pero la luz azul iluminaba esa orilla, y allí vi una pequeña barca, atada a un aro de hierro, en el muelle.

Ciertamente, yo sabía que todo eso existía, y la visión de ese lago y de esa barca bajo la tierra no tenía nada de sobrenatural. Pero piense en las excepcionales condiciones en que llegué a esa orilla. Las almas de los muertos no debían de sentir más inquietud al llegar al Estigia. Caronte no era sin duda más lúgubre ni más mudo que la figura de hombre que me transportó a la barca. ¿Había agotado el elixir su efecto? ¿Bastaba la frescura de esos lugares para devolverme del todo a mí misma? Pero mi torpeza se desvanecía, e hice algunos movimientos que denotaban el reinicio de mi terror. Mi siniestro compañero debió de darse cuenta, pues, con un gesto rápido, despidió a César, que huyó en las tinieblas de la galería, y cuyos cuatro herraduras oí golpear los sonoros peldaños de una escalera; luego el hombre saltó a la barca, la liberó de su sujeción de hierro, se apoderó de los remos y

remó con fuerza y prontitud. Sus ojos, bajo la máscara, no me abandonaban; sentía sobre mí el peso de sus pupilas inmóviles. El agua, a nuestro alrededor, no hacía ningún ruido. Nos deslizábamos en ese fulgor azulado que le he descrito, y luego volvimos a estar del todo en la oscuridad, y atracamos. La barca golpeó un cuerpo duro. Y me llevaron de nuevo en brazos. Había recobrado la fuerza de gritar. Aullé. Y luego, de pronto, enmudecí, aturdida por la luz. Sí, una luz deslumbrante, en medio de la cual me habían depositado. Me levanté de un salto. Tenía todas mis fuerzas. En el centro de un salón que sólo me parecía adornado, ornado, amueblado de flores, flores magníficas y absurdas por los lazos de seda que las unían a los cestillos, como se venden en las tiendas de los bulevares, flores demasiado civilizadas como las que solía encontrar en mi camerino después de cada estreno; en el centro de ese embriagador aroma muy parisino, la forma negra del hombre enmascarado se hallaba de pie, con los brazos cruzados... y habló:

—Tranquilícese, Christine —dijo—. No corre usted ningún peligro.

¡Era la Voz!

Mi furor igualó a mi estupefacción. Salté sobre esa máscara y quise arrancársela, para conocer el rostro de la Voz. La figura de hombre me dijo:

—No corre usted ningún peligro, si no toca la máscara.

Y aprisionándome suavemente las muñecas, me hizo sentar.

¡Y luego se puso de rodillas ante mí, y no dijo nada más!

La humildad de ese gesto me devolvió algún valor; la luz, al precisar todas las cosas a mi alrededor, me devolvió a la realidad de la vida. Por muy extraordinaria que pareciera, la aventura se rodeaba ahora de cosas mortales que yo podía ver y tocar. Los tapices de esas paredes, esos muebles, esos candelabros, esos jarrones, e incluso esas flores de las que hubiera podido decir casi de dónde venían, en sus cestillos dorados, y cuánto habían costado, encerraban fatalmente mi imaginación dentro de los límites de un salón tan banal como muchos otros que tenían al menos la excusa de no estar situados en los sótanos de la Ópera. Sin duda tenía que vérmelas con algún original espantoso que, misteriosamente, se había instalado en las cavernas, como otros, por necesidad, y con la muda complicidad de la administración, habían encontrado un definitivo refugio en las buhardillas de esa torre de

Babel moderna, donde se intrigaba, donde se cantaba en todas las lenguas, donde se amaba en todos los dialectos.

Y entonces la Voz, la Voz que había reconocido bajo la máscara, que no había podido ocultármela, era eso lo que estaba de rodillas ante mí: ¡un hombre!

Ya no pensé siquiera en la horrible situación en que me hallaba, ya no pregunté siquiera qué iba a ocurrirme ni cuál era el oscuro y fríamente tiránico designio que me había conducido a ese salón como se encierra a un prisionero en una mazmorra, a una esclava en el harén. ¡No, no, no! Me decía: ¡La Voz, es eso: un hombre! Y me puse a llorar.

El hombre, siempre de rodillas, comprendió sin duda el sentido de mis lágrimas, pues dijo:

«Es verdad, Christine... No soy ni ángel, ni genio, ni fantasma... ¡Soy Erik!»

Aquí de nuevo el relato de Christine fue interrumpido. Les pareció a los jóvenes que el eco había repetido, detrás de ellos: ¡Erik!... ¿Qué eco?... Se volvieron, y se percataron de que había llegado la noche. Raoul hizo un movimiento como para levantarse, pero Christine lo retuvo junto a ella: «¡Quédese! ¡Es preciso que lo sepa todo aquí!»

—¿Por qué aquí, Christine? Temo por usted el fresco de la noche.

—Sólo debemos temer las trampillas, amigo mío, y aquí estamos en el confín del mundo de las trampillas... y no tengo derecho a verle fuera del teatro... No es el momento de contrariarlo... No despertemos sus sospechas...

—¡Christine! ¡Christine! Algo me dice que nos equivocamos esperando a mañana por la noche y que deberíamos huir ahora mismo.

—Le digo que, si no me oye cantar mañana por la noche, tendrá una pena infinita.

—Es difícil no causarle pena a Erik y huir de él para siempre...

—Tiene razón en eso, Raoul... pues, ciertamente, de mi huida él morirá...

La joven añadió en voz sorda:

—Pero también la partida es igual... pues corremos el riesgo de que él nos mate.

—¿La ama tanto?

—¡Hasta el crimen!

—Pero su morada no es inencontrable... Se puede ir a buscarlo allí. Ya que Erik no es un fantasma, se puede hablarle e incluso obligarlo a responder.

Christine sacudió la cabeza:

—¡No, no! No se puede nada contra Erik... ¡Sólo se puede huir!

—¿Y cómo, pudiendo huir, ha vuelto usted junto a él?

—Porque era necesario... Y comprenderá usted eso cuando sepa cómo salí de su casa...

—¡Ah, cuánto lo odio! —exclamó Raoul—. ¡Y usted, Christine, dígame... necesito que me diga eso para escuchar con más calma la continuación de esa extraordinaria historia de amor... y usted, lo odia?

—No —dijo Christine, sencillamente.

—¡Vaya, para qué tantas palabras!... Ciertamente lo ama. Su miedo, sus terrores, todo eso es todavía amor, ¡y del más delicioso! El que no se confiesa a sí mismo —explicó Raoul con amargura—. El que da, cuando uno piensa en él, escalofríos... Piénselo: ¡un hombre que habita un palacio bajo la tierra!

Y se rió con sorna...

—¡Conque quiere que vuelva allí! —interrumpió bruscamente la joven—. ¡Tenga cuidado, Raoul, ya se lo he dicho: de allí no volvería!

Hubo entre los tres un silencio aterrador... los dos que hablaban y la sombra que escuchaba, detrás...

—Antes de responderle —dijo por fin Raoul con voz pausada—, desearía saber qué sentimiento le inspira, ya que no lo odia...

—¡Horror! —dijo ella—. Y lanzó esas palabras con tal fuerza, que cubrieron los suspiros de la noche.

—Lo que hay de terrible —prosiguió ella, con una fiebre creciente—, es que lo tengo en horror y no lo detesto. ¿Cómo odiarlo, Raoul? Vea a Erik a mis pies, en la morada del lago, bajo la tierra. Se acusa, se maldice, implora mi perdón...

Confiesa su impostura. ¡Me ama! ¡Pone a mis pies un amor inmenso y trágico!... ¡Me ha robado por amor!... ¡Me ha encerrado consigo, bajo la tierra, por amor!... pero me respeta, pero se arrastra, pero gime, pero llora... ¡Y cuando me levanto, Raoul, cuando le digo que sólo puedo despreciarlo si no me devuelve al instante esa libertad que me ha arrebatado, cosa increíble... me la ofrece... No tengo más que partir... Está dispuesto a mostrarme el misterioso camino;... sólo que... sólo que también se ha levantado él, y bien me veo obligada a recordar que, si no es ni fantasma, ni ángel, ni genio, sigue siendo siempre la Voz, ¡pues canta!...

¡Y lo escucho... y me quedo!...

Esa noche ya no intercambiamos más palabras... Había agarrado un arpa y se puso a cantarme a mí, voz de hombre, voz de ángel, la romanza de Desdémona. El recuerdo que guardaba de haberla cantado yo misma me avergonzaba. Amigo mío, hay una virtud en la música que hace que ya no exista nada del mundo exterior fuera de esos sonidos que vienen a golpearle a uno el corazón. Mi extravagante aventura fue olvidada. Sólo revivía la voz, y yo la seguía embriagada en su viaje armonioso; hacía parte del rebaño de Orfeo. Me paseó por el dolor y la alegría, el martirio y la desesperación, la dicha y la muerte, y los triunfantes himeneos... Escuchaba... Cantaba... Me cantó fragmentos desconocidos... e hizo oírme una música nueva que me causó una extraña impresión de dulzura, de languidez, de reposo... una música que, después de elevar mi alma, la fue apaciguando poco a poco, y la condujo hasta el umbral del sueño. Me quedé dormida.

Cuando me desperté, estaba sola, en una chaise longue, en una pequeña habitación muy sencilla, guarnecida de una cama corriente de caoba, con las paredes tapizadas de tela de Jouy, e iluminada por una lámpara puesta en el mármol de una vieja cómoda Luis Felipe. ¿Cuál era ese nuevo decorado?... Me pasé la mano por la frente, como para alejar un mal sueño... ¡Ay! No tardé en darme cuenta de que no había soñado. Era prisionera y no podía salir de mi habitación más que para entrar en un cuarto de baño de lo más confortable; agua caliente y agua fría a discreción. Al volver a mi

habitación, vi sobre la cómoda una nota a tinta roja que me informaba del todo sobre mi triste situación y que, de haber sido aún necesario, me habría quitado todas las dudas sobre la realidad de los acontecimientos: «Estimada Christine —decía el papel—, esté usted del todo tranquila respecto a su suerte. No tiene usted en el mundo amigo mejor ni más respetuoso que yo. Está usted sola, en este momento, en esta morada que es suya. Salgo a hacer unas compras y le traeré toda la ropa que pueda necesitar.»

—¡Vaya! —exclamé—. ¡He caído en manos de un loco! ¿Qué va a ser de mí? ¿Y cuánto tiempo piensa tenerme encerrada en su prisión subterránea ese miserable?

Corrí por mi pequeño apartamento como una insensata, buscando siempre una salida que no encontraba. Me acusé amargamente de mi estúpida superstición y me tomé el amargo placer de burlarme de la perfecta inocencia con que había acogido, a través de los muros, la Voz del genio de la música... Cuando una era tan tonta, había que esperar las más inauditas catástrofes, ¡y las había merecido todas! Tenía ganas de golpearme y me puse a reírme de mí misma y a llorar sobre mí misma al mismo tiempo. En ese estado me encontró Erik.

Después de dar tres golpecitos secos en el muro, entró tranquilamente por una puerta que yo no había sabido descubrir y que dejó abierta. Cargaba con cajas y paquetes y los depositó sin prisa sobre mi cama, mientras yo lo colmaba de ultrajes y le exigía que se quitara esa máscara, si pretendía disimular tras ella el rostro de un hombre honrado.

Me respondió con gran serenidad:

—Nunca verá usted el rostro de Erik.

Y me reprochó que aún no me hubiera arreglado a esa hora del día; se dignó instruirme de que eran las dos de la tarde. Me dejaba media hora para ello —diciendo eso, se cuidaba de dar cuerda a mi reloj y ponerlo en hora—. Tras lo cual, me invitaba a pasar al comedor, donde un excelente almuerzo, me anunció, nos esperaba. Tenía mucha hambre; le di con la puerta en las narices y entré al tocador. Tomé un baño después de dejar junto a mí unas magníficas tijeras con las que estaba bien resuelta a darme la muerte, si Erik, después de haberse conducido como un loco, dejaba de conducirse como un hombre honrado. La frescura del agua me hizo el mayor bien y,

cuando volví a aparecer ante Erik, había tomado la sabia resolución de no contrariarlo ni ofenderlo en nada, de adularlo si era necesario para obtener de él pronta libertad. Fue él el primero en hablarme de sus proyectos sobre mí, y me los precisó, para tranquilizarme, decía. Se complacía demasiado en mi compañía para privarse de ella en el acto como por un momento había consentido la víspera, ante la indignada expresión de mi espanto. Debía comprender ahora que no tenía motivo para sentirse aterrada al verlo a su lado. Me amaba, pero no me lo diría más que cuanto yo se lo permitiera, y el resto del tiempo se pasaría en música.

—¿Qué entiende usted por el resto del tiempo? —le pregunté.

Me respondió con firmeza:

—Cinco días.

—¿Y después, seré libre?

—Será usted libre, Christine, pues, transcurridos esos cinco días, habrá aprendido usted a no temerme, y entonces volverá a visitar, de vez en cuando, ¡al pobre Erik!...

El tono con que pronunció esas últimas palabras me conmovió profundamente. Me pareció descubrir en él un desesperar tan real, tan lamentable, que alcé hacia la máscara un semblante enternecido. No podía ver los ojos detrás de la máscara, y eso no contribuía precisamente a disminuir la extraña sensación de malestar que se tenía al interrogar ese misterioso cuadro de seda negra; pero bajo la tela, en el extremo de la barba de la máscara, aparecieron una, dos, tres, cuatro lágrimas.

Silenciosamente, me señaló un asiento frente a él, ante una pequeña mesa que ocupaba el centro de la habitación donde, la víspera, me había tocado el arpa, y me senté, muy turbada. Comí, sin embargo, de buen apetito algunas gambas, un ala de pollo rociada con un poco de vino de Tokay que él mismo me traía, me decía, de las bodegas de Königsberg, frecuentadas antaño por Falstaff. En cuanto a él, no comía, no bebía. Le pregunté cuál era su nacionalidad, y si ese nombre de Erik no delataba un origen escandinavo. Me respondió que no tenía nombre ni patria, y que había tomado el nombre de Erik por azar. Le pregunté por qué, ya que me amaba, no había encontrado otro modo de hacérmelo saber que arrastrarme consigo y encerrarme bajo la tierra.

—Es muy difícil —dije— , hacerse amar en una tumba.

—Se tienen —respondió, en un tono singular— , los encuentros que uno puede.

Luego se levantó y me tendió los dedos, pues quería, decía, hacerme los honores de su apartamento, pero retiré vivamente mi mano de la suya lanzando un grito. Lo que había tocado era a la vez húmedo y óseo, y recordé que sus manos olían a muerte.

—¡Oh! ¡Perdón! —gimió.

Y abrió ante mí una puerta.

—Aquí está mi habitación —dijo—. Es bastante curiosa de visitar... ¿si quiere verla?

No dudé. Sus modales, sus palabras, todo su aire me decían que tuviera confianza... y además, sentía que no había que tener miedo.

Entré. Me pareció que penetraba en una cámara mortuoria. Los muros estaban completamente tapizados de negro, pero en lugar de las lágrimas blancas que completan ordinariamente ese fúnebre ornamento, se veían sobre un enorme pentagrama las notas repetidas del Dies irae. En medio de ese cuarto, había un dosel del que pendían cortinas de brocatel rojo, y bajo ese dosel, un ataúd abierto.

A esa vista, retrocedí.

—Ahí es donde duermo —dijo Erik—. Hay que acostumbrarse a todo en la vida, incluso a la eternidad.

Volví la cabeza, tan siniestra impresión me había causado ese espectáculo. Mis ojos tropezaron entonces con el teclado de un órgano que ocupaba todo un paño del muro. En el atril había un cuaderno, todo garabateado de notas rojas. Pedí permiso para mirarlo y leí en la primera página: Don Juan triunfante.

—Sí —me dijo— , compongo a veces. Hace veinte años que empecé esta obra. Cuando esté terminada, me la llevaré conmigo a ese ataúd y no me despertaré más.

—Hay que trabajar en ella lo menos posible —dije.

—A veces trabajo en ella quince días y quince noches seguidas, durante los cuales no vivo más que de música, y luego descanso durante años.

—¿Quiere usted tocarme algo de su Don Juan triunfante? —pregunté, creyendo complacerle y venciendo la repugnancia que tenía de permanecer en esa cámara de la muerte.

—No me pida nunca eso —respondió con voz sombría—. Ese Don Juan mío no ha sido escrito sobre las palabras de un Lorenzo da Ponte, inspirado por el vino, los amorcillos y el vicio, castigado al fin por Dios. Le tocaré a Mozart si quiere, que hará correr sus bellas lágrimas y le inspirará honrados pensamientos. Pero mi Don Juan, el mío, arde, Christine, ¡y sin embargo no es fulminado por el fuego del cielo!...

Con eso, volvimos al salón que acabábamos de dejar. Observé que en ningún lugar de ese apartamento había espejos. Iba a hacer la reflexión, pero Erik acababa de sentarse al piano. Me decía:

—¿Ve usted, Christine, que hay una música tan terrible que consume a todos los que se acercan a ella? Todavía no está usted en ese nivel de música, afortunadamente, pues perdería sus frescos colores y no la reconocerían a su regreso a París. Cantemos la Ópera, Christine Daaé.

Me dijo «Cantemos la Ópera, Christine Daaé», como si me lanzara un insulto.

Pero no tuve tiempo de detenerme en el aire que había dado a sus palabras. Comenzamos en seguida el dúo de Otelo, y ya la catástrofe se cernía sobre nosotros. Esta vez me había dejado el papel de Desdémona, que canté con una desesperación, un espanto reales a los que nunca había llegado hasta ese día. La vecindad de semejante compañero, en lugar de aniquilarme, me inspiraba un terror magnífico. Los sucesos de los que era víctima me acercaban singularmente al pensamiento del poeta, y encontré acentos que habrían deslumbrado al músico. En cuanto a él, su voz era tonante, su alma vindicativa se volcaba en cada sonido y aumentaba terriblemente su potencia. El amor, los celos, el odio estallaban a nuestro alrededor en gritos desgarradores. La máscara negra de Erik me hacía pensar en la máscara natural del Moro de Venecia. Era el propio Otelo. Creí que iba a golpearme, que iba a caer bajo sus golpes, y sin embargo no hacía ningún movimiento para huirle, para evitar su furor, como la tímida Desdémona. Al contrario, me ac-

ercaba a él, atraída, fascinada, encontrando encantos a la muerte en el centro de semejante pasión; pero, antes de morir, quise conocer, para llevarme su imagen sublime en mi última mirada, esos rasgos desconocidos que debía transfigurar el fuego del arte eterno. Quise ver el rostro de la Voz e, instintivamente, con un gesto del que no fui dueña, pues ya no me poseía a mí misma, mis rápidos dedos arrancaron la máscara...

¡Oh! ¡Horror... horror... horror!...

Christine se detuvo, ante esa visión que parecía apartar todavía con sus dos manos temblorosas, mientras los ecos de la noche, como habían repetido el nombre de Erik, repetían tres veces el clamor: «¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!» Raoul y Christine, estrechados aún más por el terror del relato, alzaron los ojos hacia las estrellas que brillaban en un cielo apacible y puro.

Raoul dijo:

—Es extraño, Christine, cómo esta noche tan dulce y tan tranquila está llena de gemidos. ¡Diríase que se lamenta con nosotros!

Ella le respondió:

—Ahora que va a conocer el secreto, sus oídos, como los míos, van a estar llenos de lamentaciones.

Aprisionó las manos protectoras de Raoul en las suyas y, sacudida por un largo estremecimiento, prosiguió:

—¡Ah! sí, viviera cien años, oiría siempre el clamor sobrehumano que lanzó, el grito de su dolor y de su rabia infernal, mientras la cosa aparecía ante mis ojos inmensos de horror, como mi boca que no se volvía a cerrar y que, sin embargo, ya no gritaba.

¡Oh, Raoul! ¡la cosa! ¡cómo dejar de ver la cosa! Si mis oídos están para siempre llenos de sus gritos, mis ojos están para siempre acosados por su semblante. ¡Qué imagen! ¿Cómo dejar de verla y cómo hacérsela ver?... Raoul, usted ha visto calaveras cuando las han desecado los siglos, y quizá, si no ha sido víctima de una horrible pesadilla, ha visto su calavera de él, en la noche de Perros. Y también ha visto pasearse, en el último baile de máscaras, la Muerte Roja. ¡Pero todas esas calaveras estaban inmóviles, y su muda horror no vivía! ¡Pero imagínese, si puede, la máscara de la Muerte poniéndose a vivir de pronto para expresar, con los cuatro hoyos negros de

sus ojos, su nariz y su boca, la cólera a su último grado, la furia soberana de un demonio, y ninguna mirada en los hoyos de los ojos, pues, como supe más tarde, sus ojos de brasa nunca se perciben más que en la noche profunda!... Debía de ser yo, pegada contra el muro, la imagen misma del Espanto como él era la de la Fealdad.

Entonces me acercó el horrible chirrido de sus dientes sin labios y, mientras caía de rodillas, me silbó con odio cosas insensatas, palabras incoherentes, maldiciones, delirio... ¡Qué sé yo! ¿Qué sé yo?

Inclinado sobre mí: «¡Mira! — gritaba — . ¡Has querido ver! ¡Mira! ¡Harta tus ojos, embriaga tu alma con mi maldita fealdad! ¡Mira el rostro de Erik! Ahora conoces el rostro de la Voz. ¡No te bastaba oírme, verdad! ¡Has querido saber cómo soy! ¡Vosotras, las mujeres, sois tan curiosas!»

Y se echó a reír repitiendo: «¡Vosotras, las mujeres, sois tan curiosas!...» con una risa retumbante, ronca, espumosa, formidable... Decía además cosas como éstas:

—¿Estás satisfecha? ¿A que soy guapo?... Cuando una mujer me ha visto, como tú, es mía para siempre. ¡Me ama para siempre! ¡Yo soy un tipo en la línea de don Juan!

Y, alzándose a toda su estatura, el puño en la cadera, balanceando sobre sus hombros la cosa horrenda que era su cabeza, tronó:

—¡Mírame! ¡Soy Don Juan triunfante!

Y como yo volvía la cabeza rogando clemencia, él me la hizo volver hacia él, mi cabeza, brutalmente, por mis cabellos, en los que sus dedos de muerto habían entrado.

—¡Basta! ¡Basta! — interrumpió Raoul — . ¡Lo mataré! ¡Lo mataré! En nombre del cielo, Christine, ¡dígame dónde está el comedor del lago! ¡Tengo que matarlo!

—¡Cállate, pues, Raoul, si quieres saber!

—¡Ah! sí, quiero saber cómo y por qué volviste allí. ¡Ése es el secreto, Christine, cuidado! ¡No hay otro! ¡Pero, de todos modos, lo mataré!

—¡Oh! ¡Mi Raoul! ¡Escúchame, pues, ya que quieres saber, escucha! ¡Me arrastraba por los cabellos, y entonces... y entonces... Oh, eso es to-

davía más horrible!

— ¡Pues dilo, ahora! — exclamó Raoul, feroz—. ¡Dilo deprisa!

— Entonces me silbó: «¿Qué? ¿Te doy miedo? ¡Es posible!... ¿Crees quizá que todavía tengo una máscara, eh? ¡y que eso..., eso! ¡mi cabeza, es una máscara! ¡Pues entonces! — se puso a aullar—. ¡Arráncala como la otra! ¡Vamos, vamos! ¡otra vez! ¡Lo quiero! ¡Tus manos! ¡Tus manos!... ¡Dámelas!... si no te bastan, yo te presto las mías... ¡y los dos la arrancaremos juntos!» Me revolqué a sus pies, pero él me agarró las manos, Raoul... ¡y las hundió en el horror de su cara!... ¡Con mis uñas, él se labraba las carnes, sus horribles carnes muertas!

— ¡Aprende! ¡aprende! — clamaba desde el fondo de su garganta que soplabá como una fragua—. ¡Aprende que estoy hecho enteramente de muerte... de la cabeza a los pies!... y que es un cadáver quien te ama, quien te adora y que no te dejará jamás!... ¡jamás!... ¡Voy a hacer agrandar el ataúd, Christine, para más adelante, cuando hayamos llegado al fin de nuestros amores!... ¡Mira! ya no me río, ya lo ves, ¡lloro! ¡lloro por ti, Christine, que me has arrancado la máscara, y que, a causa de eso, ya no podrá dejarme nunca!... Mientras podías creerme hermoso, Christine, podías volver... sé que habrías vuelto... pero ahora que conoces mi fealdad, ¡huirás para siempre!... ¡Te retengo!!! Y además, ¿por qué has querido verme? ¡Insensata, loca Christine, que has querido verme!... cuando mi padre nunca me vio, y cuando mi madre, para no verme más, me hizo el regalo llorando de mi primera máscara.

Por fin me había soltado, y ahora se arrastraba por el parquet con horribles hipidos. Y luego, como un reptil, reptó, se arrastró fuera del cuarto, penetró en su habitación, cuya puerta se volvió a cerrar, y me quedé sola, entregada a mi horror y a mis reflexiones, pero libre de la visión de la cosa. Un prodigioso silencio, el silencio de la tumba, había sucedido a esa tempestad, y pude reflexionar sobre las terribles consecuencias del gesto que había arrancado la máscara. Las últimas palabras del Monstruo me habían bastante informado. Yo misma me había encarcelado para siempre, y mi curiosidad iba a ser la causa de todas mis desgracias. Él me había advertido suficientemente... Me había repetido que no corría ningún peligro mientras no tocara la máscara, y yo la había tocado. Maldije mi imprudencia, pero constaté estremecida que el razonamiento del monstruo era lógico. Sí,

habría vuelto si no hubiera visto su semblante... Ya me había lo bastante tocado, interesado, apiadado incluso con sus lágrimas enmascaradas, para no permanecer insensible a sus ruegos. Al fin no era una ingrata, y su monstruosidad no podía hacerme olvidar que era la voz y que me había calentado con su genio. ¡Habría vuelto! Pero ahora, salida de esas catacumbas, ¡ciertamente no volvería! No se vuelve a encerrarse en una tumba con un cadáver que te ama.

Por ciertas formas furiosas que había tenido, durante la escena, de mirarme, o más bien de acercar a mí los dos hoyos negros de su mirada invisible, había podido medir la fiereza de su pasión. Por no haberme tomado en sus brazos cuando yo no podía ofrecerle ninguna resistencia, hacía falta que ese monstruo estuviera doblado de un ángel, y quizá, después de todo, lo era un poco, el Ángel de la música, y quizá lo hubiera sido del todo si Dios lo hubiera vestido de belleza en lugar de ataviarlo de podredumbre.

Ya, extraviada ante la idea de la suerte que me estaba reservada, presa del terror de ver abrirse de nuevo la puerta de la habitación del ataúd, y de volver a ver la figura del monstruo sin máscara, me había deslizado a mi propio cuarto y me había apoderado de las tijeras, que podían poner fin a mi espantoso destino..., cuando se dejaron oír los sonidos del órgano...

Fue entonces, amigo mío, cuando empecé a comprender las palabras de Erik sobre lo que llamaba, con un desprecio que me había dejado estupefacta: la música de ópera. Lo que oía ya no tenía nada que ver con lo que me había encantado hasta ese día. Su Don Juan triunfante —pues no me cabía ninguna duda de que se había lanzado a su obra maestra para olvidar el horror del momento presente—, su Don Juan triunfante no me pareció al principio más que un largo, espantoso y magnífico sollozo en el que el pobre Erik había puesto toda su maldita miseria.

Volvía a ver el cuaderno de notas rojas, e imaginaba fácilmente que esa música había sido escrita con sangre. Me paseaba por todos los detalles del martirio; me hacía entrar en todos los rincones del abismo, el abismo habitado por el hombre feo; me mostraba a Erik chocando atrozmente su pobre y horrenda cabeza contra las paredes funerarias de ese infierno, y huyendo en él, para no aterrarlas, a las miradas de los hombres. Presencí, aniquilada, jadeante, llena de lástima y vencida, el nacimiento de esos acordes gigantescos donde estaba divinizado el Dolor; y luego los sonidos

que ascendían del abismo se agruparon de pronto en un vuelo prodigioso y amenazador, su tropa arremolinada pareció escalar el cielo como el águila asciende al sol, y una sinfonía triunfal tal pareció abrasar el mundo que comprendí que la obra había sido por fin consumada y que la Fealdad, elevada sobre las alas del Amor, había osado mirar de frente a la Belleza. Estaba como ebria; la puerta que me separaba de Erik cedió bajo mis esfuerzos. Se había levantado al oírme, pero no se atrevió a volverse.

«Erik —exclamé—, muéstreme su rostro, sin terror. Le juro que es usted el más doloroso y el más sublime de los hombres, y que si Christine Daaé se estremece en adelante al mirarle, será porque pensará en la esplendidez de su genio.»

Entonces Erik se volvió, pues me creyó, y yo también, ¡ay!... yo también tenía fe en mí misma... Alzó hacia el Destino sus manos desencadenadas y cayó de rodillas ante mí con palabras de amor...

... Con palabras de amor en su boca de muerto... y la música se había callado...

Besaba el bajo de mi vestido; no vio que yo cerraba los ojos.

¿Qué más le diré, amigo mío? Conoce usted ahora el drama... Durante quince días, se repitió... quince días en que le mentí. Mi mentira fue tan espantosa como el monstruo que me la inspiraba, y a ese precio pude recobrar mi libertad. Quemé su máscara. E hice tan bien que, incluso cuando no cantaba, se atrevía a buscar una de mis miradas, como un perro tímido que ronda a su amo. Estaba así, a mi alrededor, como un esclavo fiel, y me rodeaba de mil atenciones. Poco a poco, le inspiré una confianza tal, que se atrevió a pasearme por las orillas del Lago Averno y llevarme en barca por sus aguas de plomo; en los últimos días de mi cautiverio, de noche, me hacía franquear las rejas que cierran los subterráneos de la rue Scribe. Allí nos esperaba un carruaje, y nos llevaba a las soledades del Bosque.

La noche en que los encontramos a ustedes estuvo a punto de ser trágica para mí, pues tiene unos celos terribles de usted, que sólo combatí asegurándole su próxima partida de usted... Por fin, después de quince días de esa abominable cautividad en que estuve alternativamente abrasada de piedad, entusiasmo, desesperación y horror, me creyó cuando le dije: ¡vuelvo!

— Y volvió usted, Christine — gimió Raoul.

— Es verdad, amigo, y debo decir que no fueron las espantosas amenazas con las que acompañó mi puesta en libertad las que me ayudaron a mantener mi palabra; sino el sollozo desgarrador que lanzó en el umbral de su tumba.

Sí, ese sollozo — repitió Christine, sacudiendo la cabeza con dolor —, me encadenó al desdichado más de lo que yo misma supuse en el momento de la despedida. ¡Pobre Erik! ¡Pobre Erik!

— Christine — dijo Raoul levantándose —, dice usted que me ama, pero pocas horas apenas habían transcurrido desde que había recobrado su libertad, cuando ya volvía usted junto a Erik. ¡Recuerde el baile de máscaras!

— Las cosas estaban acordadas así... recuerde también que esas pocas horas las pasé con usted, Raoul... para grave peligro de los dos...

— Durante esas pocas horas, dudé de que me amara usted.

— ¿Sigue dudando, Raoul?... Sepa entonces que cada uno de mis viajes junto a Erik ha aumentado mi horror hacia él, pues cada uno de esos viajes, en lugar de calmarlo como yo esperaba, lo ha vuelto loco de amor... ¡y tengo miedo! ¡y tengo miedo!... ¡tengo miedo!...

— Tiene usted miedo... pero ¿me ama? Si Erik fuera hermoso, ¿me amaría usted, Christine?

— ¡Desdichado! ¿Por qué tentar al destino?... ¿Por qué pedirme cosas que escondo en el fondo de mi conciencia como se esconde el pecado?

Se levantó a su vez, rodeó la cabeza del joven con sus hermosos brazos temblorosos y le dijo:

— ¡Oh, mi prometido de un día! Si no lo amara, no le daría mis labios. Por primera y última vez, aquí los tiene.

Él los tomó, pero la noche que los rodeaba tuvo un desgarró tan grande que huyeron como ante la llegada de una tempestad, y sus ojos, donde habitaba el espanto de Erik, les mostraron, antes de que desaparecieran en la selva de los amazones, allá arriba, por encima de ellos, un inmenso pájaro nocturno que los miraba con sus ojos de brasa, y que parecía colgado de las cuerdas de la lira de Apolo.

XIV

UNA MAGISTRAL JUGADA DEL AFICIONADO A LAS TRAMPILLAS

Raoul y Christine corrieron, corrieron. Huían ahora del tejado donde estaban los ojos de brasa que sólo se perciben en la noche profunda; y no se detuvieron hasta el octavo piso al bajar hacia la tierra. Esa noche no había representación, y los pasillos de la Ópera estaban desiertos.

De pronto, una silueta extraña se alzó ante los jóvenes, cortándoles el paso:

— ¡No! ¡No por aquí!

Y la silueta les indicó otro pasillo por el que debían ganar las bambalinas.

Raoul quiso detenerse, pedir explicaciones.

— ¡Vayan! ¡Vayan deprisa!... —ordenó esa forma vaga, disimulada en una especie de capote y tocada con un gorro puntiagudo.

Christine arrastraba ya a Raoul, lo forzaba a seguir corriendo:

— ¿Pero quién es? ¿Pero quién es ése? —preguntaba el joven.

Y Christine respondía:

— ¡Es el Persa!...

— ¿Y qué hace aquí?...

— ¡No se sabe!... ¡Siempre está en la Ópera!

—Lo que me hace hacer es una cobardía, Christine —dijo Raoul, muy emocionado—. Me hace huir; es la primera vez en mi vida.

—¡Bah! —respondió Christine, que empezaba a calmarse—. Creo bien que hemos huido de la sombra de nuestra imaginación.

—Si realmente hemos visto a Erik, debería haberlo clavado en la lira de Apolo, como se clava el búho en los muros de nuestras granjas bretonas, y ya no hubiera habido más problema.

—¡Buen Raoul mío, primero habría que haber subido hasta la lira de Apolo; no es una ascensión fácil!

—Los ojos de brasa estaban bien allí arriba.

—¡Ea! Ahora está usted como yo, dispuesto a verlo en todas partes; pero luego se reflexiona y uno se dice: lo que tomé por ojos de brasa no eran sin duda más que los clavos dorados de dos estrellas que miraban la ciudad a través de las cuerdas de la lira.

Y Christine bajó otro piso más. Raoul la seguía. Dijo:

—Ya que está usted del todo decidida a partir, Christine, le aseguro una vez más que sería mejor huir ahora mismo. ¿Por qué esperar a mañana? ¡Quizá nos ha oído esta noche!...

—¡Que no, que no! Trabaja, se lo repito, en su Don Juan triunfante, y no se ocupa de nosotros.

—Está usted tan poco segura que no deja de mirar detrás de sí.

—Vamos a mi camerino.

—Citémonos mejor fuera de la Ópera.

—¡Jamás, hasta el minuto de nuestra fuga! Nos traería mala suerte no cumplir mi palabra. Le prometí no vernos más que aquí.

—Aún es una suerte para mí que le haya permitido eso. ¿Sabe usted —dijo amargamente Raoul— que fue muy audaz al permitirnos el juego del compromiso?

—Pero, querido, él está al corriente. Me dijo: «Confío en usted, Christine. El señor Raoul de Chagny está enamorado de usted y debe partir. Antes de partir, ¡que sea tan desdichado como yo!...»

—¿Y qué significa eso, si me permite?

—Debería preguntárselo yo a usted, amigo mío. ¿Es pues uno desdichado cuando ama?

—Sí, Christine, cuando se ama y no se está seguro de ser amado.

—¿Lo dice usted por Erik?

—Por Erik y por mí —dijo el joven sacudiendo la cabeza con aire pensativo y desolado.

Llegaron al camerino de Christine.

—¿Por qué se cree más segura en este camerino que en el teatro? —preguntó Raoul—. Ya que la oía a usted a través de los muros, puede oírnos.

—¡No! Me dio su palabra de no estar más detrás de los muros de mi camerino, y yo creo en la palabra de Erik. Mi camerino y mi habitación en el apartamento del lago son míos, exclusivamente míos, y sagrados para él.

—¿Cómo pudo usted abandonar este camerino para ser transportada al pasillo oscuro, Christine? ¿Quiere usted que intentemos repetir sus gestos?

—Es peligroso, amigo mío, pues el espejo podría llevarse de nuevo y, en lugar de huir, me vería obligada a ir hasta el final del pasadizo secreto que conduce a las orillas del lago y llamar a Erik allí.

—¿La oiría?

—En cualquier lugar donde llame a Erik, Erik me oirá... Él mismo me lo dijo; es un genio muy curioso. No hay que creer, Raoul, que es simplemente un hombre que se ha divertido en habitar bajo tierra. Hace cosas que ningún otro hombre podría hacer; sabe cosas que el mundo viviente ignora.

—Tenga cuidado, Christine, va a volver a hacer de él un fantasma.

—No, no es un fantasma; es un hombre del cielo y de la tierra, nada más.

—¡Un hombre del cielo y de la tierra... nada más!... ¡Cómo habla de él!... ¿Y está usted decidida siempre a huir?

—Sí. Mañana.

—¿Quiere usted que le diga por qué desearía verla huir esta noche?

—Diga, amigo mío.

—Porque mañana ya no estará decidida a nada.

—Entonces, Raoul, ¿usted me llevará a pesar de mí!... ¿no es eso lo convenido?

—¡Aquí entonces, mañana por la noche! A medianoche estaré en su camerino —dijo el joven con aire sombrío—; pase lo que pase, cumpliré mi promesa. Dice usted que después de asistir a la representación, él ha de ir a esperarla en el comedor del lago.

—Allí es donde me ha dado cita, en efecto.

—¿Y cómo había de ir usted a su casa, Christine, si no sabe salir de su camerino «por el espejo»?

—Pero yendo directamente a la orilla del lago.

—¿A través de todos los sótanos? ¿Por las escaleras y los pasillos por donde pasan los tramoyistas y el personal de servicio? ¿Cómo habría conservado el secreto de semejante visita? Todo el mundo habría seguido a Christine Daaé, y habría llegado con una multitud a las orillas del lago.

Christine sacó de un cofrecillo una enorme llave y se la mostró a Raoul.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Es la llave de la verja del subterráneo de la rue Scribe.

—Entiendo, Christine. Conduce directamente del lago a la rue Scribe. Déme usted esa llave, ¿quiere?

—¡Jamás! —respondió ella con energía—. ¡Sería una traición!

De pronto, Raoul vio que Christine cambiaba de color. Una palidez mortal se extendió por sus rasgos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Erik! ¡Erik! ¡Tenga piedad de mí!

—¡Cállese! —ordenó el joven—. ¿No me ha dicho que podía oírlo?

Pero la actitud de la cantante se volvía cada vez más inexplicable. Se deslizaba los dedos unos sobre otros, repitiendo con aire extraviado:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Pero qué ocurre? ¿Qué ocurre? —imploró Raoul.

—El anillo.

—¿Qué anillo? Se lo ruego, Christine, ¡recobre la calma!

—El anillo de oro que él me había dado...

—¿Ah? ¡Conque fue Erik quien le dio el anillo de oro!

—¡Bien lo sabe usted, Raoul! Pero lo que no sabe es lo que me dijo al dármele: «Le devuelvo su libertad, Christine, pero con la condición de que ese anillo esté siempre en su dedo. Mientras lo conserve, estará preservada de todo peligro y Erik seguirá siendo su amigo. Pero si alguna vez se separa de él, ¡ay de usted, Christine, porque Erik se vengará!...» ¡Amigo mío, amigo mío! ¡El anillo ya no está en mi dedo!... ¡Ay de nosotros!

Buscaron el anillo en vano. No lo encontraron. La joven no se calmaba.

—Fue mientras le concedí ese beso, allá arriba, bajo la lira de Apolo — intentó explicar temblando —; el anillo habrá resbalado de mi dedo y habrá caído sobre la ciudad. ¿Cómo encontrarlo ahora? ¡Y de qué desgracia, Raoul, estamos amenazados! ¡Ah! ¡Huir! ¡Huir! ¡Huir ahora mismo! — insistió Raoul una vez más.

Ella vaciló. Él creyó que iba a decir que sí... Y entonces sus claras pupilas se turbaron, y dijo: «¡No! ¡Mañana!»

Y lo dejó precipitadamente, en un desconcierto completo, siguiendo deslizando los dedos unos sobre otros, sin duda con la esperanza de que el anillo fuera a reaparecer así.

En cuanto a Raoul, volvió a su casa, muy preocupado por todo lo que había oído.

—Si no la salvo de las manos de ese charlatán — dijo en voz alta en su habitación al acostarse —, está perdida; ¡pero la salvaré!

Apagó la lámpara, y sintió en las tinieblas la necesidad de injuriar a Erik. Gritó tres veces en voz alta: «¡Charlatán!... ¡Charlatán!... ¡Charlatán!...»

Pero, de repente, se incorporó apoyándose en un codo; un sudor frío le corría por las sienes. Dos ojos, ardientes como brasas, acababan de encenderse al pie de su cama. Lo miraban fijamente, terriblemente, en la noche negra.

Raoul era valiente, y sin embargo temblaba. Extendió la mano, tanteante, vacilante, incierta, sobre la mesilla de noche. Habiendo encontrado la caja de cerillas, hizo luz. Los ojos desaparecieron.

Pensó, nada tranquilizado:

—Ella me dijo que sus ojos sólo se veían en la oscuridad. Sus ojos han desaparecido con la luz, pero él quizá siga estando ahí.

Y se levantó, buscó, paseó prudentemente la vista por las cosas. Miró debajo de su cama, como un niño. Entonces se encontró ridículo. Dijo en voz alta:

—¿Qué creer? ¿Qué no creer con semejante cuento de hadas? ¿Dónde acaba lo real, dónde empieza lo fantástico? ¿Qué ha visto ella? ¿Qué ha creído ver?

Añadió, estremeciéndose:

—¡Y yo mismo, qué he visto? ¿He visto bien los ojos de brasa hace un momento? ¿No han brillado más que en mi imaginación? ¿He aquí que ya no estoy seguro de nada! Y no pondría la mano en el fuego por esos ojos.

Se volvió a acostar. De nuevo hizo la oscuridad.

Los ojos reaparecieron.

—¡Oh! —suspiró Raoul.

Incorporado, los fijó a su vez tan valientemente como pudo. Tras un silencio que empleó en recobrar todo su valor, gritó de pronto:

—¿Eres tú, Erik? ¡Hombre! ¡genio o fantasma! ¿Eres tú?

Reflexionó:

—Si es él... ¡está en el balcón!

Entonces corrió en camisa a un pequeño mueble en el que asió a tientas un revólver. Armado, abrió la puerta-ventana. La noche era entonces muy fresca. Raoul no tardó más que en echar un vistazo al balcón desierto y volvió a entrar, cerrando la puerta. Volvió a acostarse estremeciéndose, el revólver sobre la mesilla de noche, a su alcance.

Una vez más apagó la bujía.

Los ojos seguían allí, al fondo de la cama. ¿Estaban entre la cama y el cristal de la ventana, o detrás del cristal de la ventana, es decir, en el balcón?

Eso era lo que Raoul quería saber. También quería saber si esos ojos pertenecían a un ser humano... quería saberlo todo...

Entonces, pacientemente, fríamente, sin perturbar la noche que lo envolvía, el joven volvió a coger su revólver y apuntó.

Apuntó a las dos estrellas de oro que seguían mirándolo con un fulgor inmóvil tan singular.

Apuntó un poco por encima de las dos estrellas. ¡Desde luego! si esas estrellas eran ojos, y si por encima de esos ojos había una frente, y si Raoul no era demasiado torpe...

La detonación rodó con un fracaso terrible en la paz de la casa dormida... Y mientras, en los pasillos, unos pasos se precipitaban, Raoul, incorporado, el brazo extendido, dispuesto a disparar de nuevo, miraba...

Las dos estrellas, esta vez, habían desaparecido.

Luz, gente, el conde Felipe, horriblemente ansioso.

—¿Qué ocurre, Raoul?

—Lo que ocurre es que creo que he soñado —respondió el joven—. He disparado sobre dos estrellas que me impedían dormir.

—¿Estás delirando?... ¿Estás enfermo?... Te lo ruego, Raoul, ¿qué ha pasado?... —y el conde se apoderó del revólver.

—No, no deliro... Por lo demás, vamos a saber bien...

Se levantó, se puso una bata, se calzó las zapatillas, tomó de manos de un criado una vela, y abriendo la puerta-ventana, volvió al balcón.

El conde había constatado que la ventana había sido atravesada por una bala a altura de hombre. Raoul estaba inclinado sobre el balcón con su vela.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo—. ¡Sangre!... ¡Sangre!... Aquí... allá... ¡otra vez sangre! ¡Mejor así!... ¡Un fantasma que sangra es menos peligroso! —se rió con sorna.

—¡Raoul! ¡Raoul! ¡Raoul!

El conde lo sacudía como si hubiera querido sacar a un sonámbulo de su peligroso sueño.

— ¡Pero, hermano, no duermo! — protestó Raoul impacientado—. Puede usted ver esa sangre como todo el mundo. Había creído soñar y disparar sobre dos estrellas. Eran los ojos de Erik... ¡y he aquí su sangre!...

Añadió, súbitamente inquieto:

— Después de todo, quizá hice mal en disparar, y Christine es muy capaz de no perdonármelo... Nada de esto habría ocurrido si hubiera tenido la precaución de dejar caer las cortinas de la ventana al acostarme.

— ¡Raoul! ¿Te has vuelto de repente loco? ¡Despierta!

— ¡Otra vez! Haría usted mejor, hermano, en ayudarme a buscar a Erik... pues, al fin y al cabo, un fantasma que sangra debe poderse encontrar...

El ayuda de cámara del conde dijo:

— Es verdad, señor, que hay sangre en el balcón.

Un criado trajo una lámpara a cuya luz se pudieron examinar todas las cosas. El rastro de sangre seguía la barandilla del balcón e iba a reunirse con un canalón, y el rastro de sangre remontaba a lo largo del canalón.

— Amigo mío — dijo el conde Felipe —, le has disparado a un gato.

— ¡Lo peor del caso! — dijo Raoul con una nueva carcajada que resonó dolorosamente en los oídos del conde —, es que es bien posible. ¡Con Erik, nunca se sabe! ¿Es Erik? ¿Es el gato? ¿Es el fantasma? ¿Es carne o es sombra? ¡No! ¡No! ¡Con Erik, nunca se sabe!

Raoul empezaba a pronunciar esa clase de palabras extrañas que respondían tan íntima y lógicamente a las preocupaciones de su espíritu y que hacían tan bien el juego de las extrañas confidencias, a la vez reales y de apariencia sobrenatural, de Christine Daaé; y esas palabras no contribuyeron poco a persuadir a muchos de que el cerebro del joven se había trastornado. El propio conde cayó en esa creencia y más tarde el juez de instrucción, en el informe del comisario de policía, no tuvo dificultad en concluir lo mismo.

— ¿Quién es Erik? — preguntó el conde apretando la mano de su hermano.

— ¡Es mi rival! Y si no está muerto, ¡tanto peor!

Con un gesto despidió a los criados.

La puerta de la habitación se cerró sobre los dos Chagny. Pero la gente no se alejó tan deprisa que el ayuda de cámara del conde no oyera a Raoul pronunciar clara y enérgicamente:

— ¡Esta noche! Raptaré a Christine Daaé.

Esta frase fue repetida posteriormente al juez de instrucción Faure. Pero nunca se supo exactamente lo que se dijeron los dos hermanos en esa entrevista.

Los criados contaron que no era aquella noche la primera disputa que los hacía encerrarse. A través de los muros se oían gritos, y siempre se trataba de una cómica que se llamaba Christine Daaé.

En el almuerzo —el desayuno de la mañana que el conde tomaba en su despacho—, Felipe dio orden de que fueran a rogarle a su hermano que fuera a reunirse con él. Raoul llegó, sombrío y mudo. La escena fue muy breve.

El conde: — ¡Lee esto!

Felipe tiende a su hermano un periódico: «L'Époque». Con el dedo, le señala la siguiente gacetilla.

El vizconde, leyendo entre dientes:

«Una gran noticia en el faubourg: hay promesa de matrimonio entre la señorita Christine Daaé, artista lírica, y el señor vizconde Raoul de Chagny. Si hay que creer los chismorreos de bastidores, el conde Felipe habría jurado que por primera vez los Chagny no cumplirían su promesa. Como el amor, en la Ópera más que en ningún otro lugar, es todopoderoso, uno se pregunta de qué medios puede disponer el conde Felipe para impedir que el vizconde, su hermano, lleve al altar a la nueva Margarita. Se dice que los dos hermanos se adoran, pero el conde se engaña enormemente si espera que el amor fraternal ceda ante el amor tout court.»

El conde (triste). — Ya lo ves, Raoul, ¡nos pones en ridículo!... Esa chica te ha trastornado completamente la cabeza con sus historias de aparecidos.

(El vizconde había pues narrado el relato de Christine a su hermano.)

El vizconde. — ¡Adiós, hermano!

El conde. — ¿Está bien entendido? ¿Partes esta noche? (El vizconde no responde.) ... ¿con ella?... ¿No cometerás semejante tontería? (Silencio del vizconde.) ¡Sabré impedírtelo!

El vizconde. — ¡Adiós, hermano!

(Se va.)

Esta escena fue narrada al juez de instrucción por el propio conde, que no debía volver a ver a su hermano Raoul hasta esa misma noche, en la Ópera, pocos minutos antes de la desaparición de Christine.

Todo el día fue en efecto consagrado por Raoul a los preparativos del rapto.

Los caballos, el carruaje, el cochero, los víveres, el equipaje, el dinero necesario, el itinerario —no había que tomar el tren para despistar al fantasma—, todo eso lo ocupó hasta las nueve de la noche.

A las nueve, una especie de berlina con las cortinas corridas y las portezuelas herméticamente cerradas fue a ocupar un puesto del lado de la Rotonda. Estaba enganchada a dos vigorosos caballos y conducida por un cochero cuyo rostro era difícil de distinguir, tan embozado estaba en los largos pliegues de una bufanda. Delante de esa berlina había tres coches. La instrucción estableció más tarde que eran los cupés de la Carlotta, que había vuelto de repente a París, de la Sorelli, y en cabeza, del conde Felipe de Chagny. De la berlina no bajó nadie. El cochero permaneció en su pescante. Los otros tres cocheros también permanecieron en los suyos.

Una sombra, envuelta en un gran manto negro y tocada con un sombrero flexible de fieltro negro, pasó por la acera entre la Rotonda y los vehículos. Parecía contemplar con más atención la berlina. Se acercó a los caballos, luego al cochero; después la sombra se alejó sin haber pronunciado una palabra. La instrucción creyó más tarde que esa sombra era la del vizconde Raoul de Chagny; en cuanto a mí, no lo creo, dado que esa noche, como las demás, el vizconde de Chagny llevaba chistera, que por lo demás fue encontrada. Más bien pienso que esa sombra era la del fantasma, que estaba al corriente de todo, como vamos a ver enseguida.

Se representaba Fausto, como por casualidad. La sala era de las más brillantes. El faubourg estaba magníficamente representado. En esa época, los abonados no cedían, no alquilaban ni subarrendaban, ni compartían sus palcos con las finanzas, el comercio o los extranjeros. Hoy, en el palco del marqués Fulano, que conserva siempre ese título —palco del marqués Fulano, puesto que el marqués es, de por contrato, su titular—, en ese palco, decimos, se repantinga tal comerciante de cerdo salado con su familia —lo cual es el derecho del comerciante de cerdo, puesto que paga el palco del marqués—. Antaño, esas costumbres eran más o menos desconocidas. Los palcos de la Ópera eran salones donde uno estaba bastante seguro de encontrar o de ver a gente del mundo que, a veces, gustaba de la música.

Toda esa distinguida concurrencia se conocía, sin por ello frecuentarse necesariamente. Pero todos ponían nombres en las caras, y la fisonomía del conde de Chagny no era ignorada por nadie.

La gacetilla aparecida por la mañana en L'Époque debía haber producido ya su pequeño efecto, pues todas las miradas se volvían hacia el palco donde el conde Felipe, de apariencia muy indiferente y con aire despreocupado, se encontraba completamente solo. El elemento femenino de esa brillante asamblea parecía singularmente intrigado, y la ausencia del vizconde daba lugar a cien cuchicheos detrás de los abanicos. Christine Daaé fue recibida con bastante frialdad. Ese público especial no le perdonaba haber mirado tan alto.

La diva se dio cuenta de la mala disposición de una parte de la sala, y se turbó.

Los asiduos, que pretendían estar al corriente de los amores del vizconde, no se privaron de sonreír ante ciertos pasajes del papel de Margarita. Así fue que se volvieron ostensiblemente hacia el palco de Felipe de Chagny cuando Christine cantó la frase: «Quisiera saber quién era ese joven, si es un gran señor y cómo se llama.»

El conde, con el mentón apoyado en la mano, no parecía prestar atención a esas manifestaciones. Miraba fijamente la escena; pero ¿la veía? Parecía estar muy lejos de todo...

Cada vez más, Christine perdía toda seguridad. Temblaba. Iba hacia una catástrofe... Carolus Fonta se preguntaba si no estaba enferma, si podría

aguantar en escena hasta el final del acto que era el del jardín. En la sala, se recordaba la desgracia ocurrida, al final de ese acto, a la Carlotta, y el histórico couac que había suspendido momentáneamente su carrera en París.

Justamente entonces la Carlotta hizo su entrada en un palco de enfrente, entrada sensacional. La pobre Christine alzó los ojos hacia ese nuevo motivo de emoción. Reconoció a su rival. Creyó verla reírse burlescamente. Esto la salvó. Lo olvidó todo para triunfar una vez más.

A partir de ese momento, cantó con toda su alma. Intentó superar todo lo que había hecho hasta entonces, y lo logró. En el último acto, cuando empezó a invocar a los ángeles y a elevarse del suelo, arrastró en un nuevo vuelo a toda la sala estremecida, y cada uno pudo creer que tenía alas.

A ese llamamiento sobrehumano, en el centro del anfiteatro, un hombre se había levantado y permanecía de pie, frente a la actriz, como si con un mismo movimiento abandonara la tierra... Era Raoul:

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes! ¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

Y Christine, los brazos tendidos, la garganta abrasada, envuelta en la gloria de su cabellera desplegada sobre sus hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:

¡Llevad mi alma al seno de los cielos!

.....

Fue entonces cuando, de pronto, una brusca oscuridad cayó sobre el teatro. Fue tan rápida que los espectadores apenas tuvieron tiempo de lanzar un grito de estupor, pues la luz iluminó de nuevo la escena.

... ¡Pero Christine Daaé ya no estaba!... ¿Qué había sido de ella?... ¿Cuál era ese prodigio?... Cada cual miraba a los demás sin comprender, y la emoción llegó al instante a su colmo. La agitación no era menor en el tablado y en la sala. Desde las bambalinas se precipitaban hacia el lugar donde, en ese preciso instante, Christine cantaba. El espectáculo era interrumpido en medio del mayor desorden.

¿Dónde? ¿dónde había ido Christine? ¿Qué sortilegio la había arrebatado de millares de espectadores entusiastas y de los propios brazos de Carolus Fonta? En verdad, uno podía preguntarse si, respondiendo a su ardiente ple-

garia, los ángeles no la habían llevado realmente «al seno de los cielos», cuerpo y alma...

Raoul, siempre de pie en el anfiteatro, había lanzado un grito. El conde Felipe se había levantado en su palco. Se miraba la escena, se miraba al conde, se miraba a Raoul, y uno se preguntaba si ese curioso suceso no tenía algo que ver con la gacetilla aparecida esa misma mañana en un periódico. Pero Raoul abandonó precipitadamente su asiento, el conde desapareció de su palco, y mientras se bajaba el telón, los abonados se precipitaron hacia la entrada de bastidores. El público esperaba un anuncio en un murmullo indescriptible. Todos hablaban a la vez. Cada cual pretendía explicar cómo habían ocurrido las cosas. Unos decían: «Ha caído en una trampa»; otros: «La han subido a las bambalinas; la desgraciada es quizá víctima de un nuevo truco inaugurado por la nueva dirección»; otros aún: «Es una trampa tendida. La coincidencia de la desaparición y la oscuridad lo prueba suficientemente.»

Por fin el telón subió lentamente, y Carolus Fonta, avanzando hasta el atril del director de orquesta, anunció con voz grave y triste:

«Damas y caballeros, un suceso inaudito que nos deja en profunda inquietud acaba de producirse. Nuestra camarada, Christine Daaé, ha desaparecido ante nuestros ojos sin que se pueda saber cómo.»

XV

SINGULAR ACTITUD DE UN IMPERDIBLE

En el tablado es una confusión sin nombre. Artistas, tramoyistas, bailarinas, comparsas, figurantes, coristas, abonados, todos interrogan, gritan, se empujan. «¿Qué ha sido de ella?» «¡La han raptado!» «¡Es el vizconde de Chagny quien se la ha llevado!» «¡No, es el conde!» «¡Ah! ¡Ahí está la Carlotta; es la Carlotta quien lo ha hecho!» «¡No, es el fantasma!»

Y algunos ríen, sobre todo desde que el examen minucioso de las trampillas y los suelos ha hecho descartar la idea de un accidente.

En ese bullicioso gentío se distingue un grupo de tres personajes que conversan en voz baja con desesperados ademanes. Son Gabriel, el maestro de canto; Mercier, el administrador, y el secretario Rémy. Se han retirado al ángulo de un tambour que comunica la escena con el amplio pasillo del foyer de la danza. Allí, detrás de enormes accesorios, parlamentan:

— ¡He llamado! ¡No han respondido! ¡Quizá ya no están en el despacho! En todo caso, es imposible saberlo, pues se han llevado las llaves.

Así habla el secretario Rémy, y no cabe duda de que con esas palabras se refiere a los señores directores. Éstos han dado orden en el último entreacto de no molestarlos bajo ningún pretexto. «No están para nadie.»

— ¡Con todo —exclama Gabriel—, no todos los días se rapta a una cantante en plena escena!...

—¿Le ha gritado usted eso? —interroga Mercier.

—Voy de nuevo —dice Rémy, y corriendo, desaparece.

A todo esto, llega el regidor.

—¿Qué hay, señor Mercier, viene usted? ¿Qué hacen los dos aquí? Le necesitan, señor administrador.

—¡No quiero hacer ni saber nada antes de que llegue el comisario! —declara Mercier—. He mandado a buscar a Mifroid. ¡Ya veremos cuando llegue!

—¡Y yo le digo que hay que bajar ahora mismo a la sala de máquinas!

—No antes de que llegue el comisario...

—Yo ya he bajado a la sala de máquinas.

—¡Ah! ¿Y qué ha visto?

—Pues ¡que no he visto a nadie! ¿Me oye bien, a nadie!

—¿Y qué quiere que haga yo con eso?

—Evidentemente —replica el regidor, que se pasa con frenesí las manos por una rebelde mata de pelo—. ¡Evidentemente! Pero quizá, si hubiera alguien en la sala de máquinas, ese alguien podría explicarnos cómo de pronto se hizo la oscuridad en la escena. Pues bien, Mauclair no está en ninguna parte, ¿me entiende?

Mauclair era el jefe de iluminación que dispensaba a voluntad sobre la escena de la Ópera el día y la noche.

—Mauclair no está en ninguna parte —repite Mercier, sacudido—. ¡Vaya! ¿y sus ayudantes?

—¡Ni Mauclair ni sus ayudantes! ¡Nadie en el puesto de luz, les digo! Comprenderán —aúlla el regidor—, ¡que esa chica no se ha elevado sola! Había allí algo «preparado» que hay que saber... ¡Y los directores que no están!... ¿He hecho bien en prohibir bajar a la iluminación, en poner un bombero delante de la sala de máquinas?

—Sí, sí, ha hecho bien... Y ahora esperemos al comisario.

El regidor se aleja encogiéndose de hombros, rabioso, mascullando insultos dirigidos a esas «gallinas mojadas» que se quedan tranquilamente acurrucadas en un rincón cuando todo el teatro está «patas arriba».

Tranquilos, Gabriel y Mercier no lo estaban mucho. Sólo que habían recibido una consigna que los paralizaba. No debía interrumpirse a los directores por ningún motivo del mundo. Rémy había quebrantado esa consigna, y no le había salido bien.

Justamente, he aquí que vuelve de su nueva expedición. Su semblante está curiosamente aterrado.

—¿Les ha hablado? —interroga Mercier.

Rémy responde:

—Moncharmin acabó por abrirme la puerta. Tenía los ojos fuera de las órbitas. Creí que iba a golpearme. No pude decir una palabra, ¿y saben lo que me gritó? «¿Tiene usted un imperdible?» «¡No!» «¡Pues déjeme en paz!...» Quiero replicarle que en el teatro ha ocurrido un suceso inaudito... Él clama: «¿Un imperdible? ¡Deme ahora mismo un imperdible!» Un botones que lo había oído —gritaba como un sordo— corrió a traerle un imperdible, se lo dio, e inmediatamente Moncharmin me cerró la puerta en las narices. ¡Y eso es todo!

—¿Y no pudo decirle: Christine Daaé...

—¡Quisiera haberles visto a ustedes!... Echaba espuma... No pensaba más que en su imperdible... Creo que, si no se lo hubieran traído al instante, hubiera sufrido un ataque. Sin duda, todo esto no es natural, ¡y nuestros directores están volviéndose locos!...

El señor secretario Rémy no está contento. Lo hace notar.

—¡Así no puede seguir! No estoy acostumbrado a ser tratado de esa manera.

De pronto Gabriel musita:

—Es otro golpe de F. de la Ó.

Rémy se ríe con sorna. Mercier suspira, parece dispuesto a soltar una confidencia... pero tras mirar a Gabriel, que le hace señas de callarse, permanece mudo.

Sin embargo, Mercier, que siente su responsabilidad crecer a medida que transcurren los minutos y los directores no se muestran, no puede más:

— ¡Ea! Voy yo mismo a sacarlos de allí — decide.

Gabriel, de repente muy sombrío y muy serio, lo detiene.

— ¡Piense en lo que hace, Mercier! Si se quedan en su despacho es quizá porque es necesario. ¡F. de la Ó. tiene más de un recurso en la manga!

Pero Mercier sacude la cabeza.

— ¡Peor para mí! ¡Voy! Si me hubieran hecho caso, hace mucho tiempo que se lo habríamos dicho todo a la policía.

Y parte.

— ¿Todo el qué? — pregunta enseguida Rémy —. ¿Qué se le habría dicho a la policía? ¡Ah, se calla usted, Gabriel!... ¡Usted también está en el secreto! Pues no haría mal en ponerme al corriente si no quiere que grite que todos están volviéndose locos... ¡Sí, locos, de verdad!

Gabriel pone cara de estúpido y finge no entender nada de esa «salida» inconveniente del señor secretario particular.

— ¿Qué secreto? — murmura —. No sé de qué me habla.

Rémy se exaspera.

— Esta noche Richard y Moncharmin, aquí mismo, en los entreactos, tenían gestos de alienados.

— No me he fijado — gruñe Gabriel, muy molesto.

— ¡Usted es el único!... ¿Cree que no los he visto yo?... ¿Y que el señor Parabase, el director del Crédit Central, no se ha dado cuenta de nada?... ¿Y que el señor embajador de La Borderie tiene los ojos en el bolsillo?... Pero, señor maestro de canto, ¡todos los abonados señalaban con el dedo a nuestros directores!

— ¿Y qué es lo que han hecho nuestros directores? — pregunta Gabriel con su aire más bobo.

— ¿Qué han hecho? ¡Pero si lo sabe usted mejor que nadie! ¡Estaba usted allí!... ¡Y los observaba, usted y Mercier!... ¡Y eran los únicos en no reírse!...

— ¡No entiendo!

Muy frío, muy «cerrado», Gabriel extiende los brazos y los deja caer, gesto que significa evidentemente que se desinteresa del asunto... Rémy continúa.

— ¿Qué es esa nueva manía?... ¿Ya no quieren que se les acerque nadie?

— ¿Cómo? ¿Ya no quieren que se les acerque nadie?

— ¿Ya no quieren que se les toque nadie?

— ¿De veras, ha notado usted que no quieren que se les toque? ¡Eso es sin duda alguna, extraño!

— ¡Está usted de acuerdo! ¡Ya era hora! ¡Y caminan hacia atrás!

— ¿Hacia atrás! ¿Ha notado usted que nuestros directores caminan hacia atrás? Creía que sólo los cangrejos caminaban hacia atrás.

— ¡No se ría, Gabriel! ¡No se ría!

— No me río — protesta Gabriel, que se muestra serio «como un papa».

— ¿Podría usted explicarme, le ruego, Gabriel, usted que es el amigo íntimo de la dirección, por qué en el entreacto del «jardín», ante el foyer, cuando yo me avanzaba con la mano tendida hacia el señor Richard, oí al señor Moncharmin decirme precipitadamente en voz baja: «¡Aléjese! ¡Aléjese! ¡Sobre todo no toque al señor director!...»? ¿Soy acaso un apestado?

— ¡Increíble!

— ¡Y poco después, cuando el señor embajador de La Borderie se dirigió a su vez hacia el señor Richard, no vio usted al señor Moncharmin interponerse entre ellos, y no le oyó usted exclamar: «Señor embajador, se lo conjuro, ¡no toque al señor director!»?

— ¡Pasmoso!... ¿Y qué hacía Richard en ese momento?

— ¿Qué hacía? ¡Pues lo ha visto usted bien! ¡Media vuelta, saludando ante sí, cuando no había nadie ante él! ¡y se retiraba «hacia atrás»!

— ¿Hacia atrás?

— ¡Y Moncharmin, detrás de Richard, había dado él también media vuelta, es decir, había descrito detrás de Richard un rápido semicírculo, y

también él se retiraba «hacia atrás»!... ¡Y se fueron así hasta la escalera de la administración, hacia atrás!... ¡hacia atrás!... ¡En fin! Si no están locos, ¿puede explicarme qué significa eso?

— Quizá repetían — indica Gabriel sin convicción — un paso de ballet.

El señor secretario Rémy se siente ultrajado por tan vulgar broma en un momento tan dramático. Sus ojos se fruncen, sus labios se aprietan. Se inclina al oído de Gabriel.

— No haga el listo, Gabriel. Aquí pasan cosas de las que Mercier y usted podrían tomar su parte de responsabilidad.

— ¿Cómo? — pregunta Gabriel.

— Christine Daaé no es la única que ha desaparecido de repente esta noche.

— ¡Ah, vaya!

— No hay «¡ah, vaya!» ¿Podría decirme por qué, cuando la madre Giry bajó hace un momento al foyer, Mercier la tomó de la mano y se la llevó a todo correr consigo?

— ¡Toma! — dice Gabriel —, no me he fijado.

— Se ha fijado tan bien, Gabriel, que siguió usted a Mercier y a la madre Giry hasta el despacho de Mercier. Desde ese momento, se les ha visto a usted y a Mercier, pero no se ha vuelto a ver a la madre Giry...

— ¿Cree usted pues que nos la hemos comido?

— ¡No! Pero la han encerrado con doble llave en el despacho, y cuando uno pasa cerca de la puerta del despacho, ¿sabe lo que se oye? Se oyen estas palabras: «¡Ah, los bandidos! ¡Ah, los bandidos!»

En ese momento de esa singular conversación llega Mercier, todo jadeante.

— ¡Hete aquí! — dice con voz apagada —. ¡Es más fuerte que todo!... Les he gritado: «¡Es muy grave! ¡Abran! ¡Soy Mercier!» He oído pasos. La puerta se ha abierto y Moncharmin ha aparecido. Estaba muy pálido. Me pregunta: «¿Qué quiere usted?» Le replico: «Han raptado a Christine

Daaé.» ¿Saben lo que me ha respondido? «¡Mejor para ella!» Y ha vuelto a cerrar la puerta depositándome esto en la mano.

Mercier abre la mano; Rémy y Gabriel miran. «¡El imperdible!», exclama Rémy.

—¡Extraño! ¡Extraño! —pronuncia en voz baja Gabriel, que no puede evitar estremecerse.

De pronto una voz los hace volverse a los tres.

—Perdón, señores, ¿podrían decirme dónde está Christine Daaé?

A pesar de la gravedad de las circunstancias, semejante pregunta les habría sin duda hecho estallar de risa si no hubieran visto un semblante tan dolorido que en seguida sintieron lástima. Era el vizconde Raoul de Chagny.

XVI

«¡CHRISTINE! ¡CHRISTINE!»

El primer pensamiento de Raoul, tras la fantástica desaparición de Christine Daaé, había sido acusar a Erik. Ya no dudaba del poder casi sobrenatural del Ángel de la música en ese dominio de la Ópera donde aquél había diabólicamente establecido su imperio.

Y Raoul se había lanzado al escenario en un frenesí de desesperación y de amor. «¡Christine! ¡Christine!» gemía, extraviado, llamándola como ella debía llamarlo desde el fondo de ese abismo oscuro al que el monstruo la había arrastrado como una presa, aún toda estremecida de su exaltación divina, toda vestida con el blanco sudario con que ya se ofrecía a los ángeles del paraíso.

«¡Christine! ¡Christine!» repetía Raoul... y le parecía oír los gritos de la joven a través de esas frágiles tablas que lo separaban de ella. ¡Se inclinaba, escuchaba!... ¡erraba por el tablado como un insensato. ¡Ah! ¡Bajar! ¡Bajar! ¡Bajar! a ese pozo de tinieblas cuyas salidas le están todas cerradas.

¡Ah! ese frágil obstáculo que desliza habitualmente tan fácilmente sobre sí mismo para dejar ver el abismo donde toda su voluntad tiende... esas tablas que sus pasos hacen crujir y que suenan bajo su peso el prodigioso vacío de los «sótanos»... esas tablas esta noche son más que inmóviles: parecen inmutables... Se dan aires sólidos de no haber movido jamás... y resulta que las escaleras que permiten bajar bajo la escena le están prohibidas a todo el mundo.

«¡Christine! ¡Christine!...» Lo rechazan riéndose... Se burlan de él... Se cree que tiene la cabeza trastornada, ¡el pobre prometido!...

En qué carrera frenética, por entre los pasillos de noche y misterio que él solo conoce, ha arrastrado Erik a la pura criatura hasta ese espantoso refugio de la habitación Luis Felipe, cuya puerta se abre sobre ese lago del Infierno... «¡Christine! ¡Christine!» ¡Tú no respondes! ¿Estás siquiera viva todavía, Christine? ¿No has exhalado tu último suspiro en un minuto de sobrehumano horror, bajo el aliento ardiente del monstruo?

Pensamientos horribles cruzan como fulgurantes relámpagos el congestionado cerebro de Raoul.

Evidentemente, Erik debió de sorprender su secreto, saber que Christine lo había traicionado. ¡Qué venganza va a ser la suya!

¿Qué no se atrevería a hacer el Ángel de la música, precipitado desde lo alto de su orgullo? ¡Christine entre los brazos todopoderosos del monstruo está perdida!

Y Raoul piensa aún en las estrellas de oro que vinieron la noche anterior a errar por su balcón; ¡por qué no las fulminó con su arma impotente!

¡Ciertamente! hay ojos extraordinarios de hombre que se dilatan en las tinieblas y brillan como estrellas o como los ojos de los gatos. (Ciertos hombres albinos, que parecen tener ojos de conejo de día, tienen ojos de gato de noche; todo el mundo lo sabe.)

¡Sí, sí, era a Erik a quien Raoul había disparado! ¿Por qué no lo había matado? El monstruo había huido por el canalón como los gatos o los presidiarios que —todo el mundo lo sabe también— escalarían el cielo a pico con el apoyo de un canalón.

Sin duda Erik meditaba entonces alguna empresa decisiva contra el joven, pero estaba herido, y había huido para volverse contra la pobre Christine.

Así piensa cruelmente el pobre Raoul corriendo al camerino de la cantante...

«¡Christine!... ¡Christine!...» Amargas lágrimas queman los párpados del joven que ve esparcidos por los muebles las ropas destinadas a vestir a su bella prometida en la hora de su fuga... ¡Ah! ¿por qué no quiso ella partir antes? ¿Por qué tardó tanto?... ¿Por qué jugó con la catástrofe amenazante?... ¿con el corazón del monstruo?... ¿Por qué quiso, piedad suprema!, arrojar como último pasto a esa alma de demonio ese canto celestial:...

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes! ¡Llevad mi alma al seno de los cielos!...

Raoul, cuya garganta desborda sollozos, juramentos e impropiedades, palpa con sus torpes palmas el gran espejo que una noche se abrió ante él para dejar a Christine bajar al tenebroso morada. Aprieta, presiona, tantea... pero el espejo, al parecer, sólo obedece a Erik... Quizá los gestos son inútiles con un espejo así... Quizá bastaría con pronunciar ciertas palabras... ¡Cuando era muy niño le contaban que había objetos que obedecían a la voz!

De pronto, Raoul recuerda... «Una verja que da a la rue Scribe... Un subterráneo que sube directamente del Lago a la rue Scribe...» Sí, Christine bien le habló de eso... ¡Y después de comprobar, ¡ay!, que la pesada llave ya no está en el cofrecillo, corre no obstante a la rue Scribe.

Ya está fuera, pasea sus manos temblorosas por las piedras ciclópeas, busca salidas... encuentra barrotos... ¿son éstos?... ¿o éstos?... ¿o acaso no es

ese respiradero?... Clava miradas impotentes entre los barrotes... ¡qué noche tan profunda allá dentro!... ¡Escucha!... ¡Qué silencio!... Rodea el monumento... ¡Ah! ¡He aquí unos enormes barrotes! ¡unas rejas prodigiosas!... ¡Es la puerta del patio de la administración!

... Raoul corre a casa de la portera: «Perdone, señora, ¿no podría usted indicarme una puerta enrejada, sí, una puerta hecha de barrotes, de barrotes... de hierro... que da a la rue Scribe... y que conduce al Lago? ¡Sabe bien, el Lago! Sí, el Lago, ¡ese que está bajo tierra... bajo la tierra de la Ópera!»

— Señor, sé bien que hay un lago bajo la Ópera, pero no sé qué puerta conduce a él... ¡nunca he ido allí!...

— ¿Y la rue Scribe, señora? ¿La rue Scribe? ¿Ha ido alguna vez a la rue Scribe?

¡Se ríe! ¡Estalla de reír! Raoul huye bramando, salta, sube escaleras, baja otras, atraviesa toda la administración, vuelve a encontrarse en la luz del «tablado».

Se detiene; su corazón late hasta romperse en su jadeante pecho: ¿y si hubieran encontrado a Christine Daaé? He aquí un grupo: interroga:

— Perdón, señores, ¿no han visto a Christine Daaé?

Y se ríen.

En ese mismo instante, el tablado resuena con un nuevo murmullo, y, en una multitud de fracs negros que lo rodean con movimientos de brazos explicativos, aparece un hombre que parece muy tranquilo y que muestra una fisonomía amable toda sonrosada y rolliza, enmarcada por cabello rizado, iluminada por dos ojos azules de una serenidad maravillosa. El administrador Mercier señala al recién llegado al vizconde de Chagny diciéndole:

— He aquí el hombre, señor, a quien habrá que formular en adelante su pregunta. Le presento al señor comisario de policía Mifroid.

— ¡Ah! ¡El señor vizconde de Chagny! ¡Encantado de verle, señor! — dice el comisario—. Si quiere usted tomarse la molestia de seguirme... ¿Y ahora dónde están los directores?... ¿dónde están los directores?...

Como el administrador calla, el secretario Rémy toma sobre sí informar al señor comisario de que los señores directores están encerrados en su

despacho y que todavía no saben nada del suceso.

—¿Es posible?... ¡Vamos a su despacho!

Y el señor Mifroid, seguido de un cortejo siempre en aumento, se dirige hacia la administración. Mercier aprovecha la confusión para deslizar una llave en la mano de Gabriel:

—Todo esto se pone feo —le murmura—. Ve a darle un poco de aire a la madre Giry...

Y Gabriel se aleja.

Pronto se han llegado ante la puerta de la dirección. En vano Mercier hace oír sus apremios; la puerta no se abre.

—¡Abran en nombre de la ley! —ordena la voz clara y algo inquieta del señor Mifroid.

Por fin la puerta se abre. Todos se precipitan en los despachos, siguiendo los pasos del comisario.

Raoul es el último en entrar. Cuando se dispone a seguir al grupo al interior, una mano se posa en su hombro y oye estas palabras pronunciadas a su oído:

—Los secretos de Erik no son asunto de nadie.

Se vuelve ahogando un grito. La mano que se había posado en su hombro está ahora en los labios de un personaje de tez de ébano, ojos de jade y tocado con un gorro de astracán... ¡El Persa!

El desconocido prolonga el gesto que recomienda discreción, y en el momento en que el vizconde, estupefacto, va a pedirle la razón de su misteriosa intervención, le saluda y desaparece.

XVII

ASOMBROSAS REVELACIONES DE LA SEÑORA GIRY SOBRE SUS RELACIONES PERSONALES CON EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Antes de seguir al señor comisario de policía Mifroid al despacho de los señores directores, el lector me permitirá entretenerle de ciertos sucesos extraordinarios que acababan de desarrollarse en ese despacho al que el secretario Rémy y el administrador Mercier habían intentado en vano penetrar, y donde los señores Richard y Moncharmin se habían encerrado tan herméticamente con un propósito que el lector desconoce todavía, pero que es mi deber histórico — quiero decir mi deber de historiador — no ocultarle por más tiempo.

He tenido ocasión de decir cuánto el humor de los señores directores se había modificado desagradablemente desde hacía algún tiempo, y he dado a entender que esa transformación no había tenido como única causa la caída de la araña en las condiciones conocidas.

Enteremos pues al lector — pese a todo el deseo que tendrían los señores directores de que tal suceso quedase oculto para siempre — de que el Fantasma había llegado a cobrar tranquilamente sus primeros veinte mil francos. ¡Ah, hubo llantos y crujir de dientes! Sin embargo, la cosa se había producido de la manera más sencilla del mundo:

Una mañana, los señores directores habían encontrado un sobre ya preparado sobre su mesa. Ese sobre llevaba como dirección: Al Sr. F. de la Ó. (personal), e iba acompañado de una breve nota del propio F. de la Ó.: «Ha llegado el momento de ejecutar las cláusulas del pliego de condiciones: deslizará usted veinte billetes de mil francos en este sobre que sellará con su propio sello y lo entregará a la señora Giry, que hará lo necesario.»

Los señores directores no necesitaron que se lo dijeran dos veces; sin perder tiempo en preguntarse de nuevo cómo esas misivas diabólicas podían llegar a un despacho del que tenían buen cuidado de cerrar con llave, vieron la ocasión propicia para echarle la mano al misterioso chantajista. Y después de contárselo todo bajo el más estricto secreto a Gabriel y a Mercier, pusieron los veinte mil francos en el sobre y lo confiaron sin pedir explicaciones a la señora Giry, reintegrada en sus funciones. La acomodadora no mostró el menor asombro. No hay que decir si fue vigilada. Además, se dirigió inmediatamente al palco del fantasma y depositó el precioso sobre en la repisa del apoyabrazos. Los dos directores, así como Gabriel y Mercier, estaban ocultos de tal manera que ese sobre no les perdían de vista ni un segundo durante todo el transcurso de la representación e incluso después, pues como el sobre no se había movido, quienes lo vigilaban tampoco se movieron, y el teatro se fue vaciando y la señora Giry se marchó mientras los señores directores, Gabriel y Mercier seguían allí. Por fin se cansaron, y se abrió el sobre después de comprobar que los sellos no habían sido rotos.

A primera vista, Richard y Moncharmin juzgaron que los billetes seguían allí, pero a segunda vista se dieron cuenta de que ya no eran los mismos. ¡Los veinte billetes auténticos habían desaparecido y habían sido sustituidos por veinte billetes de la «Santa Farsa»! Fue rabia y también espanto.

— ¡Esto supera a Robert Houdin! — exclamó Gabriel.

— Sí — replicó Richard —, ¡y sale más caro!

Moncharmin quería que se corriera a buscar al comisario; Richard se opuso. Sin duda tenía su plan; dijo: «No seamos ridículos; todo París se reiría. F. de la Ó. ha ganado la primera mano; nosotros ganaremos la segunda.» Pensaba evidentemente en la mensualidad siguiente.

Con todo, habían sido tan perfectamente burlados que durante las semanas siguientes no pudieron superar cierto abatimiento. Y esto, a fe mía, era bien comprensible. Si no se llamó al comisario desde entonces, fue porque no hay que olvidar que los señores directores conservaban en el fondo de sí mismos el pensamiento de que tan extraña aventura no podía ser más que una detestable broma, montada sin duda por sus predecesores, de la que convenía no divulgar nada antes de conocer «el quid». Ese pensamiento, por otro lado, se turbaba a veces en Moncharmin con una sospecha que le venía acerca del propio Richard, quien tenía a veces imaginaciones burlescas. Y fue así como, dispuestos para cualquier eventualidad, esperaron los sucesos vigilando y haciendo vigilar a la madre Giry, a la que Richard quiso que no se dijera nada. «Si es cómplice —decía—, hace mucho que los billetes están lejos. Pero para mí, no es más que una imbécil.»

— ¡Hay muchos imbéciles en este asunto! — había replicado Moncharmin pensativo.

— ¿Podía sospecharse?... — gimió Richard—. Pero no tengas miedo... la próxima vez tomaré todas mis precauciones...

Y fue así como la próxima vez había llegado... Caía precisamente el día que debía ver la desaparición de Christine Daaé.

Por la mañana, una misiva del Fantasma que les recordaba el vencimiento. «Hagan como la última vez, enseñaba amablemente F. de la Ó. Salió muy bien. Entreguen el sobre, en el que habrán deslizado los veinte mil francos, a la excelente señora Giry.»

Y la nota iba acompañada del sobre de costumbre. No quedaba más que llenarlo.

Esa operación debía llevarse a cabo esa misma noche, media hora antes del espectáculo. Es pues media hora aproximadamente antes de que se levante el telón sobre esa demasiado famosa representación de Fausto cuando penetramos en el cubil directorial.

Richard muestra el sobre a Moncharmin, luego cuenta ante él los veinte mil francos y los desliza en el sobre, pero sin cerrarlo.

— Y ahora —dice—, llámame a la madre Giry.

Fueron a buscar a la anciana. Entró haciendo una profunda reverencia. La dama lucía siempre su vestido de tafetán negro cuyo tono tiraba a herrumbre y lila, y su sombrero de plumas color de hollín. Parecía de buen humor. Dijo enseguida:

— Buenas noches, señores. Sin duda es de nuevo por el sobre.

— Sí, señora Giry —dijo Richard con gran amabilidad—. Por el sobre... y por otra cosa también.

— A su servicio, señor director. ¿Y cuál es esa otra cosa, se puede saber?

— Ante todo, señora Giry, quisiera hacerle una pequeña pregunta.

— Hágala, señor director. La madre Giry está aquí para responderle.

— ¿Sigue usted en buenas relaciones con el fantasma?

— Inmejorables, señor director, inmejorables.

— Ah, nos alegramos mucho... Dígame pues, señora Giry —pronunció Richard adoptando el tono de una importante confidencia—. Entre nosotros, bien se lo podemos decir... Usted no es ninguna tonta.

— ¡Pero, señor director! —exclamó la acomodadora, deteniendo el amable balanceo de las dos plumas negras de su sombrero color de hollín—. Le ruego que crea que eso nunca ha sido dudoso para nadie.

— Estamos de acuerdo y vamos a entendernos. La historia del fantasma es una buena broma, ¿no es así?... Pues bien, siempre entre nosotros... ya ha durado bastante.

La señora Giry miró a los directores como si le hubieran hablado en chino. Se acercó a la mesa de Richard y dijo, bastante inquieta:

— ¿Qué quiere usted decir?... ¡No le entiendo!

— ¡Ah, nos entiende usted muy bien! En todo caso, hay que entendernos... Y ante todo, va usted a decirnos cómo se llama.

— ¿Quién?

— Su cómplice, madre Giry.

— ¿Yo, cómplice del fantasma? ¿Yo?... ¿Cómplice de qué?

— Hace usted todo lo que él quiere.

— ¡Oh!... No es muy complicado, ya sabe.

— ¡Y él siempre le da propinas!

— ¡No me quejo!

— ¿Cuánto le da por llevarle ese sobre?

— Diez francos.

— ¡Vaya! ¿No es poco?

— ¿Por qué?

— Se lo diré enseguida, madre Giry. Por el momento, quisiéramos saber por qué razón... extraordinaria... se ha entregado en cuerpo y alma a ese fantasma antes que a otro... No es por cien sueldos o diez francos por lo que se puede tener la amistad y la devoción de la madre Giry.

— ¡Eso es verdad!... Y a fe mía, esa razón bien puedo decírsela, señor director. Sin duda no hay deshonor en ello... al contrario.

— No lo dudamos, madre Giry.

— Pues bien, resulta que... al fantasma no le gusta que yo cuente sus historias.

— ¡Ah, ah! — se rió Richard.

— Pero, ésa sólo me concierne a mí — prosiguió la anciana—. Así pues, fue en el palco n.º 5... una noche, encuentro allí una carta para mí... una especie de nota escrita con tinta roja... Esa nota, señor director, no necesitaría leerla... me la sé de memoria... ¡y no la olvidaré jamás!... ¡aunque viviera cien años!...

Y la señora Giry, muy erguida, recita la carta con una elocuencia conmovedora:

«Señora. — 1825. La señorita Ménétrier, corifea, se convirtió en marquesa de Cussy. — 1832. La señorita Marie Taglioni, bailarina, fue hecha condesa Gilbert des Voisins. — 1846. La Sota, bailarina, se casó con un hermano del rey de España. — 1847. Lola Montés, bailarina, se casamorganáticamente con el rey Luis de Baviera y es creada condesa de Landsfeld. — 1848. La señorita Maria, bailarina, se convierte en baronesa d'Her-

meville. — 1870. Thérèse Hessler, bailarina, se casa con Don Fernando, hermano del rey de Portugal...»

Richard y Moncharmin escuchan a la anciana, que, a medida que avanza en la curiosa enumeración de esas gloriosas bodas, se anima, se yergue, cobra audacia, y finalmente, inspirada como una sibila sobre su trípode, lanza con voz estentórea de orgullo la última frase de la carta profética:

— ¡1885. Meg Giry, emperatriz!

Agotada por ese supremo esfuerzo, la acomodadora cae de nuevo en su silla diciendo: «Señores, esto iba firmado: "El Fantasma de la Ópera." Ya había oído hablar del fantasma, pero sólo a medias creía en él. Desde el día en que me anunció que mi pequeña Meg, la carne de mi carne, el fruto de mis entrañas, sería emperatriz, creí en él del todo.»

En verdad, en verdad, no era necesario contemplar largamente la exaltada fisonomía de la madre Giry para comprender qué se había podido obtener de esa bella inteligencia con esas dos palabras: «Fantasma» y «emperatriz».

Pero ¿quién manejaba los hilos de ese extravagante títere?... ¿Quién?

— Nunca lo ha visto usted, él le habla, y usted cree todo lo que le dice — preguntó Moncharmin.

— Sí; ante todo, es a él a quien debo que mi pequeña Meg haya pasado a corifea. Le había dicho al fantasma: «Para que sea emperatriz en 1885 no tiene usted tiempo que perder; hay que hacerla corifea enseguida.» Me respondió: «Trato hecho.» Y no tuvo más que decirle una palabra al señor Poligny, y ya estaba hecho...

— ¡Ya ve usted que el señor Poligny lo vio!

— No más que yo, pero lo oyó. El fantasma le dijo una palabra al oído, ya sabe, la noche en que salió tan pálido del palco n.º 5.

Moncharmin lanza un suspiro.

— ¡Menuda historia! — gime.

— ¡Ah! — responde la madre Giry —. Siempre creí que había secretos entre el Fantasma y el señor Poligny. Todo lo que el Fantasma pedía al señor Poligny, el señor Poligny lo concedía... El señor Poligny no tenía nada que negarle al Fantasma.

—¿Oyes, Richard? Poligny no tenía nada que negarle al Fantasma.

—Sí, sí, lo oigo bien —declaró Richard—. El señor Poligny es amigo del Fantasma, y como la señora Giry es amiga del señor Poligny, ya estamos —añadió con voz muy áspera—. Pero el señor Poligny no me preocupa... La única persona cuya suerte me interesa de verdad, no lo disimulo, ¡es la señora Giry!... Señora Giry, ¿sabe usted lo que hay en este sobre?

—¡Por Dios que no! —dijo ella.

—¡Pues mire!

La señora Giry desliza en el sobre una mirada turbada, pero que recobra enseguida su brillo.

—¡Billetes de mil francos! —exclama.

—¡Sí, señora Giry!... ¡sí, billetes de mil!... ¡Y bien lo sabía usted!

—¡Yo, señor director!... ¡Yo! Se lo juro...

—¡No jure, señora Giry!... Y ahora le voy a decir esa otra cosa para la que la he hecho venir... Señora Giry, voy a hacerla arrestar.

Las dos plumas negras del sombrero color de hollín, que afectaban ordinariamente la forma de dos signos de interrogación, se convirtieron al instante en signos de exclamación; en cuanto al sombrero mismo, osciló amenazante sobre su moño en tormenta. La sorpresa, la indignación, la protesta y el espanto se tradujeron además en la madre de la pequeña Meg por una especie de extravagante pirueta, deslizamiento de la virtud ofendida que la lanzó de un salto justo ante las narices del señor director, el cual no pudo evitar echar hacia atrás su sillón.

—¡Hacerme arrestar!

La boca que decía eso pareció querer escupirle a la cara del señor Richard los tres dientes de que aún disponía.

El señor Richard fue heroico. No retrocedió más. Su índice amenazante señalaba ya a los magistrados ausentes a la acomodadora del palco n.º 5.

—Voy a hacerla arrestar, señora Giry, ¡como a una ladrona!

—¡Repítalo!

Y la señora Giry abofeteó a todo brazo al señor director Richard antes de que el señor director Moncharmin tuviera tiempo de interponerse. ¡Golpe vengador! No fue la reseca mano de la colérica anciana lo que cayó sobre la mejilla directorial, sino el propio sobre, causa de todo el escándalo, el sobre mágico que se entreabrió de golpe para dejar escapar los billetes que echaron a volar en un fantástico remolino de mariposas gigantes.

Los dos directores lanzaron un grito, y un mismo pensamiento los arrojó a los dos de rodillas, recogiendo febrilmente y compulsando a toda prisa los preciosos papeles.

—¿Siguen siendo auténticos? —Moncharmin.

—¿Siguen siendo auténticos? —Richard.

—¡Siguen siendo auténticos!

Por encima de ellos, los tres dientes de la señora Giry se entrechocan en una estruendosa refriega, llena de horribles interjecciones. Pero sólo se percibe bien ese «leitmotiv»:

—¡Yo, ladrona!... ¡Ladrona, yo!

Se ahoga.

Exclama:

—¡Me consume la indignación!

Y de pronto rebota ante las narices de Richard.

—En todo caso —chilla—, ¡usted, señor Richard, debe saber mejor que yo adónde han ido a parar los veinte mil francos!

—¿Yo? —pregunta Richard estupefacto—. ¿Y cómo lo sabría?

Al instante Moncharmin, severo e inquieto, quiere que la buena mujer se explique.

—¿Qué significa esto? —interroga—. ¿Y por qué, señora Giry, pretende usted que el señor Richard debe saber mejor que usted adónde han ido a parar los veinte mil francos?

En cuanto a Richard, que se siente enrojecer bajo la mirada de Moncharmin, ha tomado la mano de la madre Giry y se la sacude con violencia. Su voz imita el trueno. Retumba, rueda... fulmina...

—¿Por qué sabría mejor que usted adónde han ido a parar los veinte mil francos? ¿Por qué?

—Porque han ido a parar a su bolsillo —sopla la anciana mirándolo ahora como si viera al diablo.

Es el turno del señor Richard de ser fulminado, primero por esa inesperada réplica, luego por la mirada cada vez más suspicaz de Moncharmin. De golpe pierde la energía que necesitaría en ese difícil momento para rechazar una acusación tan despreciable.

Así, los más inocentes, sorprendidos en la paz de su corazón, parecen de pronto, a causa de que el golpe que reciben los hace palidecer, o enrojecer, o vacilar, o erguirse, o hundirse, o protestar, o no decir nada cuando habría que hablar, o hablar cuando no habría que decir nada, o quedarse secos cuando habría que secarse el sudor, o sudar cuando habría que quedarse secos, parecen de pronto, digo, culpables.

Moncharmin ha detenido el ímpetu vengador con que Richard, que era inocente, iba a precipitarse sobre la señora Giry, y se apresura, alentador, a interrogar a ésta... con suavidad.

—¿Cómo ha podido usted sospechar que mi colaborador Richard mete veinte mil francos en su bolsillo?

—¡Nunca he dicho eso! —declara la madre Giry—. Puesto que era yo misma en persona quien metía los veinte mil francos en el bolsillo del señor Richard.

Y añade en voz baja:

—¡Peor para mí! ¡Ya está dicho!... ¡Que el Fantasma me perdone!

Y como Richard vuelve a rugir, Moncharmin le ordena con autoridad que se calle:

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Deja que esta mujer se explique! ¡Déjame interrogarla!

Y añade:

—Realmente es extraño que lo tomes en ese tono... Rozamos el momento en que todo este misterio va a aclararse. Estás furioso, haces mal... Yo, en cambio, me estoy divirtiendo mucho.

La madre Giry, mártir, yergue su cabeza donde resplandece la fe en su propia inocencia.

—Me dice usted que había veinte mil francos en el sobre que yo ponía en el bolsillo del señor Richard, pero yo lo repito, no lo sabía... Ni el señor Richard tampoco, por lo demás.

—¡Ah, ah! —dijo Richard adoptando de pronto un aire de valentía que desagradó a Moncharmin—. ¡Yo tampoco lo sabía! ¡Usted metía veinte mil francos en mi bolsillo y yo no lo sabía! Me alegra mucho saberlo, señora Giry.

—Sí —asintió la terrible dama—. Es verdad. No lo sabíamos ninguno de los dos. Pero usted, usted debió de acabar por darse cuenta.

Richard devoraría sin duda a la señora Giry si Moncharmin no estuviera allí. Pero Moncharmin la protege. Precipita el interrogatorio.

—¿Qué clase de sobre era el que metía usted en el bolsillo del señor Richard? No era el que nosotros le dábamos, el que usted llevaba, ante nosotros, al palco n.º 5, y sin embargo sólo ese contenía los veinte mil francos.

—¡Perdone! Era precisamente el que me daba el señor director el que yo deslizaba en el bolsillo del señor director —explica la madre Giry—. En cuanto al que depositaba en el palco del fantasma, era otro sobre exactamente igual, que tenía yo preparado en la manga, y que me entregaba el fantasma.

Diciendo esto, la madre Giry saca de su manga un sobre preparado e idéntico en su dirección al que contiene los veinte mil francos. Los señores directores se apoderan de él. Lo examinan, comprueban que unos sellos sellados con su propio sello directorial lo cierran. Lo abren... Contiene veinte billetes de la Santa Farsa, como los que tanto los asombraron un mes antes.

—¡Qué sencillo! —dice Richard.

—¡Qué sencillo! —repite más solemne que nunca Moncharmin.

—Los trucos más ilustres —responde Richard— siempre han sido los más sencillos. Basta con un cómplice...

—¡O una cómplice! —añade Moncharmin con su voz más neutra.

Y continúa, con los ojos fijos en la señora Giry, como si quisiera hipnotizarla:

—¿Era el fantasma quien le hacía llegar ese sobre, y era él también quien le decía que lo sustituyera por el que nosotros le entregábamos? ¿Era él quien le decía que pusiera este último en el bolsillo del señor Richard?

—¡Oh, era él sin duda!

—Entonces, ¿podría usted mostrarnos, señora, una muestra de sus pequeños talentos?... Aquí tiene el sobre. Haga usted como si no supiéramos nada.

—A su servicio, señores.

La madre Giry ha tomado el sobre cargado con sus veinte billetes y se dirige hacia la puerta. Se dispone a salir.

Los dos directores ya están sobre ella.

—¡Ah, no! ¡Ah, no! ¡Ahora ya no nos la dan! ¡Tenemos bastante! ¡No vamos a volver a empezar!

—Perdón, señores —se disculpa la anciana—. ¡Perdón!... Me dicen ustedes que haga como si no supieran nada. Pues bien, si no supieran nada, ¡me iría con su sobre!

—¿Y entonces, cómo lo deslizaría en mi bolsillo? —argumenta Richard, a quien Moncharmin no quita ojo, mientras su ojo derecho está muy ocupado con la señora Giry —posición difícil para la mirada; pero Moncharmin está decidido a todo para descubrir la verdad.

—He de deslizarlo en su bolsillo en el momento en que usted menos se lo espera, señor director. Ya sabe que vengo siempre, en el transcurso de la noche, a dar una vuelta por bastidores, y a menudo acompaño, como es mi derecho de madre, a mi hija al foyer de la danza; le llevo las zapatillas, en el momento del divertimento, e incluso su pequeña regadera... En fin, voy y vengo a mis anchas... Los señores abonados también van por ahí... Usted también, señor director... Hay gente... Paso detrás de usted, y deslizo el sobre en el bolsillo trasero de su frac... ¡No tiene ningún misterio!

—¡No tiene ningún misterio! —gruñe Richard poniendo ojos de Júpiter tonante—. ¡No tiene ningún misterio! Pero la cojo a usted en flagrante deli-

to de mentira, vieja bruja!

El insulto afecta menos a la honorable dama que el golpe que se quiere asestar a su buena fe. Se eriza, los tres dientes al aire.

—¿A cuento de qué?

—A cuento de que aquella noche la pasé en la sala vigilando el palco n.º 5 y el sobre falso que usted había depositado allí. No bajé al foyer de la danza ni un segundo...

—En efecto, señor director, ¡aquella noche no fue cuando le entregué a usted el sobre! Fue en la representación siguiente... Mire, fue la noche en que el señor subsecretario de Estado de Bellas Artes...

A estas palabras, el señor Richard interrumpe bruscamente a la señora Giry...

—¡Ea, es verdad! —dice pensativo—. ¡Me acuerdo!... ¡Me acuerdo ahora! El señor subsecretario de Estado vino entre bastidores. Me mandó llamar. Bajé un momento al foyer de la danza. Estaba en los peldaños del foyer... El señor subsecretario de Estado y su jefe de gabinete estaban en el propio foyer... De repente me di la vuelta... Era usted quien pasaba detrás de mí... señora Giry... Me parecía que me había rozado... No había nadie más detrás de mí que usted... ¡Oh, la veo aún!... ¡la veo aún!

—Pues sí, eso es, señor director, eso es. Acababa de terminar mi pequeño asunto en su bolsillo. ¡Ese bolsillo, señor director, resulta muy cómodo!

Y la señora Giry une una vez más el gesto a la palabra. Pasa detrás del señor Richard y tan ágilmente que el propio Moncharmin, que la mira con los dos ojos esta vez, queda impresionado: deposita el sobre en el bolsillo de una de las faldillas del frac del señor director.

—¡Evidentemente! —exclama Richard, algo pálido—. Es muy hábil de parte de F. de la Ó. El problema, para él, se planteaba así: suprimir todo intermediario peligroso entre quien da los veinte mil francos y quien los toma. No podía encontrar nada mejor que venir a tomármelos del bolsillo sin que yo me diera cuenta, dado que yo ni siquiera sabía que estaban allí. ¿No es admirable?

—¡Oh, admirable, sin duda! —asiente Moncharmin—. Sólo que te olvidas, Richard, de que yo he puesto diez mil francos de esos veinte mil, ¡y

que a mí no me han metido nada en el bolsillo!

XVIII

CONTINUACIÓN DE LA SINGULAR ACTITUD DE UN IMPERDIBLE

La última frase de Moncharmin expresaba de una forma demasiado evidente la sospecha en que tenía desde entonces a su colaborador para que no resultara de ello de inmediato una explicación tormentosa, al cabo de la cual quedó acordado que Richard se plegaría a todas las voluntades de Moncharmin con el fin de ayudarle a descubrir al miserable que los tomaba el pelo.

Llegamos así al «entreacto del jardín» durante el cual el señor secretario Rémy, al que nada se le escapa, ha observado tan curiosamente la extraña conducta de sus directores, y desde ese momento nada nos será más fácil que encontrar una razón para unas actitudes tan excepcionalmente barrocas y sobre todo tan poco conformes a la idea que debe tenerse de la dignidad directorial.

La conducta de Richard y Moncharmin estaba enteramente trazada por la revelación que acababa de hacerseles: 1.º Richard debía repetir exactamente, esa noche, los gestos que había ejecutado durante la desaparición de

los primeros veinte mil francos; 2.º Moncharmin no debía perder de vista ni un segundo el bolsillo trasero de Richard en el que la señora Giry habría deslizado los segundos veinte mil.

En el lugar exacto donde había estado cuando saludaba al señor subsecretario de Estado de Bellas Artes, se colocó el señor Richard con, a pocos pasos de él, a su espalda, el señor Moncharmin.

La señora Giry pasa, roza al señor Richard, se deshace de los veinte mil en el bolsillo de la faldilla de su director y desaparece...

O más bien se la hace desaparecer. Ejecutando la orden que Moncharmin le había dado momentos antes, antes de la reconstrucción de la escena, Mercier va a encerrar a la valiente dama en el despacho de la administración. Así, le será imposible a la anciana comunicarse con su fantasma. Y ella se dejó hacer, pues la madre Giry ya no es más que una pobre figura desplumada, aterrada de espanto, abriendo ojos de gallina aturdida bajo una cresta en desorden, oyendo ya en el sonoro pasillo el ruido de los pasos del comisario con que se la amenaza, y lanzando suspiros capaces de partir las columnas de la gran escalera.

Mientras tanto, el señor Richard se inclina, hace la reverencia, saluda, camina hacia atrás como si tuviera ante él a ese alto y todopoderoso funcionario que es el señor subsecretario de Estado de Bellas Artes.

Sólo que, si tales muestras de cortesía no habrían suscitado asombro alguno en el caso de que ante el señor director se hallara el señor subsecretario de Estado, causaron a los espectadores de esa escena tan natural pero tan inexplicable una estupefacción bien comprensible cuando ante el señor director no había nadie.

El señor Richard saludaba en el vacío... se inclinaba ante la nada... y retrocedía —caminaba hacia atrás— ante nada...

... Por fin, a pocos pasos de allí, el señor Moncharmin hacía lo mismo que él.

... Y rechazando al señor Rémy, suplicaba al señor embajador de La Borderie y al señor director del Crédit Central que no «tocaran al señor director».

Moncharmin, que tenía su idea, no quería que más tarde Richard pudiera decirle, desaparecidos los veinte mil francos: «Quizá fue el señor embajador o el señor director del Crédit Central, o incluso el secretario Rémy.»

Tanto más cuanto que, durante la primera escena, por el propio testimonio de Richard, Richard no había encontrado, después de ser rozado por la señora Giry, a nadie en esa parte del teatro... ¿Por qué, les pregunto, puesto que había que repetir exactamente los mismos gestos, iba a encontrar a alguien esta vez?

Habiendo caminado primero hacia atrás para saludar, Richard continuó avanzando de esa manera por precaución... hasta el pasillo de la administración... Así, era vigilado siempre por detrás por Moncharmin, y él mismo vigilaba «sus proximidades» por delante.

Una vez más, esa manera enteramente nueva de pasearse por los bastidores que habían adoptado los señores directores de la Academia Nacional de Música no debía evidentemente pasar desapercibida.

Se notó.

Afortunadamente para los señores Richard y Moncharmin, en el momento de esa tan curiosa escena, las «ratas» se encontraban casi todas en los desvanes.

Pues los señores directores habrían tenido éxito entre las jóvenes.

... Pero ellos sólo pensaban en sus veinte mil francos.

Llegado al pasillo a medio oscurecer de la administración, Richard dijo en voz baja a Moncharmin:

—Estoy seguro de que nadie me ha tocado... ahora debes quedarte bastante lejos de mí y vigilarme en la sombra hasta la puerta de mi despacho... no hay que dar la señal de alarma a nadie, y veremos bien qué es lo que va a pasar.

Pero Moncharmin replica:

—No, Richard, ¡no!... ¡Marcha por delante!... ¡Yo marchó inmediatamente detrás! ¡No me separo de ti ni un paso!

—¡Pero, si así nunca podrán robarnos los veinte mil francos! —exclama Richard.

— ¡Eso es lo que espero! — declara Moncharmin.

— Entonces, ¿lo que hacemos es absurdo!

— Hacemos exactamente lo que hicimos la última vez... La última vez me reuní contigo a tu salida del tablado, en el recodo de este pasillo... y te seguí por detrás.

— ¡Eso es cierto! — suspira Richard sacudiendo la cabeza y obedeciendo pasivamente a Moncharmin.

Dos minutos más tarde los dos directores se encerraban en el despacho directorial.

Fue el propio Moncharmin quien metió la llave en su bolsillo.

— La última vez — dijo — nos quedamos así encerrados los dos hasta el momento en que saliste de la Ópera para volver a tu casa.

— Es verdad. ¿Y nadie vino a molestarnos?

— Nadie.

— Entonces — preguntó Richard, que se esforzaba por reunir sus recuerdos —, entonces me habrán robado seguramente en el trayecto de la Ópera a mi domicilio...

— ¡No! — dijo con tono más seco que nunca Moncharmin —. ¡No, eso no es posible!... Fui yo quien te acompañó a tu casa en mi coche. Los veinte mil francos desaparecieron en tu domicilio, eso ya no ofrece para mí la menor sombra de duda.

Ésa era ahora la idea de Moncharmin.

— ¡Es increíble! — protestó Richard —. ¡Respondo de mis criados!... y si uno de ellos hubiera hecho eso, habría desaparecido desde entonces.

Moncharmin se encogió de hombros, como dando a entender que no entraba en esos detalles.

Sobre lo cual Richard empieza a encontrar que Moncharmin lo trata con un tono bastante insoportable.

— ¡Moncharmin, ya está bien!

— ¡Richard, ya es demasiado!

—¿Te atreves a sospechar de mí?

—¡Sí, de una lamentable broma!

—¡No se bromea con veinte mil francos!

—Eso es también mi opinión —declara Moncharmin, desplegando un periódico en cuya lectura se sumerge con ostentación.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Richard—. ¿Vas a leer el periódico ahora?

—Sí, Richard, hasta la hora en que te acompañe a tu casa.

—¿Como la última vez?

—Como la última vez.

Richard arranca el periódico de las manos de Moncharmin. Moncharmin se levanta, más irritado que nunca. Encuentra ante él a un Richard exasperado que le dice, cruzándose de brazos —gesto de insolente desafío desde el principio del mundo—:

—Mira —dice Richard—, pienso en esto. Pienso en lo que podría pensar si, como la última vez, después de haber pasado la noche a solas contigo, me acompañaras a casa, y si, en el momento de separarnos, comprobara que los veinte mil francos han desaparecido del bolsillo de mi frac... como la última vez.

—¿Y qué podrías pensar? —exclama Moncharmin encarnado.

—Podría pensar que, puesto que no te has separado de mí ni un paso, y que según tus deseos has sido el único en acercarte a mí como la última vez, podría pensar que si esos veinte mil francos ya no están en mi bolsillo, ¡tienen muchas posibilidades de estar en el tuyo!

Moncharmin da un salto bajo la hipótesis.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Un imperdible!

—¿Para qué quieres un imperdible?

—¡Para sujetarte!... ¡Un imperdible!... ¡un imperdible!

—¿Quieres sujetarme con un imperdible?

—¡Sujetarte junto con los veinte mil francos!... ¡Así, ya sea aquí, o en el trayecto de aquí a tu domicilio, o en tu casa, notarás bien la mano que tire de tu bolsillo!... ¡y verás si es la mía, Richard!... ¡Ah, eres tú ahora quien me sospecha!... ¡Un imperdible!

Y fue en ese momento cuando Moncharmin abrió la puerta del pasillo gritando:

—¡Un imperdible! ¡Quién me da un imperdible?

Y ya sabemos también cómo, en ese mismo instante, el secretario Rémy, que no tenía imperdible, fue recibido por el director Moncharmin, mientras un botones procuraba a éste el imperdible tan deseado.

Y he aquí lo que ocurrió:

Moncharmin, tras cerrar la puerta, se arrodilló a espaldas de Richard.

—Espero —dijo— que los veinte mil francos siguen estando ahí.

—Yo también —dijo Richard.

—¿Los auténticos? —preguntó Moncharmin, que estaba bien decidido esta vez a no dejarse «timar».

—Mira. Yo no quiero tocarlos —declaró Richard.

Moncharmin sacó el sobre del bolsillo de Richard y extrajo los billetes temblando, pues esta vez, para poder comprobar frecuentemente la presencia de los billetes, no habían sellado el sobre ni siquiera pegado éste. Se tranquilizó al comprobar que todos estaban allí, bien auténticos. Los juntó en el bolsillo de la faldilla y los sujetó con gran cuidado con el imperdible.

Después de lo cual se sentó detrás de la faldilla sin apartar de ella la mirada, mientras Richard, sentado a su mesa, no hacía el menor movimiento.

—Un poco de paciencia, Richard —ordenó Moncharmin—. Ya no nos queda más que unos minutos. El reloj va a dar pronto las doce campanadas de medianoche. A esas doce campanadas fue cuando nos fuimos la última vez.

—¡Oh, tendré toda la paciencia que haga falta!

La hora pasaba, lenta, pesada, misteriosa, sofocante. Richard intentó reírse.

—Acabaré por creer —dijo— en la omnipotencia del fantasma. Y en este momento, en particular, ¿no encuentras que hay en la atmósfera de esta habitación un no sé qué que inquieta, que perturba, que da miedo?

—Es verdad —reconoció Moncharmin, que estaba realmente impresionado.

—El fantasma —prosiguió Richard en voz baja, como si temiera ser oído por oídos invisibles—. ¡El fantasma! Si con todo fuera un fantasma el que antaño golpeaba sobre esa mesa los tres secos golpes que hemos oído perfectamente... el que deposita allí los sobres mágicos... el que habla en el palco n.º 5... el que mata a Joseph Buquet... el que descuelga la araña... ¡y el que nos roba! Pues al fin, ¡al fin!, ¡al fin! No hay aquí más que tú y yo. Y si los billetes desaparecen sin que ninguno de los dos tengamos nada que ver, ni tú ni yo... habrá que creer en el fantasma... en el fantasma...

En ese momento, el reloj, sobre la chimenea, hizo oír su campanada y sonó el primer golpe de medianoche.

Los dos directores se estremecieron. Una angustia los apretaba, de la que no habrían podido decir la causa y que intentaban en vano combatir. El sudor corría por sus frentes. Y el duodécimo golpe resonó singularmente en sus oídos.

Cuando el reloj se silenció, lanzaron un suspiro y se levantaron.

—Creo que ya podemos irnos —dijo Moncharmin.

—Lo creo —coincidió Richard.

—Antes de irnos, ¿me permites mirar en tu bolsillo?

—¡Pues claro que sí, Moncharmin! ¡Es necesario!

—¿Y bien? —preguntó Richard a Moncharmin, que palpaba.

—¿Y bien? Sigo sintiendo el imperdible.

—Evidentemente, como decías muy bien, ya no pueden robarnos sin que yo me dé cuenta.

Pero Moncharmin, cuyas manos seguían ocupadas alrededor del bolsillo, aulló:

—¡Sigo sintiendo el imperdible, pero ya no siento los billetes!

— ¡No, no bromees, Moncharmin! ¡No es el momento!

— ¡Pero palpa tú mismo!

Con un gesto, Richard se ha deshecho de su frac. Los dos directores se arrancan el bolsillo... ¡El bolsillo está vacío!

Lo más curioso es que el imperdible ha quedado clavado en el mismo lugar.

Richard y Moncharmin palidecieron. Ya no había lugar a dudar del sortilegio.

— El fantasma — murmuró Moncharmin.

Pero Richard saltó de pronto sobre su colega.

— ¡Sólo tú has tocado mi bolsillo!... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!...

— ¡Por mi alma — suspira Moncharmin, que parece a punto de desmayarse —, te juro que no los tengo!

Y como llamaban de nuevo a la puerta, fue a abrirla, andando con paso casi automático, pareciendo apenas reconocer al administrador Mercier, intercambiando con él palabras inconexas, sin comprender nada de lo que el otro le decía; y depositando, con gesto inconsciente, en la mano de ese fiel servidor completamente aturdido, el imperdible que ya no podía servirle de nada...

XIX

EL COMISARIO DE POLICÍA, EL VIZCONDE Y EL PERSA

Las primeras palabras del señor comisario de policía, al penetrar en el despacho directorial, fueron para preguntar por la cantante.

—¿Christine Daaé no está aquí?

Le seguía, como he dicho, una compacta multitud.

—¿Christine Daaé? No —respondió Richard—. ¿Por qué?

En cuanto a Moncharmin, ya no tiene fuerzas para pronunciar una palabra... Su estado de ánimo es mucho más grave que el de Richard, pues Richard puede todavía sospechar de Moncharmin, pero Moncharmin se encuentra ante el gran misterio... el que hace estremecer a la humanidad desde su nacimiento: lo Desconocido.

Richard prosiguió, pues la multitud alrededor de los directores y el comisario guardaba un impresionante silencio:

—¿Por qué me pregunta usted, señor comisario, si Christine Daaé no está aquí?

—Porque hay que encontrarla, señores directores de la Academia Nacional de Música —declara solemnemente el señor comisario de policía.

—¿Cómo! ¿Hay que encontrarla? ¿Conque ha desaparecido?

—¡En plena representación!

— ¡En plena representación! ¡Es extraordinario!

— ¿Verdad? Y lo que es tan extraordinario como esa desaparición es que sea yo quien se lo comunique.

— En efecto... — conviene Richard, que se toma la cabeza entre las manos y murmura —: ¿Qué es esta nueva historia? ¡Oh, decididamente, hay motivo para presentar la dimisión!...

Y se arranca algunos pelos del bigote sin siquiera darse cuenta:

— Así pues — dice como en un sueño —, ha desaparecido en plena representación.

— Sí, fue raptada en el acto de la prisión, en el momento en que invocaba la ayuda del cielo; pero dudo de que la hayan raptado los ángeles.

— ¡Y yo de eso estoy seguro!

Todos se vuelven. Un joven, pálido y tembloroso de emoción, repite:

— ¡De eso estoy seguro!

— ¿Seguro de qué? — interroga Mifroid.

— De que Christine Daaé ha sido raptada por un ángel, señor comisario, y podría decirle su nombre...

— ¡Ah, ah! Señor vizconde de Chagny, pretende usted que la señorita Christine Daaé ha sido raptada por un ángel, ¿por un ángel de la Ópera sin duda?

Raoul mira a su alrededor. Evidentemente, busca a alguien. En ese minuto en que le parece tan necesario llamar en ayuda de su prometida el auxilio de la policía, no le disgustaría volver a ver a ese misterioso desconocido que hace un momento le recomendaba discreción. Pero no lo descubre en ningún sitio. ¡Vamos, hay que hablar!... No puede sin embargo explicarse ante esa multitud que lo mira con curiosidad indiscreta.

— Sí, señor, por un ángel de la Ópera — respondió a Mifroid —. Y le diré dónde habita cuando estemos solos...

— Tiene usted razón, señor.

Y el comisario de policía, haciendo sentar a Raoul junto a él, pone a todo el mundo a la puerta, excepto naturalmente a los directores, que sin embar-

go no habrían protestado, tan ajenos parecían a todas las contingencias.

Entonces Raoul se decide:

— Señor comisario, ese ángel se llama Erik, habita la Ópera y es el Ángel de la música.

— ¡El Ángel de la música! ¡De verdad! ¡Qué curioso!... ¡El Ángel de la música!

Y volviéndose hacia los directores, el señor comisario de policía Mifroid pregunta:

— Señores, ¿tienen ustedes a ese ángel en su casa?

Los señores Richard y Moncharmin sacudieron la cabeza sin siquiera sonreír.

— ¡Oh! —dijo el vizconde—. Estos señores han oído bien hablar del Fantasma de la Ópera. Pues bien, puedo asegurarles que el Fantasma de la Ópera y el Ángel de la música son la misma cosa. Y su nombre verdadero es Erik.

El señor Mifroid se había levantado y miraba a Raoul con atención.

— Perdón, señor, ¿tiene usted intención de burlarse de la justicia?

— ¡Yo! —protestó Raoul, que pensó dolorosamente: «Otro que no va a querer escucharme».

— Entonces, ¿qué me está usted contando con su Fantasma de la Ópera?

— Digo que estos señores han oído hablar de él.

— Señores, ¿conocen ustedes al Fantasma de la Ópera?

Richard se levantó, los últimos pelos del bigote en la mano.

— ¡No, señor comisario, no lo conocemos! ¡Pero quisiéramos conocerlo! Porque esta misma noche nos ha robado veinte mil francos.

Y Richard lanzó hacia Moncharmin una mirada terrible que parecía decir: «Devuélveme los veinte mil francos o lo cuento todo.» Moncharmin lo entendió tan bien que hizo un gesto desesperado: «¡Ah, cuéntalo todo! ¡Cuéntalo todo!»

En cuanto a Mifroid, miraba alternativamente a los directores y a Raoul y se preguntaba si no se había extraviado en un manicomio. Se pasó la mano por el cabello:

— Un fantasma — dijo — que, la misma noche, rapta a una cantante y roba veinte mil francos es un fantasma muy ocupado. Si les parece bien, vamos a ordenar las cuestiones. La cantante primero, los veinte mil francos después. A ver, señor de Chagny, procuremos hablar en serio. Usted cree que la señorita Christine Daaé ha sido raptada por un individuo llamado Erik. Lo conoce usted pues a ese individuo. ¿Lo ha visto usted?

— Sí, señor comisario.

— ¿Dónde?

— En un cementerio.

El señor Mifroid dio un respingo, volvió a contemplar a Raoul y dijo:

— ¡Evidentemente!... Es ordinariamente allí donde se encuentran los fantasmas. ¿Y qué hacía usted en ese cementerio?

— Señor — dijo Raoul —, me doy muy bien cuenta de lo extraño de mis respuestas y del efecto que producen en usted. Pero le suplico que crea que tengo toda mi razón. Está en juego la salvación de la persona que me es más querida en el mundo con mi muy amado hermano Felipe. Quisiera vencerle en pocas palabras, pues el tiempo apremia y los minutos son preciosos. Desgraciadamente, si no le cuento la más extraña historia que existe, desde el principio, no me creerá. Le diré, señor comisario, todo lo que sé sobre el Fantasma de la Ópera. ¡Ay, señor comisario, no sé gran cosa!...

— ¡Diga de todos modos! ¡Diga de todos modos! — exclamaron Richard y Moncharmin, súbitamente muy interesados. Desgraciadamente, la esperanza que habían concebido un instante de conocer algún detalle susceptible de ponerlos sobre la pista de su mistificador se desvaneció pronto ante la triste evidencia de que el señor Raoul de Chagny había perdido completamente la cabeza. Toda esa historia de Perros-Guirec, de calaveras, de violín encantado, no podía haber nacido más que en el cerebro trastornado de un enamorado.

Era visible, por lo demás, que el señor comisario Mifroid compartía cada vez más esa manera de ver, y sin duda el magistrado habría puesto fin a esas

palabras desordenadas, de las que hemos dado una muestra en la primera parte de este relato, si las propias circunstancias no se hubieran encargado de interrumpirlas.

La puerta acababa de abrirse y un individuo singularmente vestido con una vasta levita negra y tocado con una chistera a la vez raída y reluciente, que le entraba hasta las dos orejas, hizo su entrada. Corrió hacia el comisario y le habló en voz baja. Era sin duda algún agente de la Sûreté que venía a dar cuenta de una misión urgente.

Durante ese coloquio, el señor Mifroid no apartaba los ojos de Raoul.

Y por fin, dirigiéndose a él, dijo:

— Señor, ya está bien de hablar del fantasma. Vamos a hablar un poco de usted, si no tiene ningún inconveniente; ¿debía usted raptar esta noche a la señorita Christine Daaé?

— Sí, señor comisario.

— ¿A la salida del teatro?

— Sí, señor comisario.

— ¿Todas sus disposiciones estaban tomadas para ello?

— Sí, señor comisario.

— El carruaje que le trajo debía llevarlos a los dos. El cochero estaba avisado... su itinerario estaba trazado de antemano... Más aún: había de encontrar en cada etapa caballos frescos...

— Es verdad, señor comisario.

— Y sin embargo, su carruaje sigue allí, esperando sus órdenes, del lado de la Rotonda, ¿no es así?

— Sí, señor comisario.

— ¿Sabía usted que junto al suyo había otros tres coches?

— No le presté la menor atención...

— Eran los de la señorita Sorelli, que no había encontrado sitio en el patio de la administración; el de la Carlotta y el de su hermano, el señor conde de Chagny...

—Es posible...

—Lo que es cierto, en cambio... es que si el equipo propio de usted, el de la Sorelli y el de la Carlotta siguen en su lugar, a lo largo de la acera de la Rotonda... el del señor conde de Chagny ya no está allí...

—Eso no tiene nada que ver, señor comisario...

—¡Perdón! ¿No se oponía el señor conde a su matrimonio con la señorita Daaé?

—Eso no puede concernir más que a la familia.

—Ha respondido... se oponía... y por eso usted raptaba a Christine Daaé, lejos de las posibles intervenciones de su señor hermano... Pues bien, señor de Chagny, permítame comunicarle que su hermano ha sido más rápido que usted. ¡Es él quien ha raptado a Christine Daaé!

—¡Oh! —gimió Raoul llevándose la mano al corazón—. ¡Eso no es posible!... ¿Está usted seguro?

—Nada más producirse la desaparición de la artista, organizada con complicidades que nos quedan por establecer, se lanzó en su carruaje, que realizó una carrera furiosa por París.

—¿Por París? —agoniza el pobre Raoul—. ¿Qué entiende por París?

—Y fuera de París...

—¿Fuera de París?... ¿qué ruta?

—La ruta de Bruselas.

Un grito ronco se escapa de la boca del desdichado joven.

—¡Oh! —exclama—. ¡Juro que los alcanzo!

Y de dos saltos, salió del despacho.

—¡Y tráiganos a esa pareja! —grita alegremente el comisario—. ¡Eh? ¡Vaya una pista que vale más que la del Ángel de la música!

Tras lo cual el señor Mifroid se vuelve hacia su atónito auditorio y le administra ese pequeño curso de policía honesta pero nada pueril:

—No sé en absoluto si es realmente el señor conde de Chagny quien ha raptado a Christine Daaé... pero necesito saberlo, y no creo que en este mo-

mento nadie mejor que el vizconde, su hermano, desee informarme... En este momento, corre, ¡vuela! ¡Es mi principal auxiliar! Tal es, señores, el arte que se cree tan complicado de la policía, y que parece sin embargo tan sencillo en cuanto uno ha descubierto que debe consistir en hacer esa policía sobre todo mediante gente que no es policía.

Pero el señor comisario de policía Mifroid quizá no habría estado tan satisfecho de sí mismo si hubiera sabido que la carrera de su rápido mensajero había sido detenida desde la entrada de éste en el primer pasillo, desierto sin embargo de la multitud de curiosos que habían sido dispersados. El pasillo parecía desierto.

Sin embargo, Raoul se había visto cerrado el camino por una gran sombra.

—¿Adónde va tan deprisa, señor de Chagny? —había preguntado la sombra.

Raoul, impacientado, había levantado la cabeza y reconocido el gorro de astracán de antes. Se detuvo.

—¿Es usted otra vez! —exclamó con voz febril—. ¡Usted que conoce los secretos de Erik y no quiere que yo hable de ellos! ¿Y quién es usted?

—¡Lo sabe usted bien!... ¡Soy el Persa! —respondió la sombra.

XX

EL VIZCONDE Y EL PERSA

Raoul recordó entonces que su hermano, una noche de espectáculo, le había señalado a ese vago personaje del que nada se sabía, una vez dicho de él que era un persa y que habitaba un viejo pequeño apartamento en la rue de Rivoli.

El hombre de tez de ébano, ojos de jade y gorro de astracán se inclinó sobre Raoul.

—Espero, señor de Chagny, que no ha traicionado usted el secreto de Erik.

—¿Y por qué habría yo dudado en traicionar a ese monstruo, señor? —replicó Raoul con altivez, intentando deshacerse del importuno—. ¿Es acaso amigo suyo?

—Espero que no haya usted dicho nada de Erik, señor, porque el secreto de Erik es el de Christine Daaé, ¡y hablar del uno es hablar del otro!

—¡Oh, señor! —dijo Raoul cada vez más impaciente—. Parece usted al corriente de muchas cosas que me interesan, y sin embargo no tengo tiempo de escucharle.

—Una vez más, señor de Chagny, ¿adónde va tan deprisa?

—¿Acaso no lo adivina? Al rescate de Christine Daaé...

—Entonces, señor, ¡quédese aquí!... ¡Porque Christine Daaé está aquí!...

—¿Con Erik?

— ¡Con Erik!

— ¿Cómo lo sabe?

— Estaba en la representación, y no hay más que un Erik en el mundo capaz de maquinarse semejante rapto... ¡Oh! —dijo con un profundo suspiro—. ¡He reconocido la mano del monstruo!...

— ¿Lo conoce usted pues?

El Persa no respondió, pero Raoul oyó un nuevo suspiro.

— ¡Señor! —dijo Raoul—. Ignoro cuáles son sus intenciones... pero ¿puede hacer algo por mí?... quiero decir, ¿por Christine Daaé?

— Lo creo, señor de Chagny, y por eso me he dirigido a usted.

— ¿Qué puede hacer?

— Intentar conducirlo hasta ella... ¡y hasta él!

— ¡Señor! Es una empresa que yo mismo he intentado en vano esta noche... ¡pero si me presta semejante servicio, mi vida le pertenece!... Señor, una palabra más: el comisario de policía acaba de decirme que Christine Daaé había sido raptada por mi hermano, el conde Felipe...

— ¡Oh, señor de Chagny, yo no lo creo en absoluto!

— Eso no es posible, ¿verdad?

— No sé si es posible, pero hay maneras de raptar, y el señor conde Felipe, que yo sepa, nunca ha trabajado en la escena de magia.

— Sus argumentos son convincentes, señor, ¡y no soy más que un loco!... ¡Oh, señor! ¡Corramos! ¡Corramos! ¡Me entrego enteramente a usted!... ¿Cómo no creerle, cuando nadie más que usted me cree? ¡Cuando usted es el único en no sonreír cuando se pronuncia el nombre de Erik!

Diciendo eso, el joven, cuyas manos ardían de fiebre, había tomado en un gesto espontáneo las manos del Persa. Estaban heladas.

— ¡Silencio! —dijo el Persa deteniéndose y escuchando los ruidos lejanos del teatro y el menor crujido que se producía en los muros y en los pasillos vecinos—. No pronunciemos ese nombre aquí. Digamos: Él; tendremos menos posibilidades de atraer su atención...

—¿Cree usted que está muy cerca de nosotros?

—Todo es posible, señor... si no está en este momento con su víctima, en la morada del Lago.

—¡Ah! También usted conoce esa morada.

—... Si no está en esa morada, puede estar en ese muro, en ese suelo, en ese techo. ¡Qué sé yo!... ¡El ojo en esa cerradura!... ¡El oído en esa viga!...

Y el Persa, rogándole que amortiguara el ruido de sus pasos, arrastró a Raoul por pasillos que el joven nunca había visto, ni siquiera en los tiempos en que Christine lo paseaba por ese laberinto.

—Ojalá —dijo el Persa—, ojalá Darius haya llegado.

—¿Quién es Darius? —preguntó aún el joven corriendo.

—¡Darius! Es mi criado...

Se encontraban en ese momento en el centro de una verdadera plaza desierta, habitación inmensa que iluminaba mal una lamparilla. El Persa detuvo a Raoul y, muy bajo, tan bajo que Raoul apenas podía oírle, le preguntó:

—¿Qué le dijo al comisario?

—Le dije que el raptor de Christine Daaé era el ángel de la música, es decir el Fantasma de la Ópera, y que su verdadero nombre era...

—¡Psst!... ¿Y el comisario le creyó?

—No.

—¿No dio ninguna importancia a lo que usted decía?

—¡Ninguna!

—¿Le tomó un poco por loco?

—Sí.

—Tanto mejor —suspiró el Persa.

Y la carrera se reanudó.

Tras haber subido y bajado varias escaleras desconocidas para Raoul, los dos hombres se encontraron ante una puerta que el Persa abrió con un pequeño llavín que sacó de un bolsillo del chaleco. El Persa, como Raoul, iba

naturalmente de etiqueta. Sólo que, si Raoul llevaba chistera, el Persa llevaba gorro de astracán, como ya he hecho notar. Era un descuido del código de elegancia que regía los bastidores, donde se exige la chistera; pero es sabido que en Francia se le permite todo a los extranjeros: la gorra de viaje a los ingleses, el gorro de astracán a los persas.

— Señor — dijo el Persa —, su chistera le molestará para la expedición que proyectamos... Haría bien en dejarla en el camerino...

— ¿En qué camerino? — preguntó Raoul.

— ¡Pues en el de Christine Daaé!

Y el Persa, habiendo hecho pasar a Raoul por la puerta que acababa de abrir, le mostró, enfrente, el camerino de la actriz.

Raoul ignoraba que se pudiera llegar a la habitación de Christine por otro camino que el que seguía ordinariamente. Se encontraba entonces en el extremo del pasillo que solía recorrer entero antes de llamar a la puerta del camerino.

— ¡Oh, señor, conoce usted bien la Ópera!

— ¡Menos bien que él! — dijo modestamente el Persa.

Y empujó al joven al camerino de Christine.

Estaba tal como Raoul lo había dejado momentos antes.

El Persa, tras cerrar la puerta, se dirigió hacia el tabique muy delgado que separaba el camerino de un vasto trastero que le hacía de continuación. Escuchó, luego tosió fuertemente.

Al instante se oyó movimiento en el trastero y, pocos segundos después, llamaban a la puerta del camerino.

— ¡Entra! — dijo el Persa.

Entró un hombre, tocado también con un gorro de astracán y vestido con una larga hopalanda.

Saludó y sacó de bajo su manto una caja ricamente cincelada. La depositó sobre el tocador, volvió a saludar y se dirigió hacia la puerta.

— ¿Nadie te ha visto entrar, Darius?

—Nadie, amo.

—Que nadie te vea salir.

El criado se arriesgó a echar un vistazo al pasillo y, ágilmente, desapareció.

—Señor —dijo Raoul—, pienso en algo, y es que pueden sorprendernos perfectamente aquí, lo que evidentemente nos perjudicaría. El comisario no tardará en venir a registrar este camerino.

—¡Bah! No es el comisario quien hay que temer.

El Persa había abierto la caja. Contenía un par de largos pistolones, de diseño y ornamentación magníficos.

—En cuanto se produjo el rapto de Christine Daaé, hice avisar a mi criado que me trajera estas armas, señor. Las conozco de hace tiempo; no las hay más seguras.

—¿Quiere usted batirse en duelo? —preguntó el joven, sorprendido por la llegada de ese arsenal.

—Es un duelo, en efecto, al que vamos, señor —respondió el otro examinando el cebo de sus pistolones—. ¡Y qué duelo!

Tras lo cual tendió un pistolón a Raoul y le dijo aún:

—En ese duelo, seremos dos contra uno; pero esté usted preparado para todo, señor, pues no le oculto que vamos a tener que vérselas con el adversario más terrible que quepa imaginar. ¿Pero usted ama a Christine Daaé, verdad?

—¡Si la amo, señor! Pero usted, que no la ama, ¿podría explicarme por qué le encuentro a usted dispuesto a arriesgar su vida por ella?... ¡Usted odia ciertamente a Erik!

—No, señor —dijo tristemente el Persa—, no lo odio. Si lo odiara, hace tiempo que no haría más daño.

—¿Le ha hecho daño a usted?...

—El daño que me ha hecho a mí, se lo he perdonado.

—Es del todo extraordinario —prosiguió el joven— oírle hablar a usted de ese hombre. Lo trata de monstruo, habla de sus crímenes, le ha hecho

daño, ¡y encuentro en usted esa piedad inaudita que me desesperaba en la propia Christine!...

El Persa no respondió. Había ido a buscar un taburete y lo había colocado contra la pared opuesta al gran espejo que ocupaba todo el paño de enfrente. Luego se subió al taburete y, con la nariz pegada al papel con que estaba tapizada la pared, parecía buscar algo.

— ¡Bueno, señor! — dijo Raoul, que hervía de impaciencia —. Le espero. ¡Vamos!

— ¿Adónde? — preguntó el otro sin volver la cabeza.

— ¡Pues al encuentro del monstruo! ¡Bajemos! ¿No me ha dicho que tenía el medio?

— Lo estoy buscando.

Y la nariz del Persa paseó aún por toda la pared.

— ¡Ah! — dijo de pronto el hombre del gorro —. ¡Está ahí! Y su dedo, por encima de su cabeza, presionó un ángulo del dibujo del papel.

Luego se volvió y saltó del taburete.

— Dentro de medio minuto — dijo — estaremos en su camino.

Y, cruzando todo el camerino, fue a palpar el gran espejo.

— No... Todavía no cede — murmuró.

— ¡Oh! ¡Vamos a salir por el espejo! — dijo Raoul —. ¡Como Christine!...

— ¿Sabía usted entonces que Christine Daaé había salido por ese espejo?

— ¡Ante mí, señor!... ¡Yo estaba oculto allí bajo la cortina del tocador y la vi desaparecer, no por el espejo, sino en el espejo!

— ¿Y qué hizo usted?

— Creí, señor, en una aberración de mis sentidos, en la locura, ¡en un sueño!

— En algún nuevo capricho del fantasma — se rió el Persa —. ¡Ah, señor de Chagny! — continuó, teniendo siempre la mano sobre el espejo —. ¡Pluguiera al cielo que tuviéramos que vérselas con un fantasma! ¡Podríamos dejar en su caja nuestro par de pistolones!... Deje el sombrero, se lo

ruego... ahí... y ahora cierre el frac lo más que pueda sobre la pechera... como yo... baje las solapas... suba el cuello... debemos hacernos lo más invisibles posible...

Añadió aún, tras un breve silencio, presionando sobre el espejo:

—El disparo del contrapeso, cuando se actúa sobre el resorte desde el interior del camerino, tarda un poco en producir su efecto. No ocurre lo mismo cuando se está detrás del muro y se puede actuar directamente sobre el contrapeso. Entonces el espejo gira instantáneamente y es arrastrado con una velocidad vertiginosa...

—¿Qué contrapeso? —preguntó Raoul.

—¡Pues el que hace que todo ese paño de muro se eleve sobre su pivote! Bien comprenderá que no se desplaza por sí solo, por arte de magia.

Y el Persa, atrayendo con una mano a Raoul hacia sí, seguía presionando con la otra (la que tenía el pistolón) contra el espejo.

—Va usted a ver, dentro de un momento, si presta bien atención, que el espejo se levanta unos milímetros y luego se desplaza otros tantos milímetros de izquierda a derecha. Estará entonces sobre un pivote, y girará. ¡Nunca se sabe lo que puede hacerse con un contrapeso! Un niño puede, con su dedo meñique, hacer girar una casa... cuando un paño de muro, por pesado que sea, ha sido llevado por el contrapeso a su pivote, en perfecto equilibrio, no pesa más que una peonza sobre su punta.

—¡No gira! —dijo Raoul, impaciente.

—¡Ea! ¡Espere! Tendrá tiempo de impacientarse, señor. La maquinaria está evidentemente oxidada, o el resorte ya no funciona.

La frente del Persa se ensombreció.

—Y además —dijo—, puede haber otra cosa.

—¿Qué, señor?

—Que quizá haya simplemente cortado la cuerda del contrapeso e inmovilizado todo el sistema...

—¿Por qué? ¿Acaso sabe que vamos a bajar por ahí?

—Quizá lo sospeche, pues no ignora que yo conozco el sistema.

—¿Fue él quien se lo mostró?

—¡No! Lo busqué detrás de él, detrás de sus misteriosas desapariciones, y lo encontré. ¡Oh! Es el sistema más sencillo de las puertas secretas; es una maquinaria tan antigua como los palacios sagrados de Tebas de las cien puertas, como la sala del trono de Ecbatana, como la sala del trípode en Delfos.

—¡No gira!... ¡Y Christine, señor!... ¡Christine!...

El Persa dijo fríamente:

—Haremos todo lo que humanamente sea posible... ¡pero él puede detenernos desde los primeros pasos!

—¿Es pues el amo de estos muros?

—Gobierna los muros, las puertas, las trampillas. Entre nosotros le llamaban con un nombre que significa: el aficionado a las trampillas.

—Así es como Christine me habló de él... con el mismo misterio y concediéndole el mismo poder temible... Pero todo esto me parece muy extraordinario. ¿Por qué le obedecen estos muros a él solo? ¿Acaso los construyó?

—Sí, señor.

Y como Raoul lo miraba desconcertado, el Persa le hizo señas de callar; luego su gesto le señaló el espejo... Fue como un reflejo tembloroso. Su doble imagen se turbó como en una onda estremecida, y luego todo volvió a quedar inmóvil.

—Ya ve usted, señor, ¡que no gira! ¡Tomemos otro camino!

—¡Esta noche no hay ningún otro! —declaró el Persa con voz singularmente lúgubre—. ¡Y ahora, atención! ¡Y prepárese para disparar!

Él mismo apuntó su pistolón hacia el espejo. Raoul imitó su gesto. El Persa atrajo al joven con el brazo que le quedaba libre hasta su propio pecho, y de pronto el espejo giró en un deslumbramiento, un cruce de luces cegador; giró, como una de esas puertas giratorias con compartimentos que se abre ahora en los establecimientos públicos... giró, llevando a Raoul y al Persa en su movimiento irresistible y lanzándolos bruscamente de la plena luz a la más profunda oscuridad.

XXI

EN LOS SÓTANOS DE LA ÓPERA

— ¡La mano en alto, listo para disparar! — repitió apresuradamente el compañero de Raoul. Detrás de ellos, el muro, continuando su vuelta completa sobre sí mismo, se había vuelto a cerrar.

Los dos hombres permanecieron unos instantes inmóviles, conteniendo la respiración.

En esas tinieblas reinaba un silencio que nada venía a turbar.

Por fin, el Persa se decidió a hacer un movimiento, y Raoul lo oyó deslizarse de rodillas, buscando algo en la noche con sus manos tanteadoras.

De pronto, ante el joven, las tinieblas se iluminaron prudentemente con el fuego de una pequeña linterna sorda, y Raoul tuvo un retroceso instintivo como para huir de la investigación de un enemigo secreto. Pero comprendió enseguida que esa luz pertenecía al Persa, cuyos gestos seguía. El pequeño disco rojo se paseó por las paredes, arriba, abajo, a su alrededor, meticulosamente. Esas paredes estaban formadas, a la derecha por un muro, a la izquierda por un tabique de tablones, arriba y abajo por suelos. Y Raoul se decía que Christine había pasado por allí el día en que siguió la voz del Ángel de la música. Debía ser ése el camino habitual de Erik cuando venía a través de los muros a sorprender la buena fe e intrigar la inocencia de Christine. Y Raoul, que recordaba las palabras del Persa, pensó que ese camino había sido establecido misteriosamente por los cuidados del propio Fantasma. Pues bien, iba a saber más tarde que Erik había encontrado allí,

todo preparado para él, un corredor secreto del que había permanecido durante mucho tiempo el único en conocer la existencia. Ese corredor había sido creado durante la Comuna de París para permitir a los carceleros conducir directamente a sus prisioneros hacia las mazmorras que se habían construido en las cuevas, pues los federados habían ocupado el edificio después del 18 de marzo y lo habían convertido en lo alto en punto de partida para los globos aerostáticos encargados de llevar a los departamentos sus proclamas incendiarias, y en lo bajo en una prisión de Estado.

El Persa se había puesto de rodillas y había depositado en el suelo su linterna. Parecía ocupado en una rápida tarea en el suelo y, de pronto, veló su luz.

Entonces Raoul oyó un ligero chasquido y vio en el suelo del corredor un cuadrado luminoso muy pálido. Era como si una ventana acabara de abrirse sobre los sótanos aún iluminados de la Ópera. Raoul ya no veía al Persa, pero lo sintió de pronto a su lado y oyó su aliento.

—Sígueme, y haz todo lo que yo haga.

Raoul fue dirigido hacia la lucera luminosa. Entonces vio al Persa que se arrodillaba de nuevo y que, suspendiéndose por las manos a la lucera, se deslizaba hacia los sótanos. El Persa llevaba entonces el pistolón entre los dientes.

Cosa curiosa, el vizconde tenía plena confianza en el Persa. Pese a ignorarlo todo de él, y a que la mayoría de sus palabras no habían hecho más que aumentar la oscuridad de esa aventura, no vacilaba en creer que, en esa hora decisiva, el Persa estaba con él contra Erik. Su emoción le había parecido sincera cuando le habló del «monstruo»; el interés que le había mostrado no le parecía sospechoso. Por último, si el Persa hubiese abrigado algún siniestro proyecto contra Raoul, no le habría armado con sus propias manos. Y además, para decirlo todo, ¿no había que llegar a toda costa junto a Christine? Raoul no tenía elección de medios. Si hubiera dudado, incluso con sospechas sobre las intenciones del Persa, el joven se habría considerado el último de los cobardes.

Raoul, a su vez, se arrodilló y se suspendió a la trampilla con las dos manos. «¡Suéltese!» oyó, y se dejó caer en los brazos del Persa, quien le ordenó enseguida que se tendiera boca abajo, cerró encima de sus cabezas la

trampilla sin que Raoul pudiera ver por qué estratagema, y se tumbó al lado del vizconde. Éste quiso hacerle una pregunta, pero la mano del Persa se posó sobre su boca, y enseguida oyó una voz que reconoció como la del comisario de policía que hacía un momento lo había interrogado.

Raoul y el Persa se encontraban entonces ambos detrás de un tabique que los ocultaba perfectamente. Cerca de allí, una estrecha escalera subía a una pequeña habitación en la que el comisario debía de estar paseando y haciendo preguntas, pues se oía el ruido de sus pasos al mismo tiempo que el de su voz.

La luz que rodeaba los objetos era bien tenue, pero, al salir de la espesa oscuridad que reinaba en el corredor secreto de arriba, Raoul no tuvo dificultad en distinguir la forma de las cosas.

Y no pudo reprimir una sorda exclamación, pues había allí tres cadáveres.

El primero estaba tendido en el estrecho rellano de la pequeña escalera que subía hasta la puerta detrás de la que se oía al comisario; los otros dos habían rodado al pie de esa escalera, con los brazos en cruz. Raoul, pasando los dedos por el tabique que lo ocultaba, habría podido tocar la mano de uno de esos desgraciados.

—¡Silencio! —dijo aún el Persa en un susurro.

También él había visto los cuerpos tendidos, y tuvo una palabra para explicarlo todo:

—¡Él!

La voz del comisario se hacía entonces oír con más claridad. Reclamaba explicaciones sobre el sistema de iluminación que el regidor le daba. El comisario debía de encontrarse pues en la «sala de máquinas» o en sus dependencias. Contrariamente a lo que podría creerse, sobre todo cuando se trata de un teatro de ópera, la «sala de máquinas» no está en absoluto destinada a hacer música.

En aquella época, la electricidad sólo se empleaba para ciertos efectos escénicos muy restringidos y para los timbres. El inmenso edificio y la propia escena seguían iluminados con gas, y era siempre con gas hidrógeno como se regulaba y modificaba la iluminación de una decoración, por medio de un

aparato especial al que la multiplicidad de sus tubos había valido el nombre de «sala de máquinas».

Una hornacina estaba reservada junto al agujero del apuntador para el jefe de iluminación, quien desde allí daba sus órdenes a sus empleados y supervisaba su ejecución. En esa hornacina, en todas las representaciones, se hallaba Mauclair.

Pues bien, Mauclair no estaba en su hornacina y sus empleados tampoco estaban en su puesto.

— ¡Mauclair! ¡Mauclair!

La voz del regidor resonaba ahora en los sótanos como en un tambor. Pero Mauclair no respondía.

Hemos dicho que una puerta abría sobre una pequeña escalera que subía del segundo sótano. El comisario la empujó, pero opuso resistencia. «¡Vaya, vaya! —dijo—. A ver, señor regidor, no puedo abrir esta puerta... ¿está siempre tan dura?»

El regidor, con un vigoroso golpe de hombro, empujó la puerta. Se dio cuenta de que empujaba al mismo tiempo un cuerpo humano y no pudo reprimir una exclamación: ese cuerpo lo reconoció enseguida:

— ¡Mauclair!

Todos los personajes que habían seguido al comisario en esa visita a la sala de máquinas se adelantaron, inquietos.

— ¡El desgraciado! ¡Está muerto! —gimió el regidor.

Pero el señor comisario Mifroid, al que nada sorprende, ya se había inclinado sobre ese gran cuerpo.

— No —dijo—, está borracho muerto. No es lo mismo.

— Sería la primera vez —declaró el regidor.

— Entonces, le han hecho tomar un narcótico... Es bien posible.

Mifroid se levantó, bajó aún algunos peldaños y exclamó:

— ¡Miren!

A la luz de un pequeño fanal rojo, al pie de la escalera, otros dos cuerpos estaban tendidos. El regidor reconoció a los ayudantes de Mauclair... Mifroid bajó, los auscultó.

—Duermen profundamente —dijo—. Asunto muy curioso. Ya no podemos dudar de la intervención de un desconocido en el servicio de iluminación... y ese desconocido trabajaba evidentemente para el raptor. ¡Pero qué idea tan extraña la de raptar a una artista en escena!... Eso es buscar la dificultad, o yo no entiendo nada. Que alguien vaya a buscarme al médico del teatro.

Y el señor Mifroid repitió:

—¡Curioso! ¡Asunto muy curioso!

Luego se volvió hacia el interior de la pequeña habitación, dirigiéndose a personas que, desde donde se encontraban, ni Raoul ni el Persa podían ver.

—¿Qué dicen ustedes de todo esto, señores? —preguntó—. Son los únicos que no dan su opinión. Sin embargo deben de tener alguna pequeña idea...

Entonces, por encima del rellano, Raoul y el Persa vieron avanzar los dos semblantes aterrados de los señores directores —sólo se veían sus rostros por encima del rellano— y oyeron la voz emocionada de Moncharmin:

—Aquí pasan cosas, señor comisario, que no podemos explicarnos.

Y los dos semblantes desaparecieron.

—Gracias por el informe, señores —dijo Mifroid, sardónico.

Pero el regidor, cuyo mentón reposaba entonces en el hueco de la mano derecha, gesto de reflexión profunda, dijo:

—No es la primera vez que Mauclair se duerme en el teatro. Recuerdo haberlo encontrado una noche, roncando en su pequeña hornacina, junto a su tabaquera.

—¿Hace mucho de eso? —preguntó el señor Mifroid, limpiando con meticuloso cuidado los cristales de su impertinente, pues el señor comisario era miope, como sucede con los ojos más hermosos del mundo.

— ¡Dios mío!... —dijo el regidor—. No, no hace mucho... ¡Mire!... Fue la noche... ¡Pues sí!... Fue la noche en que la Carlotta, ya sabe usted, señor comisario, lanzó su famoso couac...

— ¿De veras? ¿La noche en que la Carlotta lanzó su famoso couac?

Y el señor Mifroid, habiéndose vuelto a poner en la nariz el binoculo de cristales transparentes, fijó atentamente al regidor, como si quisiera penetrar su pensamiento.

— ¿Mauclair toma rapé? —preguntó con tono negligente.

— Sí, señor comisario... Mire, aquí en este estante está su tabaquera... ¡Oh! Es un gran tomador de rapé.

— ¡Y yo también! —dijo el señor Mifroid, y se metió la tabaquera en el bolsillo.

Raoul y el Persa asistieron, sin que nadie sospechara su presencia, al transporte de los tres cuerpos que unos tramoyistas vinieron a retirar. El comisario los siguió y todos detrás de él volvieron a subir. Se oyeron todavía unos instantes sus pasos resonando en el tablado.

Cuando estuvieron solos, el Persa hizo señas a Raoul de incorporarse. Éste obedeció; pero como al mismo tiempo no había vuelto a colocar la mano en alto ante los ojos, lista para disparar, según el Persa no dejaba de hacer, éste le recomendó que volviera a adoptar esa posición y que no se apartara de ella, pasara lo que pasara.

— ¡Pero eso cansa la mano inútilmente! —murmuró Raoul—. ¡Y si disparo, ya no estaré seguro de mí!

— ¡Cambie el arma de mano, entonces! —concedió el Persa.

— ¡No sé disparar con la izquierda!

A lo que el Persa respondió con esa extraña declaración, que evidentemente no contribuía a aclarar la situación en el revuelto cerebro del joven:

— No se trata de disparar con la mano izquierda o con la derecha; se trata de tener una de las manos colocada como si fuera a apretar el gatillo de un pistolón, con el brazo a medio doblar; en cuanto al pistolón en sí, después de todo, puede guardarlo en el bolsillo.

Y añadió:

—Que esto quede entendido, o ya no respondo de nada. ¡Es cuestión de vida o muerte! Y ahora, ¡silencio y síganme!

Se encontraban entonces en el segundo sótano. Raoul apenas vislumbraba, a la luz de algunas lamparillas inmóviles, aquí y allá, en sus prisiones de vidrio, una ínfima parte de ese abismo extravagante, sublime e infantil, divertido como una caja de Guiñol, aterrador como un precipicio: los sótanos de la escena de la Ópera.

Son formidables y en número de cinco. Reproducen todos los planos de la escena, sus trampillas y trampillones. Las costuras sólo están reemplazadas allí por raíles. Vigas transversales sostienen trampillas y trampillones. Postes, apoyados en dados de fundición o de piedra, en durmientes o «sombrosos de copa», forman series de cerchas que permiten dejar libre paso a las «glorias» y demás combinaciones o trucos. Se da a esos aparatos cierta estabilidad uniéndolos por medio de ganchos de hierro y según las necesidades del momento. Los tornos, los tambores, los contrapesos están generosamente distribuidos por los sótanos. Sirven para maniobrar los grandes decorados, para efectuar los cambios a la vista, para provocar la súbita desaparición de los personajes de hada. Desde los sótanos, han dicho los señores X, Y, Z, que han consagrado al trabajo de Garnier un estudio tan interesante, desde los sótanos se transforma a los decrepitos en apuestos caballeros, a las horribles brujas en hadas radiantes de juventud. Satán sale de los sótanos, así como en ellos se hunde. Las luces del infierno se escapan de allí, los coros de los demonios toman allí su lugar.

... Y los fantasmas se pasean por ellos como por su casa...

Raoul seguía al Persa, obedeciendo al pie de la letra sus recomendaciones, sin intentar comprender los gestos que le ordenaba... diciéndose que ya no tenía esperanza más que en él.

... ¿Qué habría hecho sin su compañero en ese aterrador laberinto?

¿No le habrían detenido a cada paso el prodigioso entrecruzamiento de vigas y cuerdas? ¿No se habría enredado, sin poder desembarazarse, en esa gigantesca tela de araña?

Y si hubiera podido pasar a través de esa red de hilos y contrapesos que sin cesar renacía ante él, ¿no corría el riesgo de caer en uno de esos agu-

jeros que se abrían por instantes bajo sus pasos y cuyo fondo de tinieblas el ojo no alcanzaba a distinguir?

... Bajaban... Bajaban aún...

Estaban ya en el tercer sótano.

Y su marcha seguía iluminada por alguna lamparilla lejana.

Cuanto más bajaban, más precauciones parecía tomar el Persa... No cesaba de volverse hacia Raoul y recomendarle que se mantuviera como debía, mostrándole el modo en que él mismo tenía el puño, ahora desarmado, pero siempre listo para disparar como si tuviera un pistolón.

De pronto, una voz retumbante los clavó en el sitio. Alguien, por encima de ellos, rugía:

— ¡Al tablado todos los cerradores de puertas! ¡El comisario de policía los requiere!

... Se oyeron pasos, y unas sombras se deslizaron en la sombra. El Persa había atraído a Raoul detrás de un portante... Vieron pasar cerca de ellos, por encima de ellos, a viejos doblados por los años y el antiguo peso de las decoraciones de ópera. Algunos apenas podían arrastrarse...; otros, por costumbre, con el espinazo bajo y las manos por delante, buscaban puertas que cerrar.

Pues eran los cerradores de puertas... los viejos tramoyistas agotados de quienes una dirección caritativa había tenido piedad... Los había hecho cerradores de puertas en los sótanos, en los desvanes. Iban y venían sin cesar de arriba abajo de la escena para cerrar las puertas —y también se los llamaba en aquella época, pues desde entonces creo que todos han muerto— «los cazadores de corrientes de aire».

Las corrientes de aire, vengan de donde vengan, son muy malas para la voz.

El Persa y Raoul se felicitaron en su fuero interno de ese incidente que los liberaba de testigos molestos, pues algunos de los cerradores de puertas, al no tener ya nada que hacer y no tener apenas domicilio, se quedaban por pereza o por necesidad en la Ópera, donde pasaban la noche. Se podía tropezar con ellos, despertarlos, provocar una demanda de explicaciones. La

investigación del señor Mifroid preservaba momentáneamente a nuestros dos compañeros de esos malos encuentros.

Pero no tardaron mucho en disfrutar de su soledad... Otras sombras, ahora, bajaban por el mismo camino por donde los «cerradores de puertas» habían subido. Esas sombras llevaban cada una ante sí una pequeña linterna... que agitaban mucho, llevándola arriba, abajo, examinando todo a su alrededor y pareciendo, con toda evidencia, buscar algo o a alguien.

— ¡Diablo! — murmuró el Persa—. No sé qué buscan, pero podrían muy bien encontrarnos... ¡huyamos! ¡Rápido! ¡La mano en guardia, señor, siempre lista para disparar!... ¡Doblemos más el brazo, así!... la mano a la altura del ojo, como si se batiera en duelo y esperara la voz de «¡fuego!...» ¡Deje el pistolón en el bolsillo!... ¡Rápido, bajemos! (Arrastraba a Raoul hacia el cuarto sótano)... ¡a la altura del ojo, cuestión de vida o muerte!... ¡Por aquí, esa escalera! (llegaban al quinto sótano)... ¡Ah, qué duelo, señor, qué duelo!...

El Persa, llegado al fondo del quinto sótano, tomó aliento... Parecía disfrutar de algo más de seguridad que la que había mostrado cuando los dos se habían detenido en el tercero, pero sin embargo no se desprendía de la actitud de la mano...

Raoul tuvo tiempo de asombrarse una vez más — sin hacer, por lo demás, ninguna nueva observación, ¡ninguna!, pues en verdad no era el momento — de asombrarse, digo, en silencio, de ese extraordinario concepto de la defensa personal que consistía en guardar el pistolón en el bolsillo mientras la mano permanecía lista para usarlo como si el pistolón siguiera en la mano, a la altura del ojo; posición de espera de la voz de «¡fuego!» en el duelo de aquella época.

Y a propósito de eso, Raoul creía poder pensar todavía esto: «Recuerdo muy bien que me dijo: «Son pistolones de los que estoy seguro».

De lo que le parecía lógico sacar esta conclusión interrogativa: «¿De qué puede servirle estar seguro de un pistolón del que encuentra inútil servirse?»

Pero el Persa lo detuvo en sus vagos intentos de reflexión. Haciéndole señas de quedarse en su sitio, subió unos peldaños de la escalera que acababan de dejar. Luego volvió rápidamente junto a Raoul.

—Somos estúpidos —le sopló—. Pronto nos libraremos de las sombras con linternas... Son los bomberos que hacen su ronda.

Los dos hombres permanecieron entonces a la defensiva durante al menos cinco largas minutos; luego el Persa arrastró de nuevo a Raoul hacia la escalera que acababan de bajar; pero, de pronto, su gesto le ordenó de nuevo la inmovilidad.

... Ante ellos, la noche se movía.

—¡Boca abajo! —sopló el Persa.

Los dos hombres se tendieron en el suelo.

Era justo a tiempo.

... Una sombra que esta vez no llevaba ninguna linterna... una sombra simplemente en la sombra, pasó.

Pasó junto a ellos rozándolos.

Sintieron, en sus rostros, el soplo cálido de su manto...

Pues pudieron distinguirla suficientemente para ver que la sombra llevaba un manto que la envolvía de la cabeza a los pies. En la cabeza, un sombrero flexible de fieltro.

... Se alejó, pegándose a las paredes con el pie y a veces, en los rincones, dando patadas a los muros.

—¡Uf! —dijo el Persa—. La hemos escapado por los pelos... Esa sombra me conoce y ya me ha devuelto dos veces al despacho directorial.

—¿Es alguien de la policía del teatro? —preguntó Raoul.

—¡Es alguien bastante peor! —respondió sin más explicación el Persa.

—¿No es... él?

—¿Él?... Si no llega por detrás, siempre veremos sus ojos de oro... Es algo así como nuestra ventaja en la noche. Pero puede llegar por detrás... sigilosamente... y estamos muertos si no mantenemos siempre las manos como si fueran a disparar, a la altura del ojo, ¡por delante!

El Persa no había terminado de formular de nuevo esa «línea de actitud» cuando, ante los dos hombres, apareció una figura fantástica.

... Una figura entera... un rostro; no sólo dos ojos de oro.

... Sino todo un rostro luminoso... ¡toda una figura en llamas!

Sí, una figura en llamas que avanzaba a la altura de un hombre, ¡pero sin cuerpo!

Esa figura despedía fuego.

Parecía, en la noche, como una llama con forma de rostro de hombre.

— ¡Oh! —dijo el Persa entre dientes—. ¡Es la primera vez que la veo! ¡El teniente de bomberos no estaba loco! ¡Él sí que la había visto!... ¿Qué es esa llama? No es él; ¡pero quizá es él quien nos la manda! ¡Cuidado!... ¡Cuidado!... ¡La mano a la altura del ojo, por el amor del cielo!... ¡a la altura del ojo!

La figura en llamas, que parecía una figura de infierno —de demonio en brasas— avanzaba siempre a la altura de un hombre, sin cuerpo, sin nada que la sostuviera, al menos en apariencia, al encuentro de los dos hombres aterrorizados...

— Quizá nos manda esa figura por delante para sorprendernos mejor por detrás... o por los lados... nunca se sabe con él... ¡Conozco muchos de sus trucos!... ¡Pero éste!... ¡éste!... ¡no lo conozco todavía! ¡Huyamos!... ¡por prudencia!... ¿verdad?... ¡por prudencia!... ¡la mano a la altura del ojo!...

Y huyeron los dos, corriendo a lo largo del largo corredor subterráneo que se abría ante ellos.

Al cabo de unos segundos de esa carrera, que les pareció de largos, largísimos minutos, se detuvieron.

— Sin embargo —dijo el Persa—, ¡casi nunca viene por aquí! ¡Este lado no le concierne! ¡Este lado no conduce al Lago ni a la morada del Lago!... Pero quizá sabe que le seguimos la pista... aunque le prometí dejarlo tranquilo en adelante y no meterme más en sus asuntos.

Diciendo eso, volvió la cabeza, y Raoul también la volvió.

Pues bien, vieron de nuevo la cabeza en llamas detrás de sus dos cabezas. Los había seguido... Y debió de correr también y quizá más deprisa que ellos, pues les pareció que se había acercado.

Al mismo tiempo, comenzaron a distinguir cierto ruido cuya naturaleza les era imposible adivinar; simplemente se daban cuenta de que ese ruido parecía desplazarse y acercarse con la figura-llama. Eran chirridos o más bien crujidos, como si miles de uñas se hubieran arañado sobre un encerado, ruido espantosamente insoportable que produce a veces también un pequeño grano de piedra en el interior de la tiza que viene a chirriar contra el encerado.

Retrocedieron aún, pero la figura-llama avanzaba, avanzaba siempre, ganándoles terreno. Se podían distinguir muy bien sus rasgos. Los ojos eran muy redondos y fijos, la nariz un poco torcida y la boca grande con el labio inferior en semicírculo, colgante; más o menos como los ojos, la nariz y el labio de la luna cuando la luna está toda roja, color de sangre.

¿Cómo se deslizaba esa luna roja en las tinieblas, a la altura de un hombre, sin punto de apoyo, sin cuerpo que la sostuviera, al menos en apariencia? ¿Y cómo avanzaba tan deprisa, recta, con sus ojos fijos, tan fijos? ¿Y todos esos crujidos, chasquidos, chirridos que arrastraba consigo, de dónde venían?

En un momento, el Persa y Raoul ya no pudieron retroceder más y se aplastaron contra la pared, sin saber qué iba a ocurrirles a causa de esa figura incomprensible de fuego y sobre todo, ahora, del ruido más intenso, más bullicioso, más vivo, muy «numeroso», pues ciertamente ese ruido estaba hecho de centenares de pequeños ruidos que se movían en las tinieblas, bajo la cabeza-llama.

Avanza la cabeza-llama... ¡ahí está!... ¡con su ruido!... ¡ahí está, a su altura!...

Y los dos compañeros, aplastados contra la pared, sienten erizarse de horror los cabellos en sus cabezas, pues saben ahora de dónde vienen los mil ruidos. Vienen en tropel, rodados en la sombra por innumerables pequeñas oleadas presurosas, más rápidas que las olas que trota sobre la arena, con la marea montante, pequeñas olas de noche que cabrillean bajo la luna, bajo la luna-cabeza-llama.

Y las pequeñas olas les pasan por las piernas, les suben por las piernas, irresistiblemente. Entonces Raoul y el Persa ya no pueden reprimir sus gritos de horror, espanto y dolor.

Ya no pueden tampoco seguir teniendo las manos a la altura del ojo — postura del duelo a pistolón de aquella época, antes del mando de: «¡Fuego!»— Sus manos descienden a sus piernas para rechazar las pequeñas oleadas brillantes que ruedan cosas agudas, oleadas que están llenas de patas, uñas, garras y dientes.

Sí, sí, Raoul y el Persa están a punto de desmayarse como el teniente de bomberos Papin. Pero la cabeza-fuego se ha vuelto hacia ellos a sus alaridos. Y les habla:

— ¡No os mováis! ¡No os mováis!... Sobre todo, ¡no me sigáis!... ¡Soy el matarratones! ¡Dejadme pasar con mis ratas!...

Y de pronto, la cabeza-fuego desaparece, desvanecida en las tinieblas, mientras el corredor, al fondo, a lo lejos, se ilumina; simple resultado de la maniobra que el matarratones acaba de hacer con su linterna sorda. Hace un momento, para no espantar a las ratas ante él, había girado su linterna sorda sobre sí mismo, iluminando su propia cabeza; ahora, para acelerar su huida, ilumina el espacio negro ante ella... Entonces salta, arrastrando consigo todas las oleadas de ratas, trepantes, chirriadoras, todos los mil ruidos...

El Persa y Raoul, liberados, respiran, aunque siguen temblando.

— Debería haberme acordado de que Erik me había hablado del matarratones — dijo el Persa —, pero no me había dicho que se presentara bajo ese aspecto... y resulta extraño que nunca lo haya encontrado.

— ¡Ah, creí que era otro de los trucos del monstruo! — suspiró —. ¡Pero no! ¡Él nunca viene por estos parajes!

— ¿Estamos pues muy lejos del lago? — preguntó Raoul —. ¿Cuándo llegaremos, señor?... ¡Vayamos al lago! ¡Vayamos al lago!... Cuando estemos en el lago llamaremos, sacudiremos los muros, gritaremos... ¡Christine nos oirá! ¡Y Él también nos oirá!... ¡y puesto que lo conoce usted, le hablaremos!

— ¡Muchacho! — dijo el Persa —. ¡Nunca entraremos en la morada del Lago por el Lago!

— ¿Por qué?

— Porque es allí donde ha acumulado toda su defensa... Yo mismo nunca he podido desembarcar en la otra orilla... en la orilla de la casa. Hay que

cruzar el lago primero... y está bien guardado. Temo que más de uno de los que — viejos tramoyistas, viejos cerradores de puertas— no se ha vuelto a ver, simplemente haya intentado cruzar el lago... Es terrible... Yo mismo estuve a punto de quedarme... ¡Si el monstruo no me hubiera reconocido a tiempo!... Un consejo, señor, nunca se acerque al Lago... Y sobre todo, tápese los oídos si oye cantar la Voz bajo el agua, la voz de la Sirena.

— Pero entonces — prosiguió Raoul en un arrebato de fiebre, impaciencia y rabia—, ¿qué hacemos aquí?... Si no puede hacer nada por Christine, ¡déjeme al menos morir por ella!

El Persa intentó calmar al joven.

— No tenemos más que un medio de salvar a Christine Daaé, créame; penetrar en esa morada sin que el monstruo se dé cuenta.

— ¿Podemos esperar eso, señor?

— ¡Ea! Si no tuviera esa esperanza, ¡no habría ido a buscarle!

— ¿Y por dónde se puede entrar en la morada del Lago sin pasar por el Lago?

— Por el tercer sótano, del que hemos sido tan malhadadamente expulsados... señor, y al que vamos a volver de inmediato... Le voy a decir, señor — dijo el Persa con la voz de repente alterada—, le voy a decir el lugar exacto... Se encuentra entre una ferma y una decoración abandonada de El rey de Lahore, exactamente, exactamente en el lugar donde murió Joseph Buquet...

— ¡Ah! ¿Ese jefe tramoyista al que encontraron ahorcado?

— Sí, señor — añadió con tono singular el Persa—, y de quien no se pudo encontrar la cuerda. ¡Vamos! ¡Ánimo!... ¡y en marcha!... ¡y ponga la mano en guardia, señor!... Pero ¿dónde estamos?

El Persa tuvo que encender de nuevo su linterna sorda. Dirigió el chorro luminoso sobre dos vastos corredores que se cruzaban en ángulo recto y cuyas bóvedas se perdían al infinito.

— Debemos de estar — dijo — en la parte reservada más particularmente al servicio de las aguas... No percibo ningún fuego procedente de las calderas.

Precedió a Raoul, buscando su camino, deteniéndose bruscamente cuando temía el paso de algún hidráulico, luego tuvieron que guarecerse del resplandor de una especie de fragua subterránea que se terminaba de apagar, ante la cual Raoul reconoció los demonios vislumbrados por Christine durante su primer viaje el día de su primera cautividad.

Así, fueron volviendo poco a poco hasta los prodigiosos sótanos de la escena.

Debían de encontrarse entonces en el fondo de la cuba, a una profundidad muy grande, si se piensa que se excavó la tierra hasta quince metros por debajo de las capas de agua que existían en toda esa parte de la capital; y hubo que agotar toda el agua... Se extrajo tanta que, para hacerse una idea de la masa de agua expulsada por las bombas, habría que representarse en superficie el patio del Louvre y en altura vez y media las torres de Notre-Dame. Con todo, hubo que conservar un lago.

En ese momento, el Persa tocó una pared y dijo:

—Si no me equivoco, he aquí un muro que bien podría pertenecer a la morada del lago.

Golpeaba entonces contra una pared de la cuba. Y quizá no sea inútil que el lector sepa cómo se habían construido el fondo y las paredes de la cuba.

A fin de evitar que las aguas que rodean la construcción quedaran en contacto inmediato con los muros que sostienen todo el conjunto de la maquinaria teatral, cuyo entramado de carpintería, ebanistería, cerrajería y lienzos pintados al temple debe estar especialmente preservado de la humedad, el arquitecto se vio en la necesidad de establecer en todas partes un doble revestimiento.

El trabajo de ese doble revestimiento exigió todo un año. Fue contra el muro del primer revestimiento interior contra el que golpeaba el Persa al hablarle a Raoul de la morada del Lago. Para alguien que hubiera conocido la arquitectura del monumento, el gesto del Persa parecía indicar que la misteriosa casa de Erik había sido construida en el doble revestimiento, formado por un grueso muro construido como ataguía, luego por un muro de ladrillos, una enorme capa de cemento y otro muro de varios metros de espesor.

A las palabras del Persa, Raoul se había lanzado contra la pared y, ávidamente, había escuchado.

... Pero no oyó nada... nada más que unos pasos lejanos que resonaban en el suelo en las partes altas del teatro.

El Persa había vuelto a apagar su linterna.

— ¡Atención! —dijo—. ¡Cuidado con la mano! Y ahora, ¡silencio!, pues vamos a intentar de nuevo penetrar en su casa.

Y lo arrastró hasta la pequeña escalera que habían bajado antes.

... Subieron, deteniéndose en cada peldaño, escudriñando la sombra y el silencio...

Así se encontraron de nuevo en el tercer sótano...

El Persa hizo señas a Raoul de ponerse de rodillas, y fue así, arrastrándose de rodillas y sobre una mano —la otra mano siempre en la posición indicada— como llegaron contra la pared del fondo.

Contra esa pared había una vasta tela abandonada del decorado de El rey de Lahore.

... Y, muy cerca de ese decorado, un portante...

Entre ese decorado y ese portante había justo el espacio de un cuerpo.

... Un cuerpo que un día habían encontrado ahorcado... el cuerpo de Joseph Buquet.

El Persa, siempre de rodillas, se había detenido. Escuchaba.

Un momento, pareció dudar y miró a Raoul; luego sus ojos se fijaron por encima, hacia el segundo sótano, que les enviaba el tenue resplandor de una linterna, en el intervalo de dos tablones.

Evidentemente, ese resplandor molestaba al Persa.

Por fin, sacudió la cabeza y se decidió.

Se deslizó entre el portante y el decorado de El rey de Lahore.

Raoul iba en sus talones.

La mano libre del Persa tanteaba la pared. Raoul lo vio un instante presionar con fuerza la pared como había presionado el muro del camerino de Christine...

... Y una piedra basculó...

Había ahora un agujero en la pared...

El Persa sacó esta vez el pistolón del bolsillo e indicó a Raoul que debía imitarlo. Armó el pistolón.

Y resueltamente, siempre de rodillas, se metió en el agujero que la piedra, al bascular, había abierto en el muro.

Raoul, que había querido pasar el primero, tuvo que contentarse con seguirle.

Ese agujero era muy estrecho. El Persa se detuvo casi en seguida. Raoul lo oyó tantear la piedra a su alrededor. Y luego volvió a sacar su linterna sorda y se inclinó hacia delante, examinó algo debajo de él, y apagó la linterna en seguida. Raoul lo oyó decirle en un susurro:

—Habrás que dejarnos caer unos metros, sin ruido; desabróchense los botines.

El Persa procedía ya él mismo a esa operación. Le pasó los zapatos a Raoul.

—Déjelos —dijo— más allá del muro... Los encontraremos al salir.

Tras lo cual el Persa avanzó un poco. Luego se volvió del todo, siempre de rodillas, y se encontró así cara a cara con Raoul. Le dijo:

—Me voy a suspender por las manos al extremo de la piedra y me dejaré caer en su casa. Luego hará usted exactamente lo mismo. No tenga miedo: lo recibiré en mis brazos.

El Persa hizo como decía, y, por debajo de él, Raoul oyó pronto un golpe sordo producido evidentemente por la caída del Persa. El joven se estremeció por temor a que ese ruido revelara su presencia.

Sin embargo, más que ese ruido, la ausencia de cualquier otro ruido era para Raoul una horrible fuente de angustia. ¡Cómo! Según el Persa, acababan de penetrar en los propios muros de la morada del Lago, ¡y no se oía a

Christine!... ¡Ni un grito!... ¡Ni una llamada!... ¡Ni un gemido!... ¡Dios mío!
¿Llegarían demasiado tarde?...

Raspando con las rodillas la pared, aferrándose a la piedra con sus dedos nerviosos, Raoul a su vez se dejó caer.

Y enseguida sintió un abrazo.

—¡Soy yo! —dijo el Persa—. ¡Silencio!

Y permanecieron inmóviles, escuchando...

Jamás la noche había sido a su alrededor más opaca...

Jamás el silencio más pesado ni más terrible...

Raoul se hundía las uñas en los labios para no aullar: «¡Christine! ¡Soy yo!... ¡Respóndeme si no estás muerta, Christine!»

Por fin, el juego de la linterna sorda recommenzó. El Persa dirigió sus rayos por encima de sus cabezas, contra la pared, buscando el agujero por el que habían venido y ya no encontrándolo...

—¡Oh! —dijo—. La piedra se ha vuelto a cerrar sola.

Y el chorro luminoso de la linterna descendió a lo largo del muro, luego hasta el suelo.

El Persa se agachó y recogió algo, una especie de hilo que examinó un instante y arrojó con horror.

—¡El hilo del Punyab! —murmuró.

—¿Qué es eso? —preguntó Raoul.

—Eso —respondió el Persa estremeciéndose—, bien podría ser la cuerda del ahorcado que tanto se buscó...

Y, presa de repente de una nueva ansiedad, paseó el pequeño disco rojo de su linterna por las paredes... Así iluminó, acontecimiento extraño, un tronco de árbol que parecía aún vivo con sus hojas... y las ramas de ese árbol subían todo a lo largo de la pared y se perdían en el techo.

A causa de la pequeñez del disco luminoso, era difícil al principio hacerse una idea de las cosas... se veía un rincón de ramas... y luego una hoja... y otra... y al lado, no se veía nada en absoluto... nada más que el chorro lu-

minoso que parecía reflejarse a sí mismo... Raoul deslizó la mano sobre esa nada, sobre ese reflejo...

— ¡Oye! —dijo—. El muro es un espejo.

— ¡Sí! ¡Un espejo! —dijo el Persa, en el tono de la más profunda emoción. Y añadió, pasándose la mano que tenía el pistolón por su frente sudorosa:

— ¡Hemos caído en la cámara de los suplicios!

XXII

INTERESANTES E INSTRUCTIVAS TRIBULACIONES DE UN PERSA EN LOS SÓTANOS DE LA ÓPERA

Relato del Persa.

El Persa relató él mismo cómo había intentado en vano, hasta aquella noche, penetrar en la morada del Lago por el lago; cómo había descubierto la entrada del tercer sótano y cómo, finalmente, el vizconde de Chagny y él se encontraron a merced de la infernal imaginación del fantasma en la cámara de los suplicios. He aquí el relato escrito que nos dejó (en condiciones

que se precisarán más adelante) y al que no he cambiado ni una palabra. Lo doy tal cual, porque no he creído conveniente pasar por alto las aventuras personales del daroga en torno a la casa del Lago, antes de caer en ella en compañía de Raoul. Si durante unos instantes este comienzo, muy interesante, parece alejarnos un poco de la cámara de los suplicios, no es más que para llevarnos a ella enseguida, tras haber explicado cosas muy importantes y ciertas actitudes y maneras de proceder del Persa que pudieron parecer muy extraordinarias.

«Era la primera vez que penetraba en la casa del Lago, escribe el Persa. En vano había rogado al aficionado a las trampillas — así es como, en nuestra tierra, en Persia, llamábamos a Erik — que me abriera sus misteriosas puertas. Siempre se había negado. Yo, que tenía como cometido conocer muchos de sus secretos y trucos, había intentado en vano, mediante la astucia, forzar la consigna. Desde que había vuelto a encontrar a Erik en la Ópera, donde parecía haber elegido domicilio, a menudo le había espiado, ya en los pasillos de arriba, ya en los de abajo, ya en la propia orilla del Lago, cuando se creía solo, subía a la pequeña barca y desembarcaba directamente en el muro de enfrente. Pero la sombra que lo envolvía era siempre demasiado opaca para permitirme ver en qué punto exacto hacía funcionar su puerta en el muro. La curiosidad, y también una idea temible que me había surgido al reflexionar en algunas palabras que el monstruo me había dicho, me empujaron, un día que también yo me creía solo, a lanzarme a la pequeña barca y a dirigirla hacia esa parte del muro donde había visto desaparecer a Erik. Fue entonces cuando tuve que vérmelas con la Sirena que guardaba los accesos de ese lugar y cuyo encanto estuvo a punto de serme fatal, en las condiciones precisas siguientes. No bien había abandonado la orilla cuando el silencio en medio del que navegaba fue insensiblemente turbado por una especie de soplo cantante que me rodeó. Era a la vez una respiración y una música; ascendía suavemente de las aguas del Lago y me envolvía sin que pudiera descubrir por qué artificio. Me seguía, se desplazaba conmigo, y era tan suave que no me daba miedo. Al contrario, deseando acercarme a la fuente de esa dulce y cautivadora armonía, me incliné, sobre mi pequeña barca, hacia las aguas, pues no me cabía ninguna duda de que ese canto venía de las propias aguas. Estaba ya en medio del Lago y no había nadie más en la barca que yo; la voz — pues ya era ahora distintamente una voz — estaba a mi lado, sobre las aguas. Me incliné... me incliné más... El Lago era de una calma perfecta y el rayo de luna que, tras haber

pasado por el respiradero de la rue Scribe, venía a iluminarlo, no me mostró absolutamente nada sobre su superficie lisa y negra como la tinta. Me sacudí un poco las orejas con el propósito de librarme de un posible zumbido, pero tuve que rendirme a la evidencia de que no hay zumbido de oídos tan armonioso como el soplo cantante que me seguía y que ahora me atraía.

Si yo hubiera sido un espíritu supersticioso o fácilmente accesible a las debilidades, no habría dejado de pensar que me las había con alguna sirena encargada de perturbar al viajero bastante osado para aventurarse por las aguas de la casa del Lago; pero, gracias a Dios, soy de un país donde se ama demasiado lo fantástico para no conocerlo a fondo, y yo mismo lo había estudiado demasiado antiguamente, con los trucos más sencillos: alguien que conoce su oficio puede hacer trabajar a la pobre imaginación humana.

No dudé pues de que me encontraba a merced de una nueva invención de Erik, pero esta invención era tan perfecta que, al inclinarme sobre la pequeña barca, estaba menos impulsado por el deseo de descubrir el ardid que por el de gozar de su encanto.

Y me incliné, me incliné... hasta casi volcar.

De pronto, dos brazos monstruosos salieron del seno de las aguas y me aferraron el cuello, arrastrándome al abismo con fuerza irresistible. Estaba perdido sin remedio si no hubiera tenido tiempo de lanzar un grito al que Erik me reconoció.

Pues era él, y en lugar de ahogarme como sin duda había tenido intención de hacer, nadó y me depositó suavemente en la orilla.

—Mira qué imprudente eres —me dijo, erguido ante mí, todo chorreante de esa agua de infierno—. ¿Por qué intentas entrar en mi morada? No te he invitado. No quiero ni de ti, ni de nadie en el mundo. ¿Es que me salvaste la vida sólo para hacerla insoportable? Por grande que sea el servicio prestado, quizá Erik acabe por olvidarlo, y sabes bien que nada puede retener a Erik, ni siquiera el propio Erik.

Hablaba, pero yo en ese momento no deseaba más que conocer lo que ya llamaba el truco de la sirena. Tuvo a bien satisfacer mi curiosidad, pues Erik, que es un verdadero monstruo —así es como lo juzgo yo, habiendo

tenido, ¡ay!, en Persia la ocasión de verle actuar — sigue siendo por ciertos lados un verdadero niño presuntuoso y vanidoso, y no ama nada tanto, después de asombrar a la concurrencia, como demostrar toda la ingenuidad verdaderamente milagrosa de su ingenio.

Se echó a reír y me mostró una larga caña de junco.

— ¡Es de lo más tonto! — me dijo — . ¡Pero resulta muy cómodo para respirar y cantar bajo el agua! Es un truco que aprendí de los piratas del Tonkín, que pueden así permanecer escondidos horas enteras en el fondo de los ríos.

Le hablé severamente.

— ¡Es un truco que casi me mata! — dije — ... ¡y quizá ha sido fatal para otros!

No me respondió, pero se levantó ante mí con ese aire de amenaza infantil que tan bien le conozco.

No me dejé «amedrentar». Le dije muy claramente:

— ¡Sabes lo que me prometiste, Erik! ¡No más crímenes!

— ¿Es que acaso — preguntó adoptando un aire amable — he cometido crímenes?

— ¡Desdichado! — exclamé — . ¿Has olvidado pues las horas rosas de Mazenderán?

— Sí — respondió, súbitamente triste — , prefiero haberlas olvidado; pero hice reír mucho a la pequeña sultana.

— Todo eso — declaré — es el pasado... pero está el presente... y me debes cuenta del presente, ya que, si yo hubiera querido, no existiría para ti...
Recuérdalo, Erik: ¡yo te salvé la vida!

Y aproveché el giro que había tomado la conversación para hablarle de algo que desde hacía algún tiempo me rondaba a menudo por la cabeza.

— Erik — pregunté — ... Erik, júrame...

— ¿Qué? — dijo — . Bien sabes que no mantengo mis juramentos. Los juramentos están hechos para atrapar a los bobos.

— Dime... ¿Puedes bien decírmelo a mí?

—¿Pues?

—¡Pues!... ¡La araña... la araña? Erik...

—¿Qué, la araña?

—¿Bien sabes de qué puedo estar hablando?

—¡Ah! —se rió—. La araña... eso sí te lo puedo decir. ¡La araña... no fui yo!... Estaba muy desgastada, la araña...

Cuando reía, Erik era más aterrador aún. Saltó a la barca riéndose de un modo tan siniestro que no pude evitar temblar.

—¡Muy desgastada, querido Daroga! ¡Muy desgastada, la araña!... Se cayó sola... Hizo bum... Y ahora, un consejo, Daroga, ve a secarte, si no quieres coger un catarro... ¡y no vuelvas a subir a mi barca... y sobre todo no intentes entrar en mi casa... no siempre estoy en casa!... ¡Daroga! ¡Y me daría pena dedicarte mi misa de difuntos!

Diciendo eso, riéndose entre dientes, estaba de pie en la popa de su barca y bogaba con un balanceo de mono. Tenía entonces muy bien el aspecto del fatal roquedo, con sus ojos de oro además. Y luego pronto no vi más que sus ojos, y por fin desapareció en la noche del lago.

Fue a partir de ese día cuando renuncié a penetrar en su morada por el lago. Evidentemente, esa entrada estaba demasiado bien guardada, sobre todo desde que sabía que yo la conocía. Pero pensaba bien que debía de haber otra, pues más de una vez había visto desaparecer a Erik en el tercer sótano, mientras lo vigilaba, sin que pudiera imaginar cómo. No sabré repetirlo bastante: desde que había vuelto a encontrar a Erik instalado en la Ópera, yo vivía en un terror perpetuo de sus horribles caprichos, no en lo que pudiera concernirme a mí, ciertamente, sino que todo lo temía de él para los demás. Y cuando ocurría algún accidente, algún suceso fatal, no dejaba de decirme: «¡Quizá es Erik!...», como otros decían a mi alrededor: «¡Es el Fantasma!...» ¡Cuántas veces no he oído pronunciar esa frase por gente que sonreía! ¡Los desgraciados! si hubieran sabido que ese fantasma existía en carne y hueso y era incomparablemente más terrible que la vana sombra que evocaban, ¡juro bien que habrían dejado de burlarse!... ¡Si hubieran sabido sólo de lo que Erik era capaz, sobre todo en un campo de maniobras como la Ópera!... ¡Y si hubieran conocido el fondo de mi terrible pensamiento!...

Yo ya no vivía... Aunque Erik me hubiera anunciado muy solemnemente que había cambiado mucho y que se había convertido en el más virtuoso de los hombres, desde que era amado por sí mismo, frase que me dejó en aquel momento horriblemente perplejo, no podía evitar estremecerme al pensar en el monstruo. Su horrible, única y repulsiva fealdad lo ponía al margen de la humanidad, y a menudo me parecía que él mismo, por eso mismo, ya no se creía obligado a ningún deber respecto a la raza humana. La manera en que me había hablado de sus amores no había hecho más que aumentar mis zozobras, pues preveía en ese acontecimiento al que había aludido con un tono de fanfarronería que bien le conocía, la causa de dramas nuevos y más espantosos que todo lo demás. Sabía hasta qué grado de sublime y desastrosa desesperación podía llegar el dolor de Erik, y las palabras que me había dicho — vagamente anunciadoras de la más horrible catástrofe— no cesaban de habitar mi terrible pensamiento.

Por otro lado, había descubierto el extraño comercio moral que se había establecido entre el monstruo y Christine Daaé. Oculto en el trastero que hace continuación al camerino de la joven diva, había asistido a admirables sesiones de música que sumergían evidentemente a Christine en un maravilloso éxtasis; pero aun así yo no habría pensado que la voz de Erik — que era retumbante como el trueno o dulce como la de los ángeles, a voluntad— pudiera hacer olvidar su fealdad. Lo comprendí todo cuando descubrí que Christine no lo había visto todavía. Tuve ocasión de penetrar en el camerino y, recordando las lecciones que en otro tiempo él mismo me había dado, no tardé en encontrar el truco que hacía pivotar el muro que sostenía el espejo, y comprobé el truchimán de ladrillos huecos, ladrillos portavoz, mediante el que se hacía oír por Christine como si estuviera a su lado. Por allí descubrí también el camino que conduce a la fuente y al calabozo —el calabozo de los comuneros— y también la trampilla que debía permitir a Erik introducirse directamente en los sótanos de la escena.

Pocos días más tarde, cuál no fue mi estupefacción al saber, con mis propios ojos y mis propios oídos, que Erik y Christine Daaé se veían, y al sorprender al monstruo, inclinado sobre la pequeña fuente que llora, en el camino de los comuneros (al fondo del todo, bajo tierra), refrescando la frente de Christine Daaé desmayada. Un caballo blanco, el caballo del Profeta, que había desaparecido de las caballerizas de los sótanos de la Ópera, estaba tranquilamente junto a ellos. Me dejé ver. Fue terrible. Vi

chispas salir de dos ojos de oro y antes de que hubiera podido decir una palabra, recibí en plena frente un golpe que me aturdió. Cuando volví en mí, Erik, Christine y el caballo blanco habían desaparecido. No dudaba de que la desdichada era prisionera en la morada del Lago. Sin vacilar, resolví volver a la orilla pese al peligro cierto de semejante empresa. Durante veinticuatro horas estuve al acecho, oculto cerca de la negra ribera, esperando la aparición del monstruo, pues pensaba bien que tendría que salir, forzado a hacer sus provisiones. Y a propósito de esto, debo decir que cuando salía a París o se atrevía a mostrarse en público, se ponía en lugar de su horrible agujero de nariz una nariz de cartón piedra guarnecida de bigote, lo que no le quitaba del todo su aire macabro, pues cuando pasaba, se decía a sus espaldas: «Mira, ahí va el padre Burla-a-la-muerte», pero lo que le hacía más o menos —digo más o menos— soportable de ver.

Estaba pues al acecho en la orilla del Lago —del Lago Averno, como lo había llamado varias veces ante mí, riéndose entre dientes— y cansado de mi larga paciencia, me decía aún: Ha pasado por otra puerta, la del «tercer sótano», cuando oí un pequeño chapoteo en la oscuridad, vi los dos ojos de oro brillar como fanales, y pronto la barca atracó. Erik saltaba a la orilla y venía hacia mí.

—Llevas veinticuatro horas ahí —me dijo—. Me estorbas. Te anuncio que todo esto acabará muy mal. ¡Y has sido tú quien habrá querido! ¡porque mi paciencia contigo es prodigiosa!... Crees seguirme, inmeso necio —textual—, y soy yo quien te sigue, y sé todo lo que tú sabes de mí aquí. Te perdóné ayer en mi camino de los comuneros; pero te lo digo, en verdad, que no te vea yo más por allí. Todo esto es muy imprudente, a fe mía, ¡y me pregunto si sabes todavía lo que significa hablar!

Estaba tan furioso que tuve buen cuidado, en ese instante, de no interrumpirle. Después de soplar como una foca, precisó su horrible pensamiento —que respondía a mi terrible pensamiento.

—Sí, hay que saber de una vez para siempre —de una vez para siempre, dicho está— lo que significa hablar. Te digo que con tus imprudencias —pues ya te has hecho detener dos veces por la sombra del sombrero de fieltro, que no sabía qué hacías en los sótanos y que te condujo ante los directores, quienes te tomaron por un caprichoso persa aficionado a los trucos de escena de hadas y a los bastidores de teatro (yo estaba allí... sí, estaba allí en

el despacho; bien sabes que estoy en todas partes) — te digo pues que con tus imprudencias acabarán por preguntarse qué buscas aquí... y acabarán por saber que buscas a Erik... y querrán, como tú, buscar a Erik... y descubrirán la casa del Lago... Entonces, ¡peor para ti, viejo amigo! ¡Peor para ti!... ¡Ya no respondo de nada!

Volvió a soplar como una foca.

— ¡De nada!... ¡Si los secretos de Erik no siguen siendo los secretos de Erik, peor para muchos de los de la raza humana! Eso es todo lo que tenía que decirte, y a menos que seas un inmenso necio —textual—, con eso debería bastarte; a menos que sepas lo que significa hablar...

Se había sentado en la popa de su barca y golpeaba la madera de la pequeña embarcación con los talones, esperando lo que yo tenía que responderle; le dije sencillamente:

— ¡No es a Erik a quien vengo a buscar aquí!...

— ¿Y a quién entonces?

— Bien lo sabes: ¡a Christine Daaé!

Me replicó:

— Tengo pleno derecho a citarla en mi casa. Me aman por mí mismo.

— No es verdad —dije—; ¡la has raptado y la retienes prisionera!

— Escucha —me dijo—. ¿Me prometes no ocuparte más de mis asuntos si te pruebo que me aman por mí mismo?

— Sí, te lo prometo —respondí sin vacilar, pues pensaba bien que para semejante monstruo semejante prueba era imposible de hacer.

— ¡Pues bien, es de lo más sencillo!... Christine Daaé saldrá de aquí cuando le plazca y volverá... ¡Sí, volverá! porque le placera... ¡volverá por su propia voluntad, porque me ama!...

— ¡Oh! Dudo de que vuelva... ¡Pero es tu deber dejarla ir!

— ¡Mi deber, inmenso necio! —textual— ¡Es mi voluntad... mi voluntad de dejarla ir, y ella volverá... porque me ama!... Todo esto, te lo digo, acabará en un matrimonio... ¡un matrimonio en la Madeleine, inmenso

necio! —textual—. ¿Me crees, al fin? ¡Cuando te digo que mi misa nupcial ya está escrita!... ¡ya verás ese Kyrie!

Golpeteó de nuevo sus talones contra la madera de la barca, en una especie de ritmo que acompañaba a media voz cantando: ¡Kyrie!... ¡Kyrie!... ¡Kyrie Eleison!... ¡Ya verás, ya verás esa misa!

—Escucha —concluí—, te creeré si veo a Christine Daaé salir de la casa del Lago y volver a ella libremente.

—¿Y no te ocuparás más de mis asuntos?

—Pues bien, ¡lo verás esta noche!... ¡Ven al baile de máscaras! Christine y yo iremos a dar una vuelta... ¡Después ve a ocultarte en el trastero y verás que Christine, que habrá vuelto a su camerino, no pedirá otra cosa que retomar el camino de los comuneros!

—¡Trato hecho!

Si veía eso, en efecto, no tendría más que inclinarme, pues una persona muy hermosa siempre tiene derecho a amar al monstruo más horrible, sobre todo cuando éste, como aquél, tiene la seducción de la música y cuando esa persona es precisamente una distinguidísima cantante.

—¡Y ahora, márchate! ¡porque tengo que salir a hacer la compra!

Me fui pues, siempre inquieto por lo que atañía a Christine Daaé, pero sobre todo con un pensamiento terrible en el fondo de mí mismo, desde que él lo había despertado tan formidablemente a propósito de mis imprudencias.

Me decía: «¿Cómo acabará todo esto?» Y, aunque era de temperamento bastante fatalista, no podía desprenderme de una indefinible angustia a causa de la increíble responsabilidad que había contraído un día al dejar vivir al monstruo que hoy amenazaba a muchos de los de la raza humana.

Para mi prodigioso asombro, las cosas se desarrollaron como él me lo había anunciado. Christine Daaé salió de la casa del Lago y volvió a ella varias veces sin que aparentemente fuera forzada. Mi espíritu quiso entonces apartarse de ese amoroso misterio, pero era muy difícil, sobre todo para mí —a causa del terrible pensamiento— no pensar en Erik. Sin embargo, resignado a una prudencia extrema, no cometí la falta de volver a las orillas del Lago ni de retomar el camino de los comuneros. Pero la obsesión

de la puerta secreta del tercer sótano persiguiéndome, me fui más de una vez directamente a ese lugar que sabía desierto la mayor parte del tiempo durante el día. Hacía allí interminables guardias tamborileando con los pulgares y oculto por una decoración de El rey de Lahore, que habían dejado allí no sé por qué, pues no se representaba a menudo El rey de Lahore. Tanta paciencia debía ser recompensada. Un día vi venir hacia mí, sobre sus rodillas, al monstruo. Estaba seguro de que no me veía. Pasó entre la decoración que había allí y un portante, fue hasta la pared y actuó, en un punto que determiné desde lejos, sobre un resorte que hizo bascular una piedra, abriéndole un paso. Desapareció por ese paso y la piedra se cerró tras él. Tenía el secreto del monstruo, secreto que podía, a mi hora, entregarme la morada del Lago.

Para cerciorarme, esperé al menos media hora e hice funcionar a mi vez el resorte. Todo se desarrolló como para Erik. Pero no me atreví a penetrar yo mismo en el agujero, sabiendo a Erik en su casa. Por otra parte, la idea de que podía ser sorprendido aquí por Erik me recordó de pronto la muerte de Joseph Buquet, y no queriendo comprometer semejante descubrimiento, que podía ser útil para mucha gente, para muchos de los de la raza humana, abandoné los sótanos del teatro, tras haber vuelto cuidadosamente la piedra a su lugar, según un sistema que no había variado desde Persia.

Bien pueden suponer que seguía muy interesado en la intriga de Erik y Christine Daaé, no por obedecer en esa circunstancia a una mórbida curiosidad, sino a causa, como ya he dicho, de ese terrible pensamiento que no me abandonaba: «Si —pensaba— Erik descubre que no le aman por sí mismo, podemos esperarlo todo.» Y sin dejar de errar —prudentemente— por la Ópera, supe pronto la verdad sobre los tristes amores del monstruo. Ocupaba el espíritu de Christine con el terror, pero el corazón de la dulce criatura pertenecía todo entero al vizconde Raoul de Chagny. Mientras éstos jugaban los dos, como dos inocentes prometidos, por los pisos de arriba de la Ópera —huyendo del monstruo— no sospechaban que alguien velaba por ellos. Yo estaba decidido a todo: a matar al monstruo si era necesario y a dar explicaciones después a la justicia. Pero Erik no se mostraba, y eso no me tranquilizaba más por ello.

Debo decir todo mi cálculo. Yo creía que el monstruo, expulsado de su morada por los celos, me permitiría así penetrar sin peligro en la casa del Lago, por el pasadizo del tercer sótano. Me interesaba, para todo el mundo,

saber exactamente qué podía haber allí dentro. Un día, cansado de esperar una ocasión, hice funcionar la piedra y al instante oí una música formidable; el monstruo trabajaba, con todas las puertas de su casa abiertas, en su Don Juan triunfante. Sabía que era la obra de su vida. Tuve buen cuidado de no moverme y permanecí prudentemente en mi agujero oscuro. Se detuvo un momento de tocar y se puso a caminar de un lado a otro de su morada como un loco. Y dijo en voz alta, con voz retumbante: «¡Hay que que todo esto esté terminado antes! ¡Bien terminado!» Esas palabras no eran precisamente para tranquilizarme, y como la música reanudaba, cerré la piedra muy suavemente. Pues bien, a pesar de esa piedra cerrada, seguía oyendo un vago canto lejano, lejano, que ascendía del fondo de la tierra, como había oído el canto de la sirena ascender del fondo de las aguas. Y recordé las palabras de algunos tramoyistas de las que se habían reído en el momento de la muerte de Joseph Buquet: «Alrededor del cuerpo del ahorcado había como un ruido que se parecía al canto de los muertos.»

El día del rapto de Christine Daaé, no llegué al teatro hasta bastante tarde esa noche y temblando de recibir malas noticias. Había pasado una jornada atroz, pues no había dejado, desde la lectura de un periódico de la mañana que anunciaba el matrimonio de Christine y del vizconde de Chagny, de preguntarme si, después de todo, no haría mejor en denunciar al monstruo. Pero la razón me volvió y seguí persuadido de que semejante actitud no podría más que precipitar la posible catástrofe.

Cuando mi coche me dejó ante la Ópera, miré ese monumento como si estuviera de verdad sorprendido de verlo aún en pie.

Pero soy, como todo buen oriental, algo fatalista, y entré dispuesto a todo.

El rapto de Christine Daaé en el acto de la prisión, que naturalmente sorprendió a todo el mundo, me encontró preparado. Era seguro que Erik la había escamoteado, como el rey de los prestidigitadores que en verdad es. Y pensé bien que esta vez era el fin para Christine, y quizá para todo el mundo.

Hasta el punto de que un momento me pregunté si no iba a aconsejar a toda esa gente que se rezagaba en el teatro que se salvara. Pero de nuevo fui detenido en ese pensamiento de denuncia por la certeza de que me tomarían por un loco. Por último, no ignoraba que si, por ejemplo, gritaba para hacer

salir a toda esa gente: «¡Fuego!», podía ser la causa de una catástrofe: asfixias en la huida, pisoteos, luchas salvajes —peor que la propia catástrofe.

Sin embargo, resolví actuar sin más dilación, personalmente. El momento me parecía, por lo demás, propicio. Tenía muchas posibilidades de que Erik no pensara, a esa hora, más que en su cautiva. Había que aprovecharlo para penetrar en su morada por el tercer sótano, y pensé, para esa empresa, en adjuntarme a ese pobre pequeño desesperado de vizconde, que a la primera palabra aceptó con una confianza en mí que me conmovió profundamente; había mandado a buscar mis pistolones a mi criado. Darius se reunió con nosotros con la caja en el camerino de Christine. Le di un pistolón al vizconde y le aconsejé que estuviera listo para disparar como yo mismo, pues, después de todo, Erik podía esperarnos detrás del muro. Debíamos pasar por el camino de los comuneros y por la trampilla.

El pequeño vizconde me había preguntado, al ver mis pistolones, si íbamos a batimos en duelo. ¡Claro que sí! Y dije: ¡Qué duelo! Pero no tuve tiempo, por supuesto, de explicarle nada. ¡El pequeño vizconde es valiente, pero ignoraba casi todo de su adversario! ¡Y era mejor así!

¿Qué es un duelo con el más terrible de los espadachines comparado con un combate con el más genial de los prestidigitadores? Yo mismo me costaba hacerme a la idea de que iba a entrar en lucha con un hombre que en el fondo sólo es visible cuando quiere y que, en cambio, lo ve todo a su alrededor cuando todo para uno sigue oscuro... Con un hombre cuya extraña ciencia, sutileza, imaginación y destreza le permiten disponer de todas las fuerzas naturales, combinadas para crear ante sus ojos o sus oídos la ilusión que le pierde... ¡Y eso, en los sótanos de la Ópera, es decir en el país mismo de la fantasmagoría! ¿Puede imaginarse eso sin estremecerse? ¿Puede uno siquiera tener una idea de lo que podría ocurrirle a los ojos o a los oídos de un habitante de la Ópera, si se hubiera encerrado en la Ópera —en sus cinco sótanos y sus veinticinco pisos de arriba— a un Robert-Houdin feroz y «gracioso», ora que se burla, ora que odia, ora que vacía los bolsillos, ora que mata? ¿Piensan en esto: «¡Combatir al aficionado a las trampillas?» — ¡Dios mío, cuántas ha fabricado entre nosotros, en todos nuestros palacios, esas asombrosas trampillas giratorias que son las mejores de las trampillas! — ¡Combatir al aficionado a las trampillas en el país de las trampillas!...

Si mi esperanza era que no hubiera abandonado a Christine Daaé en esa morada del Lago donde debió de transportarla, de nuevo desmayada, mi terror era que ya estuviera en algún lugar a nuestro alrededor, preparando el lazo del Punyab.

Nadie mejor que él sabe lanzar el lazo del Punyab, y es el príncipe de los estranguladores como es el rey de los prestidigitadores. Cuando había terminado de hacer reír a la pequeña sultana, en los tiempos de las horas rosas de Mazenderán, ésta pedía ella misma que se entretenera haciéndola estremecer. Y no había encontrado nada mejor que el juego del lazo del Punyab. Erik, que había permanecido en la India, había vuelto de allí con una increíble destreza en el estrangulamiento. Se hacía encerrar en un patio donde se introducía a un guerrero —la mayoría de las veces un condenado a muerte— armado de una larga lanza y una ancha espada. Erik, por su parte, sólo tenía su lazo, y era siempre en el momento en que el guerrero creía abatir a Erik de un golpe formidable cuando se oía silbar el lazo. Con un golpe de muñeca, Erik había apretado el fino lazo alrededor del cuello de su enemigo y lo arrastraba enseguida ante la pequeña sultana y sus damas que miraban desde una ventana y aplaudían. La pequeña sultana aprendió también a lanzar el lazo del Punyab y mató así a varias de sus damas e incluso a unas amigas de visita. Pero prefiero abandonar ese terrible asunto de las Horas Rosas de Mazenderán. Si lo he mencionado, fue porque, habiendo llegado con el vizconde de Chagny a los sótanos de la Ópera, tuve que poner en guardia a mi compañero contra una posibilidad siempre amenazante a nuestro alrededor: el estrangulamiento. ¡Claro que! una vez en los sótanos, mis pistolones ya no podían servirnos para nada, pues estaba bien seguro de que, desde el momento en que no se había opuesto de entrada a nuestra penetración en el camino de los comuneros, Erik ya no se dejaría ver. Pero podía siempre estrangularnos. No tuve tiempo de explicarle todo eso al vizconde y ni siquiera sé si, de haber dispuesto de ese tiempo, lo habría usado para contarle que había en algún lugar, en la sombra, un lazo del Punyab listo para silbar. Era muy inútil complicar la situación y me limité a aconsejar al señor de Chagny que mantuviera siempre la mano a la altura del ojo, el brazo doblado en la posición del tirador de pistolón que espera el mando de fuego. En esa posición, es imposible, incluso para el estrangulador más hábil, lanzar útilmente el lazo del Punyab. Al mismo tiempo que el cuello, le toma el brazo o la mano, y así ese lazo, que puede fácilmente desatarse, se vuelve inofensivo.

Tras haber evitado al comisario de policía y a algunos cerradores de puertas, luego a los bomberos, y encontrado por primera vez al matarratones y pasado inadvertidos a los ojos del hombre del sombrero de fieltro, el vizconde y yo llegamos sin contratiempos al tercer sótano, entre el portante y la decoración de El rey de Lahore. Hice funcionar la piedra y saltamos a la morada que Erik se había construido en el doble revestimiento de los muros de cimentación de la Ópera (y eso, de lo más tranquilamente del mundo, ya que Erik fue uno de los primeros empresarios de albañilería de Philippe Garnier, el arquitecto de la Ópera, y había seguido trabajando, misteriosamente, solo, cuando las obras estaban oficialmente suspendidas, durante la guerra, el sitio de París y la Comuna).

Conocía a mi Erik lo suficiente como para abrigar la presunción de llegar a descubrir todos los trucos que había podido fabricarse durante todo ese tiempo; así pues no estaba en absoluto tranquilo al saltar a su casa. Sabía lo que había hecho con cierto palacio de Mazenderán. De la construcción más honesta del mundo, había hecho pronto la casa del diablo, donde ya no se podía pronunciar una palabra sin que fuera espiada o repetida por el eco. ¡Cuántos dramas de familia, cuántas tragedias sangrientas arrastraba el monstruo detrás de él con sus trampillas! Sin contar que nunca se podía, en los palacios que había «trampillado», saber exactamente dónde uno estaba. Tenía invenciones asombrosas. La más curiosa, la más horrible y la más peligrosa de todas era sin duda la cámara de los suplicios. Salvo en los casos excepcionales en que la pequeña sultana se entretenía haciendo sufrir al burgués, sólo se dejaba entrar allí a los condenados a muerte. Era, en mi opinión, la más atroz imaginación de las horas rosas de Mazenderán. Así pues, cuando el visitante que había entrado en la cámara de los suplicios ya tenía «bastante», siempre le estaba permitido acabar con el lazo del Punjab que se dejaba a su disposición al pie del árbol de hierro.

Pues bien, cuál no fue mi consternación, nada más penetrar en la morada del monstruo, al percatarme de que la habitación en la que acabábamos de saltar, el señor vizconde de Chagny y yo, era justamente la reconstitución exacta de la cámara de los suplicios de las horas rosas de Mazenderán.

A nuestros pies, encontré el lazo del Punjab que tanto había temido toda la noche. Estaba convencido de que ese hilo ya había servido para Joseph Buquet. El jefe tramoyista debía de haber sorprendido cierta noche a Erik en el momento en que hacía funcionar la piedra del tercer sótano. Curioso,

había intentado a su vez el pasadizo antes de que la piedra se cerrara, y había caído en la cámara de los suplicios, de la que sólo había salido ahorcado. Me imaginé perfectamente a Erik arrastrando el cuerpo del que quería deshacerse hasta la decoración de El rey de Lahore y colgándolo allí, para dar un escarmiento o para acrecentar el terror supersticioso que debía ayudarle a guardar los accesos de la caverna.

Pero, reflexionándolo, Erik volvía a buscar el lazo del Punyab, que está singularmente hecho de tripas de gato y que habría podido excitar la curiosidad de un juez de instrucción. Así se explicaba la desaparición de la cuerda del ahorcado.

Y he aquí que lo descubría a nuestros pies, el lazo, ¡en la cámara de los suplicios!... No soy pusilánime, pero un sudor frío me inundó el rostro.

La linterna cuyo pequeño disco rojo paseaba yo por las paredes de la demasiado famosa cámara temblaba en mi mano.

El señor de Chagny se dio cuenta y me dijo:

—¿Qué pasa pues, señor?

Le hice señas enérgicas de que callara, pues aún podía tener esa suprema esperanza de que estábamos en la cámara de los suplicios sin que el monstruo lo supiera.

E incluso esa esperanza no era la salvación, pues podía imaginarme perfectamente que, del lado del tercer sótano, la cámara de los suplicios estaba encargada de guardar la morada del Lago, y eso quizá, de manera automática.

Sí, los suplicios iban quizá a comenzar automáticamente.

¿Quién podría decir qué gestos nuestros esperaban para eso?

Recomendé la inmovilidad más absoluta a mi compañero.

Un aplastante silencio pesaba sobre nosotros.

Y mi linterna roja seguía haciendo el recorrido de la cámara de los suplicios... la reconocía... la reconocía...»

XXIII

EN LA CÁMARA DE LOS SUPPLICIOS

(Continuación del relato del Persa)

«Estábamos en el centro de una pequeña sala de forma perfectamente hexagonal... cuyos seis paños de pared estaban interiormente revestidos de espejos... de arriba abajo... En los ángulos, se distinguían muy bien los «añadidos» de espejo... los pequeños sectores destinados a girar sobre sus tambores... sí, sí, los reconozco... y reconozco el árbol de hierro en un ángulo, al fondo de uno de esos pequeños sectores... el árbol de hierro, con su rama de hierro... para los ahorcados.

Había tomado del brazo a mi compañero. El vizconde de Chagny estaba todo estremecido, todo dispuesto a gritar a su prometida el socorro que le traía... Yo temía que no pudiera contenerse.

De pronto oímos ruido a nuestra izquierda.

Fue primero como una puerta que se abría y se cerraba, en la habitación contigua, luego hubo un sordo gemido. Retuvo aún más fuertemente el brazo del señor de Chagny, luego oímos distintamente estas palabras:

—¡O lo tomas o lo dejas! La misa nupcial o la misa de difuntos.

Reconocí la voz del monstruo.

Hubo otro gemido.

A continuación, un largo silencio.

Estaba persuadido ya de que el monstruo ignoraba nuestra presencia en su morada, pues de haber sido de otro modo se habría arreglado bien para que no lo oyéramos. Le habría bastado para eso cerrar herméticamente la pequeña ventana invisible por la que los aficionados a los suplicios miran hacia la cámara de los suplicios.

Y además, estaba seguro de que si hubiera conocido nuestra presencia, los suplicios habrían comenzado enseguida.

Teníamos pues, desde entonces, una gran ventaja sobre Erik: estábamos a su lado y él no lo sabía.

Lo importante era no hacérselo saber, y no temía nada tanto como el impulso del vizconde de Chagny que quería lanzarse a través de los muros para reunirse con Christine Daaé, cuyo gemido creíamos oír a intervalos.

— ¡La misa de difuntos no es nada alegre! — prosiguió la voz de Erik —, mientras que la misa nupcial, ¡de eso sí que se puede hablar!, ¡es magnífica! Hay que tomar una resolución y saber lo que se quiere. A mí me es imposible seguir viviendo así, en el fondo de la tierra, en un agujero, ¡como un topo! El Don Juan triunfante está terminado, ahora quiero vivir como todo el mundo. Quiero tener una mujer como todo el mundo y saldremos a pasear los domingos. He inventado una máscara que me pone el rostro de cualquiera. Ni siquiera se volvería nadie. Serás la más feliz de las mujeres. Y cantaremos solos, hasta morir. ¡Lloras! ¡Tienes miedo de mí! Sin embargo, en el fondo no soy malo. ¡Ámame y lo verás! Sólo me ha faltado ser amado para ser bueno. Si me amaras, sería manso como un cordero y harías de mí lo que quisieras.

Pronto el gemido que acompañaba esa especie de letanía de amor fue creciendo, creciendo. No he oído nunca nada más desesperado, y el señor de Chagny y yo reconocimos que esa espantosa lamentación pertenecía al propio Erik. En cuanto a Christine, debía de encontrarse en algún lugar, quizá al otro lado del muro que teníamos delante, muda de horror, sin fuerza ya para gritar, con el monstruo a sus pies.

Esa lamentación era sonora y retumbante y ronca como el lamento de un océano. Por tres veces Erik sacó ese lamento del peñasco de su garganta.

— ¡No me amas! ¡No me amas! ¡No me amas!

Y luego se suavizó:

—¿Por qué lloras? Ya sabes que me haces daño.

Un silencio.

Cada silencio era para nosotros una esperanza. Nos decíamos: «Quizá ha dejado a Christine detrás del muro.»

Y no pensábamos más que en la posibilidad de avisar a Christine Daaé de nuestra presencia sin que el monstruo sospechara nada.

Ya no podíamos salir de la cámara de los suplicios si Christine no nos abría la puerta, y era con esa condición previa como podíamos llevarle socorro, pues ignorábamos incluso dónde podía encontrarse la puerta alrededor de nosotros.

De pronto, el silencio de la habitación de al lado fue turbado por el sonido de un timbre eléctrico.

Hubo un sobresalto al otro lado del muro y la voz de trueno de Erik:

—¡Llaman! ¡Sírvese entrar!

Una risa lúgubre.

—¿Quién viene otra vez a molestarnos? Espérame un momento aquí... voy a decirle a la sirena que abra.

Y unos pasos se alejaron, una puerta se cerró. No tuve tiempo de pensar en el nuevo horror que se preparaba; olvidé que el monstruo sólo salía para quizá un nuevo crimen; sólo comprendí una cosa: ¡Christine estaba sola detrás del muro!

El vizconde de Chagny ya la llamaba.

—¡Christine! ¡Christine!

Desde el momento en que oíamos lo que se decía en la habitación de al lado, no había ninguna razón para que mi compañero no fuera oído a su vez. Y sin embargo, el vizconde tuvo que repetir su llamada varias veces.

Por fin una débil voz llegó hasta nosotros.

—¡Estoy soñando! —decía.

—¡Christine! ¡Christine! ¡Soy yo, Raoul!

Silencio.

— ¡Pero respóndame, Christine! Si está sola, ¡por el amor del cielo, respóndame!

Entonces la voz de Christine murmuró el nombre de Raoul.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Soy yo! ¡No es un sueño!... Christine, tenga confianza... Estamos aquí para salvarla... pero no cometa ninguna imprudencia... Cuando oiga al monstruo, avísenos.

— ¡Raoul!... ¡Raoul!

Ella se hizo repetir varias veces que no soñaba y que Raoul de Chagny había podido llegar hasta ella, guiado por un compañero fiel que conocía el secreto de la morada de Erik.

Pero en seguida a la demasiado rápida alegría que le traíamos sucedió un terror mayor. Quería que Raoul se alejara de inmediato. Temblaba de que Erik descubriera su escondite, pues en ese caso no habría dudado en matar al joven. Nos hizo saber en pocas palabras precipitadas que Erik se había vuelto del todo loco de amor y que estaba decidido a matar a todo el mundo y a sí mismo con el mundo, si ella no consentía en convertirse en su esposa ante el alcalde y el cura, el cura de la Madeleine. Le había dado hasta el día siguiente por la noche a las once para reflexionar. Era el último plazo. Tendría entonces que elegir, como él decía, entre la misa nupcial y la misa de difuntos.

Y Erik había pronunciado esa frase que Christine no había comprendido del todo: «¡Sí o no; si es no, todo el mundo está muerto y enterrado!»

Pero yo comprendía perfectamente esa frase, pues respondía de una manera terrible a mi terrible pensamiento.

— ¿Podría decirnos dónde está Erik? — pregunté.

Respondió que debía de haber salido de la morada.

— ¿Podría cerciorarse?

— ¡No! Estoy atada... no puedo hacer un movimiento.

Al saber eso, el señor de Chagny y yo no pudimos reprimir un grito de rabia. Nuestra salvación, la de los tres, dependía de la libertad de movimientos de la joven.

— ¡Liberarla! ¡Llegar hasta ella!

— ¿Pero dónde están ustedes? — preguntaba Christine—. Sólo hay dos puertas en mi habitación: la habitación Luis Felipe de la que le hablé, Raoul, una puerta por donde entra y sale Erik, y otra que nunca ha abierto ante mí y que me tiene prohibido franquear jamás, porque es, dice, la más peligrosa de las puertas... ¡la puerta de los suplicios!

— ¡Christine, estamos detrás de esa puerta!...

— ¿Están ustedes en la cámara de los suplicios?

— Sí, pero no vemos la puerta.

— ¡Ah! Si al menos pudiera arrastrarme hasta allí... Llamaría contra la puerta y ustedes verían bien el lugar donde está.

— ¿Es una puerta con cerradura? — pregunté.

— Sí, con cerradura.

Pensé: Se abre del otro lado con una llave, como todas las puertas; pero de nuestro lado, se abre con el resorte y el contrapeso, y eso no va a ser fácil de descubrir.

— ¡Señorita! — dije—. Es absolutamente necesario que nos abra esa puerta.

— ¿Pero cómo? — respondió la voz llorosa de la desgraciada—. Oímos un cuerpo que se retorció, que intentaba evidentemente liberarse de las ligaduras que lo aprisionaban...

— Sólo saldremos de aquí con la astucia — dije—. Hay que tener la llave de esa puerta...

— Sé dónde está — respondió Christine, que parecía exhausta por el esfuerzo que acababa de hacer—. Pero estoy bien atada. ¡El miserable!...

Y hubo un sollozo.

— ¿Dónde está la llave? — pregunté, ordenando al señor de Chagny que se callara y me dejara dirigir el asunto, pues no teníamos un momento que perder.

— En la habitación, junto al órgano, con otra pequeña llave de bronce a la que también me ha prohibido tocar. Están las dos en un pequeño saco de

cuero que él llama: La bolsita de la vida y de la muerte... ¡Raoul! ¡Raoul! ¡huyan!... Todo aquí es misterioso y terrible... y Erik va a volverse del todo loco... ¡Y están en la cámara de los suplicios! ¡Váyanse por donde vinieron! Esa cámara debe tener razones para llamarse con ese nombre.

—¡Christine! —dijo el joven—. ¡Saldremos de aquí juntos o moriremos juntos!

—Sólo depende de nosotros salir de aquí todos sanos y salvos —susurré—; pero hay que mantener la sangre fría. ¿Por qué la ha atado, señorita? No puede escaparse de su casa de todos modos. Él lo sabe bien.

—¡Quise matarme! Esta noche el monstruo, tras haberme traído aquí desmayada, a medio cloroformar, se había ausentado. Fue, según parece —él mismo me lo dijo— a casa de su banquero. Cuando volví, me encontró con la cara ensangrentada... quise matarme, me había golpeado la frente contra los muros.

—¡Christine! —gimió Raoul, y se puso a sollozar.

—Entonces me ató... no tengo derecho a morir hasta mañana por la noche a las once...

Toda esa conversación a través del muro era mucho más «entrecortada» y mucho más prudente de lo que podría dar a entender al transcribirla aquí. A menudo nos deteníamos en mitad de una frase, porque nos había parecido oír un crujido, un paso, un movimiento insólito... Ella nos decía: ¡No, no, no es él!... ¡Ha salido! ¡Ha salido bien! He reconocido el ruido que hace, al cerrarse, el muro del Lago.

—¡Señorita! —declaré—. Fue el propio monstruo quien la ató... será él quien la desate... Se trata sólo de interpretar bien la comedia que hace falta para eso... No olvide que la ama.

—¡Desdichada! —oímos—, ¿cómo podría olvidarlo jamás!

—Recuérdelo para sonreírle... suplíquele... dígame que esas ligaduras le hacen daño.

Pero Christine Daaé nos dijo:

—¡Chis!... Oigo algo en el muro del Lago... ¡Es él!... ¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Váyanse!

— ¡No nos iríamos aunque quisiéramos! — afirmé de manera que impresionara a la joven —. ¡Ya no podemos salir! ¡Y estamos en la cámara de los suplicios!

— ¡Silencio! — susurró Christine de nuevo.

Callamos los tres.

Unos pesados pasos se arrastraban lentamente detrás del muro, luego se detenían y volvían a hacer gemir el suelo.

Luego hubo un formidable suspiro seguido de un grito de horror de Christine y oímos la voz de Erik.

— Te pido perdón por mostrarte tal semblante... estoy en buen estado, ¿verdad? Es culpa del otro. ¿Por qué llamó? ¿Es que yo pregunto a los que pasan la hora que es? Ya no le preguntaré la hora a nadie. Es culpa de la sirena...

Otro suspiro, más profundo, más formidable, venido del fondo del abismo de un alma.

— ¿Por qué has gritado, Christine?

— Porque sufro, Erik.

— Creí que te había asustado...

— Erik, afloje mis ligaduras... ¿no soy su prisionera?

— Querrás morir otra vez...

— Me ha dado usted plazo hasta mañana por la noche a las once, Erik...

Los pasos se arrastran de nuevo por el suelo.

— Después de todo, puesto que tenemos que morir juntos... y que yo tengo tanta prisa como tú... sí, yo también estoy harto de esta vida, ¿comprendes?... Espera, no te muevas, voy a liberarte... No tienes más que decir: ¡no! y todo habrá terminado de inmediato, para todo el mundo... Tienes razón... ¡tienes razón! ¿Por qué esperar hasta mañana por la noche a las once? ¡Ah! sí, porque habría sido más hermoso... siempre he tenido la manía del decoro... de lo grandioso... ¡es una niñería!... Sólo hay que pensar en uno mismo en la vida... en la propia muerte... el resto es de sobra... Miras qué mojado estoy... Ah, mi querida, es que me equivoqué al salir... Hace un

tiempo como para no sacar a un perro a la calle... Por lo demás, Christine, creo que tengo alucinaciones... Sabes, el que llamaba hace un momento a casa de la sirena —ve a ver al fondo del lago si llama—, pues bien, se parecía... Mira, date la vuelta... ¿estás contenta? Ya estás libre... ¡Dios mío! tus muñecas, Christine, ¿te hice daño?... Eso solo merece la muerte... A propósito de la muerte, tengo que cantarle su misa.

Al oír esas terribles palabras, no pude evitar tener un horrible presentimiento... Yo también había llamado una vez a la puerta del monstruo... ¡y sin saberlo, claro está!... debí de haber puesto en marcha alguna corriente avisadora... Y recordé los dos brazos salidos de las aguas negras como la tinta... ¿Quién era el otro desdichado extraviado en esas orillas?

El pensamiento en ese desdichado casi me impedía alegrarme del ardid de Christine; y sin embargo, el vizconde de Chagny me murmuraba al oído esa palabra mágica: ¡liberada!... ¿Pero quién? ¿Quién era el otro? ¿Aquél por quien en ese momento oíamos la misa de difuntos?

¡Ah! ¡El canto sublime y furioso! Toda la casa del Lago retumbaba de él... todas las entrañas de la tierra se estremecían de él... Habíamos puesto los oídos contra el muro de espejo para oír mejor el juego de Christine Daaé, el juego que ella jugaba para nuestra liberación, pero ya no oíamos más que el juego de la misa de difuntos. Era más bien una misa de los condenados... Hacía, en el fondo de la tierra, una ronda de demonios.

Recuerdo que el Dies irae que cantó nos envolvió como una tormenta. Sí, teníamos rayos a nuestro alrededor y relámpagos... ¡Claro que! lo había oído cantar en otro tiempo... Llegaba incluso a hacer cantar las bocas de piedra de mis toros androcéfalos, en los muros del palacio de Mazenderán... Pero cantar así, ¡nunca! ¡jamás! Cantaba como el dios del trueno...

De pronto, el órgano y la voz se detuvieron tan bruscamente que el señor de Chagny y yo retrocedimos contra el muro, tan sobresaltados quedamos... Y la voz, súbitamente cambiada, transformada, resonó distintamente con todas esas sílabas metálicas:

—¿Qué has hecho de mi bolsa?»

XXIV

COMIENZAN LOS SUPPLICIOS

(Continuación del relato del Persa)

«La voz repitió con furia:

—¿Qué has hecho de mi bolsa? Christine Daaé no debía de temblar menos que nosotros.

—¿Para quitarme la bolsa es para lo que querías que te liberara, verdad?...

Se oyeron pasos precipitados, la carrera de Christine que volvía a la habitación Luis Felipe, como buscando un refugio ante nuestro muro.

—¿Por qué huyes? —decía la voz rabiosa que la había seguido—. ¡Devuélveme mi bolsa! ¿Es que no sabes que es la bolsa de la vida y de la muerte?

—Escúcheme, Erik —suspiró la joven—; puesto que ya está entendido que vamos a vivir juntos... ¿qué le importa?... ¡Todo lo que es suyo me pertenece!

Eso estaba dicho de una manera tan temblorosa que daba lástima. La desdichada debía de emplear lo que le quedaba de energía en superar su terror... Pero no era con artimañas tan infantiles, dichas entre castañeteos de dientes, como se podía sorprender al monstruo.

—Bien sabe que sólo hay allí dentro dos llaves... ¿Qué quiere hacer? —preguntó él.

—Quisiera —dijo ella— visitar esa habitación que no conozco y que siempre me ha ocultado... ¡Es una curiosidad de mujer! —añadió con un tono que quería parecer desenfadado y que sólo debió de conseguir aumentar la desconfianza de Erik, tanto sonaba a falso...

—¡No me gustan las mujeres curiosas! —replicó Erik—. ¡Y debería guardarse desde el asunto de Barba Azul!... ¡Vamos! ¡devuélvame mi bolsa!... ¡devuélvame mi bolsa!... ¡Deje la llave!... ¡Pequeña curiosa!

Y se rió entre dientes mientras Christine lanzaba un grito de dolor... Erik acababa de quitarle de nuevo la bolsa.

Fue en ese momento cuando el vizconde, sin poder contenerse más, lanzó un grito de rabia e impotencia que yo tuve bastante dificultad en ahogar en sus labios...

—¡Vaya! —dijo el monstruo—. ¿Qué es eso?... ¿Has oído, Christine?

—¡No! ¡No! —respondía la desdichada—. ¡No he oído nada!

—Me pareció que habían lanzado un grito.

—¡Un grito!... ¿Es que se está volviendo loco, Erik? ¿Quién quiere que grite, en el fondo de esta morada?... Fui yo quien gritó, porque usted me hacía daño... ¡Yo no he oído nada!

—¡Qué me dices eso!... ¡Tiemblas!... Ahí estás toda emocionada... ¡Mientes!... ¡Se gritó! ¡Se gritó! ¡Hay alguien en la cámara de los suplicios!... ¡Ah! ¡Ahora lo entiendo!...

—¡No hay nadie, Erik!...

—¡Lo entiendo!...

—¡Nadie!...

—¡Tu prometido... quizá!...

—¡Ea! ¡Que no tengo prometido! ¡Bien lo sabe usted!...

Otra risa maliciosa.

—Por lo demás, es tan fácil de saber... Mi pequeña Christine, mi amor... no hace falta abrir la puerta para ver lo que pasa en la cámara de los suplicios... ¿Quieres ver? ¿Quieres ver?... ¡Mira!... Si hay alguien... si hay alguien de verdad, verás iluminarse allá arriba, cerca del techo, la ventana in-

visible... Basta con correr su cortina negra y luego apagar aquí... ¡Ahí está, hecho! ¡Apaguemos! No tienes miedo a la noche, ¿en compañía de tu pequeño marido!...

Entonces se oyó la voz agonizante de Christine.

— ¡No!... ¡Tengo miedo!... Le digo que tengo miedo en la oscuridad!... ¡Esa habitación ya no me interesa nada de nada!... ¡Es usted quien me da siempre miedo, como a una niña, con esa cámara de los suplicios!... Es que fui curiosa, es verdad... ¡Pero ya no me interesa nada de nada!... ¡nada!...

Y lo que más temía comenzó automáticamente... ¡Nos vimos de pronto inundados de luz!... Sí, detrás de nuestro muro, fue como una llamarada. El vizconde de Chagny, que no lo esperaba, quedó tan sorprendido que vaciló. Y la voz de cólera estalló al lado.

— ¡Te decía que había alguien! ¡Mira ahora, la ventana? ¡la ventana luminosa!... ¡Allá arriba!... El que está detrás de ese muro no la ve... ¡Pero tú, tú vas a subir a la escalera doble! ¡Está ahí para eso!... Me has preguntado a menudo para qué servía... ¡Pues ya estás informada! ¡Sirve para mirar por la ventana de la cámara de los suplicios!... ¡pequeña curiosa!

— ¿Qué suplicios?... ¿Qué suplicios hay ahí dentro?... ¡Erik! ¡Erik! ¡dígame que quiere asustarme! ¡Dígamelo, si me ama, Erik!... ¿Verdad que no hay suplicios? ¡Son historias para niños!...

— Vaya usted a ver, querida, a la ventanita...

No sé si el vizconde, a mi lado, oía ahora la voz desfalleciente de la joven, tan ocupado estaba con el inaudito espectáculo que acababa de surgir ante su mirada extraviada... En cuanto a mí, que ya había visto ese espectáculo demasiadas veces por la ventanita de las Horas rosas de Mazenderán, sólo me ocupaba de lo que se decía al lado, buscando allí una razón para actuar, una resolución que tomar.

— ¡Vaya a ver, vaya a ver a la ventanita!... ¡Ya me lo dirá!... Me dirá después cómo tiene la nariz!

Oímos rodar la escalera que aplicaron contra el muro...

— ¡Suba pues!... ¡No!... No, voy a subir... yo mismo, querida...

— ¡Pues sí... voy a ver!... ¡Déjeme!

— ¡Oh! ¡Mi pequeña querida!... ¡Mi pequeña querida!... ¡Qué mona es usted!... Muy amable de su parte ahorrarme esa molestia a mi edad... ¡Me dirá cómo tiene la nariz!... ¡Si la gente supiera la felicidad que hay en tener una nariz... una nariz propia!... ¡Nunca vendrían a pasearse por la cámara de los suplicios!

En ese momento, oímos distintamente por encima de nuestras cabezas estas palabras:

— ¡Amigo mío, no hay nadie!...

— ¿Nadie?... ¿Está segura de que no hay nadie?...

— ¡Pues no... no hay nadie!

— ¡Mejor así!... ¿Qué le pasa, Christine?... ¡Vamos, qué! ¡No va a desmayarse!... ¡Puesto que no hay nadie!... ¡Ahí!... ¡baje!... ¡ahí!... ¡Recupérese! puesto que no hay nadie... ¿Y qué le parece el paisaje?...

— ¡Oh! ¡muy bien!...

— ¡Vamos! ¡ya va mejor!... ¿Verdad que va mejor?... ¡Mejor así, va mejor!... ¡Nada de emociones!... ¡Y qué casa tan rara, verdad, donde se pueden ver paisajes semejantes!...

— ¡Sí, uno se creería en el Museo Grévin!... Pero, dígame, Erik... ¡no hay suplicios ahí dentro!... ¡Sepa que me ha dado un susto!...

— ¿Por qué, puesto que no hay nadie?

— ¿Es usted quien ha hecho esa habitación, Erik?... ¡Sepa que es muy hermosa! Decididamente, es usted un gran artista, Erik...

— Sí, un gran artista «en mi género».

— Pero, dígame, Erik, ¿por qué llamó a esa habitación la cámara de los suplicios?...

— ¡Oh! Es muy sencillo. Ante todo, ¿qué ha visto?

— ¡Vi un bosque!...

— ¿Y qué hay en un bosque?

— ¡Árboles!...

— ¿Y qué hay en un árbol?

— ¡Pájaros!

— ¿Ha visto pájaros?

— No, no he visto pájaros.

— ¡Entonces qué ha visto! ¡busque!... ¡Ha visto ramas! ¿Y qué hay en una rama?, dijo la voz terrible... ¡Hay una horca! ¡He ahí por qué llamo a mi bosque la cámara de los suplicios!... Ya ve, es sólo una manera de hablar. ¡Todo eso es de broma!... ¡Yo nunca me expreso como los demás!... ¡No hago nada como los demás!... ¡Pero estoy bien cansado de ello!... ¡bien cansado!... ¡Estoy harto, ya ve? Harto de tener un bosque en mi casa, y una cámara de los suplicios... ¡Y de estar alojado como un charlatán en el fondo de una caja de doble fondo!... ¡Estoy harto! ¡estoy harto!... Quiero tener un apartamento tranquilo, con puertas y ventanas corrientes y una mujer honrada dentro, como todo el mundo... Deberías comprender eso, Christine, y no debería tener que repetírtelo a cada momento... ¡Una mujer como todo el mundo!... Una mujer a quien amaría, a quien paseara, el domingo, y a quien haría reír toda la semana. ¡Ah! no te aburrirías conmigo. ¡Tengo más de un truco en la manga, además de los trucos de cartas!... ¡Mira! ¿quieres que te haga trucos de cartas? Eso nos hará pasar unos minutos, mientras esperamos mañana por la noche a las once... ¡Mi pequeña Christine!... ¡Mi pequeña Christine!... ¿Me escuchas?... ¡Ya no me rechazas!... ¿verdad? ¡Me amas! ¡No! ¡no me amas!... ¡Pero no importa! ¡me amarás! Antes no podías mirar mi máscara porque sabías lo que hay detrás... ¡Y ahora quieres bien mirarla y olvidas lo que hay detrás, y quieres no rechazarme más!... Uno se acostumbra a todo cuando se quiere... cuando se tiene buena voluntad... ¡Cuántas parejas que no se amaban antes del matrimonio se adoraron después! ¡Ah! ya no sé lo que digo... Pero te divertirías bien conmigo... No hay uno como yo, por ejemplo, eso te lo juro ante el buen Dios que nos casará —si eres razonable— no hay uno como yo para hacer el ventrilocuo. ¡Soy el primer ventrilocuo del mundo!... ¡Ríes!... ¿No me crees quizá?... ¡Escucha!

El miserable (que era, en efecto, el primer ventrilocuo del mundo) aturdía a la pequeña (me daba perfecta cuenta de ello) para desviar su atención de la cámara de los suplicios... ¡Cálculo estúpido!... ¡Christine sólo pensaba en nosotros!... Repitió varias veces, con el tono más dulce que pudo encontrar y con el ardor más vivo de la súplica:

«¡Apague la ventanita!... ¡Erik! ¡Apague pues la ventanita!...»

Pues pensaba bien que esa luz, aparecida de pronto en la ventanita, de la que el monstruo había hablado de modo tan amenazante, tenía su terrible razón de ser... Una sola cosa debía tranquilizarla momentáneamente: que nos había visto a los dos, detrás del muro, en el centro del magnífico resplandor, de pie y en buen estado... ¡Pero habría estado más tranquila, sin duda! si la luz se hubiera apagado...

El otro ya había empezado a hacer de ventrílocuo. Decía:

— ¡Mira! Me levanto un poco la máscara. ¡Oh! un poco tan sólo... ¿Ves mis labios? ¿Los que tengo de labios? No se mueven... Mi boca está cerrada... mi especie de boca... y sin embargo oyes mi voz... Hablo con el vientre... es lo más natural del mundo... a eso se llama ser ventrílocuo... Es muy conocido: escucha mi voz... ¿Adónde quieres que vaya? ¿A tu oído izquierdo? ¿a tu oído derecho?... ¿a la mesa?... ¿a los pequeños cofrecillos de ébano de la chimenea?... ¡Ah! eso te asombra... Mi voz está en los pequeños cofrecillos de la chimenea. ¿La quieres lejana?... ¿La quieres cercana?... ¿Retumbante?... ¿Aguda?... ¿Gangosa?... Mi voz se pasea por todas partes... ¡por todas partes! Escucha, querida... en el pequeño cofrecillo de la derecha de la chimenea, y escucha lo que dice: ¿Hay que girar el escorpión?... Y ahora, ¡crac! escucha lo que dice en el pequeño cofrecillo de la izquierda: ¿Hay que girar la langosta?... Y ahora, ¡crac!... Aquí está en el pequeño saco de cuero... ¿Qué dice? «¡Soy la pequeña bolsa de la vida y de la muerte!» Y ahora, ¡crac!... aquí está en la garganta de la Carlotta, en el fondo de la garganta dorada, de la garganta de cristal de la Carlotta, ¡a fe mía!... ¿Qué dice? Dice: «¡Soy yo, señor sapo! ¡Soy yo quien canta: Escucho esta voz solitaria... couac!... que canta en mi couac!...» Y ahora, ¡crac!, ha llegado a una silla del palco del fantasma... y dice: «¡La señora Carlotta canta esta noche para descolgar la araña!...» Y ahora, ¡crac!... ¡ja, ja, ja!... ¿Dónde está la voz de Erik?... ¡Escucha, Christine, querida!... ¡Está detrás de la puerta de la cámara de los suplicios!... ¡Escúchame!... ¡Soy yo quien está en la cámara de los suplicios!... ¿Y qué digo? ¡Digo: «Ay de aquellos que tienen la dicha de tener una nariz, una nariz propia, y que vienen a pasearse por la cámara de los suplicios!... ¡Ja, ja, ja!»

¡Maldita voz del formidable ventrílocuo! Estaba por todas partes, ¡por todas partes!... Pasaba por la ventanita invisible... a través de los muros... cor-

ría alrededor de nosotros... entre nosotros... ¡Erik estaba allí! ¡Nos hablaba! Hicimos un gesto como para lanzarnos sobre él... pero ya, más rápido, más inaprensible que la voz sonora del Eco, la voz de Erik había rebotado detrás del muro...

Pronto ya no pudimos oír nada en absoluto, pues he aquí lo que ocurrió:

La voz de Christine:

—¡Erik! ¡Erik!... Me fatiga su voz... ¡Cállese, Erik!... ¿No encuentra que hace calor aquí?...

—¡Oh! ¡Sí! —responde la voz de Erik—, ¡el calor se hace insoportable!...

Y de nuevo la voz ronca de angustia de Christine:

—¿Qué es eso?... ¡El muro está todo caliente!... ¡El muro arde!...

—Le voy a decir, Christine, querida, es por culpa del «bosque de al lado!...»

—¡Pues!... ¿qué quiere decir?... ¿el bosque?...

—¿Conque no ha visto que es un bosque del Congo?

Y la risa del monstruo se elevó tan terrible que ya no distinguíamos los clamores suplicantes de Christine... ¡El vizconde de Chagny gritaba y golpeaba contra los muros como un loco... Ya no podía retenerle... Pero sólo se oía la risa del monstruo... y el propio monstruo sólo debió de oír su risa... Y luego hubo el ruido de una rápida lucha, de un cuerpo que caía al suelo y que alguien arrastraba... y el estallido de una puerta cerrada de golpe... y luego, nada más, nada más a nuestro alrededor que el abrasador silencio del mediodía... en el corazón de un bosque de África.

.....»

XXV

«¡BARRILES! ¡BARRILES! ¿TIENEN BARRILES PARA VENDER?»

(Continuación del relato del Persa)

«He dicho que la cámara en la que nos encontrábamos el señor vizconde de Chagny y yo era regularmente hexagonal y revestida enteramente de espejos. Se han visto desde entonces, especialmente en ciertas exposiciones, cámaras absolutamente dispuestas de ese modo y llamadas «casa de los espejismos» o «palacio de las ilusiones». Pero la invención se debe enteramente a Erik, que construyó, ante mis propios ojos, la primera sala de ese género durante las Horas rosas de Mazenderán. Bastaba con disponer en los ángulos algún motivo decorativo, como una columna, por ejemplo, para tener instantáneamente un palacio de mil columnas, pues por efecto de los espejos la sala real se multiplicaba en seis salas hexagonales que se reproducían cada una hasta el infinito. Antaño, para entretener a «la pequeña sultana», había dispuesto así una decoración que se convertía en el «templo innumerable»; pero la pequeña sultana se cansó pronto de tan pueril ilusión, y entonces Erik transformó su invención en cámara de los suplicios. En lugar del motivo arquitectónico colocado en los ángulos, puso en el primer cuadro un árbol de hierro. ¿Por qué ese árbol, que imitaba a la perfección la vida con sus hojas pintadas, era de hierro? Porque debía ser bastante sólido para resistir todos los ataques del «paciente» que se encerraba en la cámara de los suplicios. Veremos cómo, en dos ocasiones, la decoración así obtenida se transformaba instantáneamente en otros dos decorados sucesivos, gracias a la rotación automática de los tambores que se encontraban en los án-

gulos y que habían sido divididos en tercios, ajustándose a los ángulos de los espejos y sosteniendo cada uno un motivo decorativo que aparecía por turno.

Las paredes de esa extraña sala no ofrecían ningún asidero al paciente, ya que, salvo el motivo decorativo de una solidez a toda prueba, estaban únicamente revestidas de espejos, y de espejos bastante gruesos para no tener nada que temer de la rabia del miserable que se arrojaba allí, por lo demás, con manos y pies descalzos.

Ningún mueble. El techo era luminoso. Un ingenioso sistema de calefacción eléctrica, que ha sido imitado después, permitía aumentar a voluntad la temperatura de las paredes y dar así a la sala la atmósfera deseada...

Me empeño en enumerar todos los detalles precisos de una invención del todo natural que produce esa ilusión sobrenatural, con unas ramas pintadas, de un bosque ecuatorial abrasado por el sol de mediodía, para que nadie pueda poner en duda la actual serenidad de mi cerebro, para que nadie tenga el derecho de decir: «Este hombre se ha vuelto loco» o «este hombre miente» o «este hombre nos toma por imbéciles».

Si me hubiera limitado a contar las cosas así: «Bajados al fondo de una cueva, encontramos un bosque ecuatorial abrasado por el sol de mediodía», habría obtenido un bonito efecto de estúpido asombro, pero no busco ningún efecto; mi propósito al escribir estas líneas es contar exactamente lo que nos ocurrió al señor vizconde de Chagny y a mí en el transcurso de una terrible aventura que en cierto momento ocupó a la justicia de este país.

Retomo ahora los hechos donde los dejé.

Cuando el techo se iluminó y el bosque resplandecía a nuestro alrededor, la estupefacción del vizconde superó todo lo imaginable. La aparición de ese bosque impenetrable cuyos innumerables troncos y ramas nos enlazaban hasta el infinito lo sumió en una consternación espantosa. Se pasó las manos por la frente como para disipar una visión de sueño, y sus ojos parpadearon como los de quien, al despertar, tiene dificultad en recuperar el sentido de la realidad. ¡Por un instante, olvidó hasta de escuchar!

He dicho que la aparición del bosque no me sorprendió. Así pues, escuché lo que ocurría en la sala contigua, por los dos. Por último, mi atención estaba especialmente atraída menos por la decoración, de la que mi

pensamiento se desligaba, que por el propio espejo que la producía. Ese espejo, en algunos lugares, estaba roto.

Sí, tenía arañazos; se había conseguido «estrellarlo», pese a su solidez, y eso me probaba, sin lugar a dudas, que la cámara de los suplicios en que nos encontrábamos ¡había servido ya!

Un desdichado, cuyos pies y manos estaban menos descalzos que los condenados de las Horas Rosas de Mazenderán, había caído ciertamente en esa «ilusión mortal» y, loco de rabia, había golpeado esos espejos que, pese a sus leves heridas, no por eso habían dejado de reflejar su agonía. ¡Y la rama del árbol donde había terminado su suplicio estaba dispuesta de tal modo que antes de morir había podido ver retorcerse junto a él —supremo consuelo— mil ahorcados!

¡Sí! ¡sí! ¡Joseph Buquet había pasado por allí!...

¿Íbamos a morir como él?

No lo creía, pues sabía que teníamos algunas horas por delante y que podría emplearlas más útilmente de lo que Joseph Buquet había sido capaz de hacerlo.

¿No tenía yo un conocimiento profundo de la mayoría de los «trucos» de Erik? Era la ocasión de servirse de ellos si alguna vez había habido una.

De entrada, no pensé en absoluto en volver por el pasadizo que nos había conducido a esa cámara maldita, ni me ocupé de la posibilidad de hacer funcionar de nuevo la piedra interior que cerraba ese pasadizo. La razón era sencilla: ¡no tenía los medios para ello! Habíamos saltado desde demasiado alto a la cámara de los suplicios, y ningún mueble nos permitía ya alcanzar ese pasadizo, ni siquiera la rama del árbol de hierro, ni siquiera los hombros de uno de nosotros a modo de escalón.

No quedaba más que una salida posible: la que daba a la habitación Luis Felipe, en la que se encontraban Erik y Christine Daaé. Pero si esa salida tenía la apariencia normal de una puerta por el lado de Christine, era absolutamente invisible para nosotros... Había que intentar abrirla sin saber siquiera dónde estaba, lo que no era tarea ordinaria.

Cuando estuve bien seguro de que ya no había ninguna esperanza para nosotros del lado de Christine Daaé, cuando oí al monstruo arrastrar o más

bien llevar a rastras a la desgraciada joven fuera de la habitación Luis Felipe para que no perturbara nuestro suplicio, resolví ponerme enseguida a la tarea, es decir, a la búsqueda del truco de la puerta.

Pero primero tuve que calmar al señor de Chagny, que ya se paseaba por el claro como un alucinado lanzando clamores incoherentes. Las retazos de conversación que había podido sorprender, pese a su emoción, entre Christine y el monstruo no habían contribuido poco a sacarlo de quicio; si a eso añaden el golpe del bosque mágico y el ardiente calor que empezaba a hacer correr el sudor por sus sienes, no les costará comprender que el ánimo del señor de Chagny empezaba a experimentar cierta exaltación. Pese a todas mis recomendaciones, mi compañero ya no mostraba ninguna prudencia.

Iba y venía sin razón, se precipitaba hacia un espacio inexistente, creyendo entrar en un sendero que lo conducía al horizonte y chocando la frente, a los pocos pasos, con el reflejo mismo de su ilusión de bosque.

Al hacerlo, gritaba: «¡Christine! ¡Christine!...», agitaba el pistolón, llamaba aún con todas sus fuerzas al monstruo, desafiando a muerte al Ángel de la Música en un duelo, e injuriaba igualmente a su bosque ilusorio. Era el suplicio que producía su efecto en un espíritu desprevenido. Intenté combatirlo en lo posible, razonando del modo más tranquilo del mundo a ese pobre vizconde: haciéndole tocar con el dedo los espejos y el árbol de hierro, las ramas sobre los tambores, y explicándole, conforme a las leyes de la óptica, toda la imaginería luminosa que nos envolvía y de la que no podíamos, como vulgares ignorantes, ser víctimas.

—Estamos en una habitación, en una pequeña habitación; eso es lo que hay que repetirse sin cesar... Y saldremos de esa habitación cuando hayamos encontrado la puerta. ¡Pues bien! ¡Busquémosla!

Y le prometí que, si me dejaba actuar sin aturdir me con sus gritos y sus paseos de loco, habría encontrado el truco de la puerta antes de una hora.

Entonces se tendió en el suelo, como se hace en el bosque, y declaró que esperaba a que yo encontrara la puerta del bosque, ya que no tenía nada mejor que hacer. Y creyó deber añadir que desde donde se encontraba «la vista era espléndida». (El suplicio, pese a todo lo que yo había podido decir, actuaba.)

En cuanto a mí, olvidando el bosque, abordé un panel de espejos y me puse a palparlo en todos sentidos, buscando el punto débil sobre el que había que presionar para hacer girar las puertas según el sistema de puertas y trampillas giratorias de Erik. A veces ese punto débil podía ser una simple mancha sobre el espejo, del tamaño de un garbanzo, bajo la cual se encontraba el resorte que había que hacer funcionar. ¡Busqué! ¡Busqué! Palpé tan alto como me llegaban las manos. Erik era más o menos de mi misma estatura, y pensé que no había dispuesto el resorte más arriba de lo necesario para su talla —lo cual era, por lo demás, sólo una hipótesis, pero mi única esperanza—. Había decidido recorrer así, sin flaquear y minuciosamente, los seis paneles de espejos, y luego examinar también con mucho cuidado el suelo.

Al mismo tiempo que palpaba los paneles con el mayor cuidado, me esforzaba en no perder un minuto, pues el calor me iba ganando cada vez más y literalmente nos asábamos en ese bosque en llamas.

Llevaba así media hora trabajando y había terminado ya con tres paneles cuando nuestra mala suerte quiso que me volviera a una sorda exclamación del vizconde.

—¡Me ahogo! —decía—. ¡Todos estos espejos se reflejan un calor infernal!... ¿Va a encontrar pronto su resorte? Con poco que tarde, ¡nos vamos a asar aquí!

No me disgustó oírle hablar así. No había dicho una palabra del bosque, y esperé que la razón de mi compañero pudiera luchar bastante tiempo aún contra el suplicio. Pero añadió:

—Lo que me consuela es que el monstruo le ha dado a Christine plazo hasta mañana por la noche a las once: si no podemos salir de aquí y acudir en su auxilio, ¡al menos nosotros habremos muerto antes que ella! ¡La misa de Erik podrá servir para todos!

Y aspiró una bocanada de aire caliente que casi lo hizo desfallecer...

Como yo no tenía las mismas desesperadas razones que el señor vizconde de Chagny para aceptar la muerte, me volví, tras unas palabras de aliento, hacia mi panel; pero me había equivocado al hablar de dar unos pasos, de manera que en el increíble entramado del bosque ilusorio ya no encontraba con certeza mi panel. Me veía obligado a empezar de nuevo, al azar... Así

que no pude evitar manifestar mi contrariedad, y el vizconde comprendió que había que rehacerlo todo. Eso le asestó un nuevo golpe.

— ¡Nunca saldremos de este bosque! — gimió.

Y su desesperación no hizo más que crecer. Y al crecer, le hacía olvidar cada vez más que sólo tenía que vérselas con espejos, y cada vez más creer que se enfrentaba con un bosque verdadero.

Yo me había puesto de nuevo a buscar... a palpar... La fiebre, a mi vez, me fue ganando... pues no encontraba nada... absolutamente nada... En la habitación de al lado reinaba siempre el mismo silencio. Estábamos bien perdidos en el bosque... sin salida... sin brújula... sin guía... sin nada. ¡Oh! sabía lo que nos esperaba si nadie venía en nuestro auxilio... o si no encontraba el resorte... Pero por mucho que buscara el resorte, sólo encontraba ramas... admirables y hermosas ramas que se erguían rectas ante mí o se curvaban primorosamente sobre mi cabeza... ¡Pero no daban sombra! Era bastante natural, por lo demás, puesto que estábamos en un bosque ecuatorial con el sol justo encima de nuestras cabezas... un bosque del Congo...

En varias ocasiones, el señor de Chagny y yo nos habíamos quitado y vuelto a poner el frac, encontrando unas veces que nos daba más calor y otras que, al contrario, nos protegía de ese calor.

Yo resistía todavía moralmente, pero el señor de Chagny me pareció del todo «ido». Sostenía que llevaba bien tres días y tres noches caminando sin parar por ese bosque, en busca de Christine Daaé. De vez en cuando creía vislumbrarla detrás de un tronco de árbol o deslizándose entre las ramas, y la llamaba con palabras suplicantes que me hacían venir las lágrimas a los ojos. «¡Christine! ¡Christine! —decía—, ¿por qué me huyes? ¿No me amas?... ¿No somos novios?... ¡Christine, detente!... ¿Ves que estoy agotado?... ¡Christine, ten piedad!... Voy a morir en el bosque... lejos de ti!...»

— ¡Oh! ¡Tengo sed! —dijo al fin con acento delirante.

Yo también tenía sed... me ardía la garganta...

Y sin embargo, acuclillado en el suelo, eso no me impedía buscar... buscar... buscar el resorte de la puerta invisible... tanto más cuanto que la estancia en el bosque se volvía peligrosa al aproximarse la tarde... Ya la som-

bra de la noche empezaba a envolvernos... había llegado muy deprisa, como cae la noche en los países ecuatoriales... de golpe, apenas con crepúsculo...

Pues bien, la noche en los bosques del Ecuador es siempre peligrosa, sobre todo cuando, como nosotros, no se tiene con qué encender fuego para alejar a las fieras. Había intentado, abandonando un instante la búsqueda de mi resorte, romper ramas que habría encendido con mi linterna sorda; pero también yo me había topado con los famosos espejos, y eso me recordó a tiempo que sólo teníamos que vérselas con imágenes de ramas...

Con el día, el calor no había disminuido, sino al contrario... Hacía ahora todavía más calor bajo el resplandor azul de la luna. Recomendé al vizconde que tuviera nuestras armas listas para disparar y que no se alejara del lugar de nuestro campamento, mientras yo seguía buscando mi resorte.

De pronto, el rugido del león se dejó oír, a pocos pasos. Nos desgarró los oídos.

— ¡Oh! — dijo el vizconde en voz baja —. ¡No está lejos!... ¿No lo ve?... allí... entre los árboles... en ese matorral... Si ruge otra vez, ¡disparo!

Y el rugido volvió, más formidable. Y el vizconde disparó, pero no creo que diera al león; tan sólo rompió un espejo; lo comprobé a la mañana siguiente al amanecer. Durante la noche habíamos debido recorrer un buen trecho, pues nos encontramos de pronto al borde del desierto, de un inmenso desierto de arena, piedras y rocas. No merecía la pena salir del bosque para caer en el desierto. Rendido ya, me había tendido junto al vizconde, personalmente cansado de buscar resortes que no encontraba.

Me asombraba bastante (y se lo dije al vizconde) no haber tenido otros malos encuentros durante la noche. Ordinariamente, después del león, estaba el leopardo, y luego a veces el zumbido de la mosca tsé-tsé. Eran efectos muy fáciles de obtener, y le expliqué al señor de Chagny, mientras descansábamos antes de cruzar el desierto, que Erik obtenía el rugido del león con un tamborín largo, terminado por una piel de asno en uno solo de sus extremos. Sobre esa piel se tiende una cuerda de tripa atada por su centro a otra cuerda del mismo tipo que atraviesa el tambor en toda su altura. Erik no tiene más que frotar esa cuerda con un guante untado de colofonia, y según el modo en que frota, imita sin engañarse la voz del león o del leopardo, e incluso el zumbido de la mosca tsé-tsé.

La idea de que Erik podía estar en la habitación de al lado con sus trucos me arrojó de pronto en la resolución de entrar en negociaciones con él, pues evidentemente había que renunciar a la idea de sorprenderle. Y ahora debía saber a qué atenerse sobre los habitantes de la cámara de los suplicios. Lo llamé: «¡Erik! ¡Erik!...» Grité lo más fuerte que pude a través del desierto, pero nadie respondió a mi voz... Por doquier a nuestro alrededor, el silencio y la inmensidad desnuda de ese desierto pedregoso... ¿Qué iba a ser de nosotros en medio de esa horrible soledad?...

Literalmente, empezábamos a morir de calor, de hambre y de sed... de sed sobre todo... Por fin, vi al señor de Chagny incorporarse sobre el codo y señalarme un punto del horizonte... ¡Acababa de descubrir el oasis!...

Sí, allá muy lejos, el desierto dejaba paso al oasis... un oasis con agua... agua límpida como un espejo... ¡agua que reflejaba el árbol de hierro! Ah... era el cuadro del espejismo... lo reconocí enseguida... el más terrible... Ninguno había podido resistirlo... ninguno... Me esforzaba en conservar toda mi razón... y en no esperar el agua... porque sabía que si se esperaba el agua, el agua que reflejaba el árbol de hierro, y si, después de haber esperado el agua, uno chocaba contra el espejo, no quedaba más que una cosa por hacer: colgarse del árbol de hierro.

Así pues, grité al señor de Chagny: «¡Es el espejismo!... ¡es el espejismo!... ¡No crea en el agua!... ¡Es otra vez el truco del espejo!...» Entonces él me mandó, como suele decirse, a paseo, con mi truco del espejo, mis resortes, mis puertas giratorias y mi palacio de los espejismos. Afirmó encolerizado que yo estaba loco o ciego para imaginar que toda esa agua que corría allá lejos, entre tan hermosos e innumerables árboles, no era agua verdadera... ¡Y el desierto era verdadero! ¡Y el bosque también!... No iba a dejarse «engañar»... había viajado bastante... y por todos los países...

Y se arrastró, diciendo:

—¡Agua! ¡Agua!...

Y tenía la boca abierta como si bebiera...

Y yo también tenía la boca abierta como si bebiera...

Pues no sólo la veíamos, el agua, sino que además la oíamos... ¡La oíamos correr... chapotear! ¿Comprenden esta palabra: chapotear? Es una

palabra que se escucha con la lengua. ¡La lengua se saca fuera de la boca para oírla mejor!...

Por último, suplicio más intolerable que todo, ¡oímos la lluvia y no llovía! Ésa era la invención demoníaca... ¡Oh! también sabía muy bien cómo Erik la obtenía. Llenaba de piedritas una caja muy estrecha y muy larga, cortada a intervalos por compuertas de madera y de metal. Las piedritas, al caer, encontraban esas compuertas y rebotaban de una a otra, produciéndose sonidos entrecortados que recordaban sin engañarse el crepitar de una lluvia de tormenta.

... Así que había que ver cómo sacábamos la lengua, el señor de Chagny y yo, arrastrándonos hacia la orilla chapoteante... nuestros ojos y nuestros oídos estaban llenos de agua, ¡pero nuestra lengua seguía seca como el cuero!...

Al llegar al espejo, el señor de Chagny lo lamió... y yo también... lamí el espejo...

¡Ardía!...

Entonces rodamos por el suelo con un estertor desesperado. El señor de Chagny acercó a su sien el último pistolón que quedaba cargado, y yo miré a mis pies el lazo del Punyab.

Sabía por qué, en ese tercer decorado, había vuelto el árbol de hierro.

¡El árbol de hierro me esperaba!...

Pero al mirar el lazo del Punyab, vi algo que me hizo estremecerme tan violentamente que el señor de Chagny quedó detenido en su movimiento de suicidio. Ya murmuraba: «¡Adiós, Christine!...»

Le había tomado el brazo. Luego le tomé el pistolón... y luego me arrastré de rodillas hasta lo que había visto.

Acababa de descubrir junto al lazo del Punyab, en la ranura del suelo, un clavo de cabeza negra cuyo uso yo no ignoraba...

¡Por fin! ¡Lo había encontrado, el resorte!... ¡El resorte que iba a hacer funcionar la puerta!... ¡que iba a darnos la libertad!... ¡que iba a entregarnos a Erik!

Toqué el clavo... ¡Le mostré al señor de Chagny un semblante radiante!... El clavo de cabeza negra cedía bajo mi presión...

Y entonces...

... Y entonces no fue una puerta lo que se abrió en la pared, sino una trampilla que se disparó en el suelo.

Al instante, de ese agujero negro nos llegó aire fresco. Nos inclinamos sobre ese cuadrado de sombra como sobre una fuente límpida. Con el mentón en la sombra fresca, la bebíamos.

Y nos encorvamos cada vez más sobre la trampilla. ¿Qué podría haber en ese agujero, en esa cueva que acababa de abrir misteriosamente su puerta en el suelo?...

Quizá había allá dentro agua...

Agua para beber...

Alargué el brazo en las tinieblas y encontré una piedra, luego otra... una escalera... una escalera negra que bajaba a la cueva.

¡El vizconde estaba ya listo para lanzarse al agujero!...

Allá dentro, aunque no se encontrara agua, se podría escapar al abrasador aprieto de esos abominables espejos...

Pero detuve al vizconde, pues temía un nuevo truco del monstruo y, encendida mi linterna sorda, bajé el primero...

La escalera se hundía en las tinieblas más profundas y giraba sobre sí misma. ¡Ah! ¡el adorable frescor de la escalera y las tinieblas!...

Ese frescor debía provenir menos del sistema de ventilación establecido necesariamente por Erik que del propio frescor de la tierra, que debía de estar toda saturada de agua al nivel en que nos encontrábamos... ¡Y además, el lago no debía de estar lejos!...

Pronto llegamos al pie de la escalera... Nuestros ojos empezaban a acostumbrarse a la sombra, a distinguir a nuestro alrededor formas... formas redondeadas... sobre las que dirigí el chorro luminoso de mi linterna...

¡Barriles!...

¡Estábamos en la bodega de Erik!

Era allí donde debía guardar su vino y quizá su agua potable...

Sabía que Erik era muy aficionado a los buenos caldos...

¡Ah! ¡Allí había con qué beber!...

El señor de Chagny acariciaba las formas redondeadas y repetía sin cesar:

— ¡Barriles! ¡Barriles!... ¡Cuántos barriles!...

En efecto, había cierta cantidad alineados muy simétricamente en dos hileras entre las que nos encontrábamos...

Eran barriles pequeños, e imaginé que Erik los había elegido de ese tamaño por la facilidad del transporte en la casa del Lago.

Los examinamos uno a uno buscando si alguno tenía alguna espita que indicara que se hubiera sacado de él de vez en cuando.

Pero todos los barriles estaban muy herméticamente cerrados.

Entonces, tras levantar medio uno para comprobar que estaba lleno, nos pusimos de rodillas y con la hoja de un pequeño cuchillo que llevaba encima, me dispuse a hacer saltar el tapón.

En ese momento me pareció oír, como viniendo de muy lejos, una especie de canto monótono cuyo ritmo me era conocido, pues lo había oído muy a menudo en las calles de París:

«¡Barriles!... ¡Barriles!... ¿Tienen barriles... para vender?...»

Mi mano quedó inmóvil sobre el tapón... El señor de Chagny también lo había oído. Me dijo:

— ¡Qué raro!... Parece que es el barril el que canta.

El canto volvió, más lejano...

«¡Barriles!... ¡Barriles!... ¿Tienen barriles para vender?...»

— ¡Oh! ¡Oh! Le juro — dijo el vizconde — ¡que el canto se aleja dentro del barril!...

Nos levantamos y fuimos a mirar detrás del barril...

— ¡Está dentro! — decía el señor de Chagny — . ¡Está dentro!...

Pero ya no oíamos nada... y tuvimos que achacar todo al mal estado, a la perturbación real de nuestros sentidos...

Y volvimos al tapón. El señor de Chagny puso sus dos manos reunidas debajo y con un último esfuerzo yo hice saltar el tapón.

—¿Qué es esto? —exclamó enseguida el vizconde—. ¡No es agua!

El vizconde había acercado sus dos manos llenas a mi linterna... Me incliné sobre las manos del vizconde... e inmediatamente arrojé la linterna tan bruscamente lejos de nosotros que se rompió y se apagó... y se perdió para nosotros...

Lo que acababa de ver en las manos del señor de Chagny... era ¡pólvora!»

XXVI

**¿HAY QUE GIRAR EL ESCORPIÓN?
¿HAY QUE GIRAR LA LANGOSTA?**

(Final del relato del Persa)

«Así pues, al bajar al fondo de la cueva, había llegado al fondo de mi terrible pensamiento. ¡El miserable no me había engañado con sus vagas amenazas dirigidas a muchos de los de la raza humana! Fuera de la humanidad, se había construido lejos de los hombres una guarida de bestia subterránea,

bien resuelto a hacerlo saltar todo consigo en una espectacular catástrofe si los de la superficie de la tierra venían a acorralarlo en la madriguera donde había refugiado su monstruosa fealdad.

El descubrimiento que acabábamos de hacer nos arrojó en una consternación que nos hizo olvidar todas nuestras penas pasadas, todos nuestros sufrimientos presentes... Nuestra excepcional situación, aun cuando hacía un momento nos habíamos encontrado al borde mismo del suicidio, no nos había aparecido todavía con espanto tan preciso. Comprendíamos ahora todo lo que había querido decir y todo lo que había dicho el monstruo a Christine Daaé, y todo lo que significaba la abominable frase: «¡Sí o no!... ¡Si es no, todo el mundo está muerto y enterrado!...» ¡Sí, enterrado bajo los escombros de lo que había sido la gran Ópera de París!... ¿Podía imaginarse crimen más espantoso para abandonar el mundo en una apoteosis de horror? ¡Preparada para la tranquilidad de su retiro, la catástrofe iba a servir para vengar los amores del más horrible monstruo que jamás hubiera paseado bajo el cielo!... «¡Mañana por la noche a las once, último plazo!...» ¡Ah, había elegido bien su hora!... ¡Habría mucha gente en la fiesta!... muchos de los de la raza humana... allá arriba... en los resplandecientes pisos de arriba de la casa de la música... ¿Qué cortejo más hermoso podría soñar para morir?... Iba a descender a la tumba con los más hermosos hombros del mundo, adornados con todas las joyas... ¡Mañana por la noche a las once!... ¡Íbamos a saltar en plena representación... si Christine Daaé decía no!... ¡Mañana por la noche a las once!... Y ¿cómo Christine Daaé no diría no? ¿Es que no prefería casarse con la propia muerte antes que con ese cadáver viviente? ¿Es que no ignoraba que de su negativa dependía el fulminante destino de muchos de los de la raza humana?... ¡Mañana por la noche a las once!...

Y, arrastrándose en las tinieblas, huyendo de la pólvora, intentando volver a encontrar los peldaños de piedra... pues allá arriba, sobre nuestras cabezas... la trampilla que conduce a la cámara de los espejos se ha apagado a su vez... nos repetíamos: ¡Mañana por la noche a las once!...

... Por fin, encuentro la escalera... pero de pronto me yergo del todo sobre el primer peldaño, pues un pensamiento terrible me abrasa de golpe el cerebro:

—¿Qué hora es?

¡Ah! ¿qué hora es? ¡qué hora!... pues al fin y al cabo mañana por la noche a las once puede ser hoy, puede ser ahora mismo... ¡quién podría decirnos la hora que es!... Me parece que llevamos encerrados en este infierno días y días... años... desde el principio del mundo... ¡Quizá todo esto va a saltar en este instante!... ¡Ah! ¡un ruido!... ¡un crujido!... ¿Lo han oído, señor?... ¡Allí!... allí, en ese rincón... ¡Dios mío!... ¡como un ruido de mecanismo!... ¡Otra vez!... ¡Ah! ¡una luz!... ¡quizá es el mecanismo que va a hacerlo todo volar!... Les digo: un crujido... ¿es que está usted sordo?

El señor de Chagny y yo nos pusimos a gritar como locos... el miedo nos talona... subimos la escalera rodando por los peldaños... ¡La trampilla quizá está cerrada arriba! Quizá esa puerta cerrada es la que produce toda esa oscuridad... ¡Ah! ¡salir de la oscuridad! ¡salir de la oscuridad!... ¡Encontrar la claridad mortal de la cámara de los Espejos!...

... Pero hemos llegado arriba de la escalera... no, la trampilla no está cerrada, pero ahora también en la cámara de los espejos reina la misma oscuridad que en la cueva que abandonamos... Salimos del todo de la cueva... nos arrastramos por el suelo de la cámara de los suplicios... el suelo que nos separa de ese polvorín... ¿qué hora es?... ¡Gritamos, llamamos! El señor de Chagny clama, con todas sus fuerzas renacientes: «¡Christine!... ¡Christine!...» Y yo llamo a Erik... le recuerdo que le salvé la vida... Pero nada nos responde... nada más que nuestra propia desesperación... que nuestra propia locura... ¿qué hora es?... «¡Mañana por la noche a las once!...» Discutimos... nos esforzamos en medir el tiempo que llevamos aquí... pero somos incapaces de razonar... ¡Si al menos se pudiera ver la esfera de un reloj, con las agujas en marcha! Mi reloj se paró hace mucho tiempo... pero el del señor de Chagny sigue andando... Me dice que lo dio cuerda al arreglarse para salir por la noche, antes de venir a la Ópera... Intentamos sacar de ese hecho alguna conclusión que nos deje esperar que no hemos llegado todavía al minuto fatal...

... El menor ruido que nos llega por la trampilla que he intentado en vano cerrar nos devuelve a la más atroz angustia... ¿Qué hora es?... No tenemos ya una cerilla encima... Y sin embargo habría que saber... El señor de Chagny imagina romper el cristal de su reloj y palpar las dos agujas... Un silencio durante el que palpa, interroga las agujas con la punta de los dedos. ¡La cuerda del reloj le sirve de punto de referencia!... Calcula por la separación de las agujas que pueden ser exactamente las once...

Pero las once que nos hacen estremecer quizá ya han pasado, ¿verdad?... Quizá son las once y diez... y tendríamos al menos doce horas más por delante.

Y de pronto grito:

— ¡Silencio!

Me parece haber oído pasos en la morada de al lado.

¡No me he equivocado! ¡Oigo un ruido de puertas, seguido de pasos precipitados! Lllaman contra el muro. La voz de Christine Daaé:

— ¡Raoul! ¡Raoul!

¡Ah! Gritamos todos a la vez ahora, de uno y otro lado del muro. Christine solloza; no sabía si volvería a encontrar al señor de Chagny con vida... El monstruo ha sido terrible, al parecer... No hizo más que delirar esperando a que ella quisiera pronunciar el «sí» que le negaba... Y sin embargo, ella le prometía ese «sí» si quería conducirla a la cámara de los suplicios... ¡Pero él se había obstinado en negarse, con atroces amenazas dirigidas a todos los de la raza humana!... Por fin, después de horas y horas de ese infierno, acaba de salir en ese instante... dejándola sola para reflexionar una última vez...

... ¡Horas y horas!... ¿Qué hora es? ¿Qué hora es, Christine?...

— ¡Son las once!... ¡las once menos cinco minutos!...

— ¿Pero qué once?...

— ¡Las once que deben decidir de la vida o de la muerte!... Acaba de repetírmelo al marcharse — retoma la voz ronca de Christine —. ¡Es espantoso!... Delira y se ha arrancado la máscara y sus ojos de oro lanzan llamas... ¡Y no hace más que reír!... Me ha dicho riéndose, como un demonio borracho: «¡Cinco minutos! Te dejo sola por tu bien conocida pudicia... ¡No quiero que te ruborices ante mí cuando me digas «sí», como las tímidas novias!... ¡Vaya, uno sabe lo que se debe en el mundo!» ¡Ya les he dicho que estaba como un demonio borracho!... «¡Toma! (y metió la mano en la pequeña bolsa de la vida y de la muerte) ¡Toma! — me dijo —, aquí tienes la pequeña llave de bronce que abre los cofrecillos de ébano que están sobre la chimenea de la habitación Luis Felipe... En uno de esos cofrecillos encontrarás un escorpión y en el otro una langosta, animales muy bien imitados

en bronce del Japón; son animales que dicen sí y no. Es decir, que no tendrás más que girar el escorpión sobre su pivote, en la posición contraria a la que lo hayas encontrado... eso significará a mis ojos, cuando yo vuelva a la habitación Luis Felipe, a la habitación de los desposorios: ¡sí! La langosta, si la giras, querrá decir: ¡no! a mis ojos, cuando yo vuelva a la habitación Luis Felipe, ¡a la habitación de la muerte!...» ¡Y reía como un demonio borracho! Yo no hacía más que reclamarle de rodillas la llave de la cámara de los suplicios, prometiéndole ser su esposa para siempre si me concedía eso... Pero me dijo que ya no haría falta nunca esa llave y que iba a arrojarla al fondo del lago... Y luego, riéndose como un demonio borracho, me dejó diciéndome que no volvería hasta dentro de cinco minutos, porque sabía todo lo que se debe, cuando se es un hombre galante, a la pudicia de las mujeres... ¡Ah! sí, aún me gritó: ¡La langosta!... ¡Ten cuidado con la langosta!... ¡No se limita a girar una langosta, es que salta!... ¡salta!... ¡salta que es un primor!...

Intento aquí reproducir con frases, palabras entrecortadas, exclamaciones, el sentido de las palabras delirantes de Christine... Pues también ella, durante esas veinticuatro horas, había debido tocar el fondo del dolor humano... ¡y quizá había sufrido más que nosotros!... A cada instante, Christine se interrumpía y nos interrumpía para exclamar: «¡Raoul! ¿Sufres?...» Y palpaba las paredes, que ahora estaban frías, y preguntaba por qué razón habían estado tan calientes... Y los cinco minutos transcurrieron, y en mi pobre cabeza arafiaban con todas sus patas el escorpión y la langosta.

Sin embargo, había conservado suficiente lucidez para comprender que si se giraba la langosta, la langosta saltaba... ¡y con ella muchos de los de la raza humana! No cabía duda de que la langosta mandaba alguna corriente eléctrica destinada a hacer saltar el polvorín... Apresuradamente, el señor de Chagny, que ahora parecía, desde que había vuelto a oír la voz de Christine, haber recuperado toda su fuerza moral, explicaba a la joven la formidable situación en que nos encontrábamos, nosotros y toda la Ópera... Había que girar el escorpión, de inmediato...

Ese escorpión, que respondía al sí tan anhelado por Erik, debía ser algo que impediría quizá que la catástrofe se produjera.

— ¡Ve!... ¡ve pues, Christine, mi adorada esposa!... —ordenó Raoul.

Hubo un silencio.

—Christine —grité—, ¿dónde está usted?

—¡Junto al escorpión!

—¡No lo toque!

Se me había ocurrido la idea —pues conocía a mi Erik— de que el monstruo había engañado de nuevo a la joven. Quizá era el escorpión el que iba a hacerlo saltar todo. Pues bien, ¿por qué no estaba él? Hacía ya mucho tiempo que los cinco minutos habían transcurrido... y no había vuelto... Y sin duda se había puesto a cubierto... ¡Y quizá estaba esperando la formidable explosión!... ¡No esperaba más que eso!... ¡No podía esperar, en verdad, que Christine consintiera jamás en ser su víctima voluntaria!... ¿Por qué no había vuelto?... ¡No toque el escorpión!...

—¡Él!... —exclamó Christine—. ¡Lo oigo!... ¡Ahí está!...

.....

Llegaba, en efecto. Oímos sus pasos que se acercaban a la habitación Luis Felipe. Había llegado junto a Christine. No había pronunciado una sola palabra...

Entonces alcé la voz:

—¡Erik! ¡Soy yo! ¿Me reconoces?

A esa llamada, respondió enseguida con un tono extraordinariamente apacible:

—¿Conque no están muertos ahí dentro?... Pues bien, procuren estarse quietos.

Quise interrumpirle, pero me dijo con tal frialdad que me quedé helado detrás de mi muro: «Ni una palabra más, daroga, o lo hago saltar todo.»

Y al instante añadió:

—El honor debe corresponder a la señorita... La señorita no ha tocado el escorpión (¡con qué calma hablaba!), la señorita no ha tocado la langosta (¡con qué espantosa sangre fría!), pero no es demasiado tarde para hacer bien las cosas. Miren, yo abro sin llave, pues soy el aficionado a las trampillas, y abro y cierro todo lo que quiero, como quiero... Abro los pequeños

cofrecillos de ébano: mire en ellos, señorita, en los pequeños cofrecillos de ébano... los pequeños animales tan bien imitados... y qué inofensivos parecen... ¡Pero el hábito no hace al monje! (Todo esto con voz inexpresiva, uniforme...) Si se gira la langosta, saltamos todos, señorita... Hay bajo nuestros pies pólvora suficiente para hacer volar un barrio de París... si se gira el escorpión, toda esa pólvora queda anegada... Señorita, con motivo de nuestra boda, va usted a hacer un hermoso regalo a algunos cientos de parisienses que aplauden en este momento una bien pobre obra maestra de Meyerbeer... Va usted a hacerles el regalo de la vida... pues va usted, señorita, con sus lindas manos — ¡qué voz tan cansada era esa voz! — va usted a girar el escorpión... ¡Y alegres, alegres, nos casaremos!

Un silencio, y luego:

— Si en dos minutos, señorita, no ha girado usted el escorpión — tengo un reloj — añadió la voz de Erik —, un reloj que anda muy bien —, yo giro la langosta... ¡y la langosta salta muy bien!...

El silencio volvió, más espantoso él solo que todos los demás espantosos silencios. Sabía que cuando Erik tomaba esa voz apacible, tranquila y cansada, era que estaba al límite de todo, capaz de la más titánica fechoría o de la más frenética entrega, y que una sílaba desagradable a su oído podría desencadenar el huracán. El señor de Chagny, por su parte, había comprendido que no quedaba más que rezar y, de rodillas, rezaba... En cuanto a mí, mi sangre latía con tanta fuerza que tuve que agarrar mi corazón con la mano, por gran miedo de que estallara... Es que presagiábamos con demasiado horrible claridad lo que pasaba en esos segundos supremos en el pensamiento enloquecido de Christine Daaé... es que comprendíamos su vacilación en girar el escorpión... Una vez más, ¿y si era el escorpión el que iba a hacerlo saltar todo?... ¿Si Erik había resuelto hundirnos a todos consigo?

Por fin, la voz de Erik, dulce esta vez, de una dulzura angélica...

— Los dos minutos han transcurrido... ¡adiós, señorita!... ¡salta, langosta!...

— ¡Erik! — gritó Christine, que debía de haberse precipitado sobre la mano del monstruo —. ¡Júrame, monstruo, júrame por tu infernal amor, que es el escorpión el que hay que girar!...

— Sí, para saltar a nuestras bodas...

— ¡Ah! ¡Ya ves! ¡Vamos a saltar!

— ¡A nuestras bodas!... ¡inocente criatura!... ¡El escorpión abre el baile!...
¡Pero basta ya!... ¿No quieres el escorpión? ¡Yo me encargo de la langosta!

— ¡Erik!...

— ¡Basta!...

Yo había unido mis gritos a los de Christine. El señor de Chagny, siempre de rodillas, seguía rezando...

— ¡Erik! ¡He girado el escorpión!

.....

¡Ah! ¡El segundo que vivimos allí!

¡Esperando!

¡Esperando que no fuéramos más que migajas, en medio del trueno y las ruinas!...

... Sintiendo crujir bajo nuestros pies, en el abismo abierto... cosas... cosas que podían ser el comienzo de la apoteosis de horror... pues, por la trampilla abierta en las tinieblas, boca negra en la noche negra, llegaba un silbido inquietante — como el primer ruido de un cohete — ...

... Al principio muy fino... luego más grueso... luego muy fuerte...

¡Pero escuchen! ¡escuchen! y retengan con las dos manos su corazón dispuesto a saltar con muchos de los de la raza humana.

Ese no es el silbido del fuego.

¿No diría uno que es un chorro de agua?...

¡A la trampilla! ¡a la trampilla!

¡Escuchen! ¡Escuchen!

Eso hace ahora gluglú... gluglú...

¡A la trampilla!... ¡a la trampilla!... ¡a la trampilla!...

¡Qué frescor!

¡Al fresco! ¡Al fresco! Toda nuestra sed que había desaparecido cuando llegó la prueba, vuelve más fuerte con el ruido del agua.

¡El agua! ¡el agua! ¡el agua que sube!...

Que sube en la cueva, por encima de los barriles, de todos los barriles de pólvora (¡barriles! ¡barriles!... ¿tienen barriles para vender?), el agua... el agua hacia la que bajamos con gargantas abrasadas... el agua que sube hasta nuestras barbillas, hasta nuestras bocas...

Y bebemos... En el fondo de la cueva, bebemos, bebemos directamente de la cueva...

Y volvemos a subir, en la noche negra, la escalera, peldaño a peldaño, la escalera que habíamos bajado al encuentro del agua y que subimos con el agua.

Verdaderamente, ¡qué pólvora tan bien perdida y tan bien anegada! ¡a raudales!... ¡Es buen trabajo! ¡No se repara en el agua en la morada del Lago! Si esto sigue así, todo el lago va a entrar en la cueva...

Pues en verdad ya no se sabe dónde va a detenerse...

Ya hemos salido de la cueva y el agua sigue subiendo...

Y el agua también sale de la cueva, se extiende por el suelo... Si esto sigue, toda la morada del Lago va a quedar inundada. El suelo de la cámara de los espejos es él mismo un verdadero pequeño lago en el que nuestros pies chapotean. ¡Ya hay bastante agua! ¡Hay que que Erik cierre el grifo!: ¡Erik! ¡Erik! ¡Ya hay bastante agua para la pólvora! ¡Gira el grifo! ¡Cierra el escorpión!

Pero Erik no responde... Ya no se oye nada más que el agua que sube... ¡ahora la tenemos hasta media pierna!...

— ¡Christine! ¡Christine! ¡el agua sube! ¡sube hasta las rodillas! — grita el señor de Chagny.

Pero Christine no responde... ya no se oye nada más que el agua que sube.

¡Nada! ¡Nada! en la habitación de al lado... ¡Ya no hay nadie! ¡nadie para girar el grifo! ¡nadie para cerrar el escorpión!

¡Estamos solos, en la oscuridad, con el agua negra que nos aprieta, que sube, que nos hiela! ¡Erik! ¡Erik! ¡Christine! ¡Christine!

Ahora hemos perdido pie y giramos en el agua, arrastrados en un movimiento de rotación irresistible, pues el agua gira con nosotros y chocamos contra los espejos negros que nos rechazan... ¡y nuestras gargantas emergidas sobre el torbellino aúllan!...

¿Vamos a morir aquí? ¿ahogados en la cámara de los suplicios?... ¡Nunca vi esto! ¡Erik, en los tiempos de las Horas Rosas de Mazenderán, nunca me mostró esto por la pequeña ventana invisible!... ¡Erik! ¡Erik! ¡Te salvé la vida! ¡Recuérdalo!... ¡Estabas condenado!... ¡Ibas a morir!... ¡Yo te abrí las puertas de la vida!... ¡Erik!...

¡Ah! ¡giramos en el agua como desechos!...

Pero de pronto he agarrado con mis manos extraviadas el tronco del árbol de hierro... y llamo al señor de Chagny... y henos aquí a los dos colgados de la rama del árbol de hierro...

¡Y el agua sigue subiendo!

¡Ah! ¡ah! ¡Recuerden! ¿Cuánto espacio hay entre la rama del árbol de hierro y el techo en cúpula de la cámara de los espejos?... ¡Procuren recordar!... Después de todo, el agua quizá se detenga... seguramente encontrará su nivel... ¡Miren, me parece que se detiene!... ¡No! ¡no! ¡horror!... ¡A nado! ¡A nado!... nuestros brazos que nadan se enlazan; nos ahogamos... nos batimos en el agua negra... ya tenemos dificultad en respirar el aire negro sobre el agua negra... el aire que huye, que oímos huir sobre nuestras cabezas por no sé qué aparato de ventilación... ¡Ah! ¡giremos! ¡giremos! ¡giremos hasta que hayamos encontrado la boca de aire!... pegaremos la boca a la boca de aire... Pero las fuerzas me abandonan, intento agarrarme a los muros. ¡Ah! qué resbaladizas son las paredes de espejo para mis dedos que buscan... ¡Seguimos girando!... ¡Nos hundimos... Un último esfuerzo!... ¡Un último grito!... ¡Erik!... ¡Christine!... glú, glú, glú!... ¡en los oídos!... glú, glú, glú!... ¡en el fondo del agua negra, nuestros oídos hacen glú-glú!... Y me parece todavía, antes de perder del todo el conocimiento, oír entre dos gluglús... «¡Barriles!... ¡Barriles!... ¿Tienen barriles para vender?»»

XXVII

EL FIN DE LOS AMORES DEL FANTASMA

Aquí termina el relato escrito que me dejó el Persa.

A pesar del horror de una situación que parecía condenarlos definitivamente a la muerte, el señor de Chagny y su compañero fueron salvados por el sublime sacrificio de Christine Daaé. Y tengo el resto de la aventura de los propios labios del daroga.

Cuando fui a visitarlo, vivía todavía en su pequeño apartamento de la rue de Rivoli, frente a las Tullerías. Estaba muy enfermo, y no era poca cosa toda mi ardor de reportero-historiador al servicio de la verdad para convencerlo de revivir conmigo el increíble drama. Era siempre su viejo y fiel criado Darius quien lo atendía y me conducía hasta él. El daroga me recibía en el rincón de la ventana que da al jardín, sentado en un vasto sillón donde intentaba enderezar un torso que debió de tener su belleza. Nuestro Persa conservaba todavía sus magníficos ojos, pero su pobre semblante estaba muy fatigado. Había mandado afeitarse la cabeza del todo, que cubría ordinariamente con un gorro de astracán; iba vestido con una vasta hopalanda muy sencilla en cuyas mangas se entretenía inconscientemente girando los pulgares, pero su espíritu había conservado toda su lucidez.

No podía recordar los antiguos terrores sin que le volviera cierta fiebre, y fue por retazos como le arranqué el sorprendente final de esa extraña historia. A veces tardaba mucho en responder a mis preguntas, y a veces, exaltado por sus recuerdos, evocaba espontáneamente ante mí, con vívido relieve,

la horrible imagen de Erik y las terribles horas que el señor de Chagny y él habían vivido en la morada del Lago.

Había que ver el estremecimiento que lo agitaba cuando me describía su despertar en la inquietante penumbra de la habitación Luis Felipe... tras el drama de las aguas... Y he aquí el final de esa terrible historia, tal como me la contó para completar el relato escrito que había tenido a bien confiarme:

Al abrir los ojos, el daroga se había visto tendido en una cama... El señor de Chagny estaba echado en un canapé, junto al armario de espejo. Un ángel y un demonio velaban sobre ellos...

Después de los espejismos e ilusiones de la cámara de los suplicios, la precisión de los detalles burgueses de esa pequeña habitación tranquila parecía haber sido inventada también con el propósito de desconcertar al espíritu del mortal bastante temerario para extraviarse en ese dominio de la pesadilla viviente. Esa cama-barca, esas sillas de caoba encerada, esa cómoda y esos metales, el cuidado con que esos pequeños cuadrados de encaje de ganchillo estaban colocados en el respaldo de los sillones, el reloj y a cada lado de la chimenea los pequeños cofrecillos de apariencia tan inofensiva... por último, esa estantería guarnecida de conchas, de alfileteros rojos, de barquitas de nácar y un enorme huevo de avestruz... todo iluminado discretamente por una lámpara de pantalla colocada sobre una mesita... todo ese mobiliario que tenía una fealdad doméstica conmovedora, tan apacible, tan razonable «en el fondo de las cuevas de la Ópera», desconcertaba la imaginación más que todas las fantasmagorías pasadas.

Y la sombra del hombre de la máscara, en ese pequeño marco anticuado, preciso y aseado, resultaba aún más formidable. Se inclinó hasta el oído del Persa y le dijo en voz baja:

—¿Estás mejor, daroga?... Miras mi mobiliario... Es todo lo que me queda de mi pobre y desdichada madre...

Le dijo otras cosas que ya no recordaba; pero —y eso le parecía muy singular— el Persa tenía el recuerdo preciso de que, durante esa anticuada visión de la habitación Luis Felipe, sólo Erik hablaba. Christine Daaé no decía una palabra; se desplazaba sin ruido y como una Hermana de la caridad que hubiera hecho voto de silencio... Traía en una taza un cordial... o té

humeante... El hombre de la máscara se lo tomaba de las manos y se lo tendía al Persa.

En cuanto al señor de Chagny, dormía...

Erik dijo vertiéndole un poco de ron en la taza al daroga y señalándole al vizconde tendido:

— Volvió en sí mucho antes de que pudiéramos saber si seguirías vivo algún día, daroga. Está muy bien... Duerme... No hay que despertarle...

Un momento, Erik salió de la habitación y el Persa, incorporándose sobre el codo, miró a su alrededor... Vio, sentada en el rincón de la chimenea, la silueta blanca de Christine Daaé. Le dirigió la palabra... la llamó... pero seguía muy débil y recayó sobre la almohada... Christine se acercó a él, le puso la mano en la frente, luego se alejó... Y el Persa recordó que entonces, al alejarse, ella no echó una sola mirada al señor de Chagny que, a su lado, dormía plácidamente... y volvió a sentarse en su sillón, en el rincón de la chimenea, silenciosa como una Hermana de la caridad que ha hecho voto de silencio...

Erik volvió con pequeños frascos que depositó sobre la chimenea. Y muy bajo todavía, para no despertar al señor de Chagny, le dijo al Persa, tras sentarse a su cabecera y tomarle el pulso:

— Ahora están los dos salvados. Y pronto los acompañaré a la superficie de la tierra, para dar gusto a mi esposa.

Tras lo cual se levantó, sin más explicación, y desapareció de nuevo.

El Persa miraba ahora el tranquilo perfil de Christine Daaé bajo la lámpara. Leía en un librito de cantos dorados como los que se ven en los libros religiosos. La Imitación tiene esas ediciones. Y el Persa tenía todavía en el oído el tono natural con que el otro había dicho: «Para dar gusto a mi esposa...»

Con mucha suavidad, el daroga llamó de nuevo, pero Christine debía de estar leyendo muy lejos, pues no oyó...

Erik volvió... hizo beber al daroga una poción, tras recomendarle que no volviera a dirigir la palabra a «su esposa» ni a nadie, porque eso podía ser muy peligroso para la salud de todos.

A partir de ese momento, el Persa recuerda todavía la sombra negra de Erik y la silueta blanca de Christine, que se deslizaban siempre en silencio por la habitación, se inclinaban sobre él y sobre el señor de Chagny. El Persa estaba todavía muy débil y el menor ruido, la puerta del armario de espejo que se abría chirriando, por ejemplo, le dolía en la cabeza... y luego se durmió como el señor de Chagny.

Esta vez, no debía despertar más que en su casa, atendido por su fiel Darius, quien le informó de que la noche anterior lo habían encontrado contra la puerta de su apartamento, adonde debió de ser transportado por un desconocido, que había tenido el cuidado de llamar antes de alejarse.

En cuanto el daroga hubo recuperado sus fuerzas y su responsabilidad, envió a pedir noticias del vizconde al domicilio del conde Felipe.

Le respondieron que el joven no había reaparecido y que el conde Felipe estaba muerto. Se había encontrado su cadáver en la orilla del Lago de la Ópera, del lado de la rue Scribe. El Persa recordó la misa fúnebre a la que había asistido detrás del muro de la cámara de los espejos y no dudó más del crimen ni del criminal. Sin dificultad, ¡ay!, conociendo a Erik, reconstruyó el drama. Después de creer que su hermano había raptado a Christine Daaé, Felipe se había lanzado a su persecución por esa ruta de Bruselas, donde sabía que todo estaba preparado para tal aventura. No habiendo encontrado a los jóvenes, había vuelto a la Ópera, había recordado las extrañas confidencias de Raoul sobre su fantástico rival, había sabido que el vizconde lo había intentado todo para penetrar en los sótanos del teatro y que por último había desaparecido, dejando su sombrero en el camerino de la diva, junto a una caja de pistolones. Y el conde, que ya no dudaba de la locura de su hermano, se había lanzado a su vez en ese infernal laberinto subterráneo. ¿Hacía falta más, a los ojos del Persa, para que se encontrara el cadáver del conde en la orilla del Lago, donde velaba el canto de la sirena, la sirena de Erik, esa conserje del Lago de los Muertos?

Así pues, el Persa no vaciló. Aterrado por ese nuevo crimen, sin poder seguir en la incertidumbre en que se encontraba sobre la suerte definitiva del vizconde y de Christine Daaé, resolvió contárselo todo a la justicia.

Ahora bien, la instrucción del asunto había sido confiada al juez Faure, y fue a su domicilio adonde fue a llamar. Se puede imaginar de qué modo un espíritu escéptico, prosaico, superficial (lo digo como lo pienso) y en abso-

luto preparado para tal confidencia, recibió la declaración del daroga. Éste fue tratado como un loco.

El Persa, desesperando de hacerse oír alguna vez, se había puesto entonces a escribir. Ya que la justicia no quería su testimonio, quizá la prensa lo tomaría, y una noche acababa de trazar la última línea del relato que fielmente he reproducido aquí cuando su criado Darius le anunció un desconocido que no había dicho su nombre, cuyo rostro era imposible de ver y que había declarado sencillamente que no abandonaría el lugar hasta haber hablado con el daroga.

El Persa, presentiendo inmediatamente la personalidad de ese singular visitante, ordenó que lo introdujeran de inmediato.

El daroga no se había equivocado.

¡Era el Fantasma! ¡Era Erik!

Parecía de una debilidad extrema y se sostenía en la pared como si temiera caer... Habiéndose quitado el sombrero, mostró una frente de una palidez de cera. El resto del rostro estaba oculto por la máscara.

El Persa se había erguido ante él.

— ¡Asesino del conde Felipe, qué has hecho de su hermano y de Christine Daaé?

Ante esa formidable apóstrofe, Erik vaciló y guardó un instante silencio; luego, arrastrándose hasta un sillón, se dejó caer en él lanzando un profundo suspiro. Y allí, dijo con frases cortas, palabras breves, aliento entrecortado:

— Daroga, no me hables del conde Felipe... Estaba muerto... ya... cuando salí de mi casa... estaba muerto... ya... cuando... cantó la sirena... es un accidente... un triste... un... lamentablemente triste... accidente... Cayó muy torpemente y sencilla y naturalmente en el Lago...

— ¡Mientes! —exclamó el Persa.

Entonces Erik inclinó la cabeza y dijo:

— No vengo aquí... a hablarte del conde Felipe... sino a decirte que... voy a morir...

— ¿Dónde están Raoul de Chagny y Christine Daaé?...

— Voy a morir.

—¿Raoul de Chagny y Christine Daaé?

— ... de amor... daroga... voy a morir de amor... así es... ¡la amaba tanto!... Y la amo todavía, daroga, puesto que me muero de ello, te digo... Si supieras qué hermosa estaba cuando me permitió besarla viva, sobre su eterna salvación... Fue la primera vez, daroga, la primera vez, ¿me oyes?, que besé a una mujer... Sí, viva, la besé viva, y estaba bella como una muerta...

El Persa se había levantado y había osado tocar a Erik. Le sacudió el brazo.

—¿Me dirás por fin si está muerta o viva?...

—¿Por qué me sacudes así? —respondió Erik con esfuerzo—. Te digo que soy yo quien voy a morir... sí, la besé viva...

—¿Y ahora está muerta?

—Te digo que la besé así en la frente... ¡y ella no retiró su frente de mi boca!... ¡Ah! ¡es una chica honrada! En cuanto a estar muerta, no lo creo, aunque eso ya no es asunto mío... ¡No! ¡no! ¡No está muerta! ¡Y no hay que venir a decirme que alguien ha tocado un pelo de su cabeza! Es una chica honrada y buena que te salvó la vida además, daroga, en un momento en que no habría dado dos cuartos por tu piel de persa. En el fondo, nadie se ocupaba de ti. ¿Por qué estabas allí con ese jovencito? ¡Ibas a morir por añadidura! A fe mía, ella me suplicaba por su jovencito, pero yo le había respondido que, puesto que había girado el escorpión, me había convertido por ello mismo, y de su propia voluntad, en su prometido, y que no necesitaba dos prometidos, lo cual era bastante justo; en cuanto a ti, no existías, ya no existías, te lo repito, ¡e ibas a morir con el otro prometido!

Sin embargo, escucha bien, daroga: como gritaban como posesos a causa del agua, Christine se me acercó, con sus hermosos grandes ojos azules abiertos, y me juró sobre su eterna salvación que consentía en ser mi esposa viva. Hasta entonces, en el fondo de sus ojos, daroga, siempre había visto a mi esposa muerta; era la primera vez que veía en ellos a mi esposa viva. Era sincera, sobre su eterna salvación. No se mataría. Trato hecho. Medio minuto más tarde, todas las aguas habían vuelto al Lago, y yo te sacaba la lengua, daroga, pues a fe mía creí que te quedabas... ¡En fin!... ¡Así fue!

¡Estaba convenido! debía llevarlos de vuelta a la superficie de la tierra. Por fin, cuando me hubisteis desocupado el suelo de la habitación Luis Felipe, volví a ella yo solo.

—¿Qué habías hecho con el vizconde de Chagny? —interrumpió el Persa.

—¡Ah! Comprendes... ése, daroga, no iba a llevarlo así sin más de vuelta a la superficie de la tierra... Era un rehén... Pero tampoco podía conservarlo en la morada del lago, a causa de Christine; así pues lo encerré bien cómodamente, lo até con cuidado (el perfume de Mazenderán lo había dejado flojo como un trapo) en el calabozo de los comuneros, que está en la parte más desierta de la cueva más alejada de la Ópera, más abajo del quinto sótano, donde nadie va nunca y desde donde no se puede hacer oír a nadie. Yo estaba muy tranquilo y volví junto a Christine. Me esperaba...

En ese punto de su relato, el Fantasma se levantó al parecer con tal solemnidad que el Persa, que había vuelto a sentarse en su sillón, tuvo que levantarse también, como obedeciendo al mismo movimiento y sintiendo que era imposible quedarse sentado en un momento tan solemne, e incluso (me dijo el propio Persa) se quitó, aunque tenía la cabeza afeitada, su gorro de astracán.

—¡Sí! Me esperaba —prosiguió Erik, que empezó a temblar como una hoja, pero a temblar de una emoción solemne verdadera— ... me esperaba toda recta, viva, como una verdadera prometida viva, sobre su eterna salvación... Y cuando me adelanté, más tímido que un niño pequeño, no huyó... no, no... se quedó... me esperó... creo incluso, daroga, que ella un poco... ¡oh! no mucho... pero un poco, como una prometida viva, tendió su frente... Y... y... ¡la besé!... ¡Yo!... ¡yo!... ¡yo!... ¡Y no murió!... Y se quedó muy naturalmente a mi lado, después de que la hube besado, así... en la frente... ¡Ah! qué bueno es, daroga, besar a alguien... ¡Tú no puedes saberlo!... ¡Pero yo! ¡yo!... Mi madre, daroga, mi pobre y desdichada madre nunca quiso que la besara... Huía... arrojándome la máscara... ¡Ni ninguna mujer!... ¡nunca!... ¡nunca!... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Pues bien! ¿verdad?... de semejante dicha, ¿verdad?, lloré. Y caí llorando a sus pies... y besé sus pies... sus pequeños pies, llorando... También tú lloras, daroga; y ella también lloraba... ¡el ángel lloró!...

Mientras contaba esas cosas, Erik sollozaba y el Persa, en efecto, no había podido contener las lágrimas ante ese hombre enmascarado que, con los hombros sacudidos, las manos al pecho, ora gemía de dolor, ora de ternura.

— ... ¡Oh! daroga, ¡sentí sus lágrimas correr por mi frente! ¡por la mía! ¡por la mía! ¡por la mía! ¡Eran cálidas... eran suaves! iban por todas partes bajo mi máscara, sus lágrimas, ¡iban a mezclarse con mis lágrimas en mis ojos!... corrían hasta mi boca... ¡Ah! ¡sus lágrimas de ella sobre mí! Escucha, daroga, escucha lo que hice... ¡Me arranqué la máscara para no perder ni una sola de sus lágrimas!... ¡Y no huyó!... ¡Y no murió! ¡Se quedó viva, llorando... sobre mí... conmigo... Lloramos juntos!... ¡Señor del cielo! ¡Vos me habéis dado toda la dicha del mundo!...

Y Erik se había derrumbado, gimiendo en el sillón.

— ¡Ah! ¡Todavía no voy a morir... ahora mismo... pero déjame llorar! — le había dicho al Persa.

Al cabo de un momento, el Hombre de la máscara había proseguido:

— Escucha, daroga... escucha bien esto... mientras estaba a sus pies... oí que decía: «¡Pobre desdichado Erik!» ¡y me tomó la mano!... Yo ya no fui, ¿comprendes?, más que un pobre perro dispuesto a morir por ella... como te digo, daroga.

«Figúrate que tenía en la mano un anillo, un anillo de oro que le había dado... que ella había perdido... y que yo había encontrado... ¡una alianza!... Se lo deslicé en su pequeña mano y le dije: "¡Toma!... cógelo... cógelo para ti... y para él... Será mi regalo de bodas... el regalo del pobre desdichado Erik... Sé que amas al jovencito... ¡no llores más!..." Ella me preguntó, con una voz muy dulce, qué quería decir; entonces le hice comprender, y ella comprendió enseguida que yo no era para ella más que un pobre perro dispuesto a morir... pero que ella, ella podría casarse con el jovencito cuando quisiera, porque había llorado conmigo... ¡Ah! daroga... ya puedes pensar... que... cuando le decía eso, era como si me cortara tranquilamente el corazón en cuatro partes, pero ella había llorado conmigo... y había dicho: "¡Pobre desdichado Erik!..."»

La emoción de Erik era tal que tuvo que advertir al Persa que no lo mirara, pues se ahogaba y necesitaba quitarse la máscara. A ese propósito, el

daroga me contó que él mismo había ido a la ventana y la había abierto con el corazón henchido de piedad, pero teniendo gran cuidado de fijar la copa de los árboles del jardín de las Tullerías para no encontrarse con el rostro del monstruo.

— Fui — había continuado Erik — a liberar al jovencito y le dije que me siguiera junto a Christine... Se abrazaron ante mí en la habitación Luis Felipe... Christine tenía mi anillo... Hice jurar a Christine que cuando yo estuviera muerto vendría una noche, pasando por el Lago de la rue Scribe, a enterrarme en gran secreto con el anillo de oro que habría llevado hasta ese momento... Le dije cómo encontraría mi cuerpo y lo que había que hacer con él... Entonces, Christine me besó por primera vez, a su turno, allí, en la frente... ¡no mires, daroga! allí, en la frente... ¡en mi frente! ¡no mires, daroga!) y se fueron los dos... Christine ya no lloraba..., yo solo lloraba... daroga, daroga... ¡si Christine cumple su promesa, volverá pronto!...

Y Erik había callado. El Persa no le había hecho ya ninguna pregunta. Estaba completamente tranquilizado sobre la suerte de Raoul de Chagny y Christine Daaé, y ninguno de los de la raza humana habría podido, después de haberlo oído esa noche, poner en duda la palabra de Erik que lloraba.

El monstruo se había vuelto a poner la máscara y había reunido sus fuerzas para abandonar al daroga. Le había anunciado que, cuando sintiera su fin muy próximo, le enviaría, para agradecerle el bien que éste le había deseado en otro tiempo, lo que tenía de más querido en el mundo: todos los papeles de Christine Daaé, que ella había escrito en el propio momento de esa aventura con intención de Raoul, y que había dejado a Erik, y algunos objetos que le venían de ella: dos pañuelos, un par de guantes y un lazo de zapato. Ante una pregunta del Persa, Erik le hizo saber que los dos jóvenes, en cuanto se vieron libres, habían resuelto ir a buscar un sacerdote en el fondo de alguna soledad donde ocultarían su dicha, y que habían tomado con ese propósito «la estación del Norte del Mundo». Por último, Erik contaba con el Persa para que, en cuanto hubiera recibido las reliquias y los papeles prometidos, anunciara su muerte a los dos jóvenes. Para ello debería pagar una línea en los anuncios necrológicos del periódico L'Époque.

Era todo.

El Persa había acompañado a Erik hasta la puerta de su apartamento y Darius lo había acompañado hasta la acera, sosteniéndolo. Un coche de

punto esperaba. Erik subió a él. El Persa, que había vuelto a la ventana, lo oyó decirle al cochero: «Esplanada de la Ópera».

Y luego, el coche se había hundido en la noche. El Persa había visto por última vez al pobre desdichado Erik.

Tres semanas más tarde, el periódico L'Époque había publicado este anuncio necrológico:

«ERIK HA MUERTO.»

EPÍLOGO

Tal es la verídica historia del Fantasma de la Ópera. Como lo anunciaba al principio de esta obra, ya no cabe dudar de que Erik haya existido realmente. Son demasiadas las pruebas de esa existencia hoy al alcance de todos como para que no se puedan seguir razonablemente los hechos y los gestos de Erik a lo largo de todo el drama de los Chagny.

No hace falta repetir aquí cuánto apasionó este asunto a la capital. ¡Esa artista raptada, el conde de Chagny muerto en circunstancias tan excepcionales, su hermano desaparecido y el triple sueño de los empleados de iluminación de la Ópera!... ¡Qué dramas! ¡Qué pasiones! ¡Qué crímenes se habían desarrollado en torno a la idilio de Raoul y la dulce y encantadora Christine!... ¿Qué había sido de la sublime y misteriosa cantante de la que la tierra jamás, jamás volvería a tener noticias?... Se la presentó como víctima de la rivalidad de los dos hermanos, y nadie imaginó lo que había ocurrido; nadie comprendió que puesto que Raoul y Christine habían desaparecido los dos, los dos prometidos se habían retirado lejos del mundo para saborear una felicidad que no habrían querido pública tras la muerte inexplicada.

cada del conde Felipe... Un día habían tomado un tren en la estación del Norte del Mundo... Quizá yo también, algún día, tomaré el tren en esa estación, e iré a buscar en torno a tus lagos, ¡oh Noruega!, ¡oh silenciosa Escandinavia!, las huellas quizá todavía vivas de Raoul y Christine, y también de mamá Valérius, que desapareció igualmente al mismo tiempo... ¡Quizá un día oiga con mis propios oídos el solitario Eco del Norte del Mundo repetir el canto de quien conoció al Ángel de la Música?...

Mucho después de que el asunto, por los torpes cuidados del juez de instrucción Faure, fuera archivado, la prensa, de vez en cuando, seguía intentando penetrar el misterio... y continuaba preguntándose dónde estaba la monstruosa mano que había preparado y ejecutado tantas inauditas catástrofes (crimen y desaparición).

Un periódico de los bulevares, que estaba al corriente de todos los chismorreos de bastidores, fue el único en escribir:

—Esa mano es la del Fantasma de la Ópera.

Y aun así lo había hecho naturalmente en tono irónico.

Sólo el Persa, al que no habían querido escuchar y que no renovó, tras la visita de Erik, su primer intento ante la justicia, poseía toda la verdad.

Y conservaba las pruebas principales que le habían llegado con las piadosas reliquias anunciadas por el Fantasma...

Me correspondía a mí completarlas, con la ayuda del propio daroga. Lo iba poniendo al día, día a día, al corriente de mis investigaciones, y él las orientaba. Desde hacía años y años no había vuelto a la Ópera, pero conservaba del monumento el recuerdo más preciso, y no había mejor guía para hacerme descubrir sus rincones más ocultos. Fue también él quien me indicaba las fuentes donde podía beber, los personajes a interrogar; fue él quien me empujó a llamar a la puerta del señor Poligny, en el momento en que el pobre hombre estaba casi agonizando. No lo sabía tan cercano a la muerte, y nunca olvidaré el efecto que produjeron en él mis preguntas relativas al fantasma. Me miró como si viera al diablo, y no me respondió más que con algunas frases inconexas, que atestiguaban sin embargo (y eso era lo esencial) cuánto F. de la Ó. había, en su tiempo, perturbado esa vida ya muy agitada (el señor Poligny era lo que suele llamarse un hombre de vida alegre).

Cuando le referí al Persa el escaso resultado de mi visita al señor Poligny, el daroga sonrió vagamente y me dijo: «Poligny nunca supo en qué medida esa extraordinaria canalla de Erik (a veces el Persa hablaba de Erik como de un dios, a veces como de una vil canalla) lo hizo "bailar". Poligny era supersticioso y Erik lo sabía. Erik sabía también muchas cosas sobre los asuntos públicos y privados de la Ópera.

Cuando el señor Poligny oyó una voz misteriosa contarle, en el palco n.º 5, el empleo que hacía de su tiempo y de la confianza de su socio, no quiso saber más. Fulminado al principio como por una voz del cielo, se creyó condenado, y luego, como la voz le pedía dinero, comprendió al fin que era el juguete de un chantajista del que el propio Debienne fue víctima. Los dos, ya cansados de su dirección por numerosas razones, se marcharon sin intentar conocer más a fondo la personalidad de ese extraño F. de la Ó., que les había enviado un pliego de condiciones tan singular. Legaron todo el misterio a la dirección siguiente lanzando un gran suspiro de satisfacción, bien librados de una historia que los había intrigado mucho sin hacer reír ni al uno ni al otro.»

Así se expresó el Persa acerca de los señores Debienne y Poligny. A propósito de eso, le hablé de sus sucesores y me asombré de que en las Memorias de un director, del señor Moncharmin, se hablara de un modo tan completo de los hechos y gestos de F. de la Ó. en la primera parte para llegar a no decir más nada o casi en la segunda. A lo que el Persa, que conocía esas Memorias como si las hubiera escrito, me hizo observar que encontraría la explicación de todo el asunto si me tomaba la molestia de reflexionar en las pocas líneas que, en la segunda parte precisamente de esas Memorias, Moncharmin había tenido a bien consagrar todavía al Fantasma. He aquí esas líneas, que nos interesan por lo demás muy particularmente, ya que en ellas se relata el modo muy sencillo en que terminó la famosa historia de los veinte mil francos:

«A propósito de F. de la Ó. (es el señor Moncharmin quien habla), de quien he narrado aquí mismo, al comienzo de mis Memorias, algunas de sus singulares fantasías, ya no quiero decir más que una cosa, y es que redimió con un bello gesto todos los trastornos que había causado a mi querido colaborador y, debo reconocerlo, a mí mismo. Juzgó sin duda que había límites a toda broma, sobre todo cuando cuesta tan caro y cuando el comisario de policía ha sido "avisado", pues, en el mismo momento en que

habíamos dado cita en nuestro despacho al señor Mifroid para contarle toda la historia, pocos días después de la desaparición de Christine Daaé, encontramos sobre la mesa de Richard, en un hermoso sobre en el que se leía con tinta roja: De parte de F. de la Ó., las sumas bastante importantes que había conseguido sacar momentáneamente, y como en un juego, de la caja directorial. Richard fue enseguida del parecer de que había que dejarlo así y no proseguir el asunto. Consentí en ser del parecer de Richard. Y bien está lo que bien acaba. ¿Verdad, querido F. de la Ó.?»

Evidentemente, Moncharmin, sobre todo tras esa restitución, seguía creyendo que había sido por un momento el juguete de la burlesca imaginación de Richard, así como, por su lado, Richard no dejó de creer que Moncharmin se había, para vengarse de algunas bromas, divertido en inventar todo el asunto de F. de la Ó.

¿No era ése el momento de pedirle al Persa que me explicara el artificio por el que el Fantasma hacía desaparecer veinte mil francos del bolsillo de Richard, pese al imperdible? Me respondió que no había profundizado en ese detalle menor, pero que, si quería «trabajar» en el lugar mismo, debería ciertamente encontrar la clave del enigma en el propio despacho directorial, recordando que Erik no había sido llamado sin razón el aficionado a las trampillas. Y le prometí al Persa que, en cuanto tuviera tiempo, me entregaría a útiles investigaciones en ese sentido. Diré enseguida al lector que los resultados de esas investigaciones fueron perfectamente satisfactorios. No creía, en verdad, descubrir tantas pruebas innegables de la autenticidad de los fenómenos atribuidos al Fantasma.

Y es bueno que se sepa que los papeles del Persa, los de Christine Daaé, las declaraciones que me hicieron los antiguos colaboradores de los señores Richard y Moncharmin y la pequeña Meg (habiéndose, ay, fallecido la excelente señora Giry) y la Sorelli, que está retirada ahora en Louveciennes — es bueno, digo, que se sepa que todo eso, que constituye las piezas documentales de la existencia del Fantasma, piezas que voy a depositar en los archivos de la Ópera, se encuentra cotejado por varios descubrimientos importantes de los que puedo legítimamente enorgullecerme.

Si no he podido encontrar la morada del Lago, habiendo Erik clausurado definitivamente todas las entradas secretas (y aún así estoy seguro de que sería fácil penetrar en ella si se procediera al desecamiento del Lago, como

lo he pedido varias veces a la administración de bellas artes), no he dejado de descubrir el corredor secreto de los comuneros, cuya pared de tablonés está cayéndose a trozos en algunos puntos; y del mismo modo, he sacado a la luz la trampilla por la que el Persa y Raoul bajaron a los sótanos del teatro. He recogido, en el calabozo de los comuneros, muchas iniciales trazadas en las paredes por los desdichados que fueron encerrados allí y, entre esas iniciales, una R y una C. ¿R C? ¿No es eso significativo? ¡Raoul de Chagny! Las letras son todavía hoy muy visibles. No me he detenido ahí, por supuesto. En el primer y el tercer sótano, he hecho funcionar dos trampillas de un sistema giratorio, totalmente desconocidas para los tramoyistas, que sólo usan trampillas de deslizamiento horizontal.

Por último, puedo decirle al lector, con pleno conocimiento de causa: «Visite un día la Ópera, pida pasearse tranquilamente sin estúpido cicerone, entre en el palco n.º 5 y golpee la enorme columna que separa ese palco del proscenio; golpee con su bastón o con su puño y escuche... hasta la altura de su cabeza: ¡la columna suena a hueco! Y después de eso, no se asombre de que haya podido estar habitada por la voz del Fantasma; hay, en esa columna, sitio para dos hombres. Si se asombra de que durante los fenómenos del palco n.º 5 nadie se volviera hacia esa columna, no olvide que ofrece el aspecto del mármol macizo y que la voz que estaba encerrada parecía venir más bien del lado opuesto (pues la voz del fantasma ventrílocuo venía de donde él quería). La columna está trabajada, esculpida, cavada y retrabajada por el cincel del artista. No desespero de descubrir algún día el fragmento de escultura que debía subir y bajar a voluntad, para dejar libre y misterioso paso a la correspondencia del Fantasma con la señora Giry y a sus generosidades. Ciertamente, todo eso, que he visto, sentido, palpado, no es nada al lado de lo que en realidad un ser enorme y fabuloso como Erik debió de crear en el misterio de un monumento como la Ópera; pero daría todos esos descubrimientos por el que me fue dado hacer, ante el propio administrador, en el despacho del director, a unos centímetros del sillón: una trampilla, de la anchura de una lama del parquet, del largo de un antebrazo, no más... una trampilla que se abate como la tapa de un cofre, una trampilla por donde veo salir una mano que trabaja con destreza en el faldón de un frac de cola que arrastra...

¡Por ahí habían partido los cuarenta mil francos!... ¡Era también por ahí que, gracias a algún truchimán, habían vuelto!...

Cuando se lo referí con muy comprensible emoción al Persa, le dije:

—¿Así pues, Erik se entretenía simplemente —ya que los cuarenta mil francos volvieron— en hacer el bromista con su pliego de condiciones?...

Me respondió:

—¡No lo crea!... Erik necesitaba dinero. Creyéndose fuera de la humanidad, no se sentía cohibido por el escrúpulo, y se servía de los extraordinarios dones de habilidad e imaginación que había recibido de la naturaleza en compensación de la atroz fealdad con que ésta lo había dotado, para explotar a los humanos, y eso a veces de la manera más artística del mundo, pues el truco valía a menudo su peso en oro. Si devolvió los cuarenta mil francos, por propia iniciativa, a los señores Richard y Moncharmin, fue porque en el momento de la restitución ¡ya no los necesitaba! Había renunciado a su matrimonio con Christine Daaé. Había renunciado a todas las cosas de la superficie de la tierra.»

Según el Persa, Erik era originario de una pequeña ciudad en las cercanías de Ruán. Era hijo de un empresario de albañilería. Había huido de temprano del domicilio paterno, donde su fealdad era objeto de horror y espanto para sus padres. Durante algún tiempo se exhibió en las ferias, donde su empresario lo mostraba como «muerto viviente». Debíó de recorrer Europa de feria en feria y completar su extraña educación de artista y mago en la propia fuente del arte y la magia, con los bohemios. Todo un período de la existencia de Erik era bastante oscuro. Se lo vuelve a encontrar en la feria de Nizhni Nóvgorod, donde entonces se exhibía en toda su horrible gloria. Ya cantaba como nadie en el mundo ha cantado jamás; hacía de ventrílocuo y se entregaba a malabares extraordinarios de los que las caravanas, a su regreso de Asia, seguían hablando a lo largo del camino. Fue así como su fama traspasó los muros del palacio de Mazenderán, donde la pequeña sultana, favorita del sha-en-sha, se aburría. Un comerciante de pieles, que se dirigía a Samarcanda y volvía de Nizhni Nóvgorod, relató los milagros que había visto en la tienda de Erik. Se mandó llamar al comerciante al palacio, y el daroga de Mazenderán tuvo que interrogarlo. Luego el daroga fue encargado de ponerse en busca de Erik. Lo trajo a Persia, donde durante algunos meses hizo, como se dice en Europa, el tiempo a su antojo. Cometió así bastantes horrores, pues parecía no conocer ni el bien ni el mal, y cooperó en algunos hermosos asesinatos políticos con la misma tranquilidad con

que combatió, con invenciones diabólicas, al emir de Afganistán, en guerra con el Imperio. El sha-en-sha le tomó afecto. Es en ese momento cuando se sitúan las Horas rosas de Mazenderán, de las que el relato del daroga nos ha dado una muestra. Como Erik tenía, en arquitectura, ideas del todo personales y concebía un palacio como un prestidigitador puede imaginar un cofre de combinaciones, el sha-en-sha le encargó una construcción de ese tipo, que llevó a cabo y que era, al parecer, tan ingeniosa que Su Majestad podía pasearse por todas partes sin ser vista y desaparecer sin que fuera posible descubrir por qué artificio. Cuando el sha-en-sha se vio dueño de semejante joya, ordenó, como había hecho cierto zar respecto al genial arquitecto de una iglesia de la plaza Roja, en Moscú, que le vaciaran a Erik sus ojos de oro. Pero reflexionó que, incluso ciego, Erik podría construir aún, para otro soberano, una morada tan inaudita, y además, en fin, que, vivo Erik, alguien tenía el secreto del maravilloso palacio. Se decidió la muerte de Erik, así como la de todos los obreros que habían trabajado bajo sus órdenes. El daroga de Mazenderán fue encargado de ejecutar esa abominable orden. Erik le había prestado algunos servicios y lo había hecho reír mucho. Lo salvó procurándole los medios de huir. Pero casi pagó con su cabeza esa generosa debilidad. Afortunadamente para el daroga, se encontró, en la orilla del mar Caspio, un cadáver a medio devorar por las aves marinas que pasó por el de Erik, porque unos amigos del daroga habían vestido esos restos con prendas pertenecientes al propio Erik. El daroga salió de ello a cambio de la pérdida de su favor, sus bienes y el exilio. El Tesoro persa continuó, sin embargo, pues el daroga era de estirpe real, dándole una pequeña renta de algunos cientos de francos al mes, y fue entonces cuando vino a refugiarse en París.

En cuanto a Erik, había pasado a Asia Menor, y luego había ido a Constantinopla, donde entró al servicio del sultán. Haré comprender los servicios que pudo prestar a un soberano atormentado por todos los terrores cuando diga que fue Erik quien construyó todas las famosas trampillas y cámaras secretas y cajas fuertes misteriosas que se encontraron en Yildiz-Kiosk después de la última revolución turca. Fue también él quien tuvo la idea de fabricar autómatas vestidos como el príncipe y parecidos a él en un grado que engañaba perfectamente; autómatas que hacían creer que el Jefe de los creyentes estaba en un lugar, despierto, cuando reposaba en otro.

Naturalmente, tuvo que abandonar el servicio del sultán por las mismas razones que lo habían obligado a huir de Persia. Sabía demasiadas cosas. Entonces, muy cansado de su aventurera, formidable y monstruosa vida, deseó convertirse en alguien como todo el mundo. Y se hizo contratista, como un contratista ordinario que construye casas para todo el mundo, ¡con ladrillos ordinarios! Presentó su oferta para algunas obras de cimentación de la Ópera. Cuando se vio en los sótanos de un teatro tan vasto, su naturaleza artística, fantástica y mágica volvió a ganar la partida. Y además, ¿no era todavía igual de feo? Soñó con crearse una morada desconocida para el resto de la tierra y que lo ocultara para siempre a la mirada de los hombres.

Se sabe y se adivina el resto. Está todo a lo largo de esa increíble y sin embargo verídica aventura. ¡Pobre desdichado Erik! ¿Hay que compadecerlo? ¿Hay que maldecirlo? ¡No pedía más que ser alguien, como todo el mundo! ¡Pero era demasiado feo! ¡Y tuvo que ocultar su genio o hacer trucos con él, cuando, con un rostro ordinario, habría sido uno de los más nobles de la raza humana! Tenía un corazón capaz de contener el imperio del mundo, y tuvo que contentarse al final con una cueva. ¡Hay que compadecerse del Fantasma de la Ópera!

He rezado, pese a sus crímenes, sobre sus restos, y que Dios tenga definitivamente piedad de él. ¿Por qué Dios hizo a un hombre tan feo como ése?

Estoy seguro, muy seguro, de haber rezado sobre su cadáver el otro día cuando lo sacaron de la tierra, en el mismo lugar donde se enterraban las voces vivas; era su esqueleto. No fue por la fealdad del cráneo como lo reconocí, pues cuando llevan tanto tiempo muertos, todos los hombres son feos; sino por el anillo de oro que llevaba y que Christine Daaé había venido ciertamente a deslizarle en el dedo, antes de sepultarlo, como se lo había prometido.

El esqueleto se encontraba muy cerca de la pequeña fuente, en ese lugar donde por primera vez, cuando la arrastró a los sótanos del teatro, el Ángel de la Música había tenido en sus brazos temblorosos a Christine Daaé desmayada.

Y ahora, ¿qué se va a hacer con ese esqueleto? ¿No se lo va a arrojar a la fosa común?... Yo digo: el lugar del esqueleto del Fantasma de la Ópera está en los archivos de la Academia Nacional de Música; no es un esqueleto ordinario.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB